

VANNY FERRUFINO

DESAFIAR
A UN
GRANUJA

EL CLUB DE LAS SOLTERONAS I

© 2024 Vanny Ferrufino. Todos los derechos reservados.

Desafiar a un granuja

Edición: Kenfers Pérez.

Todos los derechos están reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor.

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

Cuando se trata de la nobleza inglesa, nada es lo que parece, por lo que Randall Aldrich debe tomar una decisión cuanto antes, dado que el divorcio que pensó haber conseguido hace tres años nunca se validó y ahora su esposa, una escocesa de armas tomar, ha vuelto a Londres para obtener su libertad y está dispuesta a todo con tal de conseguirla.

Incluso si eso significa desafiar al peor de los granujas.

Prólogo

“Los lazos amistosos son muy importantes y si no me creen, sólo hace falta mirar a los hermanos Cumming, quienes de no ser por el barón de Mountevans ni siquiera podrían poner un pie en los salones de baile.

A veces me pregunto si el orgullo escocés es tan flojo como para aceptar ser la caridad de un noble inglés

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Londres, Inglaterra. 1846

Las cosas se habían salido de su control y la vergüenza no lo estaba dejando disfrutar de su noche debidamente.

¿De verdad estuvo dispuesto a llegar a un duelo con su gemelo por una mujer?

Dios santo, si su padre y hermanos no hubieran llegado, Randall habría mandado a Seymour a una mejor vida, puesto que él era mejor tirador, y jamás se habría perdonado algo así.

«He perdido la cabeza».

Apenas y conocía a Georgina Legrand, ni siquiera podía decir que fuera el amor de su vida, puesto que sólo se vieron en una ocasión y luego se escribieron durante un año consolidando así un romance y un compromiso que se echó a perder cuando la rubia asistió a su primer baile de la temporada y se lanzó a los brazos de Seymour.

Ella los había confundido y las cosas terminaron muy mal porque un grupo de matronas los descubrió de infraganti en la terraza del salón de baile y como consecuencia su hermano mayor se quedó con la fémina que él había elegido.

—¿Qué sucede, Aldrich? —bufó Ibrahim Cumming, colmándole la paciencia, una vez más, mientras se llevaba un puro a la boca. Era normal que se encontraran en el club, pero pocas veces el castaño y él terminaban en la misma mesa, por lo que suponía que lejos de mejorar esa noche sólo empeoraría—. ¿Aún no superas que tu hermano se haya quedado con tu mujercita?

Se tensó, ¿cómo diablos hizo Cumming para llegar a la conclusión correcta? Nadie en Londres conocía su interés por Georgina Legrand.

—Si aprecias tu vida, guardarás silencio —siseó con desprecio—. No me quieres como enemigo, Ibrahim —lo llamó por su nombre de pila y el castaño sonrió con cinismo.

—¿Acaso no lo somos ya? —preguntó con mofa—. Siempre me robas mi dinero y a mis amantes.

—Tú apuestas tu dinero por voluntad propia.

Y él era tan bueno en el juego que sus arcas estaban llenas gracias a los clubes de sus hermanos mayores.

—Al menos ya sabes lo desagradable que es que alguien te quite a tu mujer.

—¿Qué culpa tengo yo de que no te alcance para mantener a tus queridas? —soltó con malicia y el escocés apretó la mandíbula—. Dime algo, ¿viniste a jugar por diversión o porque debes recuperar el dinero que te viste obligado a gastar por culpa de tu pequeña hermana?

Según tenía entendido, la hermana menor de Cumming —una mujer a la cual nunca pudo darle un rostro— se enfermó con varicela, una enfermedad que la dejó marcada y con un aspecto desagradable, y el hombre atravesó momentos económicos bastantes complicados. Muchos decían que fue el barón de Mountevans, el mejor amigo del castaño, quien lidió con la mayoría

de los gastos.

—Se dice que ahora es parte del club de las solteronas —se rio con malicia—. Ahora ya no solo es pobre, sino desagradable a la vista.

Estaba siendo grosero y lo sabía, pero Cumming le caía tan mal que el exceso de alcohol no le estaba permitiendo controlar su boca.

—Cuida tus palabras, Aldrich, estás hablando de mi hermana —le amenazó—, una dama que ni siquiera conoces.

Randall no necesitaba ser un genio para saber que Liliás Cumming era un esperpento, con tres años en el mercado matrimonial y sin ninguna propuesta seria, estaba claro que la mujer era una solterona de primera.

—¿No puedo hablar de tu hermana, pero tú sí puedes despotricar para la prometida de mi hermano?

—Mi hermana es una mujer pura e inocente, la Srta. Legrand una desvergonzada que no dudó en lanzarse a los brazos de un hombre que ni siquiera conocía y no lo niegues, estuve presente cuando ella se abalanzó a tu hermano.

Si por un momento pensó que podría salir de Las garras de Lucifer sin causar ningún escándalo, se equivocó. La pelea con el escocés fue intensa, los golpes volaron a diestra y siniestra, pero finalmente él se declaró victorioso cuando Cumming dejó de defenderse y quedó inmóvil en su lugar.

—Pero ¿qué diantres sucede aquí? —bramó el marqués de Sutherland, su hermano mayor y uno de los socios del club, pero Randall no pudo prestarle la debida atención.

Sus ojos estaban clavados en el hombre que permanecía inerte en el piso.

«Mierda, ¿qué fue lo que hice?», se preguntó con amargura, viendo como los lacayos se llevaban a Ibrahim Cumming hacia las habitaciones especiales para que un doctor pudiera atenderlo.

Esa noche el doctor les informó que Cumming estaba en coma y no sé sabía cuándo despertaría o si lograría hacerlo. No obstante, eso no fue lo peor de todo, dado que su padre llegó al club para informarle que su deber era desposar a la joven que quedó a la deriva debido a su violenta actitud.

Todo parecía indicar que Liliás Cumming, a la edad de veinte años, no tenía más familia que su hermano y ahora él tendría que llevarla al altar para aprender de sus errores y dejar de ser una amenaza para el matrimonio de su gemelo.

Capítulo 1

“Tuvieron que pasar tres años para que los hermanos Cumming den nuevamente la cara. La última vez que se supo de los escoceses, la Srta. Liliás portaba el apellido Aldrich y era una de las mujeres más envidiadas de Gran Bretaña, dado que una mujer de su alcurnia y nivel socioeconómico jamás habría logrado emparentar con los duques de Kent tan fácilmente. Sin embargo, analizando la situación y el curso de los acontecimientos, no es de extrañar que su matrimonio con Randall Aldrich haya durado un breve suspiro

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Londres, Inglaterra. 1849

«Te doy mi palabra, una vez que todo esto termine, no volverás a saber de mí».

Las palabras de su exesposa retumbaron en su cabeza y Randall giró la pieza de ajedrez en su mano con más velocidad de la que normalmente solía implementar a la hora de efectuar esa actividad en sus tiempos de meditación.

¿Era normal sentirse tan inquieto cuando de Liliás Cumming se trataba?

Se suponía que su divorcio los había desvinculado para siempre, pero para él era simplemente imposible dejar de pensar en la mujer que fue su esposa durante unos cuantos meses y a la cual forzó a huir de Londres junto a su hermano mayor hace más de tres años.

Un divorcio era razón suficiente para que una mujer buscara el mejor escondite, sin importar que eso implicara subir a un barco y dejar todo atrás.

Su familia lo subestimó, todos esperaron que se moviera al antojo de sus padres y hermanos, pero al final de todo —y como de costumbre—, Randall hizo lo que se le vino en gana y de quedar sin un solo penique en los bolsillos debido a su demanda de divorcio —puesto que ni sus padres ni hermanos quisieron financiarlo—, ahora era uno de los dueños de la mejor editorial del país.

«Y todo gracias a mi propio esfuerzo, porque a diferencia de todos mis hermanos, nunca recibí apoyo monetario de mis padres». Lo cierto era que no necesitaba de ellos, estaba acostumbrado a hacer las cosas solo y gracias a los santos casi siempre tenía la suerte de salirse con la suya.

Se reclinó en su lugar, observando la revista de la mujer más chismosa de Gran Bretaña. El ejemplar de ese día le había generado una gran conmoción, lo cierto era que no había salido de su despacho en todo el día y ya eran las once de la noche.

No tenía ni la menor idea de cómo proseguir. Ella estaba en Londres, al final de todo, como de costumbre, decidió desafiarse y regresó.

¿Por qué no le sorprendía?

Tres años era el tiempo suficiente para que las aguas se calmaran por estos lares y ella pudiera intentar recuperar su antigua vida, la cual no era nada dichosa porque solía vivir en la pobreza, apartada de la nobleza inglesa que no hacía más que menospreciarla por sus orígenes escoceses. Sonrió con malicia, estaba seguro de que la suerte de los Cumming no había cambiado en lo más mínimo.

Esos escoceses estaban malditos, nadie querría hacer tratos con ellos.

¿Debería hacerles una visita?

Después de todo, cuando ellos se marcharon sin decir palabra alguna, Randall no tuvo tiempo

para ponerlos en su lugar. Ellos lo habían menospreciado por ser el Aldrich con menos fortuna, pero ahora todo era diferente y esos idiotas tendrían que tragarse cada una de sus palabras.

—No puedo creer que estén de regreso —musitó Archie Kilbrenner con entusiasmo, uno de sus mejores amigos, y lo observó de reojo. Había olvidado que su amigo le hizo una visita para cerciorarse de que la noticia no lo hubiera afectado más de lo debido—. Tengo entendido que cuando se fueron, Ibrahim Cumming debía hasta el modo de andar y todo porque recurrió a muchos préstamos para salvar a su hermana pequeña de la temible varicela.

—Lo sé, mi padre se encargó de todas esas deudas hace tres años. —Archie se rio por lo bajo. Randall aún no podía entender como un hombre tan risueño y encantador era hermano menor del marqués de Teingham e Isaac Kilbrenner, dos hombres estoicos y demasiado reservados para su gusto—. No hay día que no lamente el haber atacado al escocés en Las garras de Lucifer, esa noche desencadenó un sinfín de sucesos que habría preferido evitar.

—Lo dejaste en coma por casi un mes —aclaró con seriedad—. Por esa razón tu padre te obligó a casarte con su pequeña hermana, puesto que la dama estaba en riesgo de quedarse totalmente sola.

—Pero Cumming despertó —siseó con disgusto.

—Y ni bien lo hizo, solicitaste el divorcio —le recordó y Randall dejó la pieza de ajedrez de lado y acarició su mentón con un deje pensativo. La razón por la que se divorció de Lilias iba más allá de la recuperación de Ibrahim.

Ella lo había traicionado, generando un gran daño en su familia, y eso era algo que jamás se lo perdonaría.

—No deberías hablar de la historia con tanta libertad, no sabes nada de lo que pasó y debo recordarte que ni siquiera llegaste a conocerla.

Nadie conocía la verdadera historia del por qué su matrimonio terminó tan mal, y apenas y recordaban a la pelirroja, puesto que Randall tenía entendido que en el pasado Lilias evitó llamar la atención de los demás.

—No conozco la historia porque tú nunca quieres hablar del tema y tampoco conozco a tu esposa porque ustedes la escondieron muy bien y su matrimonio se efectuó en Kent en un pequeño evento familiar. —Hizo un mohín y él gruñó con disgusto—. Relájate, han pasado tres años, a estas alturas ambos ya debieron superar lo ocurrido.

—Mi familia me dio la espalda por su culpa —farfulló con desprecio y Archie lo miró con fijeza, recordándole en silencio que no solo era amigo suyo, sino de su gemelo, lo que quería decir que quizá existía más de una versión respecto al tema.

—¿Estás seguro de que ella es la única responsable?

Randall cerró las manos en dos puños y dio por terminada la conversación. Al diablo con Lilias Cumming, no había necesidad de analizar el pasado, ¡lo suyo ya no existía!

¿Por qué diablos tuvo la absurda idea de averiguar su dirección para ir a visitarla?

Sólo era cuestión de tiempo para que ella se pusiera al día con su situación y se sintiera una idiota por haberlo menospreciado.

—¿Por qué estamos hablando de esto? —inquirió con fría indiferencia—. Esa mujer no merece ser protagonista de nuestras conversaciones ni pensamientos.

—A veces me pregunto si realmente el matrimonio puede considerarse algo seguro para las féminas, tú y mi hermano me demuestran que no.

No pensaba hablar del matrimonio de Isaac justo ahora, si era sincero seguía sin entender por qué su amigo no anulaba la unión y ya. Lady Harriet lo atrapó, le puso una trampa de lo más baja, por lo que no veía razón alguna para tener compasión de ella.

Vivir fuera de tu tierra por culpa de una mujer era penoso.

—Si la fémina se casa con un hombre que la ama, ten por seguro que vivirá contenta —espetó y apartó la vista de su amigo cuando alguien llamó a la puerta—. Adelante.

Su mayordomo apareció en su campo de visión, se veía cansado y nervioso, estaba claro que no le gustaba la idea de molestarlo a esa hora.

—Lamento la molestia, milord, pero hay alguien que insiste en reunirse con usted ahora mismo.

—Son las once de la noche —arrastró sus palabras—. Dile que regrese mañana a una hora apropiada, no veo razón... —Su voz fue muriendo y tanto él como Archie abandonaron su lugar cuando una mujer se adentró a su despacho.

La fémina estaba cubierta de la cabeza a los pies con una capa de terciopelo, color verde esmeralda, y por la firmeza con la que ingresó al lugar, dedujo que tomó ese camino sin la autorización de nadie.

¿Una mujer?

Él no tenía planeado ver a ninguna mujer esta noche y tampoco estaba en medio de un amorío como para que su querida viniera a hacerle un reclamo, por lo que ladeó el rostro con consternación, tratando de encontrar el rostro de su visitante. Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando una delicada mano enguantada tiró de la capucha de la capa y dejó a la intemperie una hermosa cabellera color fuego. La garganta se le cerró, había conocido a unas cuantas pelirrojas, pero nunca había visto un cabello tan rojo y que brillara con tanta intensidad.

Su longitud llamó su atención, no era largo ni caía como cascada por la espalda de la fémina. Los cabellos ondeados reposaban en los hombros de su dueña, lo cual lo llevó a reparar en sus hermosos labios rosas y llenos, y el bello rostro que podía presumir.

¿Quién era?, ¿cómo era posible que una joya como esa no hubiera levantado rumores ni hubiera dado un tema de conversación en los clubes de sus hermanos?

Hace mucho que no veía a una mujer tan hermosa y radiante, y sabía que estaba en lo cierto, puesto que incluso su amigo se quedó embelesado con su belleza. Algo en su interior se estrujó, no le gustaba que Archie la observara con tanto interés y admiración.

¡Ella vino a verlo a él!

¿Qué querría?, ¿podría ser que quisiera hacerle algún tipo de propuesta?

De ser así, encantado la llevaría a su habitación y le ofrecería gran parte de su fortuna con tal de que se quedara a su lado. Al darse cuenta de la dirección que estaban tomando sus pensamientos, se regañó a sí mismo, él nunca caía tan rápido ante los encantos de una mujer. A decir verdad, era la primera vez en años que una despertaba su interés.

Un momento, ¿por qué de repente era consciente de que llevaba más de tres años sin disfrutar del cuerpo de una mujer?

«Concéntrate, no puedes quedarte sin palabras», le regañó una vocecilla y él utilizó todo su ingenio para enderezar la espalda y rodear su escritorio con pasos estoicos. Con un asentimiento hizo que su mayordomo se retirara y no supo qué pensar al ver que la joven daba un paso hacia atrás.

¿No le gustaba que ahora estuviera a la par de su amigo?

—Me temo que sonaré algo grosero con esta pregunta, pero ¿nos conocemos? —inquirió con voz aterciopelada, apreciando las hermosas pecas que decoraban sus pálidas mejillas—. No es propio que una mujer visite a un caballero en su residencia a estas horas. —Los ojos verdes brillaron con cinismo y se centraron en Archie—. Puede hablar, mi amigo no representa una amenaza. —La mujer dudó y él le regaló una sonrisa galante para calmarla—. Me siento

consternado e inquieto, si nos hemos visto antes, cometí un terrible error al olvidarla.

—Vine a esta hora porque no deseo que nadie en Londres sepa de mi visita y lo cierto es que me alegra mucho saber que me olvidaste, porque deseo que cuando todo esto termine, las cosas sigan de la misma manera que hasta ahora.

La sangre se le congeló y abrió los ojos con sorpresa. Recordaba ese timbre de voz, ese peculiar acento y esa altanería con la que ella siempre le hablaba, pero... la estudió con la mirada con incredulidad. No se parecía en nada a la mujer flacucha, rapada y con marcas en todo el cuerpo con la que se casó.

—¿Lilias? —se sintió un imbécil por hacer una pregunta tan obvia. Claro que era ella, sólo su exesposa se atrevería a hablarle y mirarlo con tanto descaro—. ¿Qué haces aquí?

—Quiero el divorcio.

Archie palideció y de un momento para otro pensó que lo más interesante de la estancia era el fino enmoquetado. Estaba claro que su amigo lamentaba haber pecado de curioso, puesto que ahora la situación era bastante incómoda y desquiciante.

Randall logró volver en sí y se rio con malicia, aunque lo cierto era que su cuerpo amenazaba con sacudirse con violencia.

—Ya estamos divorciados, ¿de qué diantres hablas? —se relamió los labios con ansiedad y pudo ver como la rabia destelló en sus hermosos ojos.

—¿Tu padre no te dijo nada? —Era evidente que estaba muy molesta—. ¿Quieres decirme que, durante todo este tiempo, nunca estuviste al tanto de que nuestro divorcio nunca llegó a validarse y seguimos siendo marido y mujer?

Randall debería sentirse furioso e incluso confundido por sus palabras, pero lo cierto era que ahora mismo sólo podía preguntarse cómo diablos hizo Lilias para cambiar tanto en tres años.

—Es imposible —decidió ser racional.

—La demanda no fue aceptada —puso las manos en jarras y él apenas y pudo visualizar el vestido que llevaba debajo de su capa—, nuestro matrimonio nunca concluyó y tu padre estuvo al tanto de lo ocurrido desde un principio.

—¿Qué? —cerró las manos en dos puños.

¿Podría ser que su padre y Connor hubieran confabulado para echar a perder su demanda de divorcio?

De ser así, ¿por qué no se sentía furioso?

Clavó la vista en Lilias, su... ¿esposa?

El nuevo descubrimiento lo hizo sentir un sinfín de cosas y ninguna estaba relacionada con el enojo.

—Así que te pediré que iniciemos el proceso una vez más. —«No quiero», el pensamiento simplemente llegó a su cabeza y eso lo puso alerta—. No podemos permitir que esta verdad salga a la luz.

—No es tan fácil —dijo lo primero que se le vino a la mente—, tal vez...

—Si no lo haces tú, lo haré yo misma —zanjó ella con desdén, interrumpiéndolo, y abandonó su despacho con paso apresurado, como si quisiera huir de él y el peligro que representaba.

—Dijiste que te casaste con una mujer horrible —soltó Archie con incredulidad—, ella es...

—Cállate, sé perfectamente lo que vi —siseó y salió tras de ella.

Lilias estaba muy equivocada si creía que esa conversación había llegado a su fin. Si ella era su esposa y siempre estuvo al tanto de que su divorcio nunca se validó, ¿por qué nunca hizo nada para buscarlo y qué diablos estuvo haciendo todo este tiempo que estuvo fuera del país cuando su deber era volver a su lado?

Capítulo 2

“Alguien se atrevió a decir que mis notas dejaron de tener credibilidad con el pasar de los años, puesto que ciertas personas me aseguran que Lillas Cumming sigue siendo una Aldrich. Sea cual sea la situación, pienso llegar al fondo de esto para descubrir la verdad **Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**”.

Randall no tenía la menor idea de cómo lo hizo, pero logró impedir que Lillas saliera de su casa por la puerta principal. No obstante, tal vez no lo hizo de la mejor manera, puesto que sólo un salvaje rodearía el delicado brazo y tiraría de la fémora en su dirección con violencia.

—¡Suéltame! —farfulló ella, iniciando un forcejeo, y lejos de ceder Randall afianzó su cintura y utilizó su fornido cuerpo para inmovilizarla.

—Estás chiflada si crees que vendrás a hacer una afirmación tan grave y luego podrás irte sin decir más —aseveró, aspirando su delicioso olor a lilas, y clavó la vista en la puerta principal—. ¿Viniste con alguien? —Tragó con fuerza, ¿por qué estaba actuando de manera tan irracional?, ¿por qué la idea de que alguien entrara y se la arrebatará le hacía perder los estribos?

¿No se suponía que no deseaba tener relación alguna con ella?!

¿Por qué no iniciar un nuevo proceso de divorcio y ya?

—No entiendo qué más podríamos hablar tú y yo —fue racional y dejó de removerse en sus brazos—. Sólo debía informarte de la situación para que inicies con el proceso una vez más, ambos sabemos que al ser mujer jamás podría solicitar algo así.

Lo sabía, claro que lo sabía, puesto que hace tres años él se encargó de tomar las decisiones y finalizar con todo, importándole muy poco lo que ella pudiera pensar o querer. No obstante...

—Debes estar muy abrumada para creer que seguiré una orden tuya —susurró y antes de que pudiera darle una respuesta mordaz, tiró de ella para llevarla de regreso a su despacho—. Archie, ya no podré atenderte por hoy —dijo nada más llegar a la estancia y su amigo se quedó mirando a su esposa por largos segundos—. ¿Podrías irte? Mi esposa —puso mucho énfasis en la palabra y su amigo lo observó con rapidez— y yo tenemos unos asuntos que tratar.

—No soy su esposa —chilló ella con horror.

—El divorcio no se validó —farfulló.

—Pero ahora será diferente, por eso vine a verte.

Adoraba que no empleara las formalidades para referirse a él, suponía que la escocesa lo odiaba tanto que no estaba dispuesta a brindarle ninguna muestra de respeto.

«Sí, está claro que ahora todo será diferente».

—Es hora de que me retire. —Archie carraspeó, logrando calmarlo un poco—. Si se me permite, soy Archie Kilbrenner y fue un grato placer conocerla, milady.

¿Estaba coqueteando con su esposa en sus propias narices?

—Lillas Cumming —le extendió la mano con una radiante sonrisa en el rostro—. He oído hablar de usted y su hermano Isaac, son unos genios para los negocios. —¿De dónde diablos había sacado todo ese carisma?—. Mi hermano amaría hacer negocios con ustedes.

—Si usted me lo pidiera, encantado me reuniría con el señor Cumming. —Besó su mano enguantada con galantería y Randall empezó a ver rojizo cuando ella le sonrió tan abiertamente.

—Tomaré su palabra, no se sorprenda si uno de estos días le hago una visita.

«¿Qué tipo de visita?», quiso preguntar, pero al final de todo se dio cuenta de que eso podría

considerarse un terrible error.

—Largo, Kilbrenner —escupió con enojo y apartó la mano de Liliás con rapidez—. Tendrías que estar demente para hacer negocios con los Cumming —no midió sus palabras—. No tienen ni un penique y su suerte en la vida es nula.

La sonrisa de Liliás desapareció y la tensión se cernió sobre todos los presentes de la estancia. En ese momento, su amigo comprendió que era momento de partir y se marchó sin causar un gran revuelo, permitiendo que el tema muriera tan rápido como empezó.

—Bien, ahora que estamos solos, quiero que hables con la verdad y me digas qué fue lo que sucedió con nuestro divorcio.

—¿Por qué sabría qué sucedió? —masticó sus palabras con disgusto—. Yo me enteré de lo ocurrido a los meses, cuando tu padre me envió un telegrama. —Retrocedió sobre su lugar para implementar algo de distancia y se acercó a la chimenea para recibir algo de calor.

—¿Y no pensaste en buscarme?

—Dijiste que no querías saber nada de mí, ni de mi hermano —le recordó con fría calma y él se odió a sí mismo por no haber controlado sus palabras en aquel entonces—. Así que opté por pedirle a tu padre que se hiciera cargo de la situación. No veía razón alguna para regresar y no era como si mi presencia hubiera cambiado las cosas.

¿Sería verdad?, ¿qué habría hecho él si se hubiera enterado de que Liliás estaba de regreso en Londres?

«Tal vez ir a buscarla, de la misma manera que pensabas hacerlo mañana una vez que conseguiste su dirección».

—Él no me dijo nada al respecto porque claramente fue él quien sabotó todo —siseó y la pelirroja lo miró con interés—. Mi familia nunca aceptó la idea de que nos divorciáramos, pero por un momento pensé que me dejarían tomar mis propias decisiones y no se meterían.

—Ya nada importa —zanjó ella con frialdad, captando su atención—. Tu padre te escondió información importante y por eso estoy aquí, supongo que quejarnos no nos llevará a ninguna parte, por lo que lo más sensato es que empecemos nuevamente todo el proceso en secreto, sin que nadie lo sepa. —Lo miró significativamente—. Así tu padre no podrá sabotearlo de nuevo.

—Ahora soy un hombre rico. —Silencio—. Muy rico —aclaró con frialdad, ¿por qué no se impresionaba?—. Pero eso no quiere decir que esté dispuesto a gastar miles de libras para solicitar una vez más el divorcio.

La preocupación se alojó en el delicado rostro femenino.

—¿Es muy costoso?

—Tanto que la última vez me quedé sin un penique en los bolsillos.

Liliás se llevó su delicada mano a sus labios rosas y empezó a caminar de un lugar a otro con nerviosismo. Randall aprovechó ese momento para estudiarla con la mirada, su perfil era hermoso y su cabello se veía radiante a la luz del fuego. No obstante, él deseaba ver qué escondía su capa.

La recordaba como una mujer sin curvas y delgada, pero era evidente que había sufrido cambios con el tiempo, puesto que ahora tenía unas mejillas llenas y sonrojadas, con unos ojos que irradiaban vitalidad.

Bella, hermosa y radiante eran adjetivos que no lograban hacerle justicia.

—¿De cuánto estamos hablando? —paró en seco y lo buscó con la mirada.

—De miles de libras.

—Entiendo... —arrastró sus palabras y clavó la vista en el piso enmoquetado—. Trataré de conseguir el dinero, te escribiré cuando lo tenga.

Se encaminó hacia la puerta y Randall bloqueó su camino con inmediatez, ella no podía dejarlo de esa manera, aún era muy pronto.

—Si aún eres mi esposa, no es propio que te quedes en una casa para huéspedes.

Lilias arrugó el entrecejo.

—¿Cómo sabes dónde me estoy quedando? —lo miró con recelo y él utilizó todo su ingenio para que los nervios no lo traicionaran.

—Te dije que no quería volver a saber de ustedes, ¿por qué regresaron?

¿Fue alivio lo que vio en sus ojos?

—Porque no eres dueño de Inglaterra y tú no me dirás dónde puedo quedarme.

—No pensaste de igual manera hace tres años, cuando tomaste todas tus cosas y te marchaste sin mirar atrás.

—Tres años es el tiempo suficiente para que una persona cambie a grandes escalas, además, ¿debo recordarte que dejaste en coma a mi hermano por casi un mes? No podía permitir que volvieras a lastimarlo.

—Fue un accidente —siseó con enojo.

—Un accidente que nos costó la poca estabilidad que teníamos antes de que llegaras a nuestras vidas para complicarlo todo.

—¿Qué? —La miró como si estuviera loca—. Gracias a mí, tu hermano liquidó sus deudas y tú tuviste un techo seguro por un mes.

—Aclaremos algo, Aldrich, tú —posó el dedo índice en su fornido pecho—. No pagaste las deudas de mi hermano, fue tu padre quien lo hizo.

Apretó la mandíbula, seguía siendo la misma víbora que recordaba.

—Y quedarme junto a ti nunca fue algo seguro porque me utilizaste a tu antojo y luego me echaste sin posibilidad alguna de rehacer mi vida. —La garganta se le cerró—. Si tu intención nunca fue mantenerme a tu lado, no debiste tomar mi virtud.

Debía reconocer que cometió un terrible error al quitarle su virginidad, pero en aquel entonces nunca consideró que el divorcio fuera una opción.

¿Qué mal hizo él para terminar casado con un esperpento como esa mujer?, pensó Randall con rabia, deseoso de lanzar su copa de whisky contra la pared más cercana, y una vez más le dio fondo a su quinta copa. Esto era una locura, ¿por qué diantres Cumming se puso en su camino esa noche en Las garras de Lucifer?

¿Sería un castigo por haber retado a su propio hermano a duelo?

—Maldita sea —siseó y se sirvió su sexta copa con esfuerzo, pero una gran cantidad del líquido ambarino se salió por los costados del envase.

—Tenemos que hablar —la puerta de la biblioteca se abrió y ahogó un juramento al ver a su padre ahí—. Quiero saber... pero ¿qué mierdas estás haciendo? ¡No puedes emborracharte en tu noche de bodas!

Randall lo ignoró y le dio fin a su copa, haciendo una mueca por el agrio sabor.

—¿Ah no? Estoy seguro que si no lo hago, no podré cumplir con mi deber. —Su padre intentó quitarle la botella, pero él no se lo permitió—. ¿La viste? Es horrible, necesito una botella más y tener todo el cuarto en penumbras para consumir esta locura.

—Eso no es así, tu madre ha tratado con ella todos estos días y es una joven dulce e inocente, una vez que las secuelas de su enfermedad desaparezcan ella se verá...

—¡No me importa! ¡No es la mujer que quiero y nunca lo será! —bramó con rabia, bebiendo directamente de la botella con enojo—. Ya me casé, no volveré a ser una amenaza para tu amado Seymour, ¿ahora me puedes dejar en paz?

Su padre lo miró con recelo.

—Yo no te condené a este matrimonio, fuiste tú quien lastimó a su hermano y...

—Y por eso acepté esta locura, porque soy el único culpable de que Cumming siga inconsciente. —Alborotó su cabellera con desespero—. Maldito idiota, por un momento creí que despertaría pronto e impediría esta locura, pero veo que me equivoqué.

Si de algo estaba seguro, era de que Cumming jamás habría aceptado esta unión.

—¿Te das cuenta de que él podría no despertar? —La garganta se le cerró—. Esta vez llegaste muy lejos, espero que a partir de ahora puedas sentar cabeza.

¿Por qué diablos tenía que sentar cabeza con un esperpento como ese?

—¿A qué viniste?

—A recordarte que tienes un deber y pronto serán las once de la noche. —Apretó la mandíbula y lo miró con fijeza—. No aceptaré ninguna sorpresa, te aseguro que la anulación nunca será una opción para ti.

Randall se rio sin humor alguno, esto tenía que ser una maldita pesadilla.

—Una vez Zachary intentó divorciarse de Blair, yo...

—Y no lo consiguió, ni siquiera hizo la demanda porque no lo aprobé, así que ni siquiera lo pienses.

—¡Es injusto! —vociferó con rabia y tiró su copa al piso—. Fue Cumming quien me provocó e insultó a Georgina, yo sólo...

—¡Olvida a Georgina! —bramó el duque de Kent fuera de sí, helándole las venas. Su padre nunca perdía los estribos—. Tu hermano y ella se casarán en dos semanas, y tú ya estás casado. Lo suyo jamás podrá ser.

Cerró las manos en dos puños, aceptando sus palabras porque no era más que la verdad.

—Renuncié a ella el mismo día que peleé con Cumming —confesó cabizbaja—, no me siento orgulloso de haber retado a duelo a mi hermano por una mujer.

Porque más que su hermano, Seymour era su mejor amigo.

—Bien, supongo que a tus veinticinco años es normal que sientes cabeza —soltó su padre con frustración—. Estás casado, debes formar tu propia familia. —Randall torció los labios con disgusto—. Ambos sabemos que el estado de su hermano no es bueno, si quieres que tu esposa nunca represente una amenaza para ti, debes darle hijos.

Esto era una pesadilla.

—Entiendo.

Durante años había hecho todo lo que se le vino en gana y ahora estaba obligado a cumplir con su deber, a hacer lo correcto, y la situación era simplemente desquiciante. Se dirigió al segundo piso con desgana, rezando para que el encuentro con su esposa durara muy poco, y no se molestó en llamar a su puerta, simplemente ingresó a la habitación y paró en seco al sentir el olor a lilas.

Barrió la habitación con la mirada, había un pequeño bulto en la cama y el fuego del hogar apenas e iluminaba la estancia.

Era lo mejor.

Empezó a desnudarse con movimientos torpes, dejándose la camisa, y se subió a la cama para tirar de las cortinas y brindarse mayor oscuridad. Se inclinó sobre su esposa, bastante sorprendido por su agradable olor, y bajó lentamente las sábanas, quedando como piedra al sentir su brazo desnudo.

¿Estaba desnuda?

¿Por qué de repente quería retirar la cortina para observarla mejor?

—Mmm... —susurró ella, somnolienta, y Randall besó su hombro con delicadeza.

Era suave, ¿qué tan dañada estaría su piel debido a la varicela?

—He tardado un poco, pero tú y yo tenemos una tarea pendiente. —La sintió tensarse y con mucho cuidado apartó las sábanas para acomodarse entre sus piernas.

—Milord...

—Tranquila, será rápido.

—No quiero —admitió de pronto, tomándolo por sorpresa, y no supo qué tipo de sentimiento lo invadió cuando ella lo empujó por el pecho y se alejó de su contacto.

¿Lo estaba rechazando?

Esto tenía que ser una maldita broma.

—¿Qué haces? Eres mi esposa y...

—Y ni usted ni yo queríamos esto —soltó con dureza, sorprendiéndolo, por un momento pensó que su esposa jamás se atrevería a llevarle la contraria—. Váyase, por favor.

—No quiero —gruñó con el orgullo dolido y afianzó su suave muslo, quedando gratamente sorprendido por su agradable textura—, vamos a consumir todo y...

—Espere —rogó y su delicada mano rodeó su fuerte muñeca, desconcertándolo.

¿Por qué su tacto le parecía tan suave?

—El barón de Mountevans jamás habría permitido nuestra boda. —Se tensó, ¿por qué su esposa nombraba a otro hombre en su noche de bodas?—. Si esperamos por él, Seamus nos ayudará a anular todo y...

El mayor error de Liliás Aldrich fue llamar al barón por su nombre de pila, puesto que eso colmó la paciencia de Randall —quien tenía muchas copas encima—, un hombre posesivo y demasiado celoso, y tiró del tobillo femenino con certeza para tender a su esposa sobre el mullido colchón.

—¿Qué hace?

—Recordarte a quien le perteneces —sentenció y sin previo aviso tomó sus labios con vehemencia, disfrutando con creces de su dulce sabor e inocente reacción—. No habrá ninguna anulación, tu deber es seguir cada una de mis órdenes. —Perdió el control de sí mismo y lo que debía ser una tarea difícil, terminó convirtiéndose en la mejor experiencia de su vida, dado que era la primera vez que una virgen terminaba entre sus brazos y la idea de que sería únicamente suya no hacía más que llenarlo de entusiasmo.

—Duele —gimió ella, enterrando las uñas en sus hombros, y él se aferró al cabezal de la cama para controlar sus embistes—. Ah... —se arqueó y Randall gruñó adolorido cuando su cuerpo no pudo contenerse más y derramó su semilla en su interior.

Las paredes vaginales se cerraron alrededor de su miembro, enviándole escalofríos a toda la espina dorsal, y se movió un poco más hasta que ella lanzó un suave gritillo y su esencia mojó sus sacos con violencia.

Bien, al menos ella también pudo alcanzar su orgasmo.

—¿Por qué lo hizo? —musitó jadeante, apartando las piernas y los brazos de su cuerpo—. Usted odia este matrimonio, una anulación habría sido lo mejor.

Randall no le dio una respuesta y moldeó sus costados con lujuria, su cuerpo era agradable. Sin embargo, no podía pasar por alto que era un hombre lujurioso y apasionado, por lo que quizá no era su esposa quien estuviera despertando su lívido, sino el simple hecho de que estaba dentro de una mujer y tenía muchas copas de whisky en el organismo.

—Una anulación me humillaría públicamente, ¿qué pensarían mis allegados si descubren que no soy capaz de cumplir con mi deber? Además, no sé si se ha dado cuenta, pero ya es una

Aldrich y su destino está sellado.

—¿Y cuál es mi destino? —la voz femenina tembló y Randall sólo cernió su rostro sobre el de ella para unir sus labios con suavidad.

«¡Qué boca!», pensó con regocijo, sintiendo como su cuerpo despertaba una vez más.

—Mmm... —gimió ella al percatarse del mismo hecho.

—Tú sólo sigue cada una de mis órdenes y vivirás tranquila —musitó y regó un camino de besos por su largo cuello—. Mientras te haga el amor en la oscuridad, creo que tú y yo podremos entendernos bien en la intimidad. —No recibió una respuesta—. No eres de buen ver, eso está claro, pero te sientes de maravilla. —Empezó un suave vaivén y no pudo entender por qué ella no lo rodeó con sus brazos y sus piernas—. Debes darme hijos, con suerte y esta noche será más que suficiente para consolidar todo.

Por esa razón lo haría de nuevo, no porque ella lo hubiera excitado con su simple voz. Al darse cuenta que en esta ocasión ella no emitía sonido alguno, Randall la buscó con la mirada.

—¿Qué sucede? —quería escucharla, quería sentir su aliento rozando sus mejillas. Necesitaba que ella participara en esto—. ¿Por qué no dices nada? —Empezó a acelerar sus movimientos y ella se retorció sobre las sábanas—. ¿Me estás desafiando? —La respiración femenina se hizo más pesada y él sonrió con cinismo—. Tal vez no lo sepas, pero amo los desafíos.

Lo que debió ser un encuentro rápido y desapasionado, terminó convirtiéndose en una intensa batalla bajo las sábanas. Randall dejó todo de sí en su esposa, sin medir las consecuencias de sus actos, y sólo la dejó en paz cuando ella gritó su nombre sin reparo alguno. Su cuerpo y mente empezaron a relajarse de tal manera que terminó tumbado junto a ella.

Odiaba admitirlo, pero la hermana de Cumming lo había dejado más que satisfecho.

Después de esa noche no pudo alejarse de Lilias, quien a pesar de tener la cabeza rapada, el cuerpo maltratado por la varicela y un temperamento maldito, fue capaz de hacerlo sentir como ninguna otra mujer lo hizo sentir en el lecho.

Clavó la vista en su capa.

Su conexión física fue tan inmediata que cumplir con su deber no fue una tarea difícil, disfrutó de ella por casi dos semanas, pero luego todo se acabó, Lilias traicionó su confianza, arruinó su relación con su familia y él decidió arruinarla de por vida.

—Como sea, si eres una Aldrich, no puedes quedarte en una casa para huéspedes.

¿Pero qué diablos estaba haciendo? ¿Por qué le decía algo así? No era como si él fuera a abrirle las puertas de su casa y habitación, ¿verdad?

—Mañana me mudaré a mi nueva casa y pienso mantener un perfil bajo, te aseguro que, en unos meses, cuando nuestro divorcio se oficialice, tú y yo ni siquiera nos volveremos a ver.

¿Por qué esa noticia no le parecía en lo absoluto atractiva?, ¿qué diablos tenía esa mujer que ahora mismo se rehusaba a dejarla salir de su casa?

«Porque sigue siendo tuya, puedes retenerla ahí si lo deseas», le susurró una vocecilla y él tragó con fuerza. «Podrías llevarla a tu alcoba, reclamarla en tu cama y olvidar la absurda idea de dejar a una mujer como esa en libertad».

Un pensamiento desagradable llegó a su cabeza y achicó los ojos con molestia.

—¿Qué estuviste haciendo todo este tiempo? ¿Por qué de repente te interesa obtener el divorcio?

En tres años no había dicho nada al respecto, ¿qué era diferente ahora?

—No es asunto tuyo —zanjó con frialdad—. Ahora te pediré que te hagas a un lado, tengo que irme, ya es tarde.

—Lo que me lleva a una de las primeras preguntas que te hice, ¿con quién viniste? ¿Por qué vagas a estas horas por la ciudad? Es peligroso.

—Es extraño que te preocupes por su bienestar después de que la echaste de tu vida y su hogar sin piedad alguna. —La tensión se cernió sobre sus hombros y giró levemente el rostro para ver a Ibrahim Cumming junto a las puertas dobles que conectaban al jardín.

¿Cuánto tiempo llevaba ahí y por qué diablos se veía más grande y musculoso que hace tres años?

Odiaba admitirlo, pero el escocés se veía intimidante.

—No está sola, nunca lo estará —aclaró con rencor—, así que hazte a un lado y déjanos utilizar la puerta antes de que las cosas se compliquen.

—Es mi esposa, si quisiera podría retenerla aquí y...

—Y si amas tu vida, te harás a un lado. —Su instinto de supervivencia hizo que se hiciera a un lado cuando el gran escocés avanzó en su dirección—. Tal vez sigue siendo tu esposa de nombre, pero tú renunciaste a ella y la echaste de tu vida sin piedad alguna, eso es algo que nosotros nunca olvidaremos ni te perdonaremos.

—Tenía razones de sobra para echarla —siseó y el castaño se rio sin humor alguno—. Ella me delató con mi familia.

—Porque su esposo, el hombre que debía cuidarla y honrarla, pensaba huir con la prometida de su gemelo.

¡Eso no era verdad! ¡Él jamás habría traicionado a Seymour de esa manera y por culpa de Liliás su hermano lo odiaba y su familia malinterpretó todo!

Empuñó las manos con ira contenida y decidió ser el peor de los granujas.

—¿Qué esperabas que hiciera? Conoces a Georgina, tu hermana no era nada junto a ella.

Pero a diferencia de la rubia, Liliás le dio toda la paz que él necesitaba.

—Haré que te tragues tus palabras —Ibrahim intentó golpearlo, pero Liliás aprovechó su grandiosa altura para sujetarlo del brazo y tirar de él hacia atrás.

—¡No, no lo hagas! —Se puso tan pálida como una hoja—. ¿Debería recordarte lo que sucedió la última vez que pelearon, hermano?

«Terminaste siendo solamente mía».

—Vámonos, él no merece la pena, ya no tenemos nada que hacer aquí —tiró de su hermano hacia atrás y lo llevó hacia la puerta del despacho.

—Liliás —la llamó por su nombre de pila y ambos hermanos pararon en seco y le dirigieron una fría mirada—. Antes de conseguir el dinero, tendrás que negociar conmigo.

—¿Negociar? —su voz apenas y fue un susurro.

—No te daré el divorcio.

Capítulo 3

“Los hermanos Cumming han dado mucho de qué hablar. Se dice por ahí que más de un caballero está en busca de la nueva dirección de la Srta. Cumming. Me pregunto por qué hay tantos caballeros interesados en hacerle una visita
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

«Antes de conseguir el dinero, primero tendrás que negociar conmigo», las palabras de Randall retumbaron en su cabeza y agradeció en silencio que su hermano presionara su mano en la oscuridad del carruaje para brindarle su apoyo. «No te daré el divorcio».

Las cosas habían salido peor de lo pensado, por un momento se imaginó que habría gritos y terminarían en Kent House, para que así él pudiera reclamarle a sus padres por sus acciones, pero curiosamente Randall había tomado la noticia de una manera inesperada.

¿Por qué diantres no quería divorciarse de ella?

—No lo entiendo —confesó abrumada y negó rápidamente con la cabeza—. Creí que todo sería más sencillo y rápido, pero está claro que ese hombre me odia.

—No creo que esté al tanto de la situación —musitó Ibrahim—, pero debemos ser cuidadosos, no podemos permitir que descubra la verdad.

—¿Crees que intentará quitarme mi dinero? —preguntó con temor—. Son mis ahorros, no fue fácil conseguir ese monto, no puedo permitir que él se quede con todo.

—Lo sé, lo sé, por esa razón tengo tus ahorros en un fideicomiso, pero si queremos iniciar con tu negocio, lo primero es que te desvincules de él.

—Pero acaba de decir que no le interesa divorciarse y mi entrevista con quien tú sabes es en tres días.

—Trata de calmarte, ningún negocio se efectúa de manera inmediata. Primero hablaré con nuestros abogados y veré qué camino es más conveniente tomar.

—¿Por qué hace esto? —su voz tembló—. Hace tres años él hizo hasta lo imposible por agilizar todo, ¿qué es diferente ahora?

—Tú —susurró su hermano y se frotó el rostro con frustración—. Sabía que podía pasar, eres una mujer preciosa y por esa razón nunca fui descuidado contigo cuando te presenté en sociedad.

—Lo siento, nada de esto habría pasado si me hubiera negado a casarme con él.

—No tenías otra opción, los Aldrich te acorralaron. Solo tenías veinte años cuando fueron por ti, estabas sola y te ofrecieron la comida y el techo que yo ya no podía brindarte.

Lilias recostó la mejilla en el hombro de su hermano y se preguntó qué tipo de vida tendría ahora si su camino y el de Randall nunca se hubieran encontrado.

—Pero ¿qué fue lo que sucedió? ¿Por qué no despierta? —exigió saber, con lágrimas en los ojos, y volvió el rostro hacia el duque de Kent y su hijo mayor—. Mi hermano se marchó de mi casa en perfecto estado, ¿cómo terminó así?

—Me temo que tuvo una pelea con mi hijo menor y por alguna extraña razón no ha podido despertar.

—¿Su hijo menor? —la voz le tembló—. Ibrahim no se lleva bien con los gemelos, pero él jamás recurriría a la violencia.

—Pero Randall sí —susurró el marqués de Sutherland y el aire se atoró en sus pulmones.

Cerró los ojos con fuerza e inhaló profundamente para controlar los latidos de su corazón. De todos los hombres con los que su hermano pudo entablar una pésima relación, justo el único que captaba su atención y era el dueño de sus pensamientos, se convirtió en su peor enemigo.

La vida era muy injusta.

—Hermano... —la voz se le quebró.

Ibrahim era lo único que tenía y no tenía la menor idea de cómo lograría salir adelante sin su ayuda.

—¿Tienes algún familiar al que podamos escribirle?

Había uno, pero escribirle sería cavar su propia tumba.

—No, nuestros padres murieron hace diez años —apartó las lágrimas de su rostro con rapidez—. ¿Podrían prestarme un carruaje? Debo llevarlo a nuestro piso, pero...

—Hemos pensado que lo mejor es que ambos vengan a Kent con nosotros —musitó el marqués con seriedad—. El doctor dijo que el aire fresco le sentará bien y usted...

—No puedo aceptar su oferta, jamás tendré como pagar su ayuda —removió sus manos con inquietud, hace menos de un mes que se había recuperado de la varicela y su estado aún era muy malo, pero tal vez podría buscar un empleo para que un doctor accediera a atender a Ibrahim—. Sólo ayúdenme a llevarlo a nuestro piso, por favor —rogó abatida y en ese momento la puerta de la habitación se abrió, dejando ver a Randall Aldrich bajo el umbral de la puerta.

Si bien el pelinegro tenía un gemelo, ella jamás podría confundirlos. Randall poseía un aura más salvaje, sus ojos verdes siempre brillaban con cinismo y su boca tenía la leve costumbre de exteriorizar arrogancia y diversión.

—¿Despertó? —preguntó con desinterés, como si su hermano fuera un animal, y la poca racionalidad que poseía y le quedaba se esfumó.

Lilias abandonó su lugar y pasó de largo al duque y al marqués para estrellar su mano en la mejilla de su primer amor, un hombre con el que jamás visualizó nada más que absurdas fantasías.

Tal vez su hermano odiaba la violencia, pero ella era muy diferente a Ibrahim.

—Usted es un desgraciado —escupió con rabia y el pelinegro acarició su mejilla con diversión—. ¿Cómo se atrevió a lastimar a mi hermano de esa manera? ¿Qué fue lo que Ibrahim le hizo?

—Bueno, no se largó cuando le dije que lo hiciera —se mofó y odió qué las lágrimas humedecieran sus mejillas—. Los escoceses como ustedes nunca serán bienvenidos por estos lares y...

—¡Cállate, Randall! —bramó el duque de Kent con enojo y su hijo menor selló los labios en una fina línea—. ¿Cómo te atreves a decir algo así cuando deberías estar disculpándote con la joven? —Él torció los labios con disgusto—. Estoy harto de tu actitud, mi idea era transmitirles esta noticia en Kent Abbey, pero veo que lo mejor será que ambos estén al tanto de que ya tengo una licencia especial y se cansarán en una semana.

¿Qué?, ¿una boda con el hombre que su hermano odiaba?

—Si lo que teme es que demande a su hijo, puede sentirse tranquilo, su excelencia, no pienso hacerlo —espetó con frialdad y los hombres intercambiaron una rápida mirada.

—Lo siento mucho, Srta. Cumming, pero la decisión está tomada —aseveró el marqués, dejando claro que no confiaba en su palabra y prefería ser prevenido antes que confiado.

Lilias quiso objetar, quiso gritar y pelear por su futuro, pero como aún no estaba del todo recuperada, la noticia no hizo más que robarle la conciencia y enviarla a una profunda oscuridad.

Tal vez Randall Aldrich le gustaba, pero ella nunca deseó convertirse en su esposa.

—Quedé sin voz ni voto —admitió con voz débil—. Pero ya no importa, despertaste en el momento adecuado y le dejaste claro a Randall Aldrich que él no tenía ningún poder sobre nosotros.

—¿En qué diablos estuviste pensando al escribirle a mi padre?! —vociferó fuera de sí, prendiendo sus alarmas, pero incluso así se armó de valentía y se mantuvo inmóvil en su lugar—. ¿Con qué permiso ingresaste a mi habitación y tocaste mis cosas?!

Lilias presionó las manos en dos puños, le parecía injusto que después de semejante traición, fuera él quien viniera a hacerle semejante reclamo.

—Abandonaste Kent Abbey para ir por la prometida de tu hermano, ¿sabes lo escandaloso que habría resultado eso si alcanzabas tu objetivo?

—¿No tenías que meterte! —explotó y Lilias dio un paso hacia atrás—. Cuando dije que quería llevarme bien contigo, que deseaba que nuestro matrimonio fuera armonioso, nunca dije que te brindaba el permiso para meterte en mis asuntos.

—Eres mi esposo, nos casamos hace menos de dos semanas y...

—¿Me casé contigo porque no tenía otra opción, no porque me interesaras! —explotó y algo en su interior se rompió en mil pedazos.

Lo sabía, ella tampoco se casó por voluntad propia, pero no por eso alzaría las manos y dejaría que su matrimonio se desmoronara.

—Si eso es verdad, ¿por qué estuviste visitando mi habitación todo este tiempo?

—Porque tenía que embarazarte —escupió con desprecio y la observó con desdén—, porque si tu hermano se muere, de alguna manera debo mantener tu boca cerrada.

Los Aldrich podían ser crueles cuando se lo proponían, ella nunca pensó en hacerles nada malo, ni siquiera cuando su hermano terminó en un estado tan lamentable consideró la opción de demandar a Randall, pero incluso así buscaron la manera de controlar su vida y decisiones.

—No tienes idea de lo aliviado que me siento de que nuestras reuniones no hayan tenido consecuencias. —Un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies—. Quiero el divorcio, no permitiré que una traidora como tú viva en mi casa y disfrute de mi dinero.

¿Un divorcio? ¿Qué tan cruel tenía que ser ese hombre para decidir arruinarla de esa manera?

—El dinero de tu padre, querrás decir —le corrigió con frialdad y lanzó un gritillo cuando él se abalanzó sobre ella y su espalda terminó rozando la pared del recibidor—. Suéltame, no puedes lastimarme.

¿Por qué el duque de Kent y el marqués de Sutherland no lo siguieron?, ¿acaso ellos no se dieron cuenta de lo peligroso que podía ser Randall en ese estado?

—Si lo deseo, podría matarte.

Su cuerpo empezó a temblar sin control alguno y él se alejó un poco cuando las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, pero no permitió que se alejara de la pared.

—Suéltame, yo...

—Arruinaste mi relación con mi familia, por tu culpa Seymour se llevó a Georgina a Escocia.

¿Georgina era lo único que le importaba? ¿Ella era su esposa!

—Solicitaré el divorcio y harás todo lo que te diga si no quieres terminar en un estado lamentable.

—¿A qué te refieres? —jadeó adolorida por la presión que ejerció en sus brazos y Randall la soltó con rapidez.

—Me refiero a que, si no consigo mi objetivo, no planeo seguir siendo el mismo esposo que te

toleró todo este tiempo. Estarás en peligro, tanto física como emocionalmente.

«Debo salir de este lugar».

—¿Qué sucederá con mi hermano? —Llevarlo consigo sería una locura, ni siquiera tenía un techo al cual llegar.

Según tenía entendido, Seamus aún no había vuelto de su viaje.

—Él...

—Si no te alejas de mi hermana, te mataré.

En ese momento el corazón de Lilias empezó a latir sin control alguno y empujó al pelinegro por el pecho para correr hacia Ibrahim.

Estaba despierto, ¡por fin su hermano estaba fuera de peligro!

—¡Hermano! —lo abrazó con fuerza y empezó a llorar sin consuelo alguno.

Podían irse, no importaba que no tuvieran dinero, mientras estuvieran juntos todo estaría bien.

—Perfecto, por fin despertaste —aplaudió Randall con cinismo—. Tienen hasta mañana para largarse de Kent Abbey, como no tienen dónde caerse muertos, les prestaré el carruaje familiar y cederé un par de monedas para que puedan quedarse en un hotel mientras mi abogado se encarga de todo.

La estaba echando, después de jugar con ella y su cuerpo durante dos semanas, Randall Aldrich la estaba echando como si fuera un pedazo de basura.

—¿Qué está pasando?, ¿por qué estamos aquí? —La tensión en el cuerpo de su hermano fue palpable y Lilias lo miró con pena, nunca debió permitir que los Aldrich manejaran su vida a su antojo.

—Hermano...

—Confórmate con saber que ahora que has despertado, las cosas empezarán a ponerse en su lugar —farfulló su esposo y avanzó hacia ellos con paso resuelto.

—No te atrevas —cubrió a Ibrahim con su cuerpo, no permitiría que volviera a lastimarlo, y Randall paró en seco.

—Quiero el anillo —estiró la mano y Lilias se tensó—. Lo compró mi padre y es una pieza costosa, devuélvemelo.

Se quitó la joya con rapidez, esto era humillante.

—Será un proceso largo, espero que no tome más de tres meses, pero cuando todo termine, quiero que ambos se larguen de Londres y no regresen jamás.

Estaba pasando de nuevo, ¿es que su hermano y ella nunca podrían encontrar un nuevo hogar donde sentirse seguros?

—Nos casamos porque tu hermano quedó en coma, ahora que ha despertado, podemos terminar esta farsa.

El divorcio había durado alrededor de dos meses y medio, generando una gran conmoción en la sociedad inglesa como en su familia política, quienes no se mostraron nada satisfechos con las acciones de su hijo menor. No obstante, como Randall no era el heredero del ducado, fue algo que logró olvidarse con bastante facilidad entre los pares de la nobleza.

«Se olvidó rápido porque te subiste a un barco y huiste como una cobarde», le dijo una vocecilla y ella tragó con fuerza.

—Tenemos que irnos —musitó su hermano con cierto nerviosismo, pero incluso así, utilizó todo su ingenio para no exteriorizar su temor.

Lilias acarició su mejilla con ternura, ¿por qué no la culpaba por nada?, ¿por qué no la

regañaba ni trataba de echarle en cara todos sus errores?

—Prometiste que nunca seguirías sus órdenes y es justamente eso lo que él quiere —le recordó e Ibrahim le sonrió con ternura.

—A lo largo de mis veinticinco años de vida he hecho muchas promesas, he tratado de cumplirlas todas al pie de la letra, pero la más importante de todas es cuidar de ti, Lilias.

La visión se le cristalizó y agradeció que él la rodeara en sus brazos.

—No quiero que renuncies a tus cosas.

—No tengo nada a lo cual aferrarme, ya firmaste todos los papeles, ¿por qué seguir esperando? —Porque quizá, sólo quizá, una parte de ella quería creer que su esposo daría marcha atrás en el último momento—. No hay tiempo —la miró significativamente y ella apartó las lágrimas de su rostro con lentitud.

—Vendí unos vestidos que mi antigua cuñada me regaló, tengo algunos ahorros con los que podríamos comprar unos pasajes para partir a América.

—Cuando tenga dinero, juro que te lo devolveré todo.

Negó con la cabeza.

—No hace falta, somos un equipo y yo estaré feliz siempre y cuando estés a mi lado.

Porque la única persona que le permitía sentirse tranquila era su hermano, puesto que a pesar de todo lo que podría acercarse a partir de ahora, nunca consideró la sola idea de abandonarla.

—Es nuestra última noche aquí —musitó Ibrahim, observando la casa de huéspedes donde se estuvieron quedando, y Lilias lo miró de reojo.

¿Debería decirle que Randall se encargó de averiguar dónde se estuvieron quedando?

—Mañana por fin podremos mudarnos y espero que tu nuevo hogar te guste.

Le sonrió con ternura.

Su suerte había cambiado mucho en los últimos años, Ibrahim trabajó arduamente para realizar las inversiones correctas y ahora se dedicaba a la compra y venta de inmuebles, y trabajaba junto a Travis Spinster, un americano que se ganó el respeto de la nobleza inglesa, gracias al favor que poseía de la reina.

Tenía entendido que pronto iniciarían la construcción del hotel más grande de la ciudad.

—Yo sé que sí.

Porque en el fondo, estaban a punto de cumplir su más grande sueño: tener un hogar estable, con la comida y los recursos suficientes, y el cual nunca se les fuera arrebatado por malas personas.

—Veo que ya llegaron —la voz de Seamus Armitage, el mejor amigo de su hermano, llegó a sus oídos y se volvió hacia él con una gran sonrisa en el rostro.

—Alguien extrañó a su madre —musitó Eugenia, la prima de Seamus, una solterona consagrada que llevaba un año ayudándola con el cuidado de la pequeña pelirroja de dos años que le sonrió con alegría.

—Mamá... —Rosslyn estiró el cuerpo en su dirección y ella no demoró mucho en tomarla en brazos para estrecharla contra su cuerpo.

—Gracias por cuidar de ella, creí que tomaría menos tiempo —admitió en voz baja y besó la coronilla de su hija.

«No daré marcha atrás, tú mereces más de lo que te estoy dando».

Si quería que su hija tuviera una buena vida, lo primero que debía hacer era desvincularse de su padre para siempre, porque sólo así su dinero empezaría a hacer algo bueno por ellas.

«No quiero volver a saber de ti en mi vida, deberías dar las gracias de que ninguna vida esté

creciendo en ti, porque de ser diferente, lo lamentarías», las palabras de Randall retumbaron en su cabeza y empezó a temblar sin control alguno.

Él le había amenazado de muchas maneras, ¿cómo reaccionaría si llegaba a enterarse de que al final de todo sí llevaba una vida en su vientre cuando él solicitó el divorcio?

Se había enterado de su embarazo a las tres semanas de abandonar Kent Abbey y en ese momento decidió mantenerlo en secreto, hasta que un mes más tarde se desmayó en el piso que estuvo ocupando con su hermano y él llamó a un doctor.

—Entrégame a mi sobrina —pidió Ibrahim, tomando a Rosslyn en brazos, y su hija observó a su tío con fascinación.

«Es lo correcto, gracias a él ambas huimos exitosamente de la crueldad de Randall Aldrich», pensó para sí misma y observó la escena con ternura. Ibrahim lo había dejado todo por ellas e hizo hasta lo imposible para que ella se sintiera bien durante su embarazo y su hija tuviera una buena cama a la cual llegar.

Tal vez Rosslyn no tenía un padre, pero tenía un excelente tío.

Capítulo 4

“Lilias Cumming ha cautivado a más de un hombre en la ciudad, algunos honorables y otros no tanto, pero su amenazante hermano se ha encargado de poner a muchos en su lugar, logrando captar la atención de más de una señorita de sociedad **Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**”.

¿Por qué diablos nadie conocía la casa donde vivía Lilias con Ibrahim?!

¿Qué tipo de juego de mal gusto era este?, ¿Por qué diantres lo visitó si luego tenía pensado esconderse tan bien? Lo mejor habría sido que ella nunca diera la cara si pensaba comportarse de esa manera.

Además, ¿por qué lady Berricloth llamaba a Lilias por su nombre de soltera?

¡Ella era su mujer, maldita sea!

Una carcajada masculina lo hizo gruñir con disgusto y Archie chasqueó la lengua con diversión, su amigo se la estaba pasando en grande y todo porque hace menos de una semana él se había atrevido a decir en voz alta que Lilias no era nadie importante en su vida y ahora estaba actuando de manera incongruente.

—Descuida, no todos en el club tienen tiempo para hablar de tu flamante esposa —se mofó y lo miró con disgusto—. ¿Qué esperabas? Es preciosa, incluso yo quedé prendado de su belleza y no me siento mal por ello, solo un ciego sería capaz de ignorarla.

«Ni siquiera un ciego lo lograría», quiso decirle, dado que él no necesitó verla en su noche de bodas para desearla con intensidad.

—¿Hablaste con tu padre sobre lo ocurrido?

—No —siseó.

—Han pasado tres días, quizá él pueda darte algo de información —su amigo barrió el club con la mirada—. No he visto a Sutherland, tal vez él podría ayudarte.

—Ya te he dicho que no me gusta hablar con mi familia, los evito la mayor parte del tiempo.

Era la vergüenza familiar, ¿por qué ellos querrían reunirse con él y con qué cara pediría información de la mujer que se encargó de desterrar en el pasado?

—¿Qué harás?, ¿iniciarás un nuevo proceso de divorcio?

—¿Te interesa? —farfulló con enojo—, ¿acaso quieres sumarte a la lista de pretendientes de mi esposa?

—Tal vez —se encogió de hombros.

—Aléjate de Lilias o tendremos problemas. —Su amigo le sonrió con cinismo, acababa de caer en su trampa—. Sí, estás en lo cierto, no pienso renunciar a ella. No le dejaré el camino libre a ningún idiota.

—Pero ¿qué tal si ella regresó a pedirte el divorcio porque ya hay alguien más en su vida? —la sangre abandonó su rostro y por unos cuantos segundos se olvidó de cómo respirar—. Podría ser posible —soltó con obviedad—, vivió tres años en el exterior, es preciosa y se creía una mujer libre, ¿de verdad crees que...?

—Archie... —su voz bajó una octava, no quería continuar con esa conversación.

—Ambos sabemos que mujeres como ella atraen abejas y moscas, me pregunto si nunca estuvo tentada a jugar con alguna.

—¡Basta! —golpeó la mesa con rabia y su amigo respingó en su lugar—. Si ella regresó con

alguien más, mataré a ese hombre para que abandone su absurda idea de quedarse con mi esposa —le dio un largo sorbo a su copa, rezando en silencio para que la historia no se repitiera.

Conocía los secretos de su familia, sabía todos los errores que cometieron sus padres y hermanos, pero por un momento pensó que él nunca intentaría regresar a la mujer que rechazó en primera instancia.

El karma era una mierda.

—Tengo entendido que Cumming está intentando volver en sociedad, tal vez está buscando inversores o una esposa con dinero.

—¿Cuál es su situación?

Archie amaba el chisme, tal vez podría informarle qué tan pobres eran los Cumming ahora.

—¿Sabes por qué no puedes encontrarlos? —negó con la cabeza—. Porque Ibrahim Cumming posee más de veinte casas, las adquiere, les hace reparaciones y luego las vende a un precio estafalario. Se dice que se hizo muy rico en los últimos años.

Si eso era verdad, Lilias no demoraría mucho en conseguir el dinero para la demanda de divorcio, pero ¿importaba? Era una mujer, mientras él no quisiera separarse de ella, su voz jamás sería escuchada.

—Se dice que sus socios más importantes son Travis Spinster y el barón de Mountevans.

—¿El barón? —masticó sus palabras.

—Sí, Seamus Armitage.

Su esposa lo había nombrado en su noche de bodas, ¿podría ser que ellos...?

—Es su mejor amigo, ¿por qué te sorprendes? Tengo entendido que cuando ellos llegaron a Londres por primera vez vivieron por casi cuatro años bajo el mismo techo que el barón.

Randall tiró sus cartas sobre la mesa, ya no se le apetecía jugar. El regreso de Lilias había mermado todo su interés por el juego y sus negocios, ella era la única que albergaba sus pensamientos y eso era desquiciante.

—¿Viven juntos?

—No lo creo, pero el barón debe saber dónde viven.

Randall abandonó su lugar, pero su amigo lo sujetó del brazo con rapidez.

—¿Qué haces?

—Iré a verlo, hay unos temas que quiero tratar con él y...

—Es medianoche, Randall, él ni siquiera debe estar en su casa. —Siseó un juramento—. Disfrutemos de esta noche en el club y mañana a primera hora iremos a verlo, yo te acompañaré.

Lo miró con seriedad.

—¿Temes que cometa una imprudencia?

—Bueno, retaste a duelo a tu gemelo por una mujer que ni siquiera amabas, dejaste en coma a Cumming y le pediste el divorcio a tu esposa, comprenderás que tengo todo el derecho para imaginarme que estás más que listo para cometer una nueva imprudencia, ¿verdad?

—Mejor cállate y pide otra botella —farfulló—, no me iré de este lugar hasta que me echen.

—Me dará mucho gusto sacarte a rastras —bromeó el castaño y él se rio por lo bajo.

Con amigos como Archie, Randall entendía mejor el por qué ya no tenía enemigos.

Lilias apenas y podía creer que estuviera en la parte trasera de Las garras de Lucifer, un área del club a la cual sólo tenían accesos los dueños, los empleados y la gente que contara con el favor de la Srta. Rosemary. Por supuesto, ella no contaba con el favor de esa mujer, hasta el

momento sólo había oído hablar de ella; no obstante, sí que tenía una invitación suya para que pudieran reunirse esa noche.

«Gracias, Seamus, jamás tendré como pagarte este favor».

No tenía la menor idea de cómo lo hizo, pero fue su amigo quien arregló esa reunión.

—La Srta. Rosemary llegará pronto, por favor, espere por ella —le pidió una criada y ella asintió con timidez, quitándose la capa con movimientos escuetos para acercarse al hogar.

Era una oficina hermosa y lujosa, todos los muebles parecían nuevos y a la moda y tal vez ese hecho no debería sorprenderle. Según tenía entendido, sus cuñados eran muy ricos debido a sus clubes y tanto Las garras de Lucifer como Triunfo y derrota eran del marqués de Sutherland y sus amigos. Los cuadriláteros del infierno pertenecía a lord Zachary, quien era mejor conocido como King por esos lares y tenía a todo Covent Garden a su favor.

Se sentó en el sillón que estaba frente al hogar y observó su regazo con fijeza.

Al menos Seamus y Eugenia convencieron a su hermano de que la dejara asistir sola al club, lo menos que necesitaba ahora mismo era que Rosemary creyera que dependía de la protección de su hermano mayor. Podía dar por sentado que Ibrahim no se sentiría tranquilo hasta que ella llegara a su casa.

—Lamento la demora —espetó una mujer de curvas despampanantes y cabellera oscura, captando su atención, y Lilias abandonó su lugar con lentitud—. ¿Cuál era tu nombre, querida? —la estudió con la mirada y por alguna extraña razón, se le hizo familiar.

—Lilias Cumming.

Sabía que era un seudónimo, nadie conocía la identidad de esa fémina y ella no tenía razón alguna para querer averiguarlo.

—Lilias... ¿Cumming? —sus ojos color cielo se abrieron con sorpresa y ella asintió—. Por un momento pensé que vendría disfrazada de hombre y buscaría resguardar su identidad.

No era una broma, pero ella se rio.

—No le temo al qué dirán, lo cierto es que no tengo una reputación que proteger.

—¿Ah sí? —acarició su abanico y le indicó el lugar que estaba frente a su escritorio—. Eres valiente y eso me agrada, pero más me gusta cuando la gente es inteligente, ¿por qué deseabas verme, corazón?

Era una mujer amable, bastante para su sorpresa, puesto que muchos miembros del club solían decir que era inflexible y bastante exigente cuando se lo proponía.

—Vine a hacerle una propuesta —espetó de pronto y la pelinegra la miró con interés—. Sé que ama este club y lleva años supervisándolo.

—Así es...

—Pero no es la dueña —le pareció ver un brillo de diversión en sus ojos—, así que le ofrezco abrir un club en conjunto.

—¿Por qué querría otro club si estoy cómoda aquí? —acarició su mentón y Lilias esbozó una pequeña sonrisa.

—No quiero abrir un club para caballeros, sino un club para solteronas. —Por primera vez en la noche, Rosemary se quedó sin palabras—. Tiempo atrás cree el club de las solteronas, pero ahora que he crecido y soy una mujer divorciada —espetó con seguridad, no dejó que su voz temblara—, entiendo más lo que implica pasar mucho tiempo sola, por lo que me gustaría darles una oportunidad a las mujeres para disfrutar de su tiempo, dinero y los hombres.

—Dios, es una idea brillante —admitió con fascinación y se relamió los labios con ansiedad—. Pero alzar un club no es sencillo, se requiere años de esfuerzo y no tenemos una locación.

—Tengo una casa a pocas calles de aquí, la he adquirido hace poco y creo que sería un lugar

perfecto para un club femenino.

—No es tan sencillo, no todas las mujeres quieren comprometer su reputación —la miró con recelo y ella asintió.

—Será un club discreto, se exigirá total confidencialidad a todos los miembros. Existen muchas mujeres que anhelan tener un lugar así, he viajado con mi hermano por muchos años y he conocido a diferentes féminas, estoy casi segura de que nuestro club será un éxito.

—No lo sé —tamborileó sus dedos con nerviosismo, la oferta la había abrumado—. ¿Cómo se llamaría?

—Diamantes.

—¿Por qué ese nombre?

—Porque las mujeres no necesitamos un pretendiente, esposo o amante para brillar, somos gemas preciosas.

Rosemary ensanchó su sonrisa e inclinó el cuerpo en su dirección.

—Tienes una mente astuta, pero ¿cuál es tu capital? —Se tensó, esta era la parte más difícil de su acuerdo—. Quieres ceder el lugar, pero supongo que tienes algo más que ofrecer.

—Sólo tres mil libras —confesó con seguridad, pero empuñó las manos en su falda con nerviosismo—. Tengo muchas responsabilidades, no puedo entregar todo mi capital, pero puedo trabajar en cualquier cargo del club cuando este se inaugure.

—¿Y cuantas acciones querrás del club?

—Quiero el cuarenta por ciento. —Era su idea, había trabajado meses en ese proyecto y estaba decidida a hacer lo que sea con tal de conseguirlo.

—¿Sólo el cuarenta? —frunció el ceño—. Otra mujer pediría el cincuenta o el sesenta.

Lilias tragó con fuerza.

—Pensé que usted querría el otro cuarenta.

Rosemary enarcó una ceja.

—¿Y qué sucederá con el otro veinte por ciento?

—Mi hermano invertirá diez mil libras.

Dinero que en realidad era suyo, pero prefería decir que era de Ibrahim en caso de que Randall Aldrich intentase pasarse de listo.

—Con esa suma podrían empezar solos.

—Necesitamos su experiencia, no seremos competencia; es más, con tiempo podríamos ser aliados de Las garras de Lucifer y Triunfo y derrota.

—Te diré un secreto. —Lilias asintió—. Soy la dueña de Las garras de Lucifer, pero tengo muchos socios que cuidan mis pasos.

—Ya veo...

—¿Por qué no te sorprendes?

—Porque ahora tiene sentido que Las garras de Lucifer haya destronado a Triunfo y derrota, usted hizo las cosas muy bien.

—Me agradas —admitió con sinceridad y blandió su abanico—, pero a lo que quiero llegar es que necesitas más socios para salir adelante. Los contactos lo son todo en la vida, pienso hablar con Windsor, Winchester, Beaufort y Sutherland sobre el tema.

—No, espere, no puedo reunirme con el marqués de Sutherland —musitó atropelladamente.

—¿Por qué no? —frunció el ceño.

—Soy la exesposa de su hermano menor, por mi culpa su familia se destruyó, él nunca querrá hacer negocios conmigo.

La pelinegra la miró con fijeza.

—¿Quieres abrir tu club? —Lilias le rogó con la mirada—. En tu expediente vi que tienes una hija, ¿es de tu exesposo?

—Él no sabe de su existencia —admitió cabizbaja.

—Si quieres triunfar, debes reunirte con esos hombres. Sin su aprobación, tu club nunca triunfará.

Lilias inhaló con pesadez y asintió lentamente.

—¿Podría conseguir una audiencia para mí?

—Irás a la mascarada de los marqueses de Teingham, te conseguiré una invitación.

—¿Qué? —la miró con horror.

—Invitaremos a tu hermano, es hora de crear buenos vínculos.

—Pero ¿acaso no me escuchó? Soy una mujer divorciada, nadie me aceptará y...

—Te enviaré la invitación y tu atuendo te llegará a más tardar en cuatro días, la fiesta es el fin de semana.

—Srta. Rosemary, no creo que sea prudente mostrarme en público.

—Es una mascarada, sólo hablarás con mis socios y luego podrás irte si así lo deseas.

Ella habría preferido mantener un perfil bajo, pero rechazar su invitación sería lo mismo que cavar su propia tumba, ¿verdad?

—Está bien, asistiré.

—Irá el barón de Mountevans.

—Entiendo.

Nada de lo que le dijera la haría sentir mejor, sabía que su aparición en esa mascarada le daría el contenido suficiente a lady Berricloth para entretenerse con su nombre toda una semana.

—Bien, es hora de que te cambien y vengas conmigo.

—¿Qué? —la miró con sorpresa—. ¿Ir a dónde?

—Quiero enseñarte mi club, si quieres abrir el tuyo, tienes que conocer unos cuantos, ¿no crees?

—Yo... ¿de verdad podré entrar a un club de caballeros? —preguntó con entusiasmo y la pelinegra se rio por lo alto.

—Creí que te escandalizarías. —Lilias estudió su aspecto, su vestido era lindo, pero no era adecuado para un club nocturno—. No te preocupes, mi doncella encontrará algo adecuado para ti y llevarás una máscara puesta.

Lilias sonrió abiertamente y la felicidad que sintió en el pecho le dio razones suficientes para comprender que su club sería más que un rayo de esperanza entre las mujeres que no lograron consolidar buenos matrimonios y sabían que aún tenían mucho por vivir y experimentar.

Capítulo 5

“Damas y caballeros, todo parece indicar que nunca hubo un divorcio y Lillas Cumming sigue siendo Lillas Aldrich. Es evidente que la familia Aldrich nunca dejará su mala costumbre de generar grandes escándalos
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Randall no tenía la costumbre de meterse en la vida de sus hermanos ni de nadie, odiaba a la gente entrometida; sin embargo, por alguna extraña razón, sus ojos no podían apartarse de Seraphina, su hermana mayor, quien iba disfrazada de Rosemary y paseaba por el club de lo más entusiasmada sin la compañía de su esposo.

¿Por qué?

El vizconde de Portman nunca la dejaba sola en esos salones, pero hoy su hermana no estaba del brazo de su esposo, sino que junto a ella iba una despampanante rubia de figura hermosa y piel lechosa.

No estaba seguro de si la conocía, la máscara cubría gran parte de su rostro, pero había algo en ella que le impedía apartar la mirada de las dos mujeres que parecían estar pasándola en grande mientras hablaban detrás de sus abanicos.

—¿Será una nueva cortesana? —inquirió Archie con interés y lo miró de reojo—. De ser así, no durará mucho tiempo. Algún noble acaudalado llegará y se la llevará.

Las mujeres desaparecieron de su campo de visión y Randall observó a su amigo con interés.

—¿Aún no tienes una amante? —quiso saber, últimamente él estaba actuando algo extraño—. ¿Qué pasó con la mujer que solía demandar tu atención?

—Es imposible, al final de todo acepté que nunca seré más que un amigo para ella.

¿Podría ser que lady Berricloth no hubiera errado a la hora de insinuar que su amigo solía pasar mucho tiempo con lady Harriet?

—Es tu cuñada, ¿verdad?

—No —rodó los ojos con aburrimiento—, Harriet y yo sólo somos buenos amigos, Isaac me mataría si posara los ojos en ella.

—Tu hermano la odia.

—Mi hermano es demasiado posesivo, te sorprendería saber la facilidad con la que pierde los estribos cuando alguien se mete con lo que es suyo.

—Esa información me alivia —le dio un sorbo a su copa—, te aseguro que ninguna mujer vale lo suficiente como para arruinar tu relación con tu hermano.

—¿Eso opinas? —El aire abandonó sus pulmones y miró con asombro como Seymour se sentó junto a ellos en la mesa—. Acabo de llegar a Londres y el club está lleno, supongo que no les molestará que los acompañe.

Seymour estuvo fuera de Londres por más de dos años. Ni bien nació su hijo y Georgina quedó fuera de peligro debido a su complicado parto, él decidió brindarle su libertad financiera para que ella viviera donde quisiera y tuviera todas las comodidades junto al pequeño Farrell. No tenía la menor idea de a qué acuerdo había llegado la pareja, pero sabía que su gemelo no la estaba pasando nada bien.

Él nunca habría abandonado a su hijo tan fácilmente, pero...

«Tienes que ayudarme, Randall, no quiero casarme con tu hermano», recordó un breve

fragmento de la carta que Georgina le envió hace más de tres años y la cual complicó toda su existencia, y apretó la mandíbula.

Si tan sólo hubiera ignorado esa carta, todo sería diferente.

—Creí que no llegarías hasta dentro de un mes —espetó Archie con curiosidad y Randall quiso matarlo por esconderle información tan importante. Sabía que compartían cartas, pero nunca quiso abordar ese tema tan descaradamente—. ¿Ya visitaste a tu hijo?

—Sólo mi esposa sería capaz de inspirarme ganas de beber en Las garras de Lucifer.

Porque a diferencia de todos sus hermanos, Seymour odiaba la vida nocturna y el libertinaje. Era un snob en todos los sentidos, seguramente el orgullo de sus padres, puesto que él era el único hijo cuerdo y sensato que poseían.

—¿Tan mal te va? —pensó en voz alta y su gemelo lo miró con fijeza—. Creí que su relación mejoraría con un hijo.

—Pensé lo mismo, pero a pesar de tener la misma cara, creo que ella sigue pensando en ti.

—Ya no me interesa —espetó con voz tensa, él no tenía ningún tipo de amistad o relación con Georgina—. Tengo asuntos más importantes que tratar y...

—Oí que Liliás regresó. —En esta ocasión, su tensión no fue tan positiva ni serena—. Coincidí con ella y su hermano en un par de viajes, está claro que la suerte está de tu parte. —Sonrió con malicia, él estaba muy al tanto de lo hermosa que era su esposa—. ¿Qué harás?, ¿vas a divorciarte?

—¿Cómo lo sabes?

—Padre —soltó con sencillez y él ahogó un juramento.

—¿Es que todos lo sabían menos yo?

—Así parece.

¿Por qué diablos su padre no le dijo nada al respecto?!

«¿Debería ir a buscarlo?» Se preguntó a sí mismo. «No, no vayas, él no merece tu tiempo», le respondió otra vocecilla con nerviosismo.

—No tengo mucho contacto con ellos —dijo de pronto y su hermano pidió una copa limpia para robarles de su brandy—. Todo cambió después de mi divorcio.

—Lo sé, la vergüenza no te permitió dar la cara. —Empuñó las manos con disgusto, odiaba que lo conociera tan bien—. ¿Ni siquiera intentas reunirte con nuestra madre?

—Les envió regalos en fechas especiales y de vez en cuando compartimos un par de cartas.

—Ya veo... —su hermano apartó la mirada con desinterés—. No respondiste a mi pregunta, ¿vas a divorciarte? —Randall negó lentamente con la cabeza—. ¿Por qué no? Creí que la odiabas, que jamás podrías perdonar su traición y que te desagradaba en su totalidad.

—¿Quién dice que la perdoné? Por su culpa nuestra familia...

—¿Crees que nuestra familia habría quedado intacta si no nos hubiera informado lo que pensabas hacer? —farfulló con disgusto, acallándolo—. Ibas a robarte a mi prometida, todo habría sido peor si hubieras conseguido tu objetivo.

Pero él no fue a Londres para robarse a Georgina, simplemente fue a ayudarla, puesto que ella no quería casarse con su hermano.

—En momentos como estos, quisiera regalarte mi nombre y poseer el tuyo. —Randall abrió los ojos con sorpresa—. Te entregaría a Georgina sin dudarlo, fuiste su primer amor y creo que fui un necio al creer que ella podría olvidarte.

—No quiero ocupar tu lugar —soltó con sinceridad.

—Pero yo sí quiero el tuyo, he compartido el tiempo suficiente con Liliás como para saber que es una excelente compañera.

—Seymour... —siseó Archie, advirtiéndole con la mirada, y su hermano se rio.

—¿Qué? Es divertida, inteligente, ocurrente y bastante hermosa.

—Es mía —gruñó con disgusto y su hermano lo miró con fijeza.

—Georgina era mía y no respetaste ese hecho.

¿Qué tipo de broma de mal gusto era esta?

¡Su hermano no podía estar interesado en su mujer!

—¿Qué es lo que pretendes? —quiso saber, en esta ocasión no perdería los estribos tan fácilmente—. No creo que tu intención sea terminar nuevamente en un duelo, ¿verdad?

—Muchachos...

—Estoy en Londres para recuperar a mi familia, si te metes en mi camino, te mataré.

Randall no supo qué le sorprendió más, pero definitivamente le causó algo de gracia y orgullo que por fin su gemelo tuviera los pantalones para cuidar lo que era suyo. Durante años, Seymour fue el hermano pasivo y silencioso, pero ahora parecía tener voz y coraje.

Su viaje le había sentado mejor de lo esperado.

—Te deseo suerte.

Él se había alejado de todos los Aldrich después de su divorcio y eso incluía a Georgina, por lo que no había razón alguna para que su hermano se sintiera intimidado.

—Y sobre Lillas —la piel se le puso de gallina, esperaba que no volviera a hacer ningún comentario absurdo respecto al tema—, estoy seguro de que Rosemary está con ella ahora mismo. —Lo miró significativamente, dado que nadie, además de su familia, sabía que Seraphina y Rosemary eran la misma persona, y tratando de mostrarse lo más calmado posible, abandonó su lugar y se dirigió hacia las escaleras.

¡¿Pero qué diablos tenía su hermana en la cabeza para meter a Lillas en Las garras de Lucifer?!

Maldición, si Lucien no hacía algo con Seraphina, esa mujer terminaría sacando a todo el mundo de quicio.

—Gracias —siseó y compartió una última mirada con su hermano.

¿Podría ser que su relación aún no estuviera perdida?

Ese sería un tema que iría resolviendo en los siguientes días, ahora mismo sólo deseaba saber por qué Lillas se estaba relacionando con alguien como Rosemary.

—Como pudiste ver, existen muchos placeres que nos son negados a las mujeres —espetó la pelinegra, blandiendo su abanico, y Lillas tragó con fuerza, no muy segura de qué decir al respecto.

Suponía que llevaban alrededor de una hora vagando por el club y nada de lo que había visto le resultó remotamente familiar. Sabía lo que era la intimidad con un hombre, Randall intimó con ella en muchas ocasiones para embarazarla, pero nunca hicieron nada parecido a lo que las parejas de ese lugar hacían.

Este mundo era muy diferente y desconocido para ella.

—Debo admitir que nunca me imaginé tanto libertinaje, no sé si las damas querrán gozar de los mismos privilegios que los hombres. Ellas podrían sentirse incómodas en un principio.

—Lo sé, por eso quería que vieras cómo funciona este club. Nuestros segmentos son muy diferentes, por lo que debemos ver actividades que no sólo generen placer sexual, somos más complejas que los hombres, nosotras necesitamos aventuras.

Definitivamente hizo muy bien al reunirse con esa mujer, ¿quién mejor que ella para guiarla en ese camino?

—Srta. Rosemary —llegó una criada con paso apresurado y se plantó frente a ellas.

—¿Qué sucede? —frunció el ceño.

—Lord Randall Aldrich lleva más de veinte minutos buscándola por todo el club, está muy enfadado.

Lilias se tensó y la pelinegra la miró con interés.

—Sabe que estás aquí.

—¿Qué? Es imposible, nosotros...

—Debes irte, llévate el vestido contigo. Tu carruaje está esperando por ti.

¡¿Por qué diantres Randall tenía que arruinar todos sus planes?!

—Pero...

—Vete, lo conozco muy bien como para saber el tipo de alboroto que es capaz de armar en mi club —ordenó y ella tragó con fuerza—. ¿Él sabe de tus planes?

—No, no se lo diga —rogó angustiada y la sujetó del brazo—. No estamos divorciados, algo salió mal y debemos empezar todo el proceso de nuevo —soltó atropelladamente—. Si él se entera que tengo propiedades y dinero, intentará arrebatar me todo.

—¿Cómo dices? —la mujer torció los labios con disgusto—. No creo que a él le interese...

—Me odia, haría hasta lo imposible por destruirme.

—¡Dime dónde está! —el grito de Randall la hizo respingar en su lugar y Rosemary se soltó de su agarre para dirigirse a la criada.

—Sácala de aquí, encárgate que nuestra gente la escolte.

—Como usted ordene.

Lilias no tuvo más remedio que seguir el camino que la criada le enseñó y no se sintió tranquila hasta que estuvo resguardada en su carruaje, de camino a su casa.

Tres años. Habían pasado tres años desde que dejó Londres y se convirtió en otra mujer, pero incluso así, no podía dejar de tenerle miedo.

Se abrazó a sí misma.

Era muy difícil simular valentía cuando sabía lo cruel que él podía llegar a ser.

Los ingleses nunca le brindaron el mejor de los tratos, eso lo tenía claro, pero lo que Randall le estaba haciendo ahora mismo era simplemente humillante. Le costaba creer que el hombre que tenía en frente era el mismo sujeto que estuvo junto a ella en Kent, consolándola por el estado de su hermano y haciéndole el amor en cada oportunidad.

«Todo fue una farsa», pensó con amargura y utilizó todo su ingenio y coraje para no llorar. Demostrar debilidad sería un pésimo error, él estaba bebido y armado, por lo que era altamente peligroso para su bienestar.

—Te quitaré el pañuelo de la boca y por tu bien no grites —musitó con voz ronca, acariciando su mejilla con su pistola—. No ha sido fácil dar contigo, te escondiste muy bien en tu afán de proteger a tu hermano.

Lilias inhaló superficialmente cuando sus labios quedaron en libertad y clavó la vista en el arma que estaba muy cerca de su rostro.

—No me escondí, fue el único lugar que podíamos pagar —soltó con voz suave—. No era necesario raptarme, yo... —el aliento se atoró en su garganta cuando con la mano libre él apesó su nuca—. ¿Qué quieres?, haré lo que sea —dijo atropelladamente y él se rio por lo bajo.

—Mi familia se opone al divorcio, no es de extrañar, pero igual me genera disgusto.

¿Y por esa razón la trataba de esa manera?

—Mi abogado te llevará unos papeles en tres días, fírmalos todos y evita a toda costa encontrarte con mis padres. Si me entero que hablaste con ellos...

—No —susurró alarmada cuando el cañón se posó en su sien.

—Estás advertida —bajó el arma y Lilias odió que la visión se le cristalizara.

La duquesa de Kent le había dicho que su hijo nunca intentaría lastimarla, pero ahí estaba ella, en las afueras de la ciudad, en el carruaje de su hijo, maniatada y siendo amenazada con una pistola.

Estaba claro que esa mujer no conocía a sus hijos.

La garganta se le cerró y negó rápidamente con la cabeza.

Eso estaba en el pasado, no había razón alguna para traer esos recuerdos al presente. El odio de Randall había mermado, por eso no intentó lastimarla la noche que lo visitó en su despacho; sin embargo... ¿haría bien en creer que él no haría nada ahora que ella había regresado?

«No bajes la guardia», rogó una vocecilla y ella asintió con congoja.

—Rosemary hizo bien al sacarme de ese lugar, no quiero ni imaginarme qué hubiera pasado si Randall me hubiera descubierto en medio de tanta lujuria y libertinaje.

Después de ver todos los paisajes sexuales que el club pudo enseñarle, Lilias empezó a cuestionarse si realmente conocía la pasión. Todo parecía indicar que no, pero no podía culpar a su esposo por ello.

Él nunca la deseó, por obvias razones, y en su corazón siempre estuvo Georgina.

«Una mujer que hasta la fecha no tiene rostro para mí», acotó pensativa.

Cuando llegó a su casa, rezó en silencio para que su hermano estuviera en cama, pero dos suaves carcajadas la hicieron parar en seco y la llevaron hacia el salón de juegos. Grata fue su sorpresa al ver como Ibrahim se encontraba jugando una partida de ajedrez con Eugenia.

—Y yo pensando que estabas preocupado por mí —bufó y su hermano volvió el rostro en su dirección.

—Claro que lo estaba —soltó Ibrahim con fingida ofensa—, pero Eugenia supo calmarme.

Para ellos ya no existía las formalidades, la prima de Seamus era su amiga, un miembro de la familia, y por esa razón no era extraño encontrarla con Ibrahim a horas tan altas de la noche, totalmente solos.

—Si no lo hacía, habría echado fuego por la boca —bromeó la rubia con diversión y Lilias se rio por lo alto—. Por cierto, qué lindo atuendo.

—¿De dónde sacaste esa ropa? —inquirió su hermano con recelo.

—La Srta. Rosemary me enseñó su club y pensó que lo mejor sería que escondiera mi identidad.

—Es una mujer lista —reconoció su amiga.

—¿Y qué te dijo?, ¿será parte de tu proyecto? —Los dos pares de ojos se posaron en ella.

—Todo parece indicar que debo conocer a un par de personas y que la sociedad no será únicamente entre las dos, debo tener la aprobación de ciertos pares de la nobleza.

Lo mejor sería no mencionar el hecho de que uno de esos pares debía ser el marqués de Sutherland.

—¿Te dijo cómo lo conseguirás? —inquirió la rubia—. No es fácil acercarse a ellos.

Su hermano se cruzó de brazos con preocupación.

—Sí, nos enviará una invitación para que asistamos a una mascarada el fin de semana. —Ibrahim abrió los ojos con sorpresa—. Dijo que debemos involucrarnos y creo que está dispuesta a abrirnos las puertas de algunos salones de baile.

—Eso es grandioso —susurró su hermano—, pero ¿quieres hacerlo? Ir a una mascarada significa encontrarte con los Aldrich.

—Mientras nadie esté al tanto de que sigo casada con Randall, todo estará bien.

Lilias se fue a dormir con ese pensamiento, pero a la mañana siguiente, todas sus esperanzas se vinieron abajo cuando la chismosa más grande de Londres anunció uno de sus secretos.

Por todos los cielos, ¡ella no quería ser reconocida como una Aldrich!

La garganta se le cerró, lady Berricloth no era alguien que pudiera tomarse a la ligera. Volvió el rostro y observó el pequeño cuerpo de Rosslyn, quien de vez en cuando dormía a su lado, y negó lentamente con la cabeza.

«Si esa mujer habla de mi hija, los Aldrich no tardarán nada en presentarse en nuestro hogar».

Capítulo 6

“Después de mucho tiempo, lord Randall Aldrich se ha atrevido a visitar a su hermana, la vizcondesa de Portman, pero según fuentes cercanas, las cosas no terminaron muy bien entre los hermanos con dicho encuentro
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

—Dejé que anoche te escaparas porque estábamos en tu club, pero ahora las cosas son muy diferentes y quiero que me digas qué diablos hacía mi mujer en Las garras de Lucifer.

—¿Tienes mujer? —inquirió Seraphina con fría calma, revisando su libro de cuentas.

—Berricloth ya lo dijo, nuestro divorcio nunca se efectuó.

—A veces no sé si amar u odiar a esa mujer. —Suspiró—. Sin embargo, no sé de qué hablas, no he visto a Lilias en años.

Randall achicó los ojos con recelo, tenía la leve sospecha de que su hermana le estaba mintiendo.

—Seymour la reconoció.

—Eso tiene sentido, él apenas y conoce a Lilias, difícilmente la habría identificado bajo un disfraz.

—Dime la verdad, ella...

—Ayer estabas en mi club y hoy en mi casa, ¿de verdad crees que puedes hablarme como se te apetezca, mocosito?

Randall siseó un juramento, ya decía él que ella estuvo siendo muy tolerante con él en su conversación.

—Era ella, ¿no es así? —inquirió con más calma y los ojos celestes de su hermana brillaron con interés.

—¿Por qué la buscas? Hace tres años estabas desesperado por huir de ella, ¿tanto te importa que haya o no estado en mi club?

Eso era un sí, y ahora él ansiaba saber el por qué Lilias estaba frecuentando esos lares.

—¿Sabes dónde vive? —respondió con otra pregunta—. Necesito hablar con ella y sé que después de la nota de lady Berricloth se esconderá por un par de días.

—No sé nada, pero quizá nuestro padre o Connor puedan ayudarte.

«No quiero volver a saber de ustedes en mi vida», recordó la noche que lo arruinó todo y torció los labios con disgusto.

Lo mejor sería que buscara él solo.

—Ella sigue siendo mi esposa.

—Eso se dice.

—No quiero divorciarme y pienso hacer hasta lo imposible para que ella se olvide de esa absurda opción.

—¿Absurda? —sonó bastante disgustada—. ¡Fuiste tú quien provocó esto!

—Lo sé, maldita sea, por eso pienso hacer hasta lo imposible por tener una segunda oportunidad.

Su hermana se quedó en silencio, dejando claro que no abordaría ese tema por el momento y él decidió que era momento de retirarse.

—Creo que lo mejor será...

—Irás a la mascarada de los marqueses de Teingham —soltó la rubia y sus ojos se abrieron con sorpresa—. Pero déjame decirte que ella sólo espera lo peor de ti, así que debes ser muy cuidadoso en cada una de tus acciones y palabras que emplees.

—Lo sé —tragó con fuerza.

—Sea lo que sea que le hiciste en Kent Abbey hace tres años, está claro que ella no lo ha olvidado.

¿Que qué le hizo?

Fácil.

Jugó con sus esperanzas, le hizo creer que podría existir un futuro entre ellos y después de muchos encuentros pasionales, salió corriendo como un imbécil ante el llamado de Georgina. Y como si no fuera poco, fue un salvaje cuando la echó de su casa junto a su hermano, quien apenas y acababa de salir del coma.

Se frotó las sienes con frustración.

«Esto será complicado».

Lilias tenía razones de sobra para odiarlo, pero ningún divorcio se efectuaría mientras él no estuviera a favor del mismo.

—¿Cómo te fue? —inquirió Archie ni bien salió de la casa de los vizcondes y él gruñó con disgusto.

—¿Cómo crees?

—Te mando al diablo, ¿no es así?

Randall siseó un juramento.

—Dijo que asistirá a la fiesta de tu hermano, quiero una invitación.

—Pero nunca asistes y...

—¿Puedes conseguirla o no? —le cortó con molestia, lo último que necesitaba era perder más tiempo.

Lilias se traía algo entre manos y por esa razón estaba frecuentando Las garras de Lucifer, algo que él no podía permitir.

—Sí, claro, hablaré con Colette.

—Bien —aceleró su marcha para llegar a su carruaje—. Te llevaré a Teingham House y luego iré a otro lugar.

—¿A dónde? —su amigo se plantó frente a él y lo miró con recelo.

—El barón de Mountevans tiene información que necesito.

—Déjame acompañarte, tú...

—No, este es un problema que yo mismo cree y debo solucionarlo yo solo. —Su amigo dudó y no era para menos, la última vez que estuvo envuelto en una pelea dejó a su contrincante en coma. Odiaba admitirlo, pero era un imán de problemas y desgracias—. No causaré problemas, el barón y yo sólo compartiremos una conversación.

«O al menos eso espero».

—Sólo recuerda que, si quieres recuperar a tu esposa, no puedes ser el mismo hombre de hace tres años.

En ese momento, un nudo se formó en su garganta y la sangre abandonó su rostro.

¿Qué tipo de hombre fue hace tres años?

Podría jurar que durante el trámite de su divorcio estuvo más hundido en el alcohol que nunca. Había encuentros que ni siquiera recordaba, o tal vez tenía vagas imágenes de los mismos. Se comportó como un verdadero granuja y jamás tendría perdón ni justificación alguna.

Una vez que dejó a Archie en la casa de su hermano mayor, Randall se dirigió en un pulcro

silencio hacia la propiedad del barón. Debió suponer que algo así sucedería con el regreso de Liliás, cuando ella se marchó, la noticia le generó tal conmoción que ni siquiera se preocupó en investigar cómo terminó su divorcio y sólo se marchó hacia Gales en busca de una nueva distracción.

Cuando regresó, tenía un nuevo sobrino y su gemelo ya había abandonado Londres para brindarle su espacio a su esposa, quien terminó criando sola al pequeño Farrell por dos años porque, según tenía entendido, su relación con su familia no era muy buena. Durante todo este tiempo, ni Georgina ni él pidieron una audiencia, lo que quería decir que ambos estaban muy avergonzados y arrepentidos por su actitud.

Maldición, ni siquiera conocía al hijo de su gemelo, su hermano favorito y mejor amigo, y por el cómo iban las cosas, eso tomaría algo de tiempo, dado que lo primero que debía hacer era salvar su matrimonio.

Una vez que se anunció con el mayordomo del barón, Randall no demoró ni tres minutos en ser llevado hacia el despacho del hombre, quien era considerado un hombre serio, huraño y con suerte, puesto que su título fue un regalo de la reina debido a su lealtad y valentía.

—Esperaba todo, menos una visita tuya, Aldrich —espetó el rubio de ojos verdes con frialdad, el rencor irradiaba en su mirada y eso no le permitió sentirse muy tranquilo.

¿Qué razón aparte de Liliás podría existir para que ese hombre lo mirara así?

—¿Estás seguro? —No se dejó intimidar—. Estoy seguro que tú tienes algo que necesito.

—¿Ah sí? —se reclinó en su lugar y lo observó con diversión—. ¿Algo como qué?

—El paradero de mi esposa.

—Eres divorciado —siseó y Randall enarcó las cejas.

—Mi divorcio no se validó, yo...

—¿Importa? Liliás lo solicitará de nuevo.

¿Por qué diablos se llamaban por su nombre de pila?, ¿qué tipo de relación tenían?

«Cálmate, no puedes cometer una nueva imprudencia».

—Como sea, sigue siendo mi esposa y quiero reunirme con ella. —El rubio ni siquiera se inmutó—. Dime dónde se encuentra.

—¿Por qué debería? Tal vez ella no quiere que lo sepas —se mofó de él en su propia cara y Randall inhaló con pesadez—. Olvídala, Aldrich, lo mejor que puedes hacer es aceptar el divorcio y...

—Ella te gusta, ¿no es así? —no pensaba perder un solo segundo más, quería respuestas y las obtendría a como dé lugar.

—Tanto que pienso pedirle matrimonio una vez que sea una mujer libre. —Cerró las manos en dos puños—. Si yo hubiera estado presente, su boda nunca se habría efectuado.

No se equivocó al sentir celos de ese hombre.

—Pero no estuviste ahí cuando ella te necesitaba, así que no puedes hacer nada —soltó con desprecio—. Ella es mi esposa y será así hasta que la muerte nos separe.

El rubio apretó la mandíbula.

—¿Por qué no la dejas ser libre? Tú no la quieres, yo llevo años amándola.

—Y tu error fue no tomarla mientras podías —gruñó—. Y te equivocas, tú no tienes la menor idea de cuanto quiero y anhele a mi esposa, así que si tienes algo de cerebro no te metas en mi camino.

—¿La quieres o la deseas?

—Ese no es tu problema —farfulló y consciente de que no conseguiría nada del barón, giró sobre su eje para abandonar el lugar.

—La recuperaré, he estado para ella desde sus diez años y siempre ha sido feliz bajo mi cuidado —le informó, helándole las venas—. Y las dos semanas que ella se quedó a tu cuidado fueron suficientes para que le arruinaras la vida.

—¿Y qué hiciste por ella durante esos trece años? —se volvió hacia él con despreocupación—. Ser un buen amigo para su hermano, cuidarla y darle un techo, ¿no es así?

—¿A dónde quieres llegar?

—Que en esas dos semanas que se quedó conmigo, ella fue mía hasta el cansancio y seguirá siendo así. —El rubio cerró las manos en dos puños—. Tú tienes un puesto de buen amigo y yo siempre seré su marido porque ¿qué crees? No pienso divorciarme —se rio con malicia—. Hice bien al hacerte esta visita, creo que tú y yo debíamos tener esta conversación.

Porque estaba claro que iniciarían una guerra que hubiera preferido no tener.

Abandonó la casa de Mountevans como alma que lleva el diablo y durante los siguientes días no sólo puso a su gente a buscar a su esposa, sino a estudiar cada maldito paso que diera su hermana, quien casualmente no causó ningún revuelo en los siguientes días.

«¿Qué te traes entre manos, Seraphina?»

—¿Dónde podría haberse metido? —inquirió Archie, caminando de un lugar a otro por su despacho.

—Se mantendrá oculta por un largo tiempo, la nota de Berricloth lo complicó todo —soltó con frustración.

—¿Y si no asiste a la mascarada? —el castaño de ojos oscuros lo miró con fijeza—. ¿No crees que te estás adelantando al decidir las cosas de manera tan precipitada? ¿De verdad crees que pueden ser un buen matrimonio?

La pregunta de su amigo, aun en contra de su voluntad, lo arrancó del presente y lo llevó a una época que, por más que lo intentó, nunca pudo olvidar.

—¿Por qué te escondes en el arroyo? Llevo más de una hora buscándote.

Se cruzó de brazos con molestia, observando los delgados hombros de su mujer.

—Necesitaba un poco de aire fresco —la vio encogerse en su lugar y siseó una maldición por lo bajo antes de acercarse y sentarse junto a ella.

—Lo siento, ayer fui un salvaje al ingresar a tu alcoba de esa manera. —Ella no le dio una respuesta inmediata, pero lo miró de reojo—. Pero debía cumplir con mi deber.

—¿Crees que nuestro matrimonio funcionará? —Ahora fue él quien se tomó la molestia de estudiarla con la mirada y en esta ocasión pasó por alto las marcas de la varicela y decidió estudiar sus facciones y delicados rasgos.

Su nariz era pequeña y respingona, pero lo que más llamaba su atención eran sus lindos labios rosas y carnosos.

—Podemos hacer que funcione, no es como si tuviéramos otra opción —reconoció pensativo y ella se encogió en su lugar—. Mi familia se irá pronto, querrán que pasemos tiempo juntos, y creo que es lo mejor.

—¿Te interesa pasar tiempo conmigo?

Quizá ahora no era la mujer más bella, ni mucho menos la más interesante que conocía, pero curiosamente, su esposa lo hacía sentir de una manera muy agradable cuando estaba entre sus brazos.

—Prometí que nunca le sería infiel a mi esposa —confesó y estiró el brazo para acariciar su cabeza rapada, pero ella se apartó con timidez—. Sé cómo funciona la varicela, la he tenido, así que estoy seguro de que con el tiempo podrás gustarme.

Tal vez en un futuro Lilia podría embelesarlo.

—El amor va más allá de la belleza.

«Pero no estoy hablando de amor», respondió para sí mismo, pero decidió guardar silencio.

Estaba dispuesto a tener un matrimonio a base de confianza y respeto, pero si ella lo traicionaba, dejaría de cumplir los deseos de su padre y sería el peor de los granujas.

—Te sorprendería lo parecidos que podemos llegar a ser —susurró, esbozando una débil sonrisa—. Es terca, enojona y ama salirse con la suya.

—Sí, suena igual de irritante qué tú.

Tal vez lo era.

—¡Lilias, espera!

Maldición. No la sacó de la alcoba de Ibrahim, después de cuatro días de encierro voluntario, para que intentara matarse mientras cabalgaba.

—¡Está lloviendo, debemos irnos!

Su melodiosa carcajada llegó a sus oídos y tiró de las riendas cuando ella detuvo a su semental con maestría, enseñándole lo habilidosa que era a la hora de domar a la bestia.

—¿Qué te hará un poco de agua? —se bajó de su caballo y Randall hizo lo mismo a regañadientes.

¿Es qué esa mujer nunca lo obedecería?

—Las posibilidades son muchas, pero la peor de todas sería matarme con una neumonía —ironizó y su paso se ralentizó cuando se fue acercando.

Su delicado y viejo vestido se había acoplado a ella como una segunda piel, enseñándole más de lo que debería, puesto que la tela era levemente transparente, y lejos de sentirse molesto por su descuido, la sangre se le calentó a escalas alarmantes.

¿Por qué le atraía tanto?

¡Ni siquiera era su tipo!

—Si tanto te asusta morir por una neumonía, puedes volver a la casa principal —siseó ella, dándole la espalda—. Dios, los ingleses son tan delicados —escuchó que farfullaba y decidió implementar una nueva estrategia para generar mayor proximidad.

—¿No sientes frío? —intentó rodear su cintura por detrás, pero ella sujetó sus faldas y empezó a correr por la pradera.

Parpadeó varias veces, consternado.

—Las escocesas son diferentes —musitó para sí mismo, podría jurar que Georgina prefería morir antes que ensuciar un vestido de esa manera.

Se tensó.

No debería compararlas, más cuando la segunda en cuestión pronto sería la esposa de su gemelo.

—¡Ah! —el grito de Lilias lo hizo volver en sí y corrió en su auxilio.

—Sí que eres tonta, ¿por qué no te fijas por dónde vas? —farfulló y extendió la mano para ayudarla, pero en lugar de aceptarla, ella empezó a reír por lo alto, dejando que las gotas de agua humedecieran su rostro—. ¿Qué te sucede? —se puso de cuclillas, percibiendo un temblor extraño en su voz.

Ella dejó de reír y en ese momento él notó cómo las lágrimas se deslizaban por sus pálidas mejillas.

—Lilias... —susurró con preocupación.

—Ya ha pasado una semana y él sigue sin abrir los ojos —susurró con voz rota—. No quiero que le pase nada. Ibrahim, más que un hermano, ha sido un padre para mí —sollozó con

amargura y Randall decidió tomarla en brazos y llevarla hacia donde estaban los caballos.

—De verdad lo siento —se sentó en la hierba y la acomodó en su regazo—, nunca quise lastimar a tu hermano. Yo...

—Fue un accidente, lo sé.

Randall negó con la cabeza, ahora entendía mejor por qué su padre lo obligó a casarse con Lilias. Si no fuera por ellos, ella realmente estaría sola.

—Él estará bien.

Ibrahim Cumming no abandonaría el mundo por una simple pelea, el escocés tenía mucho que ofrecer.

—Tienes razón —dijo de pronto, acurrucándose en su pecho—. Hace frío, deberíamos volver.

Randall esbozó una débil sonrisa y emprendió marcha en su semental, mientras tiraba del otro animal con paciencia, dado que Lilias terminó acurrucada contra su pecho. Fue su segunda noche juntos y aunque le resultara imposible de creer, fue mil veces mejor que su noche de bodas.

Cuando se casó con Lilias, no se sintió nada contento por el giro de los acontecimientos, pero con el pasar de los días se dio cuenta que ella era un cálido respiro, una persona que le generaba paz y con quien podía ser él mismo, puesto que ella nunca intentó direccionar su forma de pensar ni lo comparó con sus hermanos.

Él se había sentido frustrado porque todos eran malditamente ricos, tenían sus negocios y Seymour estaba a punto de casarse con una heredera, algo que por supuesto él no hizo. Sin embargo, la mujer con la que se había casado no parecía buscar nada más que afecto y algo de atención.

Alborotó su cabellera con frustración.

—Si tanto te urge encontrarla, ve con tu padre. Ambos sabemos que el duque de Kent conoce su paradero.

—No es tan sencillo, Archie —presionó el puente de su nariz con impotencia—, cometí muchos errores y dije cosas que no debía decir.

—¿Qué? ¿Vienes a echarme en cara que soy tu más grande decepción, qué nunca esperaste que me divorciara de Lilias Cumming? Vamos, padre, sabes que soy experto en decepcionarte.

Randall no tenía la menor idea de cómo diablos estaba haciendo para que su sonrisa no temblara. Lo cierto era que enfrentar a su padre le estaba resultando simplemente asfixiante, nunca quiso que las cosas terminaran así, él sí intentó tener un buen matrimonio con Lilias, pero la pelirroja lo traicionó y eso era algo que él jamás podría perdonar.

—Sólo vine a decirte que ella se fue.

—¿Qué? —abrió los ojos con sorpresa y por alguna extraña razón su pulso se disparó—. Imposible, nuestro divorcio sigue en proceso y...

—Ya firmó todo lo necesario, no necesita quedarse para que la bomba explote en su cara.

Randall se rió sin humor alguno, al final los hermanos Cumming decidieron ceder a sus órdenes y se largaron como dos cobardes sin pedirle nada a cambio.

«¿Por qué no estás feliz con el resultado?, ¿acaso no era eso lo que querías?», le preguntó una vocecilla y él apretó la mandíbula con disgusto.

—Si eso es todo lo que tiene para decirme, espero no volver a saber de usted por un buen tiempo —espetó con frialdad y su padre lo miró con fijeza.

—Espero que nunca te arrepientas de tu mala toma de decisiones. —Randall se rio por lo alto—. Le causaste un gran daño a esa pobre muchacha, ella no merecía que las cosas terminaran

así.

—Odio a los chismosos.

—¿Y no odias a los hombres que pretenden robarle la prometida a otro hombre? —Se tensó —. Tú eres el único culpable de todas tus desgracias, hijo, pero incluso así, si algún día necesitas mi ayuda o la de tus hermanos, puedes buscarnos.

—Cómo si eso fuera a suceder —siseó con desprecio y su padre negó lentamente con la cabeza, pero al final decidió marcharse sin decir más.

¿Con qué cara iría a verlo?

En el fondo su padre siempre tuvo la razón, estaba muy arrepentido de cada uno de sus actos y lo cierto era que no tenía la menor idea de cómo haría para remediar todo el daño que causó por su estúpido orgullo.

Capítulo 7

“Se dice por ahí que lady Liliás Aldrich asistirá a la mascarada de los marqueses de Teingham y eso no es lo mejor de todo, sino que el segundo gemelo también se presentará al evento junto a su encantadora, pero muy ermitaña, esposa **Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**”.

Liliás Cumming siempre estuvo al tanto de la enemistad que su hermano y lord Randall compartían, puesto que el hombre siempre fue algo más que un simple caballero para ella; no obstante, esos sentimientos no eran tan fuertes como para obviar el hecho de que el pelinegro era el principal culpable de que su hermano llevara tres días inconsciente.

Ibrahim nunca fue un dechado de virtudes, pero él siempre hizo todo lo que estuvo en sus manos para cuidar de ella y darle una buena vida, por lo que la idea de perderlo era simplemente escalofriante.

—Llevo más de treinta minutos buscándote —espetó la duquesa de Kent a su espalda y Liliás presionó la fría mano de su hermano para volver el rostro en dirección de la rubia. Sus ojos verdes pálidos brillaron con temor, tal vez la duquesa parecía una buena mujer, pero en ese lugar no podía fiarse de nadie—. Oh, cariño, trata de calmarte, te aseguro que mi hijo no es un monstruo.

Si no lo era, ¿por qué dejó a su hermano en ese estado tan lamentable?

—No quiero casarme —soltó con voz rota y ansió en silencio que su hermano abriera los ojos, pero eso no sucedió—. Él nos odia, siempre nos menospreció por ser escoceses —la voz se le quebró y negó lentamente con la cabeza.

Tal vez Randall Aldrich le gustó desde el primer día que lo conoció, pero eso no quería decir que su deseo fuera ser su esposa. Era un granuja, un hombre egoísta y peligroso, ¿qué tipo de vida tendría junto a ese hombre?

Ni siquiera tenía una dote que ofrecerle y algo le decía que él utilizaría cada día de su matrimonio para recordárselo.

—Debes hacerlo, cariño —acarició su cabeza rapada, tomándola por sorpresa y generándole una gran tensión en los hombros. Mucha gente solía huir de ella debido a su aspecto, por lo que era normal que se sintiera incómoda ante la idea de ser tocada de esa manera—. No tengas miedo, mis hijos también sufrieron de varicela y te aseguro que en unos meses estarás completamente recuperada.

Sonrió con amargura.

—No es verdad, las marcas no se perderán jamás —la visión se le cristalizó y la duquesa se sentó junto a ella.

—Te aseguro que lo harán.

—¿Por qué es tan buena conmigo? —quiso saber—. Mi hermano y yo no tenemos nada para ofrecerles, ¿acaso no me considera una desgracia para su familia?

—Mi familia no necesita que nadie nos ofrezca nada —aclaró con diversión—. Además, tengo entendido que tu hermano es un hombre trabajador y tú una joven muy comprensiva y educada.

—Ibrahim se pondrá bien —trató de sonar lo más segura posible—, no es necesario seguir

con esta locura.

Un tenso silencio se cernió sobre ellas y Lilias cerró los ojos con fuerza, los Aldrich creían que su hermano no despertaría y por esa razón le estaban ofreciendo su apellido, para que ella no se quedara totalmente sola y así su hijo no corriera el riesgo de ir a la cárcel por asesinato.

—Debemos ir, el padre ya está aquí y...

—El barón de Mountevans no habría aceptado esta locura.

¿Por qué Seamus tuvo que irse justo ahora?

¡Él nunca habría permitido que terminara casada con un hombre como Randall Aldrich!

—Tengo entendido que él está en Bristol, cariño, y me temo que el barón no puede decidir por ti.

—¿Y ustedes sí? —la miró con dureza y lejos de molestarle, la duquesa le sonrió con ternura.

—Me temo que sí, la reina ha aprobado todo y no podemos dar marcha atrás. —Tiró de ella con suavidad para obligarla a levantarse y las piernas le dolieron por la debilidad que sintió en el cuerpo—. Aún no estás totalmente recuperada, pero el aire de Kent te sentará bien.

Porque ellos pensaban encerrarla en ese lugar junto a su hermano.

—Tengo miedo —confesó de repente a los pies de las escaleras—. No le gustaré, mire mi aspecto, él va a rechazarme y reaccionará muy mal. —No era mentira, sus cabellos rojos estaban cortados casi al ras de su cuero cabelludo y su cuerpo estaba lleno de marcas desagradables.

Nadie en su sano juicio podría considerarla agraciada, la belleza que alguna vez portó se había ido junto a la varicela.

—Eres preciosa, Lilias, habría que ser un ciego para no notarlo —acarició su rostro con ternura y por primera vez en días, se sintió a salvo.

Ella no era una mala mujer, esa mujer quería ser su amiga, pero... ¿su hijo pensaría de igual manera?

¡Ella lo había golpeado hace unos días!

—No quiero que me lastime.

—Te doy mi palabra de que Randall no te hará daño, él está muy arrepentido por el daño que le causó a tu hermano y comprende cuál es su deber.

Pero ella nunca quiso casarse, menos por deber o compromiso, comprendía que ese tipo de matrimonios no terminaban nada bien.

—Milady...

—¿Están listas? —enderezó la espalda con pavor y observó como el duque de Kent y su primogénito caminaban en su dirección. Eran hombres intimidantes y apuestos, por lo que la idea de que la juzgaran por su aspecto empezó a atormentarla.

No había que ser un genio para saber que todas las esposas de los Aldrich eran hermosas y ella, posiblemente, sería la peor de sus adquisiciones.

—Sí —respondió la duquesa con alegría, como si ese fuera un día para celebrar, y Lilias respingó en su lugar cuando el duque le tendió el brazo—. Mi marido te entregará en el altar. —Porque lord Randall le robó ese privilegio a su hermano—. Espero que no te moleste.

Ella negó lentamente con la cabeza, consciente de que su opinión importaría muy poco en esa casa, y aceptó el brazo del duque para seguir el camino correspondiente hacia la capilla del jardín.

¿Qué caso tendría luchar y hablar con ellos?

Eran los Aldrich, una de las familias más poderosas de Londres, y ella una escocesa que no tenía dónde caerse muerta. Debería sentirse dichosa de haber terminado en ese lugar, acababa

de quedarse con el último hijo soltero del duque de Kent, un puesto por el cual muchas mujeres estuvieron compitiendo desde que se anunció el regreso de los gemelos a la ciudad, pero lo cierto era que si tuviera un caballo a su alcance se montaría al mismo y saldría huyendo sin dudarlo.

Cuando ingresaron a la capilla, Liliás mantuvo la mirada gacha para no mirar el horror de su futura familia política. Lo más probable era que todos estuvieran sintiendo pena por lord Randall, dado que su futura esposa ni siquiera contó con los recursos para comprarse un vestido de novia. Ahora mismo estaba con uno de sus mejores vestidos, confeccionado hace tres temporadas, y sólo esperaba que ellos no notaran todas las remendadas que la prenda tuvo que sufrir para ese día. Debido a la varicela había perdido más peso del deseado y su aspecto aún era muy demacrado.

Estaba causando una pésima impresión y lo sabía, pero no había nada que ella pudiera hacer para cambiar su situación. Tal vez todo habría sido diferente si Seamus estuviera ahí, pero él se fue hace más de dos semanas y hasta el momento no había recibido ni una sola carta del barón, por lo que suponía que su misterioso trabajo volvería a alejarlo de la ciudad por una larga temporada.

«Estoy perdida, mi destino está marcado», llegó al altar y un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando la mano enguantada de lord Randall aferró la suya y la guio el último tramo hacia el altar.

La ceremonia fue corta y concisa, ambos hicieron todo lo que el padre dijo al pie de la letra y para cuando los declararon marido y mujer, lord Aldrich se inclinó sobre su mejilla derecha, rozando con su aliento su oreja.

—No esperes mucho de mí, esposa —siseó con frialdad, dejándole claro que la duquesa le estuvo mintiendo todo este tiempo, y la visión se le cristalizó—. Estoy aquí porque casi mato a tu hermano, no porque sienta algo por ti.

—Lo sé —musitó con un hilo de voz y una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Tú y yo marcaremos ciertos aspectos de nuestro matrimonio más adelante.

Lord Randall se enderezó cuando el duque de Kent se acercó a ellos y Liliás bajó la mirada cuando su suegro la miró con seriedad, como si quisiera leer en sus ojos lo que su hijo acababa de susurrarle al oído.

—La cena está lista, ¿por qué no nos retiramos? —sugirió el hombre y su esposo gruñó en respuesta—. Guía a tu esposa al comedor —la orden fue tan contundente que lord Randall le tendió el brazo con prontitud.

—Claro, ahora seré yo quien marque cada uno de sus pasos.

¿Era impresión suya o fue malicia lo que percibió en su voz?

«Dios mío, ayúdame a superar esto, por favor».

Liliás sonrió con amargura y acarició la regordeta mejilla de su hija con ternura.

Tal vez Rosslyn había llegado en un mal momento y en pésimas circunstancias, pero le resultaba imposible visualizarse sin su pequeña. Era lo más valioso que poseía y por ende era normal que quisiera alejarla de su progenitor, Randall no era un buen hombre y posiblemente nunca lo sería.

Al menos no con ellas.

¿Qué tipo de vida tendría si hubiera aceptado la ayuda de los duques de Kent, quienes le pidieron que desafiara a su esposo y no le cediera el divorcio con tanta facilidad?

—Seamos razonables, Liliás, han pasado mucho tiempo juntos y existe una posibilidad de que

estés encinta —espetó el duque con nerviosismo y ella utilizó todo su ingenio para mantenerse serena.

No podía dejar que ellos se enteraran de su embarazo, Randall era un hombre peligroso y poco importaba que los duques de Kent intentaran defenderla, si él lo deseaba, podría destruirla con bastante facilidad.

Sólo debía recordar el día que la secuestró y la amenazó con su pistola para saber que no deseaba frenar esta locura. Ella necesitaba alejarse de ese hombre lo antes posible, los Aldrich no podían enterarse de su embarazo.

—No es verdad, eso es imposible —dijo rápidamente y su hermano observó al duque en silencio.

—Nosotros prometimos cuidar de ti, desafía a Randall y acepta nuestra ayuda.

¿Desafiar a ese granuja?

Imposible, ya lo había hecho en el pasado, creyendo que él era inofensivo, y las cosas no terminaron nada bien para ella.

—Prefiero desvincularme de su hijo —admitió con voz suave y la duquesa jadeó con horror—. Se los dije, esta boda fue una locura, si hubiéramos esperado que mi hermano despertara nada de esto estaría sucediendo, pero no se preocupen, una vez que todo termine...

—¡Nosotros somos los culpables de tu ruina! —explotó el duque—. ¿Cómo me pides que lo tome con serenidad? —alborotó su cabellera—. Maldición, odio ser el causante de todo tu dolor.

Sus palabras parecían sinceras y no pudo lidiar con tanta presión, por lo que decidió buscar algo de ayuda en su hermano.

—Acepten su decisión —musitó Ibrahim con seriedad, captando la atención de los duques—. Seamos sinceros, su hijo menor nunca sentará cabeza y por ende Liliás estará mejor lejos de él.

Qué triste era que nadie en esa estancia le tuviera un mínimo de esperanza a Randall.

—Pero... —la duquesa la observó con preocupación—, es una Aldrich.

—Pronto dejaré de serlo —le sonrió con ternura— y es lo que deseo. Nunca me sentí cómoda con su apellido, es una responsabilidad muy grande que no deseo cargar.

Los duques intercambiaron una rápida mirada.

—Sólo aceptaré esto si aceptas una indemnización.

¿Dinero?

Nada le daría más gusto que aceptar el dinero de los Aldrich, pero ella no era así, jamás podría aprovecharse de esa familia, por lo que negó lentamente con la cabeza y les regaló una sonrisa sincera y fraternal.

—Ustedes ya hicieron mucho por mí y mi hermano, por favor, dejen de preocuparse por nosotros.

Porque si lo seguían haciendo, pronto descubrirían su secreto e intentarían retenerla a su lado junto a su bebé, algo que ella no podía ni quería permitir.

—Tal vez los duques de Kent habrían sido excelentes abuelos para ti —musitó y besó su coronilla, y la sonrisa de su hija se ensanchó—. Lo siento, sé que has perdido mucho por mis inseguridades, pero ahora las cosas son muy diferentes y estoy dispuesta a crear un imperio para ti.

Porque una vez que la existencia de Rosslyn saliera a la luz, nada sería fácil para su pequeña y esperaba, de todo corazón, que Randall no intentara lastimarla y simplemente pasara de largo, creyendo que su hija era resultado de una desenfrenada aventura.

Un suave toque llamó su atención y miró por encima de su hombro como la puerta de su

habitación se abría.

—Ibrahim...

—Debes prepararte, la fiesta será en unas horas y no dejaré que faltes.

Él la conocía muy bien, puesto que esa tarde estuvo considerando qué tan malo podría ser dejar a Rosemary plantada esta noche. La nota de Berricloth fue muy reciente y sospechaba que su regreso a los salones de baile podrían complicarlo todo, pero ¿de verdad quería seguir perdiendo más tiempo?

—Entiendo.

«Si quieres tu imperio, debes enfrentarte al granuja», le ordenó una vocecilla. «Mientras el miedo que sientes hacia él siga oculto, todo estará bien», susurró otra y ella tragó con fuerza.

¿Cuánto tiempo más podría seguir escondiendo su temor?, ¿Randall seguiría actuando con serenidad o sólo era cuestión de tiempo para que decidiera atacarla?

Capítulo 8

“Una máscara puede cubrir sus identidades, pero el hechizo es pasajero y a medianoche todos podremos observar a las esposas de los gemelos Aldrich. Dos enigmas que todos queremos descifrar

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Las máscaras saldrían del juego a medianoche, lo que quería decir que, si Lilias era rápida y se reunía con Rosemary y su gente con prontitud, podría salir huyendo de ese lugar sin que nadie la notara. No obstante, existía un gran problema y era que no veía a la mujer por ningún lado, nunca acordaron un lugar de reunión y eso significaba que tendría que esperar su llamado.

—Es una locura —musitó abatida y se aferró al brazo de su hermano con inquietud.

¿Por qué la gente los observaba con tanto interés?

—¿Qué sucede? —inquirió su hermano con una sonrisa sagaz en el rostro—. No te reconocieron, pero estoy seguro de que desean saber quién eres —añadió y ella tragó con fuerza—. Eres la mujer más hermosa del salón de baile.

Lilias torció los labios con disgusto y lamentó que el vestido que Rosemary le envió fuera una pieza tan hermosa y radiante. El vestido lila era sutil a simple vista, pero cuando la luz de las velas alumbraba su camino, la tela brillaba con gentileza y la hacía el centro de atención, algo estúpido porque ¿no deseaba llamar la atención!

—La más impúdica suena mejor —farfulló—, ¿viste el escote de este vestido?

—Bueno, si quieres buenos socios, debes encandilarlos —dijo con sencillez y ella gruñó con disgusto—. Debes relajarte, Lilias, recuerda que aquí están tus clientas potenciales, ¿por qué no aprovechas y buscas a tus amigas?

Esa sugerencia hizo que Lilias enderezara la espalda y barriera el lugar con la mirada.

—¿De verdad crees que siguen siendo mis amigas? —preguntó con voz débil—. Para todo Londres soy una libertina, una mujer sin principios porque estuve de viaje durante tres años sin mi esposo.

—Se suponía que no era tu marido.

—¿Importa? —lo miró significativamente—. Igual me juzgarán y responsabilizarán por todo.

—¿Entonces por qué te sientes mal? Ya sabes que eres culpable, incluso siendo inocente, no les muestres tu lado vulnerable —le guiñó el ojo y Lilias asintió, significativamente.

Debía ser fuerte y valiente, desde un principio estuvo al tanto de todo lo que su regreso a Londres podría causar, por lo que no había razón alguna para sentirse sorprendida ni bajoneada por el giro de los acontecimientos.

—Es impresión mía o el club de las solteras no se desintegró —comentó, haciéndole una seña hacia un grupo de mujeres que estaban junto a los floreros, y Lilias sonrió con melancolía.

Sus amigas seguían ahí y no había manera de que pudiera confundirlas, ellas eran las únicas desafortunadas que no estaban bailando, pero ya no eran solo dos, sino cuatro mujeres las que conversaban animadamente, ajenas a todo lo que sucedía a su alrededor.

—Creo que ahora somos más —musitó inconscientemente y su hermano la miró con fijeza—. Digo, pronto estaré divorciada y...

—Seamus te pidió matrimonio. —Lilias se tensó y apartó la mirada con prontitud, ese era un

tema que prefería no abordar por el momento—. Hermana...

—No deseo casarme de nuevo —fue sincera—, menos con mi mejor amigo.

Nunca vio a Seamus como algo más que un hermano, era una locura considerar que podrían ser buenos esposos. Estaba muy agradecida con el rubio por todo lo que hizo por ellos, pero eso no quería decir que estuviera dispuesta a casarse con él sólo por eso.

—Ve con ellas, hablaremos de esto después —zanjó su hermano y ella no perdió el tiempo y salió huyendo del lugar.

Enfrentar a sus amigas la aterraba, dado que nunca hizo nada para contactarse con ellas por la vergüenza, pero más miedo le daba la idea de que su hermano quisiera persuadirla a aceptar la oferta de Seamus.

Si era sincera consigo misma, no deseaba exponer una vez más su corazón.

Ese pensamiento hizo que sus pasos se ralentizaran y pensara mejor lo que estaba a punto de hacer. Existían muchas maneras de exponer el corazón y ahora estaba a punto de hacerlo, ¿qué haría si sus amigas ya no la querían en su grupo?

Ella era una deshonra y poco importaba que hubiera sido Randall quien inició con toda esta desgracia, en la nobleza inglesa y en todo el mundo, la mujer siempre cargaba con el peso de los errores.

Olivia y Katherine iban a rechazarlas.

Dio un paso hacia atrás y cuando quiso girar sobre su eje, vio como un hombre avanzaba en su dirección y al no saber de quien se trataba, prefirió hacer lo más sensato y salió huyendo hacia uno de los oscuros pasillos.

¿Por qué diantres aceptó la invitación a esa fiesta?

Ella no pertenecía a ese lugar, nunca lo haría.

«Tú y tu hermano son los animales del circo, nunca serán parte de nuestro círculo».

Se encerró en la habitación cuya puerta cedió y se apoyó sobre el gran pedazo de madera con el corazón atorado en la garganta. No quería ser el entretenimiento de nadie, ella nunca hizo nada malo para merecer ese tipo de trato y desprecio. Toda su vida fue una buena persona y todo ¿para qué?

—Los golpes nunca dejan de caer —susurró para sí misma y se llevó una mano a su máscara, pero antes de que pudiera arrancarla de su rostro, una voz masculina le advirtió que no estaba sola en el salón.

—Las máscaras deben quitarse a medianoche, milady, y apenas son las ocho.

Esa voz... Lilias alzó la vista con rapidez y abrió los ojos con sorpresa al ver a lord Seymour en Londres.

¿No se suponía que el hombre abandonó la ciudad a los meses de su viaje?

Lo estudió con la mirada, era él, claro que sí, puesto que su semblante, escondido bajo el antifaz negro, era sereno y gentil, no había ni una pisca de arrogancia en sus gestos, sino todo lo contrario.

—¿Lord Seymour? —no quería pecar de imprudente.

Los ojos verdes se abrieron con sorpresa.

—Me sorprende tu habilidad para distinguarnos, Lilias —le regaló una sonrisa amistosa—. Ni siquiera con un antifaz en el rostro puedo engañarte. —La sonrisa de la pelirroja creció—. Mis padres estarían sorprendidos por tu habilidad, mi familia aún tiene problemas para distinguarnos.

—No es tan difícil —mintió, lo cierto era que ella tenía muy claro qué fue lo que llamó su atención en cuanto a Randall desde el inicio, quizá por eso podía distinguirlos, para ella nunca fueron tan parecidos, dado que no fue su apuesto rostro lo que llamó su atención, sino la hermosa

sonrisa que su esposo podía presumir cuando se lo proponía.

Lilias se preguntaba si en algún determinado momento de su vida podría visitar un negocio en Londres sin sentirse vilmente menospreciada.

—¿Por qué no la atienden, Brook? —siseó el pelinegro de ojos verdes con disgusto, golpeando el mostrador con su bastón, y tanto ella como la dueña del café dieron un brinco en su lugar—. ¿Tan bien te va que deseas que me lleve a todos tus clientes con la competencia? —amenazó y la regordeta mujer lo miró con horror.

—No, claro que no deseo eso, milord.

¿Un lord?, ¿por qué alguien de tan alto rango se acercaría al mostrador del café para ayudarla? Sea como sea, esta era su oportunidad para ser atendida, puesto que la señora Brook no ignoraría a los tres hombres que llevaban prendas tan caras y elegantes.

—Llevo media hora pidiéndole una chocolatada —habló con enojo y la mujer la miró con disgusto—. Por favor —añadió con una sonrisa traviesa en el rostro y le entregó sus monedas.

—Ahora le entrego su pedido —siseó.

—Quiero ver como lo prepara —acotó el pelinegro con rapidez, tomándola por sorpresa.

¿Por qué seguía ahí?

No era el tipo de joven por la que un hombre interrumpiría su marcha, apenas y tenía quince años, así que dudaba que hubiera llamado su atención, él era demasiado apuesto para fijarse en una escocesa tan insípida como ella.

—Yo me encargo, Randall —musitó el rubio de ojos azules—. Consigue una mesa para ella o la señora Brook la despachará una vez que le entregue su pedido.

¿Tan evidente era el poco afecto y respeto que esa gente le tenía?

—Acompáñeme, señorita —pidió, blandiendo su bastón hacia una de las mesas, y Lilias meditó la situación.

—No puedo hablar con extraños. —El hombre enarcó una ceja con diversión—. Gracias por ayudarme, pero así estoy bien, no pienso quedarme aquí por mucho tiempo.

—¿De dónde eres? —Abrió los ojos con sorpresa al ver como otro pelinegro, igual al primer hombre que la defendió, aparecía en su campo de visión.

Él se veía más serio que el primer gemelo.

Lilias se mordió el labio inferior con nerviosismo, ambos eran muy guapos.

—¿Está asustada? —insistió el pelinegro de su interés, dando un paso en su dirección—. Le aseguro que somos hombres de bien. —Los estudió con la mirada sin recato alguno y él se rio por lo alto—. Permítame presentarnos, somos Zachary —señaló al rubio—, Seymour —indicó a su gemelo— y Randall Aldrich. —Ella parpadeó varias veces e inclinó la cabeza como muestra de saludo—. ¿No sabe quiénes somos? —la miró con incredulidad.

—¿Debería?

—No eres de por aquí, ¿verdad? —inquirió el rubio, intercambiando una rápida mirada con el otro gemelo—. ¿Eres escocesa? —Lo miró con recelo—. Eso explica por qué son así contigo, tendrás que ser cuidadosa si no quieres tener problemas a largo plazo.

—Soy cuidadosa, ¿por qué tendría problemas? —los desafió y dio un respingo en su lugar cuando la señora Brook la regañó.

—¿Qué haces, mocosa? Trata con más respeto a los hijos del duque de Kent, ellos son mis mejores clientes.

Un duque... eso explicaba por qué eran tan arrogantes.

—No hice nada malo —frunció el ceño e hizo un mohín con los labios mientras sujetaba su vaso—. Ustedes son muy sensibles, todo los altera —agregó en voz baja y la mujer se puso

colorada por la indignación—. Me marchó.

—¿No quiero que regreses nunca más! —bajó la mirada, siempre era igual.

¿Es que en ningún lugar sería bienvenida?

—Ciérrele las puertas y nosotros cerraremos su negocio —espetó Randall Aldrich con dureza, dirigiéndose a la mujer.

Lilias lo miró con los ojos abiertos de par en par, ¿él la estaba defendiendo?

—Y por el bien de todos los comercios de la calle, sean amables con ella, ¿está claro?

La señora Brook asintió con la cabeza gacha y Lilias se tensó cuando el pelinegro dio un paso en su dirección, observando intensamente sus cabellos rojos. No era un color común y por esa razón solía llamar mucho la atención.

—Si ellos te tratan mal, busca a mi hermano.

—¿Y por qué no a usted? —quiso saber, pero luego se mordió la lengua con arrepentimiento.

Randall Aldrich le regaló una radiante sonrisa que hizo que su corazón empezara a latir sin control alguno, ¿era interés lo que brillaba en sus hermosos ojos color esmeralda?

—Porque lastimosamente, mañana partiré hacia el continente y no regresaré por un buen tiempo.

Quiso decirle que esperaría por él, pero sería absurdo creer que entre ellos podría efectuarse algo más que ese simple encuentro. Sus mundos estaban muy distanciados, él sólo sería una simple ilusión que ella albergaría en su loca cabeza con cariño.

—¿Cómo te llamas? —inquirió el hombre, pero ella observó a su hermano y Seamus alejándose del café y decidió que era momento de unirse a ellos.

—Debo irme, gracias por todo. —Salió con paso apresurado, importándole muy poco las normas sociales, y no fue hasta dos años más tarde que lamentó no haberle dado su nombre, puesto que él no pudo recordarla cuando tuvo su primera pelea con su hermano en uno de los senderos de Hyde Park.

«Malditos escoceses, ¿por qué no se van a su tierra?» Les había dicho con rencor, informándole que su hermano y ella jamás serían bienvenidos en su tierra, ni mucho menos en su vida.

A veces se preguntaba si su enamoramiento estuvo justificado, tal vez y Randall nunca fue tan buen hombre como ella había pensado que era y no hizo más que idealizarlo como la niña tonta que era en ese entonces.

—No sabía que estaba de regreso —volvió en sí y se acercó al sillón que estaba vacío—. ¿Llegó hace mucho? —tomó asiento y lord Seymour se desplazó por la habitación para sentarse en el sofá que estaba frente a ella.

Era la primera vez que lo veía utilizando un atuendo tan oscuro, pero debía admitir que el negro le quedaba muy bien.

—Dos semanas, pero me di un tiempo para meditar la situación.

—¿La situación? —frunció el ceño.

—Mi matrimonio no ha sido sencillo, creo que mi esposa sigue amando a mi hermano y comprenderás que es algo incómodo convivir con ella.

Lo miró con pena.

—Pero su hijo...

—Es la única razón por la que he vuelto, lo amo tanto que no quiero perderme un minuto más de él.

Lilias le sonrió con ternura.

—Suenas como un gran padre, lo felicito —susurró.

Si tan sólo Randall hubiera sido así de generoso ante la idea de un embarazo.

—Creo que te llamé con el pensamiento, Liliás —no le sorprendió que utilizara su nombre de pila, ellos habían compartido muchas cartas en los últimos años—. ¿Cuándo piensas hablar con mi hermano?

—¿Por qué hacerlo? —suspiró con frustración—. Randall ha estado muy bien solo, sin ninguna responsabilidad y haciendo mucho dinero.

—Rosslyn es una Aldrich, nació dentro del matrimonio y mi familia merece saber la verdad, al igual que mi hermano.

—No quiero que las cosas se compliquen, mi hija no merece...

—Ser alejada de su familia paterna, ni mucho menos privada de los beneficios que ser la nieta de los duques de Kent representa.

—Entiendo tu punto, a mí también me apena seguir ese camino, pero tu hermano dejó muy en claro que no deseaba tener hijos conmigo. —La piel se le erizó de solo recordar la noche que él la visitó en su piso y tragó con fuerza—. No quiero arriesgar a Rosslyn de esa manera.

—Sabes que mi hermano no es tan malo como parece —si tan solo él supiera la verdad—, por eso te enamoraste de él en su primer encuentro.

—A veces odio que seas tan observador.

Randall la había olvidado, pero su gemelo siempre la tuvo presente, ¿por qué?

—No va a darte el divorcio y mi familia no lo permitirá cuando descubran la existencia de Rosslyn, ¿por qué no haces un último esfuerzo y luchas por tu matrimonio?

—No quiero estar junto a un granuja —confesó y Seymour no la presionó más, pero dijo algo que le robó el aliento.

—Te daré tres días. —Lo miró con horror—. Llevo un año guardando tu secreto y no ha sido fácil, Randall es muy importante para mí.

—Lo entiendo.

Tal vez cometió un terrible error al regresar a Londres y lo más prudente sería salir huyendo una vez más, pero... ¿Y su club? ¿Y sus sueños? ¿Qué tipo de vida le ofrecería a Rosslyn si desde un principio le enseñaba a huir a la primera amenaza?

«Métete en mi camino y te mataré».

Las palabras de Randall retumbaron en su cabeza y abandonó su lugar con rapidez, provocando que un violento mareo sacudiera su mundo y sus piernas cedieran ante su peso.

—¡Cuidado! —Seymour logró sujetarla a tiempo, pero ambos quedaron sobre sus rodillas—. ¿Qué te sucede?

—No he estado durmiendo bien —presionó sus sienes con cansancio—. No puedo hablar con tu hermano, yo... —tragó con fuerza— le tengo miedo.

Su cuñado se tensó y la buscó con la mirada.

—¿Te hizo algo?

La visión se le cristalizó y cuando Seymour abrió la boca para decirle algo, la puerta del salón se abrió, erizándole la piel de la cabeza a los pies.

Randall estaba ahí y la había encontrado junto a la persona menos indicada.

—Seré lo más racional posible —lo escuchó farfullar, se oía furioso—, quita tus manos de mi mujer o tendremos problemas, Seymour. —Liliás empezó a sudar frío, a veces no entendía por qué tenía el increíble talento de fastidiar a su esposo en cada uno de sus encuentros—. ¡Ahora!

Fue ella la que se liberó del agarre de su cuñado, pero agradeció en silencio que tres personas más llegaran al salón y retuvieran a Randall, impidiendo así que la tempestad cayera sobre ellos.

«Quiero salir de este lugar, nunca debí regresar a Londres».

Capítulo 9

“Los gemelos Aldrich se han convertido, oficialmente, en los hombres más envidiados de
Gran Bretaña

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

—¿Por qué le lees? Él no puede escucharte, lleva días inconsciente —comentó de pronto, con el mentón apoyado en la palma de su mano, y enarcó una ceja al ver el lindo hoyuelo que se formó en la mejilla femenina cuando Lilias sonrió—. ¿No deberías dejarlo tranquilo?

Odiaba que su esposa se metiera en esa habitación todas las mañanas cuando podría estar con él, ya sea cabalgando, paseando por Kent o haciendo el amor.

—No sé si puede o no escucharme, pero me gusta hablar con él y sentirlo a mi lado.

—Se llevan bien, ¿no es así?

Lilias asintió y cerró el libro que estuvo leyendo con mucho cuidado.

—Quedé bajo su cuidado cuando sólo era una niña de diez años, Ibrahim fue muy valiente al no dejarme atrás y abrir su propio camino. Otro niño lo habría hecho —añadió con melancolía, seguramente preguntándose qué tipo de vida habría tenido su hermano si no hubiera adquirido una responsabilidad tan grande como ella cuando sus padres murieron.

—Una mala persona lo habría hecho —aclaró, dejando claro que nadie de su familia abandonaría a uno de los suyos—, pero tu hermano no lo es —admitió con un sabor agri dulce en la boca—. ¿Por qué nunca antes nos habíamos visto? Llevo años alimentando una estúpida enemistad con tu hermano.

—Cuando fui presentada en sociedad, Seamus e Ibrahim se dieron cuenta de que atraje la atención de hombres inadecuados y malintencionados, así que dejé de frecuentar los salones y me aparté de la sociedad inglesa, dado que no era del agrado de muchas personas.

—¿Por ser escocesa?

—Solía ser guapa —comentó con voz débil y acarició su mejilla—, a la gente no le gustaba que llamara la atención.

¿Guapa?, ¿por qué le resultaba tan sencillo creerle?

—Sigo sin entender por qué no te vi antes.

Para él, Lilias Cumming nunca fue más que un nombre.

—Nos vimos. —Randall enderezó la espalda con interés—. Una mañana te acercaste a mi hermano en Hyde Park y empezaron a discutir, ahí nos menospreciaste y dijiste que deberíamos regresar a nuestra tierra.

El rubor trepó por sus mejillas.

—Tu hermano es algo irritante, siempre se burló de mí por ser el quinto hijo de un duque. —Ella se rio por lo bajo—. Lo siento, tal vez una parte de mí no quería tener nada que ver con ustedes. Me es imposible recordarte.

—No te culpo, tal vez no soy alguien que genere gran impresión.

Lo dudaba mucho, no llevaban ni dos semanas en Kent y le resultaba imposible visualizar una vida lejos de su esposa.

—Cuando tu hermano despierte —decidió que era momento de abordar otro tema—, él seguirá su camino y tú te quedarás a mi lado, ¿estás preparada para esa separación?

—Seguiré viéndolo.

—No si te quedas en Kent.

Ella lo miró con fijeza.

—He oído ciertos rumores de tu familia, los hombres tienen cierta inclinación a dejar a sus esposas en el campo, pero lamento informarte que no seguiré una orden de ese tipo. —Randall la observó con fascinación, nunca se imaginó que una mujer sería tan tenaz como para desafiarlo—. Seré una buena esposa, jamás avergonzaré a tu familia, pero no dejaré que nadie me prive de mi libertad.

«Ella es interesante», determinó y abandonó su lugar.

—Ya terminó tu hora de lectura, ¿puedes acompañarme?

—¿A dónde quieres ir? —inquirió una vez que llegaron a las caballerizas y Randall la sujetó de la mano y la llevó hacia su semental—, ¿qué haces?

—Un caballo es más que suficiente —la ayudó a subir y se dirigió al arroyo sintiendo una gran emoción en el pecho.

No lo entendía, él fue obligado a casarse con esa mujer, pero mientras más tiempo pasaba con Liliás, más cómodo y dichoso se sentía. Ni siquiera sentía deseos de irse y dejarla atrás, ahora mismo sólo quería que Ibrahim se despertara para que su matrimonio no se desmoronara por culpa de una desgracia.

—¿Por qué me trajiste al arroyo? —preguntó con recelo cuando la ayudó a bajar del semental y él ensanchó su sonrisa.

—Hace un día maravilloso, nademos un poco.

—¿Qué? —lo miró con horror y se apartó de su lado cuando empezó a desnudarse—. No quiero nadar, puedo esperarte aquí si lo deseas —comentó aceleradamente y Randall se despojó de su chaqué, chaleco, pañuelo y antes de quitarse la camisa, se volvió en su dirección.

Ella se veía pálida y nerviosa.

—Yo creo que no —respondió con picardía y se plantó frente a ella—. Pienso hacerte el amor en el arroyo. —Si pensó que ella no podría ponerse más pálida, se equivocó—. ¿Qué te sucede?, ¿te sientes mal?

—Es de día —barrió el lugar con la mirada—. Hay mucha luz, yo... —La abrazó con fuerza—. Tú dijiste que la intimidad es agradable cuando todo está oscuro.

En su vida se había sentido tan imbécil y miserable.

—Estaba borracho y enojado, esa noche dije muchas estupideces —fue sincero y empezó a abrir los botones del vestido de su mujer—, pero quiero verte, deseo conocer cada uno de tus rincones y tomarlos sin contemplación alguna.

—Randall... —el vestido sencillo se arremolinó sobre la hierba y la buscó con la mirada—. No sé nadar, tengo miedo.

—Descuida, yo te sujetaré —unió sus labios con suavidad, preguntándose si tal vez, sólo tal vez, Liliás era esa compañera que fue creada para él.

Ella era cálida, cómoda y la sentía como su hogar.

«¿Estaré enloqueciendo?» Se preguntó con preocupación, mientras tomaba a su esposa contra una maciza piedra, sin poder controlar sus instintos más bajos.

Randall siempre estuvo al tanto de lo mucho que le gustaba su esposa, para él nunca fue un misterio sentirse malditamente atraído hacia ella; no obstante, los celos que ella despertaba en él era un tema que siempre intentó reprimir y esconder para el mundo, algo que al parecer ya no podría ser posible porque ahora mismo sólo deseaba asesinar a su gemelo por tener a su mujer entre sus brazos.

¿Así se sintió Seymour todas las veces que le gritó que Georgina sólo lo amaría a él?

De ser así, se sorprendía de que su hermano no lo odiara.

—Seré lo más racional posible —farfulló con el odio a flor de piel—, quita tus manos de mi mujer o tendremos problemas, Seymour. —Lilias era suya y muy equivocados estaban los hombres de Londres si creían que él los dejaría pasarse de listos—. ¡Ahora! —avanzó hacia ellos, decidido a separarlos, pero dos pares de manos se cerraron en sus antebrazos. Una a cada lado.

—Ni se te ocurra —siseó Connor, su hermano mayor, y Randall gruñó con disgusto.

—Mejor entremos, no podemos armar un revuelo —añadió Zachary, quien lo tenía sujeto del otro brazo, y Randall respingó cuando alguien lo empujó por la espalda.

Esa era Seraphina.

—¿Qué, hay reunión de hermanos y no lo sabía? —escupió y empezó a forcejear con sus hermanos.

—¿Sucedió algo?

Su hermana lo pasó de largo y se acercó a Seymour y Lilias.

—Se descompensó —explicó su gemelo con serenidad, como si no hubiera pasado nada importante, y él siseó un juramento.

¿Por qué tenía que ser tan juicioso y centrado?

Así nunca conocería la pasión.

—Georgina lleva mucho tiempo buscándote —espetó Connor y Randall percibió la tensión en los hombros de su gemelo—. Ve con ella.

—¿Lo ayudarán a escapar? Acabo de encontrarlo con mi esposa y...

—Tu cinismo es inmenso, Randall —farfulló Lilias, tomándolos a todos por sorpresa—. Hace tres años hiciste hasta lo imposible por robarme ese título y ahora lo empleas con mucha soltura, ¿no crees?

—Es la verdad —masticó sus palabras y Zachary escondió su sonrisa maliciosa.

—Dejaré de serlo pronto, no tolero la idea de portar ese título.

—No lo permitiré, yo...

—Tú eres un granuja —odiaba admitirlo, pero era esa insolencia lo que lo llevaba a aferrarse aún más a su esposa— y por esa razón haré hasta lo imposible para conseguir el divorcio. No me interesa quedarme junto a un hombre como tú.

—Eso lo veremos —respondió sin dudar—, por el momento tu deber es ceder ante mí y pienso llevarte conmigo esta noche. Ahora que todo Londres sabe que eres mi esposa, te mudarás conmigo.

—No —le cortó abruptamente.

—¿Qué? —farfulló.

—Ya la oíste, dijo que no. —Maldita la hora que Seraphina los encontró—. Sáquenlo de aquí —blandió su abanico con rapidez—. Zachary, encárgate de que nadie nos interrumpa, hay un tema que Connor y yo debemos tratar con Lilias.

La pelirroja se tensó y Randall lamentó que su hermano fuera puro músculo, puesto que, a pesar de su resistencia, no le costó nada sacarlo del salón.

—¿Por qué hacen esto? —exigió saber una vez que estuvo en el pasillo y Seymour cerró la puerta del salón a su espalda—. Tú deberías entenderme, Zachary, también intentaste divorciarte de tu esposa y...

—Es diferente, yo nunca obligué a Blair a salir el país y la abandoné a su suerte.

—¿Y eso te convierte en alguien mejor? Abandonaste a tu esposa e hijo por nueve años y en ese tiempo te follaste a media sociedad inglesa.

—Pero ¿qué diantres, mocoso? —lo sujetó de las solapas de su abrigo y Seymour se metió entre los dos para impedir que el rubio le dejara un ojo morado—. No estás en condiciones de pedir ni exigir nada, ahora mismo sólo te queda implorar en silencio para que nuestra familia se ponga de tu parte y te ayuden a lidiar con Lilias.

—¿A qué te refieres? —la garganta se le cerró.

—Que, así como padre impidió tu divorcio, ahora puede hacerlo una realidad.

La sangre se le congeló.

¡Su padre no podía traicionarlo de esa manera!

Pero... él no sabía que no quería separarse de Lilias, tal vez lo más sensato sería ir a buscarlo y rogarle por un poco de ayuda. Clavó la vista en la puerta del salón, ¿de qué lado estarían sus hermanos?

Sólo esperaba que no se hubieran reunido con Lilias para brindarle su ayuda, eso sería desquiciante y generaría un gran quiebre familiar, dado que nunca les perdonaría que estropearan su matrimonio de esa manera.

—Regresen al salón —ordenó Zachary con frialdad—, no hay razón alguna para que se queden en este lugar.

—Mi esposa está ahí dentro —señaló el salón y Zachary lo observó con fijeza.

—Debes ser más cuidadoso, tú no tienes idea de todas las veces que Blair se escapó de mis manos cuando intenté retenerla.

Randall sonrió con cinismo.

—Tú y yo somos muy diferentes, te aseguro que Lilias no llegará muy lejos. —Porque él no permitiría que volviera a abandonarlo, antes prefería que Londres ardiera en llamas.

Seymour no dijo nada al respecto y empezó a alejarse de ellos en silencio. No tenía la menor idea de si lo hizo a propósito, pero eso lo llevó a alejarse del salón sin duda alguna. Ellos tenían un tema que tratar y no lo dejaría alejarse tan fácilmente.

—¿Es tu venganza? —lo sujetó del brazo con firmeza, interrumpiendo su marcha.

—¿De qué hablas? —Seymour lo miró con desinterés.

—¿Por qué te reuniste con ella?

—Nos encontramos, no me reuní con ella.

Él se mordió la lengua con disgusto.

—Yo me mantuve lejos de tu esposa durante todo este tiempo, te pediré que hagas lo mismo y...

—No tengo por qué obedecerte, Lilias me parece interesante —giró sobre su eje, pero su hermano paró en seco al ver quien estaba a breves metros de distancia, escuchando su conversación.

Era Georgina y estaba tan hermosa como la recordaba en su vestido azul real. Pese a que llevaba una máscara plateada con extravagantes plumas de adorno, Randall pudo reconocerla muy bien.

—Lo siento, no quería escuchar su conversación —musitó ella con preocupación.

—¿Entonces por qué no estás en el salón de baile?, ¿qué diantres haces por estos pasillos? —Randall se tensó, Seymour estaba siendo muy duro con ella—. ¿O acaso esperabas a alguien?

—¿Qué?, claro que no, yo...

—Llevan muchos años sin verse, ¿por qué no se ponen al día? —siseó Seymour y tomándolo por sorpresa, lo dejó totalmente solo junto a Georgina, a quien se suponía que quería recuperar.

Randall se tensó al ver como los ojos color cielo se llenaban de lágrimas y lejos de apartarse, o salir huyendo, avanzó en su dirección. Ellos tenían un secreto, posiblemente la razón por la que

su amistad se consolidó, y por esa razón le resultaba imposible ignorarla.

Capítulo 10

“Pese a ser una mujer muy observadora, he de admitir que me resulta imposible distinguir a los gemelos Aldrich. Me pregunto si al igual que yo, ustedes sufren el mismo percance

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

«Eso lo veremos, por el momento tu deber es ceder ante mí y pienso llevarte conmigo esta noche. Ahora que todo Londres sabe que eres mi esposa, te mudarás conmigo».

¿Vivir bajo el mismo techo que Randall Aldrich?

Lilias sólo necesitó recordar la tarde que la echó de su casa junto a su hermano para negar lentamente con la cabeza. En aquel entonces, él había actuado de manera violenta, pero no le había levantado la mano; no obstante, ¿qué garantía tenía ella de que eso no sucedió porque Randall no quisiera y no porque su hermano abrió los ojos?

Se frotó las sienes con nerviosismo.

Rosslyn no podía vivir bajo el mismo techo que ese salvaje, ni mucho menos terminar bajo su cuidado. Odiaba admitirlo, pero quizá cometió un terrible error al creer que podría empezar de nuevo en Londres.

Su esposo no iba a dejarla tranquila, algo en él había cambiado y ahora quería aferrarse a su matrimonio. Si no quería que Randall recurriera a la justicia para imponer sus derechos, debía salir del país cuanto antes.

«Puedo abrir mi club en cualquier otro lugar», se consoló a sí misma y el carraspeo de lady Portman hizo que recordara que no estaba sola en aquel salón.

—¿De qué desean hablar conmigo? —inquirió con cautela, observando al marqués. No podía olvidar que fue él quien la sometió a su matrimonio junto al duque de Kent—. Si están aquí para abogar por su hermano, no pienso dar marcha atrás y...

—Quiero saber cuánto tiempo más planeas esconder a mi sobrina —espetó el marqués con voz neutra, acallándola. Ellos lo sabían—. Llevo tres años esperando tu regreso, pero pensé que regresarías para devolverle a tu hija lo que le corresponde, no para validar el divorcio que mi padre y yo nos encargamos de sabotear.

—No sé de qué habla —simuló ignorancia.

—Nunca huiste de nosotros, Lilias, nosotros respetamos tu decisión por la pequeña Rosslyn —le informó Seraphina y cerró los ojos con frustración—. Mi padre siempre lo supo, en un principio fueron sospechas, pero luego tu hermano nos confirmó todo.

¿Ibrahim la delató? ¿Por qué no le sorprendía ese hecho ni estaba enfadada con su hermano?

Después de todo, para ser dos personas que se fueron sin un solo centavo, ellos vivieron muy bien en América y muchas puertas se les abrieron con bastante facilidad.

«Haría lo que fuera por ustedes, Lilias, son mi familia y lo más valioso que poseo», recordó las palabras de su hermano y la visión se le cristalizó.

¿Qué tan humillado se habría sentido a la hora de recibir la caridad de su suegro? Su compromiso hacia ella y su bienestar era tan grande que su hermano tuvo que perderse a sí mismo para crear un nuevo Ibrahim, capaz de cuidarlas y proveerlas en su totalidad.

—Ustedes siempre lo saben todo, ¿no es así? —preguntó con ironía, deseosa de decirles unas cuantas verdades.

—Por supuesto.

—Entonces supongo que están de mi lado y apoyan mi decisión.

—Me temo que no —espetó el marqués—. Tú...

—¿Por qué le hablaría de mi hija a un hombre que nunca la quiso?

—No sabes eso —aseveró su cuñado—, Randall...

—Él lo sabía. —Los hermanos Aldrich se tensaron—. Tal vez no se lo dije directamente, pero Randall sabía que existía una gran posibilidad de que estuviera embarazada y en lugar de confirmar sus dudas, él sólo amenazó con lastimarme si seguía interfiriendo en sus planes.

—¿Cómo dices? —el marqués palideció.

—Ven, no lo saben todo —soltó con voz débil, sintiendo un horrible nudo en la garganta—. Ustedes nunca pudieron protegerme del verdadero Randall —la voz se le quebró—, siempre estuve sola cuando sacó su peor cara.

—¿De qué estás hablando? —exigió saber Seraphina—. Él jamás te tocaría un solo pelo.

—Me secuestró, me amenazó con un arma, se adentró a mi piso para castigarme y finalmente se marchó, dejando claro que, si existía un bebé, él se haría cargo del asunto.

Jamás olvidaría la noche que marcó un antes y un después en cuanto a sus sentimientos por Randall Aldrich.

Un suave toque en la puerta de su piso la llevó a apartar la mirada del fuego de la chimenea y estiró el cuello con interés, ¿Ibrahim se habría olvidado algo? Hace apenas y cinco minutos que se había ido y él no solía regresar hasta la mañana siguiente.

—Ya voy —abrió la puerta sin dudarle, comprendiendo su error con inmediatez.

Randall la había encontrado.

Intentó cerrar la puerta, pero fue demasiado tarde, el gran pelinegro se adentró a la pequeña estancia y se encargó de alejarla de la puerta para cerrar tras de sí con llave. No lo entendía, ¿cómo hizo para dar con ella?

¡Se suponía que ellos sólo se veían cuando se reunían con su abogado!

—¿Qué haces aquí? —su voz tembló y retrocedió varios pasos—. Tu abogado dijo que fuéramos en cuatro días, mi hermano fue a verlo esta mañana.

—¿Así que en este mísero lugar es donde se esconden? —arrastró sus palabras y barrió el estrecho lugar con la mirada—. Eso explica por qué Ibrahim nunca se queda, no caben en ese camastro.

La garganta se le cerró, ¿cómo sabía que su hermano nunca se quedaba con ella durante las noches?

—Vete, por favor, pronto firmaré los papeles de divorcio y tendrás lo que deseas.

En ese momento los ojos masculinos se posaron en ella y la estudiaron con pericia, como si se estuviera dando su tiempo para distinguir cada nuevo cambio en su piel.

¿Por qué la observaba de esa manera?

¡Se habían visto hace dos tardes!

Lo escuchó tragar con fuerza y por inercia dio un paso hacia atrás, obligándolo a volver en sí. El pelinegro apretó la mandíbula y la observó con rencor.

—Te reuniste con mis padres —su afirmación le heló las venas y negó rápidamente con la cabeza—. No mientas, Lillas, o perderé la paciencia y...

—Ellos me encontraron, nunca hice nada para buscarlos y ah —jadeó cuando la sujetó del brazo sin previo aviso y tiró de ella en su dirección—. No me hagas nada, por favor, los despaché, no acepté su ayuda y les imploré para que no interfirieran.

Randall aspiró profundamente e inclinó el rostro para quedar a la altura de su oído.

—Te dije que te alejaras de ellos, que no estropearas mis planes y...

—Nadie estropeará nada, te lo aseguro —su voz se quebró cuando la punta de su nariz rozó su cuello—. No... —rogó angustiada—, estás bebido, no deberías estar aquí. Si mi hermano lo descubre...

—No puede hacer nada, hasta que el divorcio no se valide, tú sigues siendo mi mujer —sentenció y le cubrió la boca con una mano al tiempo que sus labios se cerraban en su cuello. Lillas empezó a luchar por su libertad—. ¿Por qué no te quedas quieta? Quizá y es tu oportunidad para convencerme de acabar con esta locura.

La visión se le cristalizó, ¿por qué se quedaría junto a un hombre que ama a otra mujer y la odiaba con cada fibra de su ser?

—¡No! —lo empujó por el pecho, obteniendo su libertad, y rodeó la pequeña mesa para generar una barrera—. Vete, Randall —rogó con desespero—, tus padres no volverán a visitarme.

—No hiciste lo que te ordené —se tambaleó en su lugar— y no veo razón alguna para creer en tus palabras. Eres una traidora, ¿por qué confiaría en ti?

—Yo no te traicioné.

—¡Por tu culpa me descubrieron en cuestión de horas! —explotó y pateó la mesa con violencia, apartándola de su camino.

Estaba perdida, nadie lo detendría.

—No debiste tocar mis cosas y ahora que lo pienso detenidamente, no recibiste tu castigo. —La piel se le erizó, ¿había ido hasta ahí para golpearla?—. Por tu culpa, no sólo pelee con mis hermanos mayores, sino que me pelee con Seymour y él terminó llevándose a Georgina a Escocia para hacerla su esposa, pese a que ella no deseaba ese destino.

—Yo tampoco deseaba este —sollozó y se pegó a la pared cuando él avanzó peligrosamente en su dirección—. Nunca quise ser tu esposa, jamás aspiré a nada de tu familia, por favor, sólo vete y déjame tranquila.

—¿Dejarte? —se preguntó a sí mismo en voz muy baja, pero ella llegó a escucharlo.

—Ellos iban a casarse de todos modos, tú no podías evitar eso.

El semblante del pelinegro se ensombreció y en contra de su voluntad su memoria viajó en el tiempo a la noche donde Ibrahim y ella salieron corriendo de su refugio por sus vidas. Nunca pensó que volvería a sentirse tan asustada, ni mucho menos que sería Randall quien le haría recordar esas emociones.

—Claro que podía, pero tú no lo permitiste —escupió con desprecio y Lillas percibió como un nudo empezaba a formarse en su garganta, ¿por qué de repente se sentía tan mal?— y por esa razón pienso vengar a Georgina.

Randall intentó sujetarla, pero lejos de todo pronóstico, ella se sintió tan mal que corrió hacia la palangana para expulsar todo lo que tenía en el estómago. Iba a golpearla, durante años su hermano luchó contra todo pronóstico para evitar que alguien le tocara un solo pelo y esa noche recibiría una paliza de su propio esposo.

Era normal que se sintiera tan enferma, la situación era tan desquiciante que a veces se preguntaba si no habría sido mejor morir a manos de sus tíos, al igual que sus padres. Sollozó con amargura, ¿por qué las cosas terminaron de esta manera?, ¿por qué su hermano tuvo que ir a Las garras de Lucifer?

Nada de esto estaría pasando si él se hubiera quedado en su casa como de costumbre.

Las piernas le temblaron al recordar que quejándose no conseguiría nada y terminó de rodillas en su lugar. Si tenía que elegir, prefería las patadas, tenía la leve sospecha de que las manos del pelinegro serían muy peligrosas para su debilitado cuerpo.

—¿Qué te sucede? —todo su cuerpo se estremeció cuando se acucilló junto a ella—. No esperarás que te tome en brazos y lleve al camastro, ¿verdad? —Negó con la cabeza, esa imagen jamás cruzaría por su cabeza ahora que conocía su verdadera cara—. Mírame —ordenó y con la visión empañada lo buscó con la mirada. Cuadró los hombros cuando apuntó su vientre—. ¿Estás embarazada?

—No —respondió sin pensarlo, pero odió que el miedo empezara a carcomerla por dentro—. Seguro comí algo en mal estado, no tengo ningún síntoma y es probable que tu visita, tus amenazas y actitud me hayan provocado todo este malestar.

Rezó en silencio para que sus palabras fueran ciertas. Lo último que quería era darle un padre como Randall Aldrich a una inocente criatura.

—Párate —la obligó a seguir su orden y ella se tambaleó en su lugar—. Me iré por hoy —le avisó y Lilias se encogió cuando alzó la mano en su dirección—. ¿Qué, tienes miedo? —tiritó en respuesta—. Haces bien, querida —sonrió con malicia y clavó la vista en su vientre—. Si me entero que me mentiste, no seré benevolente con ninguno de los dos, ¿me entiendes?

—¿A qué te refieres? —la voz le tembló.

—En un principio pensé que lo mejor que podía hacer para mantenerte con la boca cerrada era embarazarte, pero ahora no deseo por nada en el mundo que lleves un hijo mío en el vientre.

Él era despreciable, ¿cómo se le ocurría decirle algo así cuando durante dos semanas no hizo el más mínimo esfuerzo por ser precavido?

—¿Y si así fuera? —inquirió con voz débil.

—Hay problemas que se pueden solucionar —zanjó—. Nunca debí venir, había olvidado lo irritante que puedes llegar a ser.

Lilias observó como el pelinegro abandonaba su piso en silencio y después de varios minutos en soledad, acunó su vientre con inquietud.

—Es imposible, las cosas no pueden complicarse todavía más —sollozó con impotencia y se recostó en su camastro con esfuerzo.

¿Qué le diría a su hermano si los temores de Randall se confirmaban?

Ibrahim ya tenía muchos problemas acumulados como para que ella le brindara uno más.

Lilias no tenía la menor idea de qué se traían los hermanos Aldrich entre manos, pero en esta ocasión, no estaba dispuesta a ser un peón en su estrategia.

—Hice todo lo que me ordenaron hace tres años, creyendo que lo hacían por mi propio bien y nunca me dejarían sola, pero me equivoqué.

—No quiero quitar mérito a lo que tú y tu hermano hicieron, pero no puedes decir que no te ayudamos ni pensamos en ti —espetó Seraphina con rapidez—. No sabía lo que Randall hizo, lo cierto es que me siento avergonzada por su actuar, pero no estás pensando en tu futuro y el de Rosslyn.

—Es por Rosslyn que quiero desvincularme de Randall.

—¿Por Rosslyn o por tu club? —inquirió la rubia, helándole las venas, y en ese momento la verdad que se negó a ver se hizo muy evidente—. No te confundas, quiero ser parte de tu negocio, me parece una idea maravillosa, pero no puedes pretender que Lilias Aldrich sea la dueña de Diamantes.

—Tú eres Rosemary —susurró.

—Mi hermana abrió su club hace muchos años y se mantiene en el anonimato hasta la fecha, algo que tú también tendrás que hacer si quieres que tu club prospere.

¿Su club? ¿De verdad creían que no intentaría huir ahora que sabía lo expuesta que estaba su hija?

«Mantente serena, deben creer que estás de acuerdo», le dijo una vocecilla y se obligó a sí misma a mantener la compostura.

—Haremos de tu club una realidad, la idea es muy buena —admitió Seraphina y Lillas comprendió que ellos no llegaron a ese salón por Randall, sino porque querían reunirse con ella para hacer negocios.

—¿Él lo sabe?

—Lucien no se enteró de mi club hasta muchos años después, cuando nos reconciamos —musitó Seraphina y ella se rio sin humor alguno.

—Lo último que deseo es una reconciliación con tu hermano.

—Me temo que tendrás que pensarlo mejor, no tendrás otra opción —aseveró el marqués y ella se mordió la lengua con disgusto.

—No quiero seguir hablando de esto —se aferró a la falda de su vestido y corrió hacia la puerta del salón.

—Una semana, Lillas, ese es el tiempo que te doy para dar la cara y traer a Rosslyn a Kent House.

Una semana era el tiempo suficiente para que ella pudiera huir de Londres; no obstante, no hizo comentario alguno al respecto y salió huyendo del lugar en silencio. Si su hermano quería quedarse en Londres, perfecto, tal vez y era hora de que sus caminos se separaran.

Cuando llegó al salón de baile, paró en seco al ver a lord Zachary observando a la pareja que estaba en la pista de baile. La estancia estaba en penumbras, pero la cabellera rubia brillaba con precisión y...

—Es Georgina, la Aldrich menos querida de la familia —le informó su cuñado y ella se dirigió hacia el oscuro jardín.

¿Cómo diablos iba a quedarse al lado de un hombre que ni bien se deshacía de ella, corría a los brazos de su cuñada?

Apenas y había podido vislumbrarla, pero no necesitaba ser un genio para saber y determinar que era hermosa. La dama poseía un brillo espectacular y ahora entendía mejor por qué Randall y Seymour terminaron en un duelo por esa mujer.

Cualquier hombre mataría por tener una mujer tan exquisita como esa como esposa, ¿verdad?

Además, a diferencia suya, Georgina sí tenía una dote que ofrecer, por lo que Seymour salió doblemente premiado con el giro de los acontecimientos. La frustración de Randall empezaba a cobrar más sentido en su herido corazón, ella fue un horrible castigo para él.

Lillas detuvo su marcha con inquietud y empezó a respirar con dificultad.

¿Por qué le dolía el pecho?, ¿qué era ese nudo que se formó en la boca de su estómago?, ¿por qué el ver a Randall bailando junto a Georgina hizo que algo en su interior se quebrara?

«Tal vez porque nunca bailó contigo», le dijo una vocecilla y ella tragó su sollozo. «O porque tal vez, muy a tu pesar, él aún te duele lo suficiente como para robarte un par de lágrimas».

¿Qué tipo de broma de mal gusto era esta?

Lo último que podía hacer era sufrir por ese hombre. Arrancó la máscara de su rostro con frustración y la tiró sobre el césped sin cuidado alguno.

¿De qué le servía llevarla puesta si estaba rodeada de gente de la que jamás podría esconderse?

—Tres años en el exterior debieron ser muy divertidos para usted. —Se tensó, no conocía esa voz y por esa razón giró sobre su eje con rapidez, hizo mal al alejarse del salón de baile.

Un hombre abandonó las sombras. No lo conocía, pero se veía joven y de facciones atractivas.

—Usted es exquisita, lady Aldrich —musitó con voz oscura y ella dio un paso hacia atrás

cuando el hombre la miró con lujuria—. He oído que su marido la tiene descuidada, ¿qué le parece si usted y yo hacemos negocios?

Debió suponer que algo así sucedería, ahora ningún hombre intentaría respetarla porque para todos ella era una vividora. Cerró las manos en dos puños, a veces se preguntaba cuánto daño más tendría que causarle Randall para dejarla tranquila.

—Haré de cuenta que este encuentro nunca se efectuó —aseveró con dureza, pero toda su confianza se evaporó cuando él bloqueó su camino y la sujetó del brazo con más fuerza de la requerida—. Suélteme —la voz le tembló, algo muy malo porque lo peor que podía hacer era demostrar temor.

—Te casaste con el peor de los granujas, pero todo parece indicar que estás a su altura —inclinó el rostro para besarla, pero ella pudo retirarlo a tiempo y empezó a forcejear para obtener su libertad.

—¡No! ¡Suélteme! —gritó sin medir el timbre de su voz y estampó un puño en la nariz del hombre, consiguiendo su libertad.

—¡Mierda! —bramó él, encogiéndose de dolor, y Lilias empezó a correr hacia el salón de baile, pero no llegó muy lejos.

—¡No! —chilló cuando el hombre tiró de sus cabellos y la lanzó al césped sin cuidado alguno. —Ah —jadeó al sentir un agudo dolor en su muñeca.

—No vales nada —lo miró con desprecio, ¿quién diablos era y por qué la trataba de esa manera?—. Pronto serás desechada por segunda vez y por ende lo mejor que puedes hacer es aceptar mis favores.

El hombre hizo el ademán de sujetarla una vez más del cabello, pero Lilias se quedó como piedra al ver como un hombre de atuendo totalmente oscuro se abalanzaba sobre él para alejarlo de su cuerpo.

Los puños volaron sin control alguno y ella se encogió en su lugar por los gruñidos masculinos, ¿qué acababa de suceder?, ¿esto era lo que le esperaba de ahora en adelante si decidía quedarse en Londres?

Una lágrima se deslizó por su mejilla y negó lentamente con la cabeza. Había pensado que ese era su hogar, un lugar seguro y agradable para ella y su hija, pero ya podía vislumbrar el futuro que les esperaba en ese lugar.

Sollozó con amargura y la piel se le erizó al ver como su agresor salía huyendo del lugar como el cobarde que era. Volvió el rostro hacia su salvador y las lágrimas se desbordaron por sus mejillas al ver a Seymour ahí, observando al hombre con rencor y la respiración agitada.

—Seymour... —lo llamó con voz rota y se incorporó con esfuerzo, odiando que las piernas le temblaran, para correr hacia él y abrazarlo—. No puedo —confesó con angustia y dejó que el llanto se apoderara de ella—, de verdad lo siento. —Presionó su abrazo—. No tengo nada contra tu familia, pero no hay manera de que pueda quedarme. Debo irme de Londres.

La tensión en el cuerpo masculino debió advertirle que la noticia no fue de su agrado, pero no fue así, ella sólo agradeció que sus fuertes brazos la rodearan para brindarle consuelo, aunque hubiera preferido que no se cerraran en su cintura con tanta firmeza.

—Ayúdame a huir, por favor, tus hermanos también lo saben y quieren que hable con Randall —contó aceleradamente, dejando que el miedo se apoderara de su ser—. Randall no puede enterarse de la existencia de Rosslyn, él nunca amará a su hija.

Lo buscó con la mirada, pero debido a la oscuridad de la noche apenas y pudo apreciar sus facciones. Seymour tenía que entenderla. Jamás expondría a su hija a una vida tan peligrosa en Londres, más cuando las probabilidades de recibir un rechazo directo de su padre eran

abismales.

—Creí que podría empezar una nueva vida en Londres, pero la gente me desprecia y la idea de que esto se repita me asusta —la voz se le quebró—. Tengo miedo, no soy tan valiente y no quiero que tu hermano vuelva a lastimarme. —Porque él iba a hacerlo, tarde o temprano, Randall encontraría la manera de lastimarla—. Yo... odio admitirlo, pero le tengo tanto miedo que cada vez que debo reunirme con él, todas mis alarmas se prenden y la piel se me eriza. —Los brazos masculinos cayeron y ella aprovechó ese momento para abrazarse a sí misma—. Siento que, si llega a enterarse de que me marché embarazada, Randall no sólo me castigará a mí, sino a nuestra hija —se estremeció de solo pensarlo.

Su cuñado se quitó el abrigo sin emitir palabra alguna para cubrirla por los hombros y la instó a avanzar hacia los carruajes.

—Gracias —susurró una vez que estuvieron dentro del vehículo y se limpió las mejillas con impotencia—. Ha sido una noche difícil.

En ese momento la lámpara a gas del reducido espacio se prendió y ella sólo necesitó dos segundos para comprender que acababa de cometer el peor error de su vida.

—Y esta solo empieza, Lillas —susurró Randall, sin expresión alguna en el rostro, y todo su cuerpo se sacudió sin control alguno.

Nunca fue Randall el hombre que vio junto a Georgina, en ese momento estaba tan frustrada, celosa y dolida, que no pudo distinguir a los gemelos.

«Randall no puede enterarse de la existencia de Rosslyn, él nunca amará a su hija».

Dios santo, acababa de revelarle su mayor secreto y...

—¡Ni siquiera lo pienses! —la rodeó de la cintura, tirándola al piso del carruaje al ver que pretendía salir del mismo, y ella empezó a tiritar al ver como este se ponía en movimiento.

—¡No quiero ir contigo! —empezó a sacudirse con desespero.

—Vendrás, Lillas, e iremos por nuestra hija ahora mismo —gruñó y esa orden hizo que empezara a respirar con dificultad.

Quería decirle que nunca le permitiría llegar a su hija, que él era un peligro en todos los sentidos de la palabra y jamás podría confiar en su persona, pero en lugar de eso, el miedo le generó tal conmoción que terminó sumida en una profunda oscuridad.

Capítulo 11

“Se dice por ahí que cierta dama casada recibió la visita de su cuñado a altas horas de la noche y este no se marchó hasta la mañana siguiente. En esta ocasión, como la información no es tan certera, dejaré los nombres en el anonimato

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

«Tengo miedo, no soy tan valiente y no quiero que tu hermano vuelva a lastimarme».

¿Ella le tenía miedo?

«Yo... odio admitirlo, pero le tengo tanto miedo que cada vez que debo reunirme con él, todas mis alarmas se prenden y la piel se me eriza».

¿Lilias estuvo fingiendo todo este tiempo y en realidad le daba pavor lidiar con su persona?, ¿por eso intentó huir de su casa ni bien le informó que quería el divorcio la noche que fue a verlo?

«Siento que, si llega a enterarse de que me marché embarazada, Randall no sólo me castigará a mí, sino a nuestra hija».

Por todos los santos, ella creía que él iba a lastimarla físicamente y por eso escondió a su hija.

Paró en seco.

Una hija.

¡Tenía una hija y su familia siempre lo supo y nunca le dijeron nada!

Rosslyn.

Tragó con fuerza y empezó a respirar con pesadumbre.

Lilias no se iría a ninguna parte, él nunca lo permitiría y por esa razón utilizó su desmayo para retenerla a su lado, porque cuando ella despertara, él no demoraría mucho en pedirle la dirección de Ibrahim para ir en busca de su pequeña.

Su corazón se encogió y cerró los ojos con fuerza.

¿Por qué se engañó a sí mismo?

Desde su noche de bodas él no había hecho más que buscar un embarazo, durante dos semanas le hizo el amor sin descanso alguno, ¿por qué se autoengañó y dedujo que no existía un bebé?

—El doctor acaba de marcharse, no encontró ninguna anomalía además de la torcedura en su muñeca derecha. Lady Aldrich sólo está algo agotada —la voz femenina lo hizo respingar en su lugar y se volvió hacia la única persona que se le vino a la mente cuando su esposa se desvaneció en sus brazos.

—Muchas gracias, milady, lamento mucho haber irrumpido en su hogar.

«Pero es el único lugar al que nadie vendrá a buscarme», añadió mentalmente y lady Harriet Kilbrenner asintió con incomodidad.

—Le escribí a Archie, está en la fiesta de mi hermana. —Torció los labios con disgusto, habría preferido que no lo hiciera, pero ¿podía culparla?

Ellos sólo eran conocidos y él había invadido su pequeña morada, una casa que nadie sabía que poseía y en la cual ella llevaba meses radicando debido a las malas condiciones que Isaac le ofrecía en su ostentosa propiedad.

Diecisiete años.

¿Era prudente que una dama tan joven y guapa viviera sola?

Ahora entendía mejor por qué Archie se la pasaba la mayor parte del tiempo pensando en el bienestar de su cuñada, su situación era algo alarmante y todo porque la dama se había desvinculado de sus dos hermanas después de contraer nupcias con Isaac.

Dejó el paraíso por el infierno, lo más probable era que la vergüenza no la dejara regresar.

Él conocía ese sentimiento mejor que nadie.

—¿Puedo reunirme con ella? —la hermosa castaña lo miró con recelo.

—¿Por qué llegó en ese estado? Usted...

—No le hice nada —aclaró, aunque había un hombre al cual debía buscar y asesinar—. Se descompensó cuando subimos al carruaje.

—¿Por qué no quiere que nadie los encuentre? —Randall se tensó—. Sólo esa razón lo habría llevado a tocar mi puerta, de ser diferente, habría ido a su casa —añadió con obviedad y él alborotó su cabellera con desespero.

—Quiero recuperarla, he cometido muchos errores, pero Lillas no es una mujer fácil de tratar.

Lady Kilbrenner asintió, lo más probable era que conociera la historia, ahora mismo todos en Londres estaban hablando del tema.

—Yo...

La puerta principal se abrió y Randall arrugó el entrecejo cuando Archie apareció en su campo de visión, ¿él tenía una llave de la casa de su cuñada?

—¿Qué diantres haces aquí, Randall? —exigió saber el castaño, era la primera vez que lo veía tan serio y molesto—. No había razón alguna para que metas a Harriet en tus problemas, ella...

—No pasa nada —musitó la castaña con suavidad y posó una mano en el brazo de su amigo, calmándolo con inmediatez.

Esto era malo.

Muy malo.

Isaac debía tomar una decisión lo antes posible respecto a su indeseada esposa porque todo parecía indicar que su hermano más pequeño no pensaba igual que él.

—No sabía dónde llevarla, sólo es cuestión de tiempo para que su hermano y Mountevans empiecen a buscarla —explicó y su amigo inhaló profundamente—. Me la llevaré una vez que despierte.

Ya se sentía más calmado, podía llevarla a una posada o a la casa que tenía en las afueras de la ciudad.

—No hace falta, de todas formas, debo irme —musitó la castaña y Randall frunció el ceño.

—Son las diez de la noche —observó y lady Harriet se ruborizó.

Tenía entendido que ella trabajaba, pero por un momento pensó que sus turnos serían matutinos, aunque tenía mucha lógica que trabajara en las noches, así nadie sabría que la esposa del acaudalado Isaac Kilbrenner vivía en la miseria.

—Te llevaré, Randall necesita un tiempo a solas con su esposa —siseó Archie con disgusto, al parecer ella acababa de cometer una imprudencia al revelar ese hecho—. Tienes que ser rápido, para cuando abandoné la fiesta, Cumming parecía haberse percatado de su ausencia.

Maldición, todo indicaba que Ibrahim nunca dejaría de ser un dolor de cabeza.

Una vez que los castaños se fueron, Randall se dirigió al segundo piso para reunirse con su esposa, quien estaba plácidamente dormida en la cama y tenía la muñeca derecha vendada.

«Creí que podría empezar una nueva vida en Londres, pero la gente me desprecia y la idea de que esto se repita me asusta».

—No volverá a pasar —Se sentó junto a ella y acarició sus largos dedos—. No dejaré que nadie te lastime, ni mucho menos intente propasarse contigo. —Se inclinó y llevó su mano a sus

labios.

Era su culpa, él era el único culpable de que la gente no respetara a su esposa y la culparan por el viaje que hizo durante tres años, cuando se suponía que era una mujer soltera y libre de elegir. Si nunca la hubiera soltado, si no hubiera dejado que su orgullo lo dominara, tal vez ahora no sólo serían una familia feliz, sino una pareja llena de amor y vivacidad.

Ella era tan suave que le resultaba simplemente imposible mantener las manos lejos de sus lindas curvas, no había día que no quisiera tocarla y eso lo angustiaba profundamente, dado que nunca antes se había sentido así por ninguna mujer.

Lilias era la primera mujer con la que incluso se atrevía a compartir la cama de su habitación, un lugar que consideraba su refugio y nadie más que él y su valet podían entrar.

—¿Por qué no duermes? —preguntó ella entre sueños, removiéndose en su lugar—. Me siento cansada, Randall... —suspiró cuando dejó un casto beso en su hombro—. ¿Quieres que me vaya a mi habitación?

Dios no, si ella sugería algo así, él sería capaz de amarrarla al dosel de su cama para impedirlo.

—Tal vez no lo has notado, pero cada vez se notan menos tus marcas —comentó y acarició su espalda con delicadeza, apreciando como las secuelas de la varicela comenzaban a abandonar su piel—. Tengo entendido que la pasaste muy mal durante tu enfermedad, ¿podrías hablarme de ello?

Sentía la imperiosa necesidad de saber más de ella, quería conocerla a fondo y saber qué tan parecidos eran.

—Ibrahim me salvó. —Y por alguna extraña razón se sentía agradecido con Cumming por cuidar de Lilias y hacer hasta lo imposible por salvarla—. Fue horrible —giró sobre su eje y lo abrazó por la cintura—. Por un momento pensé en renunciar, me sentía agotada y comprendía que estaba siendo una carga para mi hermano.

—¿Y qué sucedió?

—Él nunca me lo habría perdonado, hemos estado juntos durante muchos años. No podía dejarlo solo.

Randall acarició sus mejillas y besó su frente con ternura.

—Háblame de tu pasado, tengo entendido que abandonaron Escocia abruptamente.

Lilias no le dio una respuesta inmediata, pero después de un largo lapso, suspiró.

—Nuestros padres fueron asesinados —se tensó—. No tenemos pruebas, pero la noche que cenamos con unos tíos que acababan de llegar de visita, algo sucedió con ellos que amanecieron muertos.

—¿Cómo dices? —la buscó con la mirada.

—Ellos enseñaron unos documentos extraños que aseguraban que nuestros padres les dejaron la destilería, nuestras propiedades y la herencia, y nos expulsaron del lugar sin piedad alguna.

¿No venían de una familia humilde?

—Pensamos que podríamos quedarnos en Escocia y abrirnos camino, pero como la gente preguntaba y nosotros contábamos nuestra historia, ellos intentaron matarnos.

—Huyeron.

Lilias asintió.

—Han pasado diez años desde entonces, nunca volvimos a saber de ellos y si bien no ha sido fácil acostumbrarnos a Londres, diría que hicimos lo mejor que pudimos.

—¿A qué te refieres con eso de que “no ha sido fácil”?

Lo miró con obviedad.

—No eres el único inglés que nos trató con desprecio.

Él la abrazó con fuerza, sintiéndose más miserable que nunca, y se juró a sí mismo que a partir de ahora Lilias no volvería a ser menospreciada por nadie.

—Sé cómo funcionan las cosas con tu familia y una parte de mí no podría culparte si decides dividir nuestros caminos una vez que mi hermano despierte, sé que soy una vergüenza para ustedes. —Randall siseó un juramento, no volvería a cometer el mismo error de su padre y hermanos—. Aceptaré cualquier decisión, siempre y cuando no deba esperarte en el campo. — La miró con sorpresa—. No sobreviví hace diez años para morir dentro de una jaula de cristal.

—No pienso dejarte en Kent —susurró de pronto, consciente de que no quería alejarse de su mujer—. Pero si llegaras a embarazarte, el campo sería el mejor lugar para nosotros. — Acarició su vientre plano y ella se estremeció.

—¿Nosotros?

No le dio una respuesta y en esta ocasión decidió unir sus labios con ternura. En un principio, cuando pensó que su matrimonio sería un desastre, no negaría que se planteó muchos escenarios para huir de su esposa, pero ahora mismo, después de diez días de convivencia, estaba bastante seguro de que Lilias era el respiro y ese rayo de luz que llevaba años esperando.

Era su nueva familia, su prioridad y lo único que debía importarle por ahora.

—Maldita la hora que respondí al llamado de Georgina —acarició sus sienes y sus manos viajaron hacia la cabellera femenina, donde fue retirando las horquillas una a una hasta liberar las hebras rojizas de las ataduras.

Ella le había dicho que solía ser linda antes de que le diera la varicela y al parecer pecó de iluso al no percibir la humildad de su esposa. Lilias era, posiblemente, una de las mujeres más bellas que había visto en su vida.

«Y es mía».

Ese pensamiento lo llevó a inclinar el cuerpo hacia adelante y cuando pensó que por fin podría unir sus labios una vez más, una voz lo hizo volver en sí y se enderezó con rapidez.

—Ella te tiene miedo, Randall, si estuviera en tu lugar, yo no haría eso.

Pecó de idiota al creer que Connor no seguiría sus pasos.

—Largo.

—No dejaré que la lastimes. —Apretó la mandíbula—. Dije que la protegería y eso implica cuidarla de cualquier amenaza, hermano.

—¿Por qué crees que la lastimaré? —preguntó con impotencia—. ¿Cuándo he golpeado a una mujer?

—Ella me lo dijo todo. —Frunció el ceño—. La secuestraste, le amenazaste con una pistola, sufrió miles de desplantes y una noche intentaste castigarla. —La sangre abandonó su semblante—. Me sorprende que tenga el coraje para pararse ante ti, otra mujer no habría regresado jamás.

—¿De qué estás hablando? —abandonó su lugar con cautela—. No negaré que le hice amenazas y me atreví a utilizar mi pistola para amedrentarla, en aquel entonces me emborrachaba para cada uno de nuestros encuentros, pero castigarla...

—Fuiste a su piso, tú la viste vomitando, apreciaste el primer síntoma y quisiste ser tan imbécil que preferiste ignorar lo que era evidente.

La garganta se le cerró.

—Yo...

—¿Lo negarás? —siseó con enojo y negó con la cabeza.

—Pero no lo recuerdo en su totalidad —admitió con vergüenza y Connor abrió los ojos con

sorpresa—. Estaba en el club, determinando si era una buena idea divorciarme de una mujer que era capaz de hacerme sentir tan vivo, y bebí más de la cuenta, de un momento para otro estaba en su piso, decidido a hacerle el amor y cambiar el curso de las cosas.

—¿Intentaste violarla?

—No, yo... fui a seducirla.

—Pues déjame decirte que, estando ebrio, tus habilidades de seducción dejan mucho que desear —siseó con rabia y Randall bajó el rostro, avergonzado—. Despiértala. —Le lanzó unas sales aromáticas y él lo miró con fijeza—. No puedes quedarte con ella de esta manera, su hermano te odiará y sólo empeorarás la situación si actúas con tanto egoísmo.

—Tengo una hija.

—Lo sé, es la razón por la que sigues casado.

Ellos lo sabían.

—¿Por qué no me lo dijeron?

—Nunca nos dejaste hablar, te alejaste de todos como si fuéramos tus enemigos, al final sólo pensamos en Liliás y la pequeña y confiamos en Ibrahim.

—Perdí más de dos años de mi hija —la voz le tembló.

—No te tendré pena —fue sincero—, tú elegiste ese camino.

Connor era imparcial, la única que recibió su apoyo fue Seraphina, puesto que fue una víctima de Lucien y no la victimaria; sin embargo...

—¿Qué haré?

—Tómalo con calma y lucha por tu matrimonio, no pienses en someterla, las escocesas son más complicadas de lo que te imaginas.

—Ella me tiene miedo, si le digo...

—Si tienes un poco de cerebro —le cortó con dureza—, lo último que intentarás hacer será obligarla.

—Entiendo.

—Y habrías sabido de la existencia de la pequeña Rosslyn de haberme hecho caso —dijo de pronto, tomándolo por sorpresa—. ¿Cuántas veces te pedí que visitaras a nuestro padre? —La vergüenza lo golpeó con fuerza—. Él ansiaba decirte la verdad, quería traer a su nuera y nieta a Londres, pero como de costumbre, lo complicaste todo.

—Lo siento.

—Tienes que reunirte con él.

—Lo sé —susurró cabizbajo, debía darle las gracias por todo lo que hizo por él.

Gracias a ellos su hija no nació como una bastarda.

—Te esperaré en el carruaje —zanjó el tema y se marchó con paso resuelto, brindándole la tarea más difícil.

El miedo la había llevado a colapsar, ¿cómo se sentiría cuando volviera en sí y se viera en una habitación desconocida, junto al hombre que tanto pavor le causaba?

Sólo esperaba que ella tuviera la energía suficiente como para fingir valentía, lo último que necesitaba era verla tiritar de miedo por su culpa.

Él no era ninguna amenaza para ella, por todos los cielos, era la mujer que amaba.

¿Por qué diablos intentaría lastimarla?

Capítulo 12

“No veo a lord Aldrich interesado en iniciar otra demanda de divorcio, es más, si se me permite opinar, hasta diría que está intentando consolidar una mejor relación con su cuñado, un escocés que al parecer no entiende que su hermana es pertenencia de Randall Aldrich **Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**”.

Era un olor desagradable y lo conocía muy bien, por lo que con un movimiento resuelto levantó la mano para apartar la sal aromática de su rostro.

—Para —pidió. Durante su embarazo se había desmayado tantas veces que odiaba esa fragancia—. Dame un minuto, hermano —rogó y poco a poco fue levantando los párpados, las sienes le martilleaban y el dolor en su muñeca derecha la llevó a fruncir el ceño.

¿Cómo terminó en ese lugar?

Los últimos sucesos llegaron a su cabeza y como respuesta abrió los ojos con rapidez, cerrándolos de igual manera por el dolor, y giró sobre su costado con esfuerzo.

—Tranquila —esa voz logró todo, menos tranquilizarla—. Mi hermano te llevará a tu casa, no te asustes.

No tenía la menor idea de qué hermano estaba hablando, pero cualquier Aldrich era mejor que Randall.

—¿A dónde me trajiste? —abrió los ojos con lentitud y estudió el pequeño cuarto con curiosidad—. No importa, quiero irme ahora mismo —se apoyó sobre su cadera y manos y se tensó cuando sus cabellos rojos acariciaron sus mejillas.

—Averiguaré quién te atacó y juro que lo castigaré —acunó su mano y Lillas lo miró con rencor.

Tal vez estaba asustada, pero no podía olvidar que él era el único causante de todas sus desgracias.

—¿Y crees que él será el único que intentará hacer algo así? —apartó su mano y se incorporó con lentitud, odiando que incluso así los mareos la desestabilizaran—. Nadie en Londres encuentra razón alguna para sentir respeto por mí, todos creen que soy una mujer vividora porque estuve fuera del país por tres años y todo porque la única tarea que tenías, que era la de validar nuestro divorcio, la hiciste mal —explotó, estaba harta de ser racional y educada.

—Lillas...

—¡No uses mi nombre! —bramó con impotencia y odio que la visión se le empañara—. No somos amigos y nunca lo seremos, ¡arruinaste mi vida! Por tu culpa me trataron peor que a una ramera —las lágrimas se deslizaron por sus mejillas— y no merezco esto porque a diferencia tuya, yo nunca te engañé.

—Yo tampoco te engañé.

—Tu mente y corazón siempre fueron para Georgina —sonrió con amargura y apartó las lágrimas de su rostro de un manotazo—, pero no te culpo, la he visto y eso me ayudó a darle más sentido a todas tus palabras.

—No te compares con ella, ustedes...

—¡Fuiste tú quien nos comparó primero! —explotó—. Estoy harta, olvida lo que sucedió esta noche y déjame ser libre.

—No, jamás olvidaré que me robaste una hija.

—¿Qué te robé una hija? —masticó sus palabras—. ¡La rescaté de tener un padre como tú!

Él la miró con fijeza, no sabía si era impresión suya, pero parecía estar conteniendo mucho de sí en su pecho.

—Eres mi esposa y tenemos una hija, esa es la única verdad y te aseguro que a partir de ahora las cosas empezarán a tomar su lugar.

—Nuestro lugar no es al lado tuyo, Rosslyn y yo fuimos una imposición para ti.

—La mejor de todas —musitó y sin previo aviso, sujetó su muñeca sana y tiró de ella en su dirección—. Lo siento tanto, Lilias, fui un imbécil al dejarte ir.

¿Qué era lo que ese hombre quería?, ¿por qué de repente parecía sentir algo más que odio hacia ella?

—Regresé a Londres para divorciarme.

—Entonces cometiste un error al hacerlo, porque no pienso permitir que te marches a ningún lado con mi hija. Ustedes son mi familia, son mías y nadie ni nada puede cambiar ese hecho.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó con frustración—. ¿Qué significa todo este derroche de interés?, ¿por qué actúas de esta manera? ¿Debería recordarte como actuaste hace tres años, cuando tu único objetivo era sacarme de tu vida para siempre?

El pelinegro se dio unos minutos para pensar en sus respuestas y durante ese breve lapso, ella logró romper el abrazo y tomar su distancia. Nunca debió enamorarse de ese hombre, desde un principio supo que podría romperle el corazón, pero incluso así accedió a ser parte de su juego.

—No planeo iniciar ningún divorcio —dijo de pronto, arrancándola de su letargo—, te he buscado por días para conversar sobre el tema, yo...

—No viviré contigo, me rehúso a tener una vida a tu lado.

—Lo siento mucho, pero ese es tu destino —respondió con cautela—. Sigues siendo mi esposa y será así hasta tu último respiro.

Lilias se sintió tan furiosa con el mundo, con Randall y con ella misma, que recurrió a la violencia y lo empujó por el pecho, ignorando el agudo dolor que atravesó su muñeca.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta?! —apenas y lo movió un ápice—. ¿Sabes todo lo que sufrí por tu culpa? ¿Tienes idea de todo el daño que causaste con tu arrogante actitud? Yo...

«Me sentí tan sola y asustada cuando descubrí que Rosslyn estaba en camino».

—Sé que fui un mal hombre —rodeó sus muñecas y conectó sus miradas—, pero no siempre fue así, en Kent...

—Me echaste de tu casa, tierra y vida por la mujer de tu hermano —la soltó con rapidez y ella odió que la voz le temblara—. Ahora que la he visto, sé que no le llego ni a los talones, pero incluso así no merecía ese trato.

—Eso no es verdad, Lilias, tú...

—Fuiste a castigarme por ella, aprovechaste que mi hermano no estaba para adentrarte en mi piso e intentaste golpearme.

—No iba a golpearte, sé que estaba muy borracho como para darte esa impresión, pero yo...

—Te odio —odió que una lágrima se deslizara por su mejilla, pero no hizo nada para esconder sus emociones—. Te tengo miedo, no me generas confianza, no veo nada bueno en ti y por ende nada, ni nadie, me obligará a vivir bajo tu mismo techo, ni mucho menos a poner a mi hija a tu alcance —confesó y no vio razón alguna para quedarse en ese lugar, giró sobre su eje, lista para salir huyendo, pero paró en seco cuando se plantó frente a ella.

—Acepto tu rencor —su voz bajó una octava y atenazó su cintura con precisión—, reconozco que fui un granuja contigo, pero estoy plenamente seguro de que jamás sería capaz de tocarte un solo pelo, por lo que ya sea por las buenas o por las malas, haré que entiendas que eres solamente

mía, Lilias Aldrich.

Inclinó el rostro en su dirección y ella logró apartarse a tiempo para impedir que sus labios se tocaran.

—Lilias... —musitó con voz suave y ella lo empujó por el pecho cuando la puerta de la estancia se abrió y su hermano apareció en su campo de visión.

—Ibrahim —la voz se le quebró y corrió en su dirección en busca de protección.

Necesitaba salir de ese lugar cuanto antes.

—¿Qué diablos le hiciste? —farfulló su hermano, cubriéndola con su cuerpo, y ella aferró su abrigo por detrás.

—Vámonos, por favor.

Lord Sutherland apareció en la habitación y Lilias tragó con fuerza, no le sorprendía que su hermano hubiera dado con ellos, Seamus tenía vigilado a Randall y por ende su gente debió darle su paradero.

—Hoy dejaré que te vayas con él, pero pronto llegará el día en el que tú y Rosslyn tendrán que venir conmigo.

Ibrahim se tensó, al parecer no había esperado que Randall se enterara de su hija con tanta prontitud.

—¿Es una amenaza? —quiso saber su hermano y el pelinegro se tensó.

—Son mi familia, tienen que vivir conmigo y...

—Si no hubiera sido por tu padre, ninguna de las dos serían algo tuyo, así que no vengas a decirme que ahora te interesan, Aldrich.

—Si me hubieran dicho la verdad, yo...

—No quería que mi sobrina y hermana se quedaran con un hombre que siempre las culparía por haberlo alejado de la mujer que amaba.

—¡Yo nunca amé a Georgina! —confesó apasionadamente y su hermano lo miró con sorpresa, pero Ibrahim y Lilias no le creyeron—. Si me dieras la oportunidad de explicarte...

—Lo que sientas por Georgina no es mi problema —admitió cabizbaja—. Mi verdadero problema radica en todo lo que me hiciste para conseguir el divorcio.

Maldita la hora que se ahogó en alcohol y generó cada uno de esos malditos encuentros donde no hizo más que asustarla. Esto no se trataba de si amaba o no a otra mujer, sino de la poca valía que le dio cuando se suponía que era su esposa, la mujer que debía proteger y atesorar.

—Quiero irme, hermano —musitó finalmente y Randall no pudo oponerse a su petición.

Ella ya había pasado por mucho por su culpa.

«Necesita tiempo», pensó abrumado y una vez que estuvieron solos, Connor se volvió en su dirección.

—Si no la amabas, ¿por qué intentaste robarla?

—No iba a robarla, sólo quería ayudarla a escapar.

—¿De tu hermano?

—Yo le hice una promesa a Georgina, le dije que siempre la protegería y ayudaría, y ella me pidió que impidiera su boda con Seymour.

No diría más, el secreto aún no estaba listo para salir a la luz.

—Pero Seymour es un excelente hombre, si le tenía miedo podías haber hablado con ella y...

—Es complicado y me temo que no es mi secreto el que desencadenó tantos problemas.

Si algún día su familia se enteraría de lo ocurrido, eso sería por la misma Georgina.

—Tres hijos habrían sido suficiente —siseó su hermano para sí mismo y él se rio por lo bajo—. Debes tratar con Ibrahim, antes de intentar cualquier cosa con tu esposa, primero debes lidiar

con él.

—Lo sé.

—¿Tienes algún plan?

Negó con la cabeza.

—Sólo sé que quiero recuperar a mi mujer.

—¿No crees que ya trabajaste mucho por hoy? —inquirió Isaac, apoyado en el marco de la puerta, y Randall no apartó la vista del manuscrito que estaba revisando—. Vamos al club.

—Estoy bien así.

—Ya tienes mucho dinero para ir a uno, vamos por unas copas. —Archie se unió a la conversación y Randall negó lentamente con la cabeza.

—Hay tres mujeres que nos atenderán gustosas.

La bilis trepó por su garganta de sólo imaginar esa escena y dejó lo que estaba haciendo para centrarse en sus amigos.

—Saben que no pienso pisar un solo club hasta que restaure mis arcas.

El divorcio lo había dejado sin un solo penique, pero no era la ausencia del dinero lo que lo hizo sentirse miserable, sino que cada vez que la noche llegaba y su mente dejaba de pensar en el trabajo, el recuerdo de Lilias lo visitaba.

Se frotó los ojos con cansancio.

¿Qué tipo de vida tendría ahora si no se hubiera divorciado?

¿Había valido la pena perder a su esposa, a sus padres y hermanos por su orgullo?

«Nadie duele más que ella».

Extrañaba su sonrisa, su olor, el sonido de su risa y cómo sus ojos verdosos lo miraban con tanto amor a pesar de que él nunca fue el esposo perfecto.

¿Cuántos hijos tendrían?

¿Sería feliz?

No estaba seguro, pero al menos su casa no viviría en pulcro y constante silencio.

No con Lilias y sus hijos por el lugar.

—De acuerdo, tú te lo pierdes. —Isaac se encogió de hombros—. Una mujer te habría sentado de maravilla.

Lilias le habría sentado de maravilla, pero ella nunca volvería, jamás volvería a saber de ella y ese era su castigo.

—¿Tu esposa sabe que estás en Londres?

—Créeme que lo mejor para ella es no enterarse, le irá muy mal si se mete en mi camino —siseó el castaño y se marchó sin decir más, dejando a su pequeño hermano atrás.

—¿No quieres ir con él? —inquirió Randall con curiosidad y Archie se despabiló.

—Es mejor tenerlo cerca —musitó finalmente y salió tras de su hermano, brindándole la privacidad suficiente para que, como cada noche, los recuerdos de su exesposa lo visitaran.

Fue un imbécil al creer que estaba mejor sin Lilias, sólo debía ver todas las emociones que su regreso generaron en él para saber que durante los últimos tres años estuvo muerto en vida.

—¿Hablarás con Seymour sobre esto?

—No, eso provocaría que hiciera muchas preguntas y pondría a Georgina en una situación complicada.

—¿Qué escondes, Randall? —quiso saber y él lo miró con fijeza—. Sabes que lo averiguaré.

—No conseguirás nada.

Porque el día que Georgina y él interactuaron por primera vez, de los tres testigos del

acontecimiento, sólo dos recordaban lo ocurrido.

Capítulo 13

“¿La familia Aldrich logró arreglar sus conflictos? Primero lord Seymour aparece en público con su esposa y luego lord Randall visita a su padre después de tres años de distanciamiento

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Ser un Aldrich nunca fue una tarea sencilla. A decir verdad, Randall había renegado por años el ser parte de una familia como la suya, tan prestigiosa y a la vez problemática, algo que no hacía más que llamar la atención de todas las personas que estaban a su alrededor. Y, por si fuera poco, ni siquiera era el hijo de repuesto, sino uno que nunca estuvo pensado ni mucho menos planeado, puesto que llegó veinte años después de que sus padres contrajeran nupcias. Sin embargo, algo le decía que llevaba veintiocho años de su vida renegando hacia un regalo divino, dado que pocas familias tenían el privilegio de estar formadas a base de amor.

Connor le había ofrecido su ayuda —y sabía que Zachary y Seraphina también estarían para él en caso de que quisiera tomar cartas en el asunto—. A pesar de todos sus desplantes y actos de rebeldía, sus hermanos seguían amándolo y aceptándolo con todos sus errores incluidos.

—Fui un idiota —soltó con abatimiento.

«Te tengo miedo, no me generas confianza, no veo nada bueno en ti y por ende nada, ni nadie, me obligará a vivir bajo tu mismo techo, ni mucho menos a poner a mi hija a tu alcance».

Él, un hombre que fue criado por una madre amorosa y un padre presente, hizo que su esposa le temiera, la trató de la peor manera que podía existir y no había nada que pudiera decir o hacer para justificar sus errores.

Se equivocó. Falló como esposo y como hijo, pero pensaba exigir su segunda oportunidad. Todos merecían una.

—Es tarde, pero cuando me dijeron que se trataba de ti, no pude contenerme —confesó su padre, el duque de Kent, nada más ingresar a su despacho y Randall apartó la vista del fuego de la chimenea.

Vivían en la misma ciudad, pero lo había evitado de tal manera, que le parecía extraño reunirse con su padre después de tantos años de separación. Los años no habían pasado en vano e incluso su andar se había ralentizado, ahora entendía por qué pretendía pasarle el ducado a Connor, lo más probable era que sus padres quisieran retirarse al campo para disfrutar de los años venideros.

—Lo descubrí todo —confesó con aspereza y su padre asintió—. ¿Por qué no me lo dijo antes?, ¿no se da cuenta de todo lo que perdí en los últimos tres años?

—Claro que lo sé, por eso traté de persuadirte para que no sigas con tu divorcio —se sentó en su lugar y Randall tragó con fuerza—. Sería absurdo juzgarte, no he sido mejor esposo que tú en mis primeros años de matrimonio, pero siempre que les doy un consejo, lo hago desde la experiencia y no el qué dirán.

—Padre...

—¿Ahora sabes lo desesperante que es perder a tu mujer?

—Tiene que ayudarme —rogó angustiado—, nunca quise generar tanto mal, me dejé llevar por el orgullo y me siento muy arrepentido. Sabe que ella es especial para mí, debió notarlo desde nuestro segundo día de matrimonio, mi conexión con Lillas es algo que no se puede tomar a la ligera.

—Lo sé, hijo —asintió con una leve sonrisa en el rostro—, pero me temo que no puedo hacer mucho por ti. Hice todo lo que estaba a mi alcance e impedí que tu matrimonio se disolviera, ahora lo único que queda es que luches por tu esposa e hija.

—Lilias no quiere verme, se rehúsa a venir conmigo y...

—Cuando regresé a Kent diez años después del nacimiento de Connor, tu madre lo último que deseaba era quedarse a mi lado.

—¿Cómo lo hizo?

Malcom suspiró.

—No debería decirte esto, pero no puedes pasarlo por alto.

—Decirme ¿qué?

—Es tu esposa, tú tienes el poder.

—Connor me pidió que no la forzara —tragó con fuerza—, Lilias es...

—Es complicada —completó por él—, nunca vendrá por las buenas, me temo que a veces uno tiene que jugar sucio para ganar la pelea. —De todos los consejos que se imaginó que podría darle su padre, ese nunca entró en la lista.

—¿Por qué nunca me dijiste que estaba embarazada? —quiso saber, su padre se veía bastante dispuesto a ayudarle, pero en aquel entonces sólo esa noticia habría bastado para que él frenara todo—. Yo... le hice pasar momentos horribles.

—Me casé con tu madre por obligación y cuando llegó Connor, dejé que el odio me carcomiera y los acusé de todas mis desgracias; no deseaba que la historia se repitiera. —Randall pudo percibir como el pecho se le oprimía—. Quería que todos mis hijos se casaran por amor, pero todos lo hicieron bajo escándalos y con completos desconocidos.

—Pero la mayoría son felices —susurró y su padre asintió.

—Porque nunca me metí en sus caminos ni decisiones —acotó y Randall tragó con fuerza—. Ya viviste tres años sin ella, sabes el tipo de vida que podría esperarte si Lilias se va para siempre, por lo que ahora estás listo para decidir si quieres luchar o rendirte.

—Gracias por ayudarlos.

—Le prometí una familia y protección, ella es mi hija, así que jamás la habría abandonado.

—No piensas lo mismo de Georgina —lo miró significativamente, para nadie era un secreto que toda su familia sentía cierto desagrado por la rubia.

—Ella provocó muchos problemas y nunca hizo nada por llevarse bien con nosotros —se encogió de hombros y él sintió algo de pena por su amiga, quizá si la instaba a hablar, a confesar una parte de su historia, las cosas podrían cambiar para todos—. Espero que tu enamoramiento por ella haya finalizado —lo miró con recelo y él asintió—. Es lo mejor, me gustaría mucho ver una mejora en tu relación con Seymour. Ustedes eran un gran equipo.

—Iré por pasos —musitó con cansancio—, por ahora deseo enfocarme en mi familia.

—¿Por qué no organizamos una fiesta campestre en Kent?

—¿Crees que asistirán? Ella y su hermano me odian.

—Pero a mí me deben mucho, así que no se atreverían a decirme que no.

¿Una fiesta campestre?

—Llevo años sin asistir a un evento social —admitió con un deje de cansancio.

—Te aseguro que sólo la sociedad inglesa podrá ayudarte a recuperar a tu mujer.

Porque si ella no recibía presión alguna, nunca cedería.

—Está bien.

—¿Qué tienes pensado hacer? —inquirió y Randall negó lentamente con la cabeza.

—Me siento abrumado, quiero hacer lo correcto, pero una parte de mí siente deseos de ir por

ella, ver a mi hija y...

«Abrazar a mi esposa, besarla y hacerle el amor por horas».

—No puedes actuar como un caballero —reconoció su padre, captando su atención, y no supo qué pensar cuando deslizó un papel sobre el escritorio—. Eres un granuja, Randall, y si quieres recuperar a tu esposa, debes ser tú mismo.

—Yo...

—Es tarde —su padre abandonó su lugar con lentitud—, la fiesta será en una semana, así que no te preocupes por eso. —Se dirigió hacia la puerta de su despacho—. Enfócate en ellas, tanto Lillas como Rosslyn te necesitan.

—Ibrahim estuvo con ellas durante todo este tiempo.

Su padre se detuvo bajo el umbral de la puerta.

—Te aseguro que ellas necesitan de ti, no de Ibrahim Cumming —se marchó, dejándolo atrapado en su letargo, y Randall observó el gran cuadro que tenía en frente por largos minutos.

No podía ser un granuja, esa actitud sólo hizo que le temiera, pero una mujer tan temperamental y tenaz como Lillas jamás se dejaría persuadir por un caballero, por lo que tendría que encontrar un punto medio para alcanzar sus objetivos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó una vez que salió de la casa de Kent House y Archie abandonó su posición relajada para avanzar hacia él con paso resuelto.

—Que sea la última vez que metes a Harriet en esto, no te conté su secreto para que la visites por las noches. —Randall enarcó una ceja con cinismo—. Ella sólo es una niña.

—Una niña que se las ingenió para atrapar a tu hermano —le recordó y él siseó un juramento—. ¿No crees que tardaste mucho en llevarla a su trabajo?, ¿acaso la contrataron en Escocia?

—Estoy hablando en serio, Randall —siseó—, quizá para Isaac la seguridad de Harriet no sea una prioridad, pero para nosotros es muy diferente.

—¿Te refieres al marqués y su esposa? —No podía olvidar que la hermana mayor de Harriet se casó con el marqués de Teingham—. Ustedes lo complican todo, si tanto les preocupa la joven, llévenla a Teingham House.

—¿Crees que no lo intentamos? Harriet no quiere saber de sus hermanas.

Un grave error, pero tal vez ella se daría cuenta de eso más adelante por su propia cuenta.

—Está bien, nunca más buscaré a tu cuñada —lo pasó de largo y su amigo siguió sus pasos.

—¿A dónde irás?

—¿Por qué crees que no iré a mi casa? —se subió al carruaje y no le sorprendió que él siguiera sus movimientos.

—Te conozco muy bien y no secuestraste a tu esposa sólo porque sí, ¿qué sucedió?

Tal vez la llegada de Archie podría serle de ayuda.

—Descubrí que Lillas dejó Londres embarazada. —La tensión se cernió sobre los hombros de su amigo—. Quiero conocer a mi hija —observó el papel que su padre le tendió—, tengo su dirección.

—Randall...

—Necesito que me ayudes con algo. —Archie torció los labios con preocupación—. Busca a Rosemary en Las garras de Lucifer y dile que necesito enviarle un mensaje a lady Berricloth, quiero que todo Londres se entere de la existencia de mi hija. Rosslyn Aldrich no puede seguir siendo un secreto.

—Ya es tarde, la noticia no saldrá mañana.

—Sólo busca a Rosemary, ella se encargará de todo.

Estaba seguro de que Seraphina era una fiel aliada de la chismosa más grande de Londres, su

hermana era la única chiflada que regalaría los secretos de su club con tal de ver arder a la sociedad inglesa.

—Está bien —musitó con voz dudosa y Randall se encargó de dejarlo en Las garras de Lucifer antes de emprender camino hacia la residencia de Ibrahim Cumming.

No sería sencillo, pero haría hasta lo imposible por recuperar a su familia.

«Hoy dejaré que te vayas con él, pero pronto llegará el día en el que tú y Rosslyn tendrán que venir conmigo», las palabras de Randall retumbaron en su cabeza y Liliás se abrazó las rodillas con preocupación.

Todo se había complicado de tal manera que no importaba qué panorama estudiara, estaba atrapada y sólo era cuestión de tiempo para que Randall se saliera con la suya. Los Cumming nunca serían rivales para los Aldrich.

Una lágrima se deslizó por su mejilla y la apartó con rapidez.

Hizo bien al dejar que Eugenia se quedara con Rosslyn esta noche, ella no se sentía con la energía ni los ánimos para lidiar con su pequeña y lo menos que quería era que su hija la sintiera tan inquieta.

Se había bañado por horas, tratando de borrar de su memoria la escena que vivió en el jardín de los marqueses de Teingham, pero era imposible; incluso ahora, que estaba sentada en el piso y frente al hogar, con su bata de dormir, su cuerpo seguía sintiéndose sucio.

Ella no era una ramera, pero ese hombre se acercó a su persona con toda la intención de forzarla.

¿Cuántas veces tendría que vivir esa escena de ahora en adelante?

Abandonó su lugar, sintiéndose más vulnerable que nunca, y no se preocupó por deshacer su cama, simplemente se recostó y aferró a su almohada con desespero. Era una Aldrich, la más escandalosa de todas, y estaba atada de por vida a un granuja sin escrúpulos que podría acabar con todos sus sueños en un abrir y cerrar de ojos.

No tenía la menor idea de en qué momento sucedió, pero sus párpados fueron cediendo y terminó profundamente dormida, deseando que todo esto no fuera más que una pesadilla y el día de mañana ella amaneciera a miles y miles de kilómetros lejos de Londres.

El dinero no lo era todo en la vida, pero Randall sabía mejor que nadie que con él podía mover el mundo a su antojo y por esa razón pudo bajar el pomo de la puerta e ingresar a la habitación de Liliás sin problema alguno.

Sobornar a una de las criadas fue más sencillo de lo esperado.

El olor a Liliás inundó sus fosas nasales y por un momento no fue capaz de mover un solo músculo. Apenas y podía creer que estuviera tan cerca de ella, cuando por un momento pensó que no la vería dentro de muchos días.

Se adentró a la habitación, sintiendo un horrible nudo en la garganta, y todo su cuerpo se estremeció cuando la vio tumbada en la cama, vestida únicamente en su bata de dormir. Sus largas piernas estaban desnudas y por su posición fetal, dedujo que tenía frío, así que se sacó su levita con rapidez para poder cubrirla con la prenda y brindarle algo de calor.

Todo parecía indicar que había tomado un baño antes de dormir, puesto que su cabellera estaba en libertad y más esponjosa de lo normal. Randall no pudo evitarlo y se sentó junto a ella para acariciar su mejilla.

—Ha sido una noche difícil para mí —musitó y sus dedos rozaron sus labios—, pero para ti fueron tres años, ¿no es así?

Ella se encogió en su lugar, percibiendo su presencia, y Randall se preparó para lo peor.

—Lilias, tenemos que hablar —continuó y supo el momento exacto en el que despertó, por lo que no perdió un solo segundo y logró cubrir su boca con una mano antes de que ella intentara gritar.

Los ojos verdes pálidos se abrieron con sorpresa y Randall le suplicó con la mirada.

—No grites, mi amor, no vine a lastimarte. —Ella empezó a temblar sin control alguno, le había dado un susto de muerte—. Sé que no debería estar aquí, que debería mantenerme alejado de ti, pero no puedo —la voz se le quebró— estos tres años han sido un infierno. —Decidió confiar en ella y apartó la mano para pegarla a su pecho y abrazarla con fuerza—. ¿Qué debo hacer para que vengas conmigo?, ¿qué debo darte para que me brindes una nueva oportunidad? Pídelo, Lilias, tú solo dime lo que quieres y yo te lo daré.

Odiaba rogar, nunca fue bueno suplicando algo de misericordia, pero ahí estaba él, implorando una nueva oportunidad y dispuesto a todo con tal de obtenerla.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo? —inquirió Eugenia, viendo como Ibrahim cargaba a la pequeña Rosslyn en brazos, y el castaño ladeó el rostro con frustración.

—Cuando el duque me ofreció su ayuda, me dejó claro que esto podría pasar tarde o temprano y yo juré que no me interpondría siempre y cuando su hijo no quisiera lastimar a mi hermana.

—¿Crees que sus intenciones son buenas?

—No lo sabremos si no les damos su espacio.

Eugenia no le brindó una respuesta, para ella no era nada sensato permitir que ese hombre se adentrara a la habitación de Lilias cuando ella estaba más vulnerable que nunca.

Capítulo 14

“¿He dado información distorsionada o los involucrados le dieron un giro interesante a los últimos acontecimientos?

Sea como sea, todos tenemos un límite y no pienso meterme con la nieta del duque de Kent
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

¿Cuánto tiempo llevaba soñando con este abrazo, anhelando sentir su olor y su cercanía? ¿Qué tan ciego tuvo que estar para no darse cuenta que amaba a su esposa y la necesitaba tanto como respirar?

—No tiembles —rogó con aspereza y sin pensar en sus actos, clavó los labios en su delicado hombro—. No me temas, por favor, la noche que fui a verte nunca pensé en lastimarte, yo me moría por hacerte el amor, quería sentirte una vez más para convencerme a mí mismo de que estaba cometiendo una locura, pero vi el temor en tus ojos y me asusté, no me sentía en condiciones para enfrentarte y salí huyendo como el cobarde que soy. De verdad lo siento, lo que hice no tiene perdón, pero quiero creer que tu buen corazón será capaz de brindarme una nueva oportunidad.

—Vete, por favor —se oía tan angustiada que Randall tuvo que aligerar la presión de su abrazo—. No regresé a Londres para esto —lo empujó suavemente por el pecho—. No puedo, ni quiero darte una segunda oportunidad.

—Eres mi esposa.

—Tenemos que divorciarnos —conectó sus miradas—. Nunca te pediré que la reconozcas, a decir verdad, ni siquiera quería que supieras de su existencia, Rosslyn y yo nunca seremos una molestia para ti, yo elegí tenerla y por ende no tienes ninguna obligación para con nosotras.

—¿Qué? —abrió los ojos con sorpresa.

—Nunca fui ni seré la mujer adecuada para ser tu esposa, por eso fue muy sencillo para ti dejarme ir.

—Huiste —siseó y abandonó su lugar cuando ella salió de la cama con rapidez, enseñándole una gran porción de piel de sus blancos muslos. La boca se le hizo agua—. Nunca te dejé ir, desapareciste de Londres y...

—Cumplí tu deseo —aclaró y alborotó su cabellera con desespero antes de aferrarse a su abrigo—. Una vez que el divorcio se validara, me habrías pedido que me marchara y...

—O te habría buscado para hacerte el amor y llevarte a Escocia.

—¿Te estás escuchando? —preguntó con frustración—. ¿Te das cuenta de lo idiota que suenas? Luchaste durante meses para obtener el divorcio, me sometiste a momentos desagradables para amedrentarme y ¿de verdad crees que habría permitido que me llevaras a Escocia?

Ahora fue él quien pasó su amplia mano por su cabellera oscura.

—Tú dijiste que no querías tener hijos conmigo, ¿por qué no fingimos que Rosslyn fue resultado de una aventura?

—Porque no lo fue —farfulló con disgusto, estaba perdiendo la paciencia.

—¿Cómo lo...?

—Ni siquiera lo pienses —masticó con furia desmedida y Liliás apartó el rostro con rapidez—. No permitiré que inventes una mentira tan sucia en cuanto a lo más puro e inocente que pude

crear, ¿me entiendes?

Ella torció los labios con vergüenza.

—Seremos una carga, mejor déjanos ir.

—¿Crees que las considero una carga?

—No deseabas tenerla —la voz femenina se quebró y Randall se tensó al ver cómo una lágrima se deslizaba por su hermosa mejilla—. Tú lo dijiste el día que fuiste a... —No terminó la oración.

—Tal vez todo habría sido diferente si te hubiera hecho el amor.

—Una violación no habría cambiado las cosas.

—¿Violación?

Ella lo miró con rencor.

—¿De verdad crees que habría querido acostarme con el hombre que me echó de mi casa, intentó huir con la prometida de su hermano y empezó a amenazarme para que le dé el divorcio?

Randall tragó con fuerza.

—Tú nunca fuiste inmune a mis besos, habrías cedido y...

—Lárgate, déjame en paz, ¿por qué no puedes dejarme tranquila? —preguntó con desespero y eso provocó que él también perdiera la paciencia.

—¡Porque no puedo! —bramó con impotencia—. Porque desde que te fuiste, mi vida no ha sido más que una mierda y ahora que por fin estás en Londres y sé que tenemos una hija, lo último que deseo es dejarlas ir. Las necesito, quiero que estén a mi lado y lo último que deseo es volver a ser un granuja contigo.

¿Por qué le costaba tanto entender su punto?

—¿A qué te refieres con eso? —lo miró con temor.

—Trataré de llevarlas conmigo por las buenas —inhaló profundamente y la miró con seriedad —, pero mi paciencia no superará los diez días, Lillas.

—No, no puedes obligarme.

—No me tientes, ante la ley: tú y Rosslyn me pertenecen.

—Si fueras un caballero...

—Pero no lo soy, en realidad, soy el peor de los granujas.

—Largo.

—Dime algo, la noche que fui a verte y terminaste vomitando, ¿tú ya lo sabías? —dio un paso en su dirección, pero ella retrocedió dos.

—Fue mi primer síntoma —respondió con nerviosismo— y para ese momento me temía lo peor, pero no lo confirmé hasta dos semanas después.

—Y no me lo dijiste porque te asusté, ¿verdad?

Lillas lo miró con súplica.

—Nunca te buscará, le diré que no tiene padre y...

—Esa noche me emborraché pensando en ti, en lo mucho que te extrañaba y necesitaba tu compañía —confesó de repente y dio un nuevo paso en su dirección, provocando que ella terminara contra la pared—. Esperé a que tu hermano saliera del edificio porque quería hablar contigo, deseaba hacerte el amor y confirmar si estaba tomando la decisión correcta. Yo... Llegué a pensar que no podría vivir sin ti.

—Vete —su voz sonó más dura—, no quiero tener nada que ver contigo. ¿Por qué diablos creería una historia tan tonta cuando estuviste dispuesto a huir con otra mujer?

—Eso no es verdad, yo...

—Recibiste su carta después de hacerme el amor en tu habitación —le cortó en voz baja y con

disgusto—, y a la mañana siguiente desapareciste, ¿cómo crees que me sentí?

—Podías esperarme —gruñó con disgusto.

—Ella te pidió que fueras por ella, un regreso tuyo era lo que menos podía esperar después de leer esa carta —confesó y cuando intentó empujarlo por el pecho, él sujetó sus muñecas y las posó por encima de su cabeza, provocando que su saco se arremolinara a sus pies.

—Tú fuiste la que cometió el primer error.

—¿Qué?

—Debiste confiar en mí. —Porque en aquel entonces, él jamás habría considerado la sola idea de elegir a Georgina antes que a Liliás—. Si lo habrías hecho, te habrías dado cuenta que existían muchas cosas que aún no conocías de mí.

—Ya no me interesa conocer nada de ti —escupió con rencor.

—Como, por ejemplo: que para ese momento ya estaba locamente enamorado de ti. —musitó él y antes de que ella pudiera reaccionar a sus palabras, los brazos masculinos se cerraron alrededor de su cuerpo y una de sus amplias manos se enterró en su cabellera rojiza para impedir que apartara el rostro y así él pudiera unir sus labios con vehemencia.

Randall era muy consciente de que estaba cometiendo un error, que abordarla de esa manera nunca sería lo correcto, pero maldición, su mujer estaba ante él, vestida únicamente en su ropa de dormir, y él la necesitaba con la misma intensidad que un mendigo necesita un poco de alimento. Emitió un suave gemido ante su dulce sabor y arremetió contra su boca para penetrarla profundamente, y así recibir un suave quejido de su parte.

—¡Mmm! —intentó empujarlo por el pecho, pero finalmente sus delicadas manos se cerraron en su chaleco y tiraron de él en su dirección.

—Liliás —gimió al darse cuenta de cómo sus cuerpos se frotaban con desespero—. Yo...

—He hecho esto un sinnúmero de veces, ¿crees que rechazaré tus caricias? —musitó contra sus labios, helándole las venas, y se apartó de ella como si su tacto quemara.

—¿Qué dijiste?

Liliás se acarició sus labios con nerviosismo y la escuchó tragar con fuerza.

—Estuve fuera por tres años y se suponía que era...

—Cállate —ordenó y alzó una mano para que guardara silencio.

Sea lo que sea que ella haya vivido en los últimos años, él no deseaba saber nada al respecto si las historias incluían a otros hombres. Los celos empezaron a carcomerlo por dentro y su respiración se ralentizó.

¿Podía hacerle algún tipo de reclamo?

«No, claro que no, ¡tú la dejaste ir!» Le reprendió una vocecilla y le dio la espalda.

—Tienes que irte, nunca debiste venir —espetó ella finalmente, haciéndolo volver en sí—. No dejaré que la historia se repita —la buscó con la mirada, ¿a qué se refería?—. Hace tres años te burlaste de mí, te impusiste en fuerza y tamaño y...

—Jamás te forcé —siseó con disgusto—. Aceptaste mis besos, mis caricias y...

—¡Lo hice porque te amaba! —perdió los estribos y las rodillas le temblaron ante el nuevo descubrimiento—. Yo te conocía desde hace muchos años, me gustaste desde el primer día, pero nunca soñé ni aspiré a convertirme en algo tuyo porque conocía mi lugar, sabía que era la escocesa que nadie quería ni aceptaba en su tierra, y lo confirmé cuando unos años después, despreciaste a mi hermano en Hyde Park.

—Imposible, de habernos conocido, yo... —En ese momento su voz perdió toda su seguridad y la miró con preocupación, percatándose de la petulancia que brillaba en sus ojos verdes pálidos—. ¿Eres la muchacha que salió huyendo del café de los Brooks?

Lilias era la joven que lo tuvo alucinando durante más de un mes y a la cual nunca pudo encontrar a su regreso. La tensión se cernió en los hombros femeninos, al parecer nunca esperó que recordara ese día.

—Lo único que importa es que ahora las cosas son diferentes y no permitiré que vuelvas a pasarte de listo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Fue un simple encuentro, nunca pensé que lo guardarías en tu memoria.

¿Qué no creía que lo guardaría en su memoria?

¡Él quedó idiotizado con ella!

—¿Estabas enamorada de mí cuando nos casamos? —las manos empezaron a temblarle y ella prefirió guardar silencio—. Te entregaste a mí por amor, no por obligación —dedujo.

—No es verdad —reconoció—. Me entregué a ti porque no tenía otra opción, eras el hombre que lastimó a mi hermano y...

—¿Ya no me amas? —demandó saber y Lilias lo miró con horror.

—¡Claro que no! —vociferó con histeria—. Ya cometí muchas locuras por amor y no paré hasta terminar con el corazón roto y la dignidad por los suelos —la voz se le quebró—. Mis absurdos sentimientos hicieron que Rosslyn naciera sin un techo, sin un padre y sin un futuro asegurado. La vida me enseñó a golpes que no eres para mí, que el apellido Aldrich me quedó grande y...

—Si tanto te preocupara Rosslyn, aceptarías volver conmigo.

—¿Para qué destruyas su corazón como hiciste con el mío? —Lilias negó lentamente con la cabeza, indicándole con ese simple gesto que no tenía la más mínima intención de confiar en él—. Vete de nuestras vidas, imagina que nunca regresamos y...

—Si no te mudas conmigo, tu reputación y la de nuestra hija nunca se restaurará, menos si insistes en iniciar un divorcio. Nadie las querrá, ustedes...

—Seamus me pidió matrimonio —un tenso silencio se cernió sobre ellos— y eso quiere decir que aún somos elegibles y...

Hasta ese momento, Randall había hecho un gran esfuerzo y trabajo a la hora de contenerse a sí mismo, pero de la misma manera que sucedió en su noche de bodas, la mención de ese hombre lo hizo perder los estribos y en esta ocasión no fue generoso a la hora de tomar posesión de sus labios, de rodearla por la cintura y levantarla de su lugar para sentarla sobre la fría superficie de la cómoda.

—Mmm... —gimió ella con sorpresa y Randall se coló entre sus piernas, bajando su amplia mano en una desesperada caricia hacia su cadera—. ¡Mmm! —deslizó su mano bajo la prenda para acariciar la fuente de su placer y ella se estremeció en respuesta.

—Antes muerto que entregándote a otro hombre —gruñó contra su boca, disfrutando de su evidente humedad, y sonrió con cinismo—. Si quieres puedes gritar, me encantaría que tu hermano nos encontrara en esta situación —la desafió y sus ojos verdes, que ahora estaban tan oscuros como una noche tormentosa, lo miraron con rencor—. Pero espera, creo que llamarlo no está en tus planes, ¿verdad?

—Ah... —clavó las uñas en sus hombros cuando deslizó un dedo en su estrecho canal—. Oh no, Randall, aquí no, por favor —rogó, consciente de que no podría pararlo, y él tragó con fuerza.

—Podría ser en nuestra casa, en nuestra cama, pero acabas de complicarlo todo —soltó y enterró la lengua en su boca, al tiempo que abandonaba su suave recinto para abrirse los pantalones—. ¿Qué relación tienes con el barón?, ¿por qué siempre lo nombras?

Lilias se apoyó contra la pared, mirando con fijeza como sacaba su miembro erecto y viril de sus pantalones, y Randall inhaló profundamente al ver en anhelo en su semblante. Jamás pensó que ella podría verse más hermosa, pero...

—Randall —susurró con nerviosismo, pero no impidió que abriera el nudo del cinto de su bata, ni mucho menos que la prenda se deslizara por sus hombros, enseñando su hermosa y perfecta desnudez.

—No te tomaré sobre un mueble —soltó con pesadez y afianzando sus muslos, hizo que lo abrazara por la cintura y la llevó hacia la cama—. No vine hasta aquí para esto, pensaba darte un tiempo, pero cuando nombras a ese hombre pierdo los estribos y ansío marcarte. —La tendió en la cama y se liberó de su chaleco, de su camisa y prosiguió con sus botas y pantalón.

—Esto no está bien —susurró con nerviosismo cuando se recostó sobre ella—. No cambiaré de parecer, sigo creyendo que tú y yo estaremos mejor... —La cortó y lo hizo con un suave y casto beso que poco a poco empezó a ganar mayor intensidad.

El contacto de piel con piel había hecho que ambos olvidaran sus diferencias y sus cuerpos decidieran rememorar los viejos tiempos, cuando amarse y entregarse con abandono era uno de sus pasatiempos favoritos.

Randall acunó los pechos llenos y perfectos y deslizó sus besos hasta llegar a ellos, donde se dio un maravilloso y largo festín, mientras ella se cubría la boca con una mano y se tragaba cada uno de sus gemidos para que nadie los descubriera.

«Lo que daría para que todos en esta casa supieran lo que estamos haciendo».

—Eres tan hermosa —musitó con voz ronca, lamiendo sus pezones rosas y puntiagudos, y deslizó la mirada por su vientre plano hasta llegar a la mata de rizos rojos.

Se relamió los labios con ansiedad y en esta ocasión posó la mano en su centro para estimularla un poco más. Sonrió con satisfacción cuando sus piernas se relajaron y se incorporó sobre sus rodillas para sujetar ambas piernas y posarlas sobre sus hombros.

—¿Qué haces? —preguntó con un hilo de voz y Randall besó la parte interna de su rodilla.

—En el pasado solía hacerte el amor con cuidado, por miedo a asustarte, pero ahora mismo sólo quiero arrastrarte conmigo a los confines más bajos de la pasión.

—No, Randall... —se cubrió la boca con ambas manos y él usó la suya para hacerle el amor con abandono.

Existían muchas maneras de retener a su esposa, la primera y más poderosa era la ley, pero él deseaba más, quería que Lilias lo eligiera, que viniera a él por voluntad propia y para eso debía cortejarla a su manera y eso sólo lo conseguiría siendo el peor de los granujas.

Sin embargo, si quería demostrarle que ya no sería el mismo hombre de antes, debía utilizar sus cartas estratégicamente.

—Podría hacer esto por horas —admitió jadeante, jugando con su duro botón y deslizó un dedo en su pequeña cavidad, tensándose al instante al sentirla tan estrecha y receptiva.

¿Realmente estuvo con más hombres?

Su cuerpo no estaba actuando como uno experimentado.

Tragó con fuerza, sería absurdo pedir una explicación al respecto, por lo que decidió dejar eso en el pasado y pensar en su presente y futuro.

—Randall... —se arqueó, informándole que pronto alcanzaría la gloria, y él introdujo un nuevo dedo en su cavidad y la besó con más ahínco, ansioso por probar su elixir.

Las paredes vaginales se cerraron alrededor de sus dedos y los apartó con prontitud, reemplazándolos con su lengua, la cual recibió el primer espasmo de placer y luego se quedó ahí por largos minutos, saboreándola.

«Necesito recuperar a mi mujer», pensó con congoja al darse cuenta que era momento de apartarse y abandonó la cama con rapidez para vestirse de igual manera.

Había pensado que lo mejor sería tomarla ahí mismo, pero ahora los planes habían cambiado. Debía hacer que el amor de su esposa regresara, que ella volviera a desearlo y para eso debía jugar con su mente.

—¿A dónde vas? —su pregunta aterciopelada lo llevó a girar sobre su eje y las piernas le temblaron al verla tan hermosa y relajada entre sus sábanas blancas.

—Es tarde —cerró sus pantalones y se encargó de cubrirla con rapidez, ella se veía muy cansada—, volveré mañana, me gustaría conocer a mi hija e ir de paseo con ella.

«Comprarle una muñeca, estar presente en su vida y ser reconocido como su padre».

—Pero nadie sabe de su existencia, es muy pronto y...

—Ya me encargué de escribirle a lady Berricloth —le informó con cautela y dejó un casto beso en su mejilla—, no quiero que mi hija sea un secreto.

Ella no tenía la culpa de nada y a partir de mañana él empezaría a cerrar bocas y a poner a todo aquel que quisiera pasarse de listo con su esposa en su lugar.

Capítulo 15

“Desde que se presentaron en sociedad, todos sabían que los gemelos Aldrich serían un gran problema. No obstante, me pregunto si un granuja como Randall Aldrich realmente puede cambiar

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Lilias se quedó observando a su hija por largos segundos, no muy segura de lo que sucedería a partir de ahora en sus vidas, y miró de soslayo a Eugenia, quien se encontraba doblando la ropa de su pequeña mientras tarareaba una canción.

—Eugenia... —la llamó y la rubia de ojos violetas la observó por encima de su hombro.

—¿Sí?

—Hay algo que me gustaría contarte.

Ella era su mejor amiga, la única que tenía, por lo que no había manera de que pudiera esconderle un secreto tan grande, más cuando ellas siempre se contaban todo y trataban de apoyarse mutuamente.

—Sé que tu esposo vino anoche, no entró por casualidades de la vida —soltó con diversión y se volvió en su dirección.

Lilias apretó la mandíbula.

—¿Él lo sabe?

—Me temo que todos tienen un límite y tu hermano sabe que los suyos jamás estarán por encima de los Aldrich.

—¿Quieres decirme que el divorcio no es una opción?

Su amiga miró a Rosslyn.

—¿Quieres un consejo? —Lilias dudó, pero asintió—. Soy una mujer que quedó huérfana a temprana edad, nunca conocí a mi padre porque probablemente soy una bastarda y te aseguro que no es fácil labrarse un futuro con esos antecedentes. Si no fuera por mi primo, ni siquiera viviría en una casa decente y te aseguro que no soy un buen partido ni para el carnicero.

—No digas eso —sintió pena por su amiga.

—Rosslyn es una Aldrich, ella merece llevar el apellido de su padre y disfrutar de las comodidades que este le ofrece.

—Pero él me hizo mucho daño, yo...

—Te aseguro que el mundo exterior es mil veces peor que lord Randall, al menos él sí se ve arrepentido.

—¿Por qué dices eso? —posó a su hija sobre su regazo.

—Imagina que Rosslyn se enamora de un caballero —la piel se le erizó—, pero este sólo pueda verla como una empleada o, en el peor de los casos, como una amante, ¿cómo crees que se sentirá ella cuando deba asimilar que su amor jamás podrá ser correspondido?

—Supongo que no será agradable.

—Como una Aldrich, ella no tendrá que buscar un esposo, los hombres vendrán a ella.

—Entiendo tu punto, pero...

—Sólo inténtalo —se exasperó—, estás casada y eso no cambiará a menos que tu esposo se caiga del caballo, olvide tu identidad y sienta repulsión hacia ti, algo que no sucederá porque eres hermosa —agregó rápidamente—. Así que tus opciones son muy limitadas.

Lilias no pudo evitarlo y se rio por lo alto.

—¿Por qué estás tan enfadada?

—Porque me pagan para cuidar de Rosslyn, no para ser tu consejera y la de tu hermano. — Enarcó una ceja—. Él estuvo muy tenso toda la noche, apenas he podido dormir porque se quedó en mi habitación hasta el amanecer —acarició las prendas de Rosslyn con melancolía—. Cuando Seamus me ofreció este trabajo, nunca pensé que me convertiría en alguien tan íntima de la familia.

—¿No te agradamos? —le sonrió con ternura—. Desde que llegaste, nunca te vimos como una simple niñera, fuiste un respiro para nuestro hogar.

La rubia sonrió con amargura.

—Me siento halagada.

—¿Qué somos nosotros para ti? —quiso saber y su amiga se rio.

—Los adoro, eres la hermana que siempre quise y nunca pude tener.

—Lo ves, somos un gran equipo.

—Perderé mi trabajo cuando te mudes con lord Aldrich, él tiene muchos criados a su disposición y...

—Si no vienes conmigo, no iré a ningún lado.

—Pero hay un problema —suspiró con cansancio y ella frunció el ceño—. Tu hermano no quiere que me marche, me ofreció el puesto de secretaria, cree que tengo mucho talento para la decoración y desea que trabaje para él.

—Es una excelente noticia —dijo con entusiasmo—. Siempre quisiste ser algo más que una niñera. —Avanzó hacia ella con su hija en brazos para abrazarla—. Ni se te ocurra rechazar su oferta, nosotras te echaremos de menos, pero te visitaremos con bastante frecuencia.

La rubia la miró con interés.

—¿Eso quiere decir que aceptarás la oferta de tu esposo?

Lilias se tensó y decidió ser sincera con sus pensamientos.

—¿Acaso tengo otra opción?

—Me temo que no —musitó su amiga y ambas miraron a Rosslyn, quien como de costumbre, se encontraba en gran calma y con una sonrisa en el rostro.

Tal vez su deber era terminar junto a Randall, pero no permitiría que él la tuviera tan fácil. Diez días, él le había dado diez días para cambiar de parecer y ella quería ver qué estaba dispuesto a hacer con tal de formar parte de la vida de su hija.

—¿Sabes a dónde fue mi hermano? —inquirió de pronto, percatándose de que esa mañana no había ido a saludarla.

—Te aseguro que Randall Aldrich no tendrá un camino despejado, tu hermano no piensa bajar la guardia en esta ocasión.

Lilias sonrió con ternura, debió suponer que él tomaría sus precauciones. Ibrahim nunca sería tan descuidado en cuanto a su bienestar y el de Rosslyn.

—He de admitir que pensaba visitarte hoy —espetó Randall con seriedad, indicándole los asientos de su escritorio, e Ibrahim Cumming se mantuvo inmóvil en su lugar—. Bien, no vamos a sentarnos —observó y fue directo al punto—. He sido un idiota, sé que cometí muchos errores con tu hermana, pero la amo y tenemos una hija, por lo que no pienso acceder a ningún divorcio y haré hasta lo imposible para que ella y mi hija vivan conmigo.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo? —inquirió con sequedad—. Tu dinero, tu tiempo e incluso tu espacio sufrirán cambios.

—Para bien —aumentó con seguridad.

—¿Amor? —observó de repente—. ¿No crees que fue muy repentino y oportuno?

—¿Sabes por qué actué como un imbécil hace tres años?

—¿Por qué lo eres? —lo reprobó con la mirada y el castaño le hizo un gesto con la mano para que continuara.

—Porque me dolió que mi esposa, la mujer con la que quería todo, no haya confiado en mí y me haya puesto en una situación tan difícil con mi familia.

—La situación iba a darse tarde o temprano, pensabas robarte...

—Sólo quería ayudarla a escapar, ella quería volver a Francia y yo iba a ponerla en un barco, junto a una criada, para que no hiciera el viaje sola.

—¿Qué? —abrió los ojos con sorpresa—. Pero tú dijiste que mi hermana no le llegaba...

—Porque estaba molesto —soltó con frustración—, ¿cuántas veces decimos y hacemos tonterías cuando nos sentimos molestos?

—Lamento decirte esto, pero dudo de la veracidad de tus palabras.

—No puedo culparte —admitió con seriedad—, supongo que ahora mismo sólo mis acciones me ayudarán a ganar tu confianza.

—Ellas son muy importantes para mí, yo...

—Y agradezco todo lo que hiciste por ellas, pero son mi familia, Ibrahim —lo llamó por su nombre de pila—. Sé que tú y Lilias tienen un pasado... complicado. Su hermandad es fuerte y admirable, pero deben aprender a ceder.

—No dejaré que nadie la lastime, llevo años protegiéndola de todo mal —afirmó y Randall asintió.

—Te aseguro que sabré ocupar tu lugar.

Lo más probable era que no fuera sencillo para Cumming renunciar a su hermana y sobrina porque eso lo llevaría a encontrarse con una verdad: estaba solo y necesitaba encontrar su propio camino.

—No quiero que ocupes mi lugar —aclaró con dureza—, me interesa que tomes el tuyo.

—¿El mío? —frunció el ceño.

—Yo soy un tío y un hermano; tú eres un padre y un esposo.

—¿Me estás dando tu bendición? —quiso saber y el castaño se rio con ironía.

—¿Cambiaría algo si no lo hiciera? —Randall negó con la cabeza—. Entonces mejor actuemos como adultos y aceptemos la realidad. Lo único que me interesa es que ellas sean felices.

—Puedo hacerlas felices —dijo rápidamente.

—Por tu bien, eso espero —farfulló y se marchó sin decir más, dejando claro que, por el momento, había una tregua entre ellos.

«Bien, empezamos con el pie derecho», pensó más tranquilo y determinó que era momento de hacer una visita que estuvo dilatando mucho tiempo.

Presentarse en casa de Lilias sería absurdo, más cuando lo más probable era que Ibrahim intentaría reunirse con su hermana antes de su encuentro, por lo que lo mejor sería darse un tiempo.

Lilias ingresó al despacho de su hermano como si nada raro hubiera sucedido en las últimas horas y cuando sus miradas se encontraron, le dio el tiempo necesario para que él pudiera

acomodar sus ideas y brindarle una buena explicación de todo lo que estuvo haciendo en los últimos años.

—Hermana... —rodeó su escritorio, se veía nervioso y abatido—. Yo...

¿Realmente necesitaba que le diera una explicación?

No, claro que no.

Lilias saltó hacia Ibrahim y lo abrazó por los hombros.

—Sé que lo hiciste por mi bien y el de Rosslyn, jamás podría culparte.

Porque de no haber sido por las decisiones que él tomó en el pasado, ahora mismo no serían tan afortunados de tener un techo, comida y fortuna.

—Lo siento —musitó más tranquilo y la abrazó con fuerza—, pero Rosslyn no merecía nacer fuera del matrimonio, debía hacer algo para detener a ese granuja y sólo pensé en recurrir a su padre.

—Hiciste lo correcto. —Eugenia tenía razón, no podía dejar que su egoísmo la llevara a formar un futuro poco favorecedor para su hija—. No puedo juzgarte por nada, gracias a ti Rosslyn y yo estamos mejor que nunca.

—Pensé que él te daría el divorcio, que las cosas no se complicarían tanto a nuestro regreso, pero ahora no sé qué pensar. Fui a verlo esta mañana y Randall... —lo miró expectante— desea luchar por ustedes, creo que nada ni nadie lo hará cambiar de parecer, hermana.

—Entiendo —susurró—. ¿Puedo saber por qué lo dejaste entrar el día de ayer?

Ibrahim rompió el abrazo y se apoyó sobre el borde de su escritorio, pensativo.

—La única manera de saber si sus intenciones son buenas o malas, es tratando con él.

—¿No te sentiste ansioso?

—Claro que estaba ansioso, pero pensé que, si algo salía mal, gritarías y yo estaría cerca para matarlo.

Lilias se rio, pero su sonrisa empezó a temblar con el nuevo pensamiento que llegó a su cabeza.

—No somos nada contra los Aldrich, ¿verdad?

—Podríamos desafiarlos, pero no sé qué tan ventajoso sería para nosotros y Rosslyn, si ellos lo quisieran podrían quitárnosla.

—No podemos permitirlo.

—Pero también podemos ser sus aliados y ser beneficiados con su influencia.

—¿A qué te refieres? —frunció el ceño.

—Una lady tiene más acceso a las solteronas de los salones de baile, ¿no crees?

—¿Crees que me deje seguir con ese sueño? Tengo la leve sospecha de que Randall nunca lo aceptará.

—Su matrimonio no es uno convencional, si lo que él quiere es una esclava, aún puedes luchar por el divorcio —se encogió de hombros y eso le brindó algo de tranquilidad—. Busca a Rosemary, el giro en los acontecimientos no debe cambiar el curso de tus proyectos. Eso sería injusto y absurdo.

—Tienes razón.

Además, si lo pensaba detenidamente, sus cuñados le habían dicho que le ayudarían en todo siempre y cuando aceptara su lugar en la familia Aldrich.

—¿Qué fue lo que te dijo anoche?

—Me dará diez días para que acceda a mudarme con él por las buenas.

—Te mudarás en once —le guiñó el ojo y ambos se rieron.

—Dijo que vendrá para conocer a Rosslyn y quiere ir de paseo con ambas.

Su hermano la estudió con la mirada con curiosidad.

—¿Por eso te arreglaste tanto?

—Eugenia cree que todos estarán muy atentos a nuestros movimientos y que lo mejor que puedo hacer es callarlos con mi seguridad.

La sonrisa de su hermano se ensanchó.

—Merece un aumento, ¿no crees?

—Tal vez podrías ayudarla de otra manera —musitó de pronto e Ibrahim la miró con interés.

—¿Qué te traes entre manos?

—¿Por qué no se la presentas al señor Spinster o alguno de tus socios? Eugenia es una mujer maravillosa y si bien tiene veinticuatro años, creo que es lo suficientemente hermosa como para llamar la atención de los hombres.

—No fui tu chaperón y no pienso ser el de ella —escupió con desprecio, haciéndola respingar—. Además, ella es feliz con su empleo, no necesita ni quiere un esposo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Es más amiga mía que tuya.

—¿Eso crees?

—Tu esposo llegará pronto, ¿por qué no vas con Rosslyn y lo esperan juntos?

—¿Qué diantres te sucede?

—No es bueno meterse en la vida de las personas, Liliás, no pensaste que tu esposo reaccionó de muy mala manera hace tres años porque metiste las narices donde no debías.

—¿A qué te refieres? —siseó con disgusto.

—Mejor no continuemos con esto —pidió rápidamente, percatándose de que las cosas se estaban complicando.

—Sí —zanjó ella, no deseaba pelear con su hermano justo ahora.

Randall ingresó al cuarto de juegos con cautela y paró en seco al ver a su sobrino, el pequeño Farrell, y sonrió tontamente al darse cuenta que era idéntico a su hermano, a excepción de los ojos color cielo que heredó de Georgina.

—Milord... —la niñera lo miró con preocupación.

—Soy lord Randall, el mayordomo ya fue a buscar a mi hermano —dijo rápidamente para relajarla, dado que al parecer creía que era su patrón, y se acuclilló en su lugar para tomar al niño en brazos, quien le sonrió y empezó a tocar su rostro con cariño.

Lo más probable era que lo creyera su padre.

—Eres un niño precioso —musitó y besó su sien—. Me pregunto si mi hija se parece a ti —arrastró sus palabras.

—Te llevarás una gran sorpresa cuando la veas —espetó su hermano, obligándolo a girar sobre su lugar, y su sobrino abrió los ojos con sorpresa al ver a su padre bajo el umbral de la puerta, en su bata de dormir, y lo miró con rapidez.

Él estaba confundido.

—No esperaba tu visita —admitió Seymour y cuando estuvo lo suficientemente cerca, Farrell logró distinguirlos y se estiró en su dirección—. Veo que tiene el mismo don que Liliás, es la segunda persona que logra distinguirnlos.

Randall frunció el ceño, no le gustaba que la llamara por su nombre de pila.

—Es un niño hermoso —estudió su aspecto—, ¿ya no madrugas?

Eran las nueve de la mañana y para esa hora su hermano solía estar listo y alimentado.

—El calor de una mujer puede ser una razón suficiente para aferrarte a las sábanas.

Randall enarcó una ceja con cinismo, ¿le estaba restregando en su cara que se acostó con Georgina? Ese pensamiento prendió ciertas preocupaciones, pero las descartó con inmediatez.

—Hoy conoceré a mi hija.

—Connor me contó que sucedieron muchas cosas durante la noche. —Su hermano era un chismoso—. Me alegro por ti, Rosslyn es una niña hermosa y merece tener la protección de su padre y familia paterna. ¿La llevarás a Kent House? Nuestros padres se mueren por conocerla.

—No lo había pensado —susurró—, pero creo que es una buena idea.

—Será la oportunidad perfecta para hablarle de la fiesta campestre, ¿no es así?

Randall asintió.

—Seymour...

—Mientras tu única prioridad sean tu esposa e hija, todo estará bien —le cortó, dejando claro que no quería divagar en el tema, y él tragó con fuerza—. Georgina está advertida, sabe que la quiero lejos de ti y tu familia, no volveré a tolerar una nueva falta por su parte.

—No es una mala mujer, si te ganaras su confianza...

—Para ¿qué?, ¿para que la pisotee de la misma manera que tú lo hiciste hace tres años? —Él estaba siendo duro, pero tenía sus razones—. No, gracias, prefiero hacerlo a mi manera.

—Sé bueno con ella.

—Por lo que más quieras, no me digas como debo ser con mi mujer —ordenó con frialdad y Randall suspiró, tal vez era muy pronto para abordar ese tema con su hermano, estaba claro que él no sentía tanto cariño ni empatía por su esposa—. Cuando fui bueno y comprensible, ella arruinó tu matrimonio y nuestra relación familiar, por lo que ahora haré las cosas a mi manera.

—Entiendo.

—Suerte con tu esposa e hija, ansío que la fiesta campestre dé inicio para poder verlos juntos.

—¿No irás hoy a Kent House?

—No, hoy es el día de Rosslyn, Farrell puede esperar.

¿Cuánto tiempo más debía esperar el pequeño Farrell?

Según tenía entendido, sus padres tenían una relación muy superficial con Georgina, por lo que apenas y habían tratado con su nieto.

—Te prometo que pronto llegará su día.

Quería creer que, con el tiempo, Georgina podría ganarse un lugar en su familia.

Capítulo 16

“Hace una semana eran una pareja de divorciados y ahora resulta que son un feliz matrimonio, ¿debería felicitar a la hermosa familia o investigar un poco más?

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Randall había pensado que lo mejor para su hija, para Lillas y para él, era que los tres se juntaran en primera instancia, pero lo cierto era que ahora mismo estaba muy agradecido con su esposa por brindarle esos primeros minutos a solas con su hija.

—Eres tan hermosa —musitó, besando su sien y acarició sus cabellos rojizos—. Qué satisfacción más grande descubrir que eres tan perfecta como tu madre —la abrazó con fuerza, odiando que su cuerpo temblara sin control alguno, y se disculpó mentalmente una y otra vez con su hija por haber sido tan impulsivo e idiota hace tres años.

¿Qué tipo de familia serían ahora si nunca hubiera echado a Lillas?, ¿tendrían más hijos?, ¿ella seguiría amándolo?

Ese pensamiento lo hizo regresar en el tiempo a esas tardes donde solía esperar a la joven de cabellera color fuego en las afueras del café de los señores Brook, con la esperanza de verla una última vez antes de partir al continente.

—Dudo que aparezca. —Evitó rodar los ojos con aburrimiento, ¿por qué Seymour no lo dejaba tranquilo?—. No negaré que era una joven preciosa, pero no parece el tipo de mujer que necesites en tu vida, se veía como el tipo de fémica que te cortaría las partes nobles si la fastidias —bromeó y Randall escondió su sonrisa.

—Me gustaría verla por última vez, averiguar su nombre y marcharme con una idea clara de quien es ella.

—Sólo nos iremos dos años, no es mucho tiempo —observó su hermano.

—Parecía alguien que necesitaba ayuda.

—Tienes veinte años y ¿ya quieres una querida?

—La mensualidad de nuestro padre es bastante generosa, ¿por qué no intentarlo? No sería el primer ni el último lord en tener una.

—Podría ser una dama en edad casadera, ¿sabes? —Randall se tensó y no apartó la vista del café—. ¿No sientes miedo?

—El miedo y yo no nos llevamos.

—Esa mujer te ha trastornado —observó con diversión—, no sabía que las escocesas fueran de tu agrado. Normalmente siempre posas los ojos en mujeres tiernas, educadas y sumisas.

—Yo tampoco lo sabía —admitió entretenido—, supongo que el reto que ella representa me ha tentado.

—Salimos pasado mañana, ¿qué harás si no la encuentras?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Es posible que la olvide —se sinceró—, como también que en un futuro vuelva a ponerse en mi camino.

Y cuando eso sucediera, Randall se encargaría de mantenerla tan cerca como fuera posible hasta que decidiera qué hacer con ella.

—Fui un ciego y no lo quise ver —comentó distraídamente, estudiando las blancas manos de

su pequeña—. Ni tampoco quise aceptar lo que ella me hacía sentir —suspiró finalmente y abandonó su lugar con rapidez cuando la puerta del salón de té se abrió.

La visión de Liliás ataviada en su hermoso vestido rosa hizo que la boca se le hiciera agua. Cuando se casaron, la varicela no sólo había afectado su piel, sino el estado de su cuerpo, puesto que ahora que había recuperado peso debía admitir que parecía otra mujer.

—Veo que se adaptó bien a ti —dijo con recelo, estaba claro que no pensaba jugar a la feliz familia por el momento y no podía culparla por eso.

—Sí, es una niña encantadora. —Liliás asintió y el silencio se cernió sobre ellos, al parecer no estaba dispuesta a abrir su corazón—. ¿Podemos irnos?

—Eugenia me dijo que no volveré para la hora del almuerzo.

—Sí, quiero visitar a mis padres, ellos merecen conocer a Rosslyn.

—¿Tan pronto? —lo miró con preocupación.

—No sabes lo difícil que ha sido para ellos mantenerse al margen. —Se sintió apenado al decir aquello en voz alta—. Quiero mejorar mi relación con mi familia y deseo que Rosslyn los conozca, te aseguro que será una niña muy amada y consentida.

No recibió una respuesta inmediata, pero pudo percibir la nostalgia en sus hermosos ojos. Quizá ella no estaba conforme con el giro de los acontecimientos, pero estaba dispuesta a todo con tal de darle un buen futuro a su hija y poco importaba que eso implicara quedarse a su lado en contra de su voluntad.

«Haré que cambies de parecer, mi amor», se prometió a sí mismo y besó la coronilla de su hija antes de decir:

—¿Nos vamos?

Era la primera vez que serían vistos juntos en público y él tenía toda la intención del mundo de dejar claro que no permitiría ni aceptaría ni un solo desplante hacia su mujer e hija.

No sería sencillo encontrar el equilibrio, pero de algo debía servirle que sus tres hermanos fueran dueños de los mejores clubes de la ciudad y sus miembros y todo aquel que quisiera formar parte de ellos estuvieran sometidos a sus deseos.

—Bien —se veía rígida y angustiada, por lo que decidió calmarla un poco.

—Iremos en una calesa, no debes confraternizar con nadie si no te sientes lista.

—¿Por qué lo haces? —soltó aquello que tenía atorado en la garganta y él sonrió con ternura.

—Porque no volveré a cometer los mismos errores que cometí en el pasado, no hay razón alguna para que dudes de tu potencial, belleza y capacidades, eres perfecta y poco a poco todo Londres comenzará a notarlo.

Ella lo miró con congoja y Randall no le dio la oportunidad de seguir con la conversación, lo menos que deseaba era que ella lo persuadiera y lo hiciera cambiar de parecer. Quería complacer sus deseos, pero eso no quería decir que la ayudaría a ser una cobarde y esconderse del mundo que ahora debía respetarla.

Como era de esperarse, su paseo por Hyde Park resultó un espectáculo para todos los transeúntes, las damas no dudaban en esconder la mitad de sus rostros tras sus abanicos y los hombres se inclinaban con sutileza, murmurando una que otra cosa incoherente. Por supuesto, también vio la envidia por parte de las mujeres, quienes al parecer detestaban a su esposa por seguir ocupando ese título, y percibió cierta molestia en algunos rostros masculinos.

¿Qué?, ¿en algún momento se atrevieron a creer que Liliás estaba a su alcance?

—Lady Berricloth no dejará pasar esto por alto —susurró ella, acariciando la mejilla de Rosslyn—. Al menos es lo suficientemente pequeña como para no entender las cosas.

—Te aseguro que en unos meses esto quedará en el olvido —susurró, odiaba verla tan

agobiada.

—Eso espero.

—¿De paseo? —Randall enderezó la espalda con rapidez y sonrió abiertamente al ver a Archie en su semental—. Se ven como una hermosa familia, espero la estén pasando bien.

—Lord Kilbrenner —saludó Lillas con timidez y su amigo observó a su hija.

—Qué niña más hermosa, los felicito —musitó y Randall infló el pecho con orgullo—. ¿Van a un lugar en específico?

—No, sólo paseamos un poco antes de ir a Kent House.

—Me alegro —su amigo lo miró con fijeza, felicitándolo con la mirada.

Archie nunca apoyó que cortara los lazos familiares con su familia.

—¿Estás solo? —quiso saber y su amigo asintió.

—Quería tomar un poco de aire fresco, hoy recibí una carta un tanto abrumadora.

Randall arrugó el entrecejo.

—¿Sucedio algo malo?

—Todo parece indicar que el señor Cumming le escribió a mi hermano para invitarlo a formar parte de un proyecto e Isaac llegará en unos meses, la construcción siempre llamó su atención.

¿Isaac en Londres?

—No te ves contento —simuló ignorancia y miró a Lillas de reojo, ella estaba muy interesada en la conversación y no era para menos, se trataba del futuro hotel de su hermano.

—Lo estoy —espetó con la mirada perdida—, pero creo que me generará muchos dolores de cabeza y Leighton opina exactamente lo mismo.

—¿Su esposa lo sabe?

—No, pero el duque infame ya está al tanto de todo y ha enviado un par de criados a la casa de Harriet para tenerla muy bien vigilada y resguardada.

No era para menos, después de todo el hombre fue su tutor y la consideraba una pequeña hermana. Sin embargo, ¿no era exagerado pensar que Isaac podía lastimarla?

Observó a Archie de reojo, ¿él también dudaría de la integridad de su hermano?

Los matrimonios eran complicados, ahora entendía mejor porque sus padres y hermanos luchaban tanto por mantener la armonía en sus hogares, un quiebre podría generar muchos problemas y traer grandes inquietudes.

—Ahora si me permiten, no quiero seguir interrumpiendo su paseo. —Archie se despidió con elegancia y su semental se alejó de la calesa a un trote veloz y despreocupado.

—¿Crees que lord Isaac Kilbrenner querrá hacer negocios con mi hermano? —inquirió Lillas con interés.

—Si su oferta lo hará volver a Londres, es muy probable que sí —reconoció pensativo, aunque la verdadera cuestión era si volvería por trabajo o para conseguir su preciada anulación.

—Eso sería maravilloso —musitó Lillas y su hija aplaudió con entusiasmo, haciéndolo volver en sí.

Era la primera vez desde que salieron de la casa que ellas sonreían abiertamente, por lo que se sintió agradecido con su amigo por marcar un gran cambio en sus actitudes. Tal vez, si dejaba de mostrarse tan rígido y nervioso, todos podrían disfrutar del paseo.

—¿Tú crees... —espetó ella de pronto, observando a un grupo de mujeres— que con el tiempo mis antiguas amistades podrán aceptarme?

—¿Qué? —su voz apenas y fue un susurro.

—Sé lo que se dice de mí —sonrió con melancolía—. No soy una mujer digna de nadie y siento que si me acerco a Kate y Olivia seré vilmente rechazada.

Randall no tenía la menor idea de quienes eran esas mujeres, pero supuso que estaba hablando de algunos miembros del club de las solteras.

—Creo que, si su amistad era sincera, ellas no dudarán en abrirte su corazón.

Lilias lo observó con fijeza y él rezó en silencio para que esas mujeres no odiasen a su esposa por los errores que él mismo cometió, ella era inocente, una víctima de su horrible actitud y la idea de no poder devolverle todo lo que le arrebató lo desquiciaba.

Cuando se presentaron en Kent House, Randall apenas y pudo respirar al ver la felicidad en los rostros de sus padres al conocer a Rosslyn, ¿qué tan angustiados habrían estado por su hija todo este tiempo?, ¿hace cuanto que no los veía tan animados y risueños?

—Se parece a ti —observó su padre con orgullo, mirando a su esposa, y Lilias asintió.

—No lo había notado —reconoció y Randall tragó con fuerza.

¿Acababa de cumplir uno de los más grandes sueños de su padre?, ¿por fin recibió una nieta que tuviera un gran parecido con el amor de su vida?, ¿sería razón suficiente para que él se sintiera satisfecho de complacerlo en algo por primera vez en la vida?

—Qué lindo es tenerte de regreso en Londres, Lilias —su madre tomó a la pelirroja por sorpresa y la envolvió en sus brazos—. No tienes idea de lo angustiada que me sentía por ti, poco importaba que tu hermano nos escribiera con frecuencia, no me sentía cómoda teniéndolas tan lejos.

¿Sus padres le habrían hablado de ese secreto si él los hubiera visitado desde un principio?

—Hemos estado muy bien —respondió Lilias con amabilidad—. Rosslyn es una niña sana.

—No puedo esperar menos de una Aldrich —afirmó su padre y besó la mejilla de su hija, quien se veía algo aturdida al verse relacionada con nuevas personas—. Gracias por venir, no tienes idea de lo felices que estamos de verte.

—Yo...

—Tienes que asistir a mi fiesta campestre —dijo su madre con entusiasmo, al parecer ellos estaban tan desesperados como él y querían solucionar las cosas cuanto antes—. Empezará este fin de semana, el campo te sentará bien.

—¿Qué?, ¿una fiesta? —Lilias palideció—. No creo que sea prudente.

—Claro que es prudente, Londres debe saber que mi hija política y mi nieta están de regreso y no hay razón alguna para iniciar habladurías. Eso ayudaría mucho a calmarlos, no me gustaría que el escándalo persiga a Rosslyn.

Randall vio la indecisión en el rostro de su esposa, quizá la estaban presionando mucho, y cuando pensó que lo mejor sería apoyarla y calmar la euforia de su madre, ella asintió.

—Tiene razón, pero me gustaría llevar a mi hermano y a la niñera de Rosslyn conmigo, ¿es posible?

—Puedes traer a las personas que quieras —afirmó el duque y Randall agradeció en silencio que en esta ocasión ella no se lo haya puesto tan difícil.

Esa fiesta campestre sería la excusa perfecta para mejorar su relación, dado que ahí empezó todo y tal vez él podría recordarle el gran equipo que solían hacer juntos.

Una vez que su madre y Lilias se retiraron con su hija al salón de té, Randall siguió a su padre hacia su despacho, al parecer había un tema que él deseaba abordar antes del almuerzo.

—¿Sucedió algo?

—Visitaste a Seymour esta mañana, ¿puedo saber con qué fin?

—Quería conocer a mi sobrino —admitió y su padre asintió—. ¿Por qué no tienen relación con Farrell? Es tu nieto y...

—No es fácil tratar con la mujer que arruinó a tu familia —reconoció y él negó con la cabeza

— y en cuanto a Farrell, me he encargado de que nada le falte y...

—No tiene a sus tíos ni a sus abuelos —observó con tristeza, nunca quiso condenar la vida de su sobrino de esa manera.

—Ellos también irán a la fiesta, te prometo que pondremos de nuestra parte para mejorar la situación, pero te aseguro que Georgina no es una persona fácil de tratar. Ella casi nunca dice nada, siempre se mantiene en silencio, y es la principal responsable de que tu madre y yo no podamos compartir tiempo de calidad con Farrell.

¿Qué se podía esperar de una mujer que fue torturada desde que tenía uso de razón?

Ella no tenía a nadie y todo parecía indicar que nadie estaba interesado en protegerla.

¿Por esa razón no quiso casarse con Seymour a última hora?

Tal vez la rubia percibió el rencor de su familia desde un principio y por eso quiso huir de Londres antes de terminar atada junto a un hombre que jamás podría valorarla ni mucho menos amarla, porque siempre la vería como a la mujer de su gemelo.

«Debo ayudarla, Georgina no merece este trato».

Ella no era la villana de la historia, su familia estaba cometiendo un terrible error al tratarla de esa manera.

—Por favor, mantente lejos de ella —pidió y Randall tragó con fuerza.

¿Cómo la ayudaría y salvaría su matrimonio al mismo tiempo?

Si de algo estaba seguro era de que Liliás iba a sentirse más vulnerable que nunca con la presencia de Georgina en Kent Abbey.

—Sabías que las cosas terminarían así —espetó Ibrahim, dándole un sorbo a su copa de coñac, y Seamus asintió con pericia—. Lo siento mucho, los Aldrich siempre se salen con la suya.

—Es mi culpa, debí pedirle matrimonio ni bien la presentaste en sociedad.

—Tenías mucho trabajo y no estabas listo para hacerte cargo de una esposa.

El rubio sonrió con amargura.

—¿Irás a la fiesta campestre?

—Debo hacerlo, no puedo dejarla sola —afirmó con disgusto—. Puede que ella sea fuerte, tenaz e inteligente, pero ese hombre no me genera mucha confianza.

—¿Por qué la vuelve vulnerable? —inquirió Travis Spinster, su gran amigo y socio, e Ibrahim se encogió de hombros.

—No pienso hablar de la vida privada de mi hermana.

—Cambiemos de tema —sugirió el americano—, conseguí el terreno, ya es nuestro.

—Bien, al menos en esta ocasión el duque de Richmond no sabotó tus planes. —La mención del noble hizo que el castaño apretara la mandíbula con disgusto—. ¿Tienes noticias de él? Tengo entendido que son vecinos y creo que debido a que ha estado sabotando todos nuestros proyectos, no debemos quitarle el ojo de encima.

—No —farfulló—, pero ahora que lo dices, ¿sabes si irá a la fiesta campestre de los duques?

—No lo sé.

—¿Podrías averiguarlo?

—¿Por qué? —lo miró con interés—. ¿Qué daño nos causará desde Kent Abbey?

—Si él asistirá, me tomaré la molestia de pedirle una invitación a mi hermana.

Claro, había olvidado que la pequeña hermana de Travis estaba casada con Zachary Aldrich.

—¿Qué tienes en mente? —inquirió ceñudo—. A ti no te interesan los bailes, ni mucho menos las fiestas campestres.

El castaño de ojos color miel apretó la mandíbula y clavó la vista en su copa de brandy.

—No me importa el tiempo que tome, pero tarde o temprano pondré a Richmond en su lugar.

Ibrahimladeó el rostro con resignación, ¿algún día su amigo le contaría el por qué su relación era tan mala con Richmond?

—¿Cuento contigo? —se dirigió a Seamus y el rubio negó con la cabeza.

—Creo que lo más sensato es que por el momento me distancie de tu hermana. —Intercambió una rápida mirada con Travis—. Ella está luchando por su familia y mi presencia en Kent Abbey podría alterar a su esposo.

—Tienes razón —susurró.

—Buscaré a Andrew para distraerme un poco, él sabe mucho de entretenimiento.

—Porque estamos hablando de uno de los hombres más mujeriegos de Londres —aclaró Travis y Seamus asintió, al parecer el barón de Mountevans se buscaría una nueva amante que lo ayudara a llenar el vacío que su hermana dejó.

Esto era lamentable, pero lastimosamente fue el mismo Seamus quien se lo buscó. Nada de esto habría sucedido si él hubiera sido sincero con sus sentimientos desde un principio.

Lilias jamás entendería qué fue lo que hizo para ganarse el aprecio de los duques de Kent, pero siempre les estaría agradecida por su sincera preocupación.

—Por cierto —musitó la duquesa en tono confidencial—, Seraphina me dijo que desea verte. Creo que te escribirá entre hoy y mañana, ¿tienen algún asunto pendiente que tratar?

Se tensó, ¿su cuñada quería verla?, ¿podría ser que quisiera hablar con ella sobre su club?

—No que yo sepa —bebió de su taza de té con rapidez, preguntándose qué tan mal podría caerle a Randall la noticia de que quería tener su propio club.

«Sea como sea, es mi sueño y no renunciaré sólo porque a mi esposo no le parece», zanjó con determinación y no se inmutó cuando los hombres regresaron al salón.

Si era optimista, a él podría gustarle la idea de que ella tuviera su propio dinero, así no representaría un gran daño para sus arcas.

Debía admitir que su día fue agradable, por un momento pensó que nada lo mejoraría, pero cuando llegó a su casa y el mayordomo le entregó la misiva que le llegó hace apenas unos minutos, Lilias no supo qué pensar.

¿Quién podría escribirle? ¿Sería Seraphina?

Era la única amiga que tenía por el momento, además de Eugenia, claro está.

Rompió el sello con nerviosismo. El contenido era breve, pero nunca pensó que tan simples palabras podrían llenar su pecho de tanta alegría.

“Iremos a verte esta noche, no te librarás de nosotras tan fácilmente. Atte: K y O”.

¿Sus amigas querían verla a pesar del gran escándalo que podría representar para sus, ya arruinadas, reputaciones?

Esto era maravilloso.

Capítulo 17

“Puede que lady Penelope Humphrey sea una solterona y se haya quedado para vestir santos. No obstante, eso no quiere decir que su intachable hermano esté dispuesto a ver a su hermana menor dentro del club de las solteras **Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**”.

Lilias nunca pensó que su día junto a Randall podría terminar de manera tan agradable. A decir verdad, se había imaginado todo tipo de escenarios incómodos e intimidantes, pero la realidad superó sus expectativas y tanto su hija, como ella pasaron un día bastante entretenido junto a los duques de Kent y su hijo menor.

—No fue tan malo, ¿verdad? —inquirió su amiga con voz suave, dejando a la pequeña Rosslyn sobre el mullido colchón y Lilias abandonó su letargo con rapidez—. Te vi llegar, parecías animada y la sonrisa de lord Aldrich me indicó que las cosas no terminaron nada mal para él.

—Se sintió extraño —reconoció con preocupación—. Ni siquiera puedo decirte que regresé en el tiempo porque frente a mí no estaba el mismo hombre con el que me casé, sino alguien... ¿mejor?

Tal vez Randall había sido bueno con ella en el pasado, pero nunca mostró tanta preocupación ni empatía por sus sentimientos. En cambio ahora, cada movimiento o palabra que pensaba decir parecía estar metódicamente estudiada para satisfacerla.

«Volveré mañana, me gustaría tomar el té con ustedes», le había susurrado cuando el carruaje se detuvo en la entrada de su casa y Lilias aún sentía el temblor en las piernas por el casto beso que dejó en su mejilla.

¿Haría bien en confiar en sus palabras?, ¿qué tal si todo esto se trataba de una técnica de manipulación para arrastrarla a su casa más fácilmente?

—¿Qué piensas hacer? —la rubia la miró con interés.

—Darle mi tiempo —se encogió de hombros—, ya no soy la misma jovenzuela de hace tres años, engañarme ya no será tan sencillo.

—Entiendo —sonrió su amiga y un suave toque en la puerta las obligó a abandonar su lugar.

—Lo siento mucho, milady, pero hay dos jóvenes que desean reunirse con usted —anunció la criada y una hermosa sonrisa se dibujó en su rostro.

—Llévalas al salón de té, pronto me reuniré con ellas —musitó con entusiasmo—. Vigila a Rosslyn, por favor, no puedo ignorarlas.

Ella había dado por perdida su amistad con Katherine y Olivia, pero sólo necesitó ingresar al salón de té para darse cuenta que se equivocó.

—¡Lilias! —sus amigas corrieron a ella para envolverla en sus brazos y Lilias no dudó a la hora de corresponder el gesto—. Dios santo, ¿tienes idea de lo preocupadas que estuvimos por ti? Te fuiste sin decir nada y nunca intentaste escribirnos —la regañó Olivia, la más sensata y hermosa del grupo.

—Lo siento tanto, pensé que ya no querrían relacionarse conmigo debido a mi divorcio.

—Tienes que ser tonta —farfulló Katherine—. ¿Acaso olvidas que fuiste la única persona que quiso hablar conmigo cuando sufrí ostracismo social? Eres nuestra amiga, Lilias, merecíamos saber cómo te encontrabas.

—Gracias —musitó con voz rota y volvió a abrazarlas—. Prometo que a partir de ahora siempre recurriré a ustedes, no saben cuánto las extrañé —admitió con congoja y les indicó los sillones—. Tomemos asiento, hay tanto que debo contarles.

—Claro que lo hay —admitió Kate y Liliás arrugó el entrecejo—. Han pasado muchas cosas en los últimos años, ¿adivina quién se unió a nosotras en secreto? —La miró con interés—. Penelope Humphrey, la hermana del duque de Richmond.

—Si su hermano se entera intentará disolver el club —comentó con preocupación—. ¿De verdad la aceptaron? Esa mujer es...

—Ha cambiado mucho en los últimos años, creo que le sentó bien quedarse sin falsas amistades y sometida a los deseos de su estricto hermano —admitió Olivia—. Eso sacó su verdadero yo y es una mujer maravillosa.

—¿Ella estuvo con ustedes en la mascarada? ¿El duque lo permitió?

—El duque deja que Penelope sea nuestra amiga —comentó Kate con diversión—. ¿Por qué? No estoy segura, pero supongo que no la quiere ver involucrada en nada de lo que el club respecta.

—Teme que nos convirtamos en algo así como La sociedad de los canallas —acotó Olivia y Liliás se rio por lo bajo, su club jamás sería tan llamativo ni importante como el de los canallas más grandes de Gran Bretaña, así que el duque no tenía razón alguna para preocuparse.

—Vi a otra mujer con ustedes, ¿quién era?

Sus amigas intercambiaron una rápida mirada y ante el prolongado silencio, Olivia suspiró y negó con la cabeza.

—Georgina Aldrich. —La sangre se le congeló—. No tengo idea de lo que sucedió entre ustedes, pero asumo que tienen un problema porque las fechas coinciden.

—No sé de qué hablas —mintió y sus amigas la miraron con obviedad—, ¿por qué ella? —preguntó finalmente, no le gustaba la idea de compartir a sus amigas y su club con esa mujer.

—Sucedió de una manera muy extraña —admitió Olivia, acariciando sus cabellos castaños con nerviosismo—. Me encontraba en una situación difícil y ella se dio cuenta de eso porque vivimos en la misma calle. Me ayudó sin pedirme nada a cambio, creo que se sentía muy sola, porque después de ese día, empezó a saludarme, hablarme e incluso visitarme.

—¿Se hicieron amigas?

—Es una mujer muy amable, no pude alejarme por más que lo intenté.

—No confío en ella.

—No te culpamos —dijo Kate con rapidez—, pero podrías darle una oportunidad, quien sabe y sus problemas no son más que malentendidos.

Lo dudaba y si era sincera, lo menos que quería era frecuentar con la rubia y ponerla cerca de su esposo. Eso sólo podría generar más problemas familiares y era algo que no necesitaba ni quería provocar.

—Quería comentarles algo. —Era momento de cambiar de tema—. La razón por la que regresé a Londres es porque deseo abrir un club para mujeres.

—¿Cómo dices? —Los ojos color cielo de Kate brillaron con entusiasmo—. ¿Un club del tipo al que los hombres pueden acceder? —Liliás asintió—. ¿Dónde las mujeres podrán ser llevadas a la pista de baile y bailar por horas? —añadió con ilusión y ella ladeó el rostro. Se había olvidado lo mucho que a las mujeres les gustaba bailar y, en su caso, no podían hacerlo porque nadie las invitaba a la pista de baile.

Hablaría ese punto con Seraphina.

—Es una idea maravillosa, pero se oye muy costosa —observó la morena.

—Ese tema ya está resuelto —aclaró con diversión y ella relajó los hombros.

—Es maravilloso, te seré sincera, no cuento con un solo penique para invertir, pero me encantaría tener un puesto de trabajo en tu club, un empleo no me vendría nada mal.

—¿Tu situación es muy mala? —Olivia se limitó a asentir—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Sólo darme un empleo —le guiñó el ojo, dejando claro que su orgullo no le permitiría aceptar más.

—¿Cuándo darás inicio? —Kate demandó su atención.

—Aún no lo sé, supongo que tomará unos meses y aún debo conseguir clientela.

—Quiero ser tu cliente —dijo rápidamente—. Nunca me casaré, mi reputación está por los suelos y tengo veinticinco años, cuento con el dinero y la voluntad para convertirme en un excelente miembro de tu club.

Lilias se rio con diversión.

—Descuida, te aseguro que serás una de las primeras mujeres en conocer Diamantes.

La rubia sonrió con satisfacción y Lilias dedujo que ellas podrían ayudarla a conseguir una gran clientela. Si bien no eran populares en los salones de baile, sí que conocían a las solteras más desesperadas de Inglaterra.

—Tal vez Penelope quiera participar —comentó Kate de pronto—. Recibe una generosa mensualidad de su hermano, quien dejó claro que prefiere verla solterona antes que con un pelele, y está aburrida de su tétrica existencia.

—No sé si quiero a la hermana del duque de Richmond metida en esto, podría generarnos problemas.

—Cuando empieces a tratar con ella, te darás cuenta que es una gran amiga —añadió Olivia sonriente—. Ahora, querida, ¿por qué mejor no nos pones al día con tu vida?, ¿es cierto que sigues siendo la esposa del peor de los granujas o lady Berricloth ha perdido su toque?

—Te aseguro que esa mujer nunca perderá su toque —siseó y agradeció que las criadas trajeran las bandejas de té y bocaditos, necesitaba humedecer su garganta, había mucho que contar.

Esa noche, en la soledad de su habitación, Lilias se quedó mirando el sobre negro que le llegó hace más de media hora con inquietud. El mismo estaba cerrado con un lazo dorado y suponía que no podía tratarse de algo decente, puesto que tenía el sello de Las garras de Lucifer.

Seraphina quería verla y ella no estaba segura de qué camino debía seguir.

¿Sería prudente actuar a escondidas de Randall?

Los Aldrich le habían dejado claro que casi todo lo que sucedía a su alrededor no era un misterio y no quería ni imaginarse el tipo de escándalo que Randall podría causar si se enteraba que regresó a Las garras de Lucifer totalmente sola.

No quería vivir sometida a su voluntad, pero deseaba un matrimonio armonioso y sin secretos.

—¿Qué debo hacer? —susurró con inquietud y optó por guardar el sobre.

Se tomaría esa noche para pensar las cosas con mayor calma, había sido un día lleno de emociones y actividades y se sentía agotada física y mentalmente.

—¿Qué es esto? —siseó Randall con enojo, observando la invitación que su hermana se tomó la molestia de entregarle en persona.

—Una invitación a la fiesta más esperada de Las garras de Lucifer, no cualquiera puede entrar

al club esa noche.

—Una fiesta donde los miembros se buscan una amante —escupió y Seraphina asintió—. Estoy casado y quiero luchar por mi matrimonio, ¿cómo se te ocurre tomarme en cuenta? —tiró el sobre en su escritorio—. Invítame a cenar a tu casa, maldita sea, no a tus fiestas de perdición.

—Antes las amabas —se mofó y él siseó un juramento.

—Ahora amo a mi esposa e hija, no pienso cometer el más mínimo de los errores.

Su familia estaba muy equivocada si creía que mordería el anzuelo tan fácilmente.

—Yo que tú la guardaría. —Seraphina deslizó el sobre en su dirección—. Podrías necesitarla, sin ella no entrarás al club mañana por la noche.

—¿Por qué diablos...? —una loca idea llegó a su cabeza y apretó la mandíbula—. ¿Ella asistirá? —Ahora que lo recordaba, no había hablado sobre su visita al club con Liliás—. Seraphina...

—Guárdala, estoy tratando de ser una buena hermana al no dejarte fuera de esto.

Pero ¿qué tipo de juego era este?

—¿Por qué simplemente no me dices que se traen entre manos?

—¿Y perderme la diversión? —se mofó con malicia—. No gracias, ¿cuento con tu presencia mañana?

—No —gruñó.

Iba a reunirse con Liliás y haría hasta lo imposible para conseguir la información que necesitaba, ¿qué diantres había en el club de su hermana que todo parecía indicar que su esposa estaba muy interesada en el mismo?

—Como sea —respondió su hermana y abandonó su lugar—, nos vemos mañana.

—¡No iré! —gruñó y antes de que ella se fuera, la retuvo—. Espera —rodeó su escritorio y caminó en su dirección—. Un hombre atacó a Liliás el día de ayer, ¿podrías ayudarme a encontrarlo?

—Connor ya lo identificó y creo que es uno de mis invitados.

Ahogó un juramento.

—¿Quién es? Quiero visitarlo y...

—¿Retarlo a duelo para cargarle un nuevo escándalo a la familia? —enarcó una ceja y él gruñó.

—¿Desde cuándo te preocupa el escándalo?

—Los tiempos cambian, Randall, ahora todos tenemos hijos a los cuales debemos proteger y no quisiera que nuestros escándalos los perjudiquen en un futuro.

Se tensó, no había pensado en ese punto.

—Actuemos como adultos, hay maneras más interesantes de castigar a alguien —le guiñó el ojo y se marchó sin darle el nombre que quería.

Todo indicaba que tendría que buscar a Connor para conocer la identidad del hombre que intentó abusar de Liliás.

Capítulo 18

“¿Desde cuándo un hombre debe cortejar a su esposa? Me pregunto si lady Liliás Aldrich planea mudarse con su esposo en un futuro cercano

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

—Rosslyn está dormida —le informó Liliás, llenando las dos tazas de té, y Randall estudió sus hermosas facciones bajo la luz del sol—. Eugenia la traerá ni bien despierte y creo que eso no sucederá hasta dentro de cuarenta minutos.

Tomar el té en el jardín fue la mejor decisión que ella pudo tomar, ahí tendrían más privacidad que en la casa principal.

—Ya veo...

—¿Sucedio algo? —Lo buscó con la mirada.

—¿Cómo sabes que sucedio algo? —aceptó la taza y le dio un sorbo con movimientos escuetos.

—Estás actuando extraño, puedo sentirlo.

Porque ella lo conocía muy bien.

—Al final nunca me dijiste para qué fuiste a Las garras de Lucifer. —Fue directo y la palidez de su esposa le anunció que le estaba escondiendo algo—. Quiero que seas sincera conmigo, Liliás, somos un matrimonio y...

—No es asunto tuyo.

Randall dejó su taza sobre la mesa y entrelazó sus dedos con molestia.

—Claro que lo es, eres mi esposa y no es normal que una dama frecuente esos lugares.

—Han pasado muchas cosas en los últimos años, no esperes que te hable de todo en tres días —siseó, dejando claro que las cosas entre ellos aún estaban tensas, y él ahogó un juramento.

Las escocesas podían ser un gran dolor de cabeza.

—Sólo quiero que seas sincera conmigo.

—Si quieres que eso suceda, primero debes ganar mi confianza —lo desafió y Randall se inclinó hacia adelante.

—¿Cómo puedo hacer eso? —sonrió con ironía.

—No lo sé, supongo que el tiempo te ayudará a encontrar la respuesta.

—¿Tiempo? —achicó los ojos—. ¿Por qué siento que cuando de ti y Las garras de Lucifer se trata, tiempo es lo que menos tengo? —Liliás selló los labios en una fina línea y él empezó a perder los estribos—. Te prohíbo que te acerques a ese club.

Tal vez no estaba en condiciones de exigir nada, pero maldición, era la reputación de su esposa e hija lo que estaba en juego, no podía permitir que ella siguiera frecuentando esos lares.

—¿Cómo dices? —lo miró como si tuviera diez cabezas.

—No quiero saber que regreses a ese lugar —aseveró con firmeza y pudo percibir el momento exacto en el que el rostro de su esposa se puso colorado—. No hagas que averigüe las cosas por mi cuenta.

—¿Cómo te atreves a darme una orden? —golpeó la mesa y se incorporó con rapidez, obligándolo a imitar sus movimientos—. ¿Quién te crees?

—Tu marido —masticó sus palabras.

—Recordaste tu título muy tarde, ahora mismo lo menos que planeo hacer es seguir tus

órdenes —intentó regresar a la casa, pero él bloqueó su camino.

—¿Por qué simplemente no me dices qué hay en Las garras de Lucifer?

—Porque no es tu problema.

—Todo lo que te incumba es mi problema, yo...

—Estoy aceptando esta locura por nuestra hija, no porque me interese mejorar nuestra relación —escupió con enojo y le dio la espalda para dirigirse hacia los rosales—. Vete, nuestra reunión ha llegado a su fin.

Randall cerró las manos en dos puños, observando el contoneo de sus caderas, y determinó que esto de ser un caballero no iba con su persona, puesto que odiaba la idea de que su mujer lo dejara con la palabra en la boca y una gran erección en los pantalones.

—¡Lilias! —salió tras de ella y la pelirroja aceleró su marcha, doblando en una intersección—. Esto no ha terminado —logró alcanzarla y la sujetó del brazo con fuerza para girarla en su dirección—. Soy capaz de ceder en muchos aspectos por ti, pero no permitiré que mi mujer frecuente un club de perdición —aclaró con molestia y ella empezó a removerse en su lugar.

—Suéltame, tú no eres quién para darme una orden. —Afianzó su cintura, juntando sus cuerpos con descaro, y ella dejó de sacudirse y conectó sus miradas—. Randall...

—¿A quién quiero engañar? —su voz bajó una octava—. Tú, mis padres, hermanos, todo Londres y yo sabemos que soy el peor de los granujas —sentenció y unió sus labios con hambre voraz, robándole un suave y tentador gemido.

Al recibir una respuesta, Randall la instó a caminar y se posicionaron detrás de un árbol para esconderse de los ojos curiosos, aunque lo cierto era que le importaba muy poco.

Eran marido y mujer, podía tomarla donde se le apeteciera.

—Randall —gimió entre besos y él deslizó los labios por su mentón.

—¿Por qué me desafías?, ¿por qué no puedes hacer lo que te pido? —acunó sus caderas y empezó a tirar de sus faldas hacia arriba para meter un muslo entre sus piernas. Ella gimió en respuesta—. Cuando te comportas de esta manera, sólo me haces imaginar cómo sería reducirte en mi cama y poseerte hasta el abandono.

—No, espera, ah —jadeó cuando golpeó suavemente entre su entrepierna y tiró la cabeza hacia atrás—. Sí, ah, espera...

—¿Esperar qué? —se desesperó—. No quiero perder más tiempo —confesó apasionadamente y ella lo abrazó por los hombros—. Eres mía y me deseas, ¿crees que la pasaremos mejor en una mesa de té?

—Oh, Randall —gimió cuando aceleró los movimientos y la rodeó firmemente con un brazo para bajar su escote con la mano libre—. ¿Qué haces?

«Recordarte que eres mi esposa y me perteneces», respondió mentalmente y cerró la boca sobre su duro pezón. Ella lo mordió por el hombro para amortiguar su grito y él gruñó encantado por la sensación, aprovechando ese momento para mover su pierna de manera circular y hacerla tiritar de placer.

—Ah —su peso la venció. La tendió sobre el césped e introdujo su mano bajo sus interiores—. Sí, un poco más —la penetró con un dedo sin previo aviso y ella se cubrió la boca con una mano.

—Si vinieras a mí, tus sonidos serían libres de retumbar en mi habitación —musitó con aspereza, lamiendo su pezón—. Podría desnudarte sobre mi colchón, tomarte en posiciones inimaginables y nadie pensaría nada extraño porque son sus amos quienes están intimando con abandono.

La necesitaba, le urgía sentir su verga dentro de esa mujer, pero... no iba a tomarla en el

jardín de Ibrahim.

—Randall... por favor.

—Por favor ¿qué?

—Ayúdame —lloriqueó—, acaba con esto.

—¿Dejarás de ir a Las garras de Lucifer? —no recibió una respuesta—. Eso quiere decir que frecuentas el club —determinó y ella se tensó—. Bien, es hora de acabar con esto —siseó con disgusto y se apartó con el corazón y el ego herido.

¿Por qué no podía confiar en él?

—No, ¿por qué te detienes?

—Porque es hora de que me vaya —se levantó y le tendió la mano para ayudarla.

Ella prefirió levantarse sola.

—¿Quién te crees para tratarme de esta manera? —sonrió con diversión—. No puedes dejarme así.

—Si quieres continuar, te invito a nuestra casa.

Ella apretó la mandíbula, al parecer no tenía pensado aceptar su invitación.

—No pienso recibarte de nuevo, ni mucho menos seguiré una de tus órdenes —zanjó y en esta ocasión sí la dejó regresar a la casa principal, tal vez había cometido un terrible error al dejarse llevar con tanto abandono.

Si Ibrahim los hubiera encontrado, habría intentado aniquilarlo con sus propias manos.

Randall regresó al salón principal para marcharse, pero paró en seco al ver a uno de los empleados de Las garras de Lucifer entregando un gran paquete, cerrado con un lazo magenta, un color que su adorada e imprudente hermana amaba, para Liliás.

«Ella asistirá a la fiesta de esta noche», determinó y salió de esa casa como alma que lleva el diablo.

A veces se preguntaba si Seraphina era su hermana o más grande enemiga. Sea como sea, Liliás se llevaría una gran sorpresa cuando se encontraran esta noche en una de las fiestas más escandalosas del año.

¿Por qué lo deseaba? Ella no debería desear a su esposo, ni mucho menos sentirse tan frustrada de que él no hubiera terminado lo que empezaron en el jardín.

—Te veo algo nerviosa, ¿estás segura de que quieres ir? —inquirió su hermano, mientras Eugenia terminaba de arreglar su cabello.

—Sí, sólo iré, hablaré con Rosemary y volveré lo antes posible —musitó con inquietud, no quería que Randall siguiera dudando de ella y cuestionándose el por qué no podía alejarse de Las garras de Lucifer.

—¿Es por Randall?

De imbécil, su hermano no tenía nada.

—No le gustará saber que frecuento ese club, yo...

—Él también solía frecuentarlo, así que no te puede exigir mucho —espetó Eugenia y su hermano gruñó.

—Él es un hombre y Liliás una mujer, nunca tendrán los mismos derechos.

—Pero sí los mismos deseos —contraatacó la rubia y se sintió algo tensa al percibir la tensión en el lugar—. ¿Acaso el fin de Liliás no es demostrar ese punto? —añadió más relajada y el castaño siseó un juramento—. Estás lista, te ves hermosa. Amo como te queda el verde.

Lilias se ruborizó, había pensado que ese día utilizaría peluca, pero Seraphina sólo le envió ese hermoso vestido con una máscara de rostro completo.

¿Qué quería?, ¿por qué citarla en el club en un día tan especial?, ¿lo mejor no habría sido invitarla a tomar el té?

Su hermano se encargó de despacharla, pero ni siquiera en la soledad y comodidad del carruaje se sintió tranquila. Las cosas estaban cambiando y todo porque era incapaz de controlarse a la cercanía, besos y caricias de Randall, ¿cómo era posible que él siguiera teniendo ese efecto en su cuerpo?

Esa realidad era tan angustiante que apenas y podía respirar con normalidad.

«No puedo quedarme mucho tiempo en el club», determinó con valentía. «No necesito más problemas con mi esposo», se frotó las sienes con cansancio. «Todo sería diferente si hablaras con la verdad», le dijo otra vocecilla y ella tragó con fuerza.

¿Sería prudente?, ¿qué tal si Randall le daba una nueva razón para odiarlo?

No quería que él destruyera su más grande sueño.

Cuando llegó al club, Lilias no fue guiada al salón con los invitados, sino que una vez más, se vio a sí misma en la oficina de Rosemary, quien resultó ser nada más y nada menos que su cuñada.

¿Por qué la habría citado en esa fiesta y enviado ese vestido si su intención era reunirse con ella en su despacho?

«Algo no anda bien», pensó con inquietud y rezó en silencio para que la rubia no la metiera en un nuevo problema.

Jasper Fraser era el hombre que Randall deseaba enterrar diez metros bajo tierra y por esa razón le resultaba simplemente imposible quitarle la vista de encima, mientras apostaba escandalosamente en las mesas de juego. Era un ser despreciable, conocido por sus amantes por ser egoísta y cruel, y suponía que nadie en Londres lo extrañaría si lograba deshacerse de él.

—Podemos obligarlo a dejar Londres —comentó Connor con desinterés.

—Pero primero deberíamos romperle un par de costillas —acotó Zachary y él gruñó con aprobación—. ¿Y si lo invitamos al ring? Ahí podría darle un castigo.

—Fraser es un cobarde, nunca subirá al ring para pelear con King —acotó su hermano mayor y Randall tragó con fuerza.

—¿Y conmigo? —los miró significativamente—. Fue a mi esposa a quien agredió, lo correcto...

—¿Quieres que Londres se entere de lo ocurrido? —se tensó—. Porque si provocas un escándalo, eso sucederá. —Connor estaba siendo bastante racional y cuidadoso, por lo que en el fondo agradeció que le hiciera notar ese punto.

—Pero... —un torrente de carcajadas masculinas lo hicieron guardar silencio y giró el rostro con rapidez, el revuelo venía de la mesa de Fraser.

—Denme un mes y me cogeré a esa perra, ¿qué cree, que podrá dárselas de santa cuando estuvo tres años haciendo quien sabe qué? —Randall empezó a respirar con dificultad y cerró las manos en dos puños tratando de controlar la ira que se alojó en su pecho—. Es una escocesa, tienen la sangre caliente, le ofreceré un par de monedas y caerá rendida a mis pies.

—Deja para los demás —se atrevió a decir otro hombre y hasta ahí llegó su autocontrol.

—Es hombre muerto —farfulló y ninguno de sus hermanos logró calmarlo con su llamado.

¿De verdad pensaban que su esposa podría ser objeto de sus burlas?
Iba a poner a todos esos idiotas en su lugar.

Capítulo 19

“¿Meterme con Lilias Aldrich? No, señores, hasta el hombre más idiota de Gran Bretaña sabe elegir a sus enemigos.

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Llevaba más de media hora en el despacho de Seraphina y si ella no aparecía en los siguientes cinco minutos, Lilias le dejaría una nota invitándola a tomar el té el día de mañana, puesto que no se le hacía nada cómodo encontrarse totalmente sola en ese lugar. Si no podía atenderla, ¿por qué diantres le envió esa invitación?

Escuchó un extraño revuelo en el exterior y abandonó su lugar con rapidez cuando la puerta del despacho se abrió. Era Seraphina y a poco estuvo de llamarla por su nombre, pero luego recordó su secreto y espetó:

—¿Qué sucede? Estás muy pálida —musitó con preocupación y ella la sujetó de la muñeca sana.

—Pasa que cuando de Randall se trata, nada sale como yo quiero —farfulló—. Ven conmigo, tenemos que ir a un lugar o esto nunca terminará. Ponte la máscara —ordenó y ella así lo hizo.

—¿Qué?, ¿Randall? —sus alarmas se prendieron—. ¿Está aquí?, ¿a dónde vamos?

No se estaban dirigiendo al exterior, sino más bien al interior del club.

—Tú sólo ven conmigo.

La instó a acelerar su paso y Lilias rezó en silencio para que las cosas terminaran bien esta noche, tenía la leve sospecha de que su cuñada estaba a punto de meterla en un gran problema.

—¡Basta, Randall! —bramó Zachary, apartándolo del cuerpo magullado de Fraser, y él gruñó con ira desmedida.

—¡Vuelve a hablar así de mi esposa y te mataré! —vociferó, provocando que varios hombres dieran un paso hacia atrás, como si la amenaza hubiera sido dirigida hacia ellos, y Randall se zafó del agarre de su hermano con rabia.

—¿No piensas seguir con tu divorcio? —preguntó el hombre con esfuerzo, incorporándose, y cuando intentó abalanzarse una vez más sobre él, su cuñado lo sujetó del brazo con fuerza.

¿Qué diablos estaba haciendo Lucien en ese lugar y por qué no estaba con Seraphina?

—Suficiente, ya causaste mucho disturbio —por el rabillo del ojo vio como Connor sujetaba a Fraser del cuello de su abrigo y lo sacaba del lugar—. Tenemos que ir a la sala de subastas.

—No —luchó por su libertad—, pienso castigar a todo aquel que ose hablar mal de mi mujer. —El silencio y la tensión se cernió sobre todos los hombres de la estancia—. Si aman su vida y membresía, mantengan sus pensamientos para sí mismos —escupió y Lucien lo zarandeó.

—Tienes que venir, Randall —conectó sus miradas—, me temo que esta vez Rosemary llegó muy lejos.

Se tensó.

—¿Qué dijiste?

—Vamos a la sala de subastas.

La comprensión lo golpeó con fuerza y ya no se quedó en ese salón, ahora mismo sólo quería ir por su esposa, ponerla en un lugar seguro, y luego asesinar a su hermana por jugar con ella tan cruelmente.

¡Lilias no sería subastada esta noche!

—No puedes generar un escándalo, después de la pelea las relacionarán —le advirtió Zachary—. Es una subasta especial, cada ofertante tiene su propio espacio —añadió—. Juega sabiamente y gánatela tú mismo.

Gruñó con ira desmedida, a veces odiaba que su voz no tuviera valía en ese lugar.

—Seraphina está loca, ¿en qué diablos estuvo pensando al meterla en esto?

¿Qué pasó con su palabrería de comportarse como adultos?

¡¿A qué diantres estaba jugando?!

—¡Randall! —Zachary se plantó frente a él.

—¡¿Qué?! ¡¿Acaso no te das cuenta que debo ir por ella?!

—Cálmate —ordenó y lo zarandeó con firmeza—. Seraphina está loca, todos lo sabemos, pero jamás haría algo para lastimarte. —Empezó a respirar con esfuerzo—. Esta noche podría marcar un antes y un después en tu matrimonio, usa la cabeza, maldita sea.

¿Cómo diablos iba a usar la cabeza cuando ahora mismo sólo quería escuchar a su corazón?

—Debemos apresurarnos —espetó Lucien—, la subasta iniciará pronto.

Randall pasó a su hermano mayor de largo y fue al apartado que se le indicó. Siempre pensó que la vida era un juego, pero ahora mismo no deseaba ser tan irresponsable en lo que su familia respectaba.

—Son salas insonorizadas —explicó Zachary y Randall se acercó al gran cristal, viendo como Lilias y su hermana conversaban al otro lado del salón—. Te aseguro que Lilias ni siquiera tiene idea de dónde está metida.

Eso era evidente, puesto que su esposa jamás habría sido parte de algo así por voluntad propia. Ella se veía hermosa en su vestido verde esmeralda que no hacía más que resaltar fieramente sus cabellos rojos.

Tragó con fuerza.

—¿Cómo funciona esto?

—Debes enviar tu oferta por esta rendija —señaló Lucien, había una rendija junto al gran vidrio—, ellos anunciarán tu oferta y te informarán en caso de que alguien haga una contraoferta.

—¿Por qué no puedo escucharlas? Quiero saber qué se están diciendo —exigió y su hermano negó con la cabeza.

—Me temo que no hay manera, lo único que te queda es esperar a que esta locura termine para que puedas reunirte con Lilias en el cuarto especial.

Empuñó las manos con impotencia.

—Si para el día de mañana eres viudo, no sentiré pena por ti —farfulló y Lucien se rio por lo alto—. Tu mujer está loca, ¿cómo pudo meterla en esto?

—Tú no eres rival para Seraphina —aclaró el pelinegro— y estás siendo egoísta, ¿no ves que tu hermana sólo quiere ayudarte?

—¿Cómo esto puede ayudarme en algo? —preguntó en tono mordaz—. Ahora mismo sólo quiero matar a mi esposa por exponerse a este peligro.

—Estás en un club de perdición, no deberías tener ese tipo de pensamientos —se mofó y Randall dio por finalizada la conversación cuando la subasta inició con cien libras.

No le importaba cuánto dinero dejaría en juego, él sólo deseaba reunirse con Lilias cuanto antes.

—¿Qué significa esos números, Rosemary? —inquirió con preocupación, ¿por qué pasaron de cien libras a ochocientas?, ¿qué era esto?

—Necesitamos más inversores para tu club y pensé que esta sería una buena manera de obtener dinero.

—¿Qué? —la miró con horror—. ¿A qué te refieres? Si deseabas más dinero debiste pedírmelo.

—No lo creo, no puedes gastar todos tus fondos —se encogió de hombros.

—Yo...

—Si todo sale bien esta noche, en tres meses tu club abrirá y me encargaré de que para el quinto mes sea un éxito. —La sangre se le congeló—. No puedes ser tan negativa, recelosa y aburrida si quieres pertenecer a este mundo.

Lilias tragó con fuerza y barrió el lugar con la mirada.

—¿Qué está sucediendo?

—Pensaba explicarte todo antes de traerte aquí, pero Randall inició una pelea en el salón de juego y la única manera de sacarlo de ese lugar era indicándole que estabas aquí.

—¿Cómo dices? —dio un paso hacia atrás, pero unos hombres avanzaron en su dirección, indicándole que no podría salir de ese lugar—. ¿Me tendiste una trampa?

—Sólo quiero que tú y mi hermano hablen con la verdad, no puedes tener un club a escondidas de tu marido.

—Tú lo hiciste.

—Porque Lucien nunca pensó en mí, se olvidó de mi existencia por dos años y eso me dio la oportunidad de pasar inadvertida, pero tú... Dios, mi hermano seguirá cada uno de tus pasos, nunca querrá estar fuera de tus planes.

—Él no lo aceptará —la voz le tembló.

—No lo sabrás si no lo hablas con él.

—Va a enfadarse, no quiero brindarle una razón para desquitarse conmigo.

—Te doy mi palabra que él no va a lastimarte, en el pasado me confié, pero ahora no cometeré el mismo error.

¿Podría creer en sus palabras?

—Yo...

—¿Puedes abrir un club, pero no te atreves a desafiar a ese granuja? —se mofó y ella la miró con fijeza—. Debes tener más confianza en ti misma y luchar por tus ideales, sólo así conseguirás lo que deseas y obtendrás su respeto.

—Siempre estarás de su lado, ¿verdad?

Seraphina ensanchó su sonrisa.

—Tal vez no lo sepas, pero es con el que mayor afinidad tengo, amamos los escándalos y desde pequeños mi padre siempre solía decir que seríamos un dolor de cabeza —comentó con orgullo—. No se equivocó, me convertí en la reina de la noche y el muy granuja provocó todo un escándalo que duró tres años, está claro cuál es el más listo —le guiñó el ojo y Lilias negó con la cabeza, quedando como piedra al ver como la oferta pasaba de dos mil libras a siete mil.

—No puede ser... —susurró con inquietud y no llegó una nueva oferta.

—Ya tienes un nuevo socio. Uno muy impaciente, al parecer —susurró su cuñada y la sujetó del brazo—. Vamos, debes reunirte con él.

—No, espera, él pensará...

—Randall sabe perfectamente que fui yo la que te metió en esto.

—¿Y eso me liberará de su ira? —quiso saber y su cuñada se rio.

—Sobre ese punto, siempre hay una manera de controlar a la bestia.

Ese no era el consejo que quería recibir, ¡ella no fue a ese lugar para terminar en una habitación con su esposo!

Maldición, esa mañana habían discutido debido a su asistencia a Las garras de Lucifer y ahora se reuniría con él en una de las habitaciones de dicho lugar.

«Estoy en problemas», pensó abrumada y no pudo impedir que su cuñada la encerrara dentro de una hermosa y espaciosa habitación, decorada con un sinfín de velas y pétalos de rosas.

Era un escenario muy bonito para una escena de crimen.

—¡Abre, Rosemary! —empezó a golpear la puerta con desespero—. ¡No vine hasta aquí por esto!

En momentos como estos, lamentaba no haber seguido la orden de Randall.

La puerta se abrió sin previo aviso, invitándola a retroceder varios pasos, y la garganta se le cerró cuando su esposo se adentró al lugar y cerró la puerta con llave. Lillas recordó que aún llevaba su máscara puesta y se la quitó con rapidez, de nada serviría esconderse porque él sabía que era ella.

—Todo tiene una explicación —susurró atropelladamente y él la miró con fijeza—. Nunca fue mi intención formar parte de esa subasta, yo...

—¿Qué diablos tienes en la cabeza?, ¿por qué sigues viniendo a este lugar?! —respingó ante el potente grito y la garganta se le cerró.

«Debes tener más confianza en ti misma y luchar por tus ideales, sólo así conseguirás lo que deseas y obtendrás su respeto», las palabras de Seraphina retumbaron en su cabeza y tiró su máscara al piso.

—Porque quiero —respondió con frialdad y Randall respingó.

—¿Qué?, ¿te gusta ser subastada? —escupió con desprecio y ella levantó el mentón con altanería—. ¿Qué estás buscando?, ¿quieres darme una razón para pedirte el divorcio? Porque si es así, nunca lo conseguirás, ¡no te dejaré libre para que otro hombre te posea!

Dios santo, él estaba demasiado celoso para su propio bien.

—Estoy aquí porque quiero abrir un club para mujeres —confesó y su esposo abrió los ojos con sorpresa—. Regresé a Londres con esa intención, por eso me reuní con Rosemary, de quien por cierto ya conozco su identidad —aclaró y el pelinegro alborotó su cabellera.

—Ahora resulta que todo Aldrich debe tener un club —escupió con desprecio—. No lo permitiré, tengo suficiente dinero como para que no tengas que trabajar cuatro vidas.

—No te estoy pidiendo permiso —aseveró, él no le haría cambiar de parecer.

—¿Por qué?

—Porque durante los tres años que estuve fuera, me di cuenta que las mujeres tienen muchos deseos reprimidos y el anhelo de vivir, amar y experimentar no ha muerto con el pasar de los años.

—Lillas...

—Quiero que las mujeres como yo encuentren un lugar donde puedan sentirse libres de disfrutar de su vida y sexualidad —confesó apasionadamente y Randall la miró con fijeza.

—¿Mujeres como tú? —arrastró sus palabras.

—Sí, mujeres que no conocen la pasión. —Su esposo palideció—. Al principio no pensaba de esa manera, pero sólo necesité visitar una noche el club de tu hermana para entender que debió ser muy duro para ti intimar conmigo.

—¿Qué? —su pregunta apenas y fue un susurro.

—Siempre era igual, nunca tratabas de hacer algo nuevo, quizá fui algo ciega al no darme cuenta de lo duro que era para ti cumplir con tu deber.

—Pero ¡¿qué mierdas dices?! —caminó en su dirección con grandes zancadas y ella no retrocedió, sino que levantó el mentón con suficiencia.

—¿Pensabas en ella cuando estabas conmigo? —inquirió con dolor, sintiendo un horrible nudo en la garganta, y algo en su interior se oprimió cuando él apresó su nuca y la trajo en su dirección.

—No tienes ni la menor idea de lo que dices —siseó—, alguien debe aclarar tus ideas —decretó y antes de que pudiera darle una respuesta, la besó con vehemencia, dispuesto a todo con tal de arrebatarle la cordura.

No sería tan complicado.

Capítulo 20

“Los duques de Kent pueden sentirse tranquilos, ¿verdad? Sus cinco hijos están felizmente casados y han formado hermosas familias, o ¿acaso alguno de ellos no está conforme con su grandiosa vida?

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

«¿Pensabas en ella cuando estabas conmigo?»

Las palabras de Lilias volvieron a herirlo profundamente y lejos de apartarse de ella para pensar la situación y tomar las cosas con más calma, arremetió con su lengua para tomar más, para saborear más y enseñarle de una vez por todas a su esposa qué tanto la deseaba.

Nunca pensó en otra mujer mientras la tenía entre sus brazos, ¿eso nunca fue necesario!

—Me ofende —gruñó con impotencia y siguió besándola—. ¿Qué no conoces la pasión? Maldición, yo la conocí contigo y me enerva que no pienses lo mismo —la buscó con la mirada, ambos estaban jadeantes y tensos por el placer—. Nunca necesité pensar en nadie más para estar contigo —acunó su rostro y apartó la lágrima rebelde que se deslizó por su mejilla—. ¿Lilias...?

—¿Por eso nunca terminas lo que empiezas?, ¿no soy lo suficientemente buena para llevarte al límite?

Cerró los ojos con frustración, ¿eso era lo que ser un caballero le ayudó a conseguir?

Ella lo malinterpretó todo.

—¿Sabes por qué nunca te tomé como los hombres toman a las mujeres en este club? —arrastró sus palabras y empezó a abrir los botones de su vestido. Ella negó con la cabeza—. Porque un caballero no debe tomar a su esposa de esa manera, se supone que para eso están las... —no terminó la oración—. No te tomé de ninguna otra manera porque no quería asustarte, porque mi deber era ganarme tu confianza, no darte una razón para dejarme —la prenda se arremolinó a sus pies y él se relamió los labios al ver sus finos interiores que no dejaban nada a la imaginación.

—Pero no me deseabas —posó las manos en su pecho para apartarlo, pero él no se lo permitió—. Me veía y sentía horrible, ¿por qué alguien como tú se sentiría a gusto con una mujer como yo en el lecho?

—Pensé lo mismo antes de entrar a tu alcoba en nuestra noche de bodas. —Odió ver la decepción en su rostro—. Pero luego me metí bajo tus sábanas, sentí tu calor, tu olor y ya nada parecía malo, sino todo lo contrario.

—Estabas borracho, fue...

—Maravilloso —confesó y besó su frente con ternura—. No veía la hora de repetirlo, pero sabía que la escena ya no podía repetirse y en la siguiente ocasión debía tener tu aprobación.

—No es necesario seguir con esto, no debes acostarte conmigo para someterme a tu voluntad, yo...

—Te deseo —le cortó con pasión desmedida y moldeó sus costados con deleite—. Te necesito como no tienes idea y no pienso salir de esta habitación sin hacerte mía, Lilias Aldrich.

Por largos segundos, no hicieron más que acoplarse al silencio, pero finalmente ella tiró de su pañuelo que rodeaba su fuerte cuello con timidez y Randall entendió eso como una invitación que no demoró mucho en aceptar.

Unió sus labios con destreza, tomando más de lo que quizá ella estaba dispuesta a dar, y con

movimientos torpes lograron desnudarse y caminar a traspiés hacia la cama. Había entrado a esa habitación con deseos locos de asesinar a su hermana, pero ahora mismo quería subirla a un pedestal.

Por fin tomaría a su esposa, por fin volvería a sentirla y eso no hacía más que llenar su pecho de emoción.

—Lilias... —intentó descender para besarla por todo el cuerpo, pero ella acunó su rostro y sin previo aviso invirtió los papeles, quedando a horcajadas sobre él—. ¿Qué haces? —gimió con esfuerzo y ahora fue ella quien lo besó.

—Quiero sentirte, no dejaré que vuelvas a engañarme —musitó jadeante y empezó a contonear la cadera sobre su miembro viril.

—Mierda... —gruñó y ella dejó de moverse.

—¿Qué te sucede?, ¿estás bien?

Joder, sí, estaba mejor que nunca, puesto que ella estaba dejando en evidencia su falta de experiencia y eso era maravilloso, pero...

—Podría dolerte un poco —acarició sus glúteos y ella se meció sobre su miembro—. Vamos con calma, déjame hacerlo a mi manera.

—Si no lo haces, me vestiré y ¡ah! —se aferró al cabecero de la cama cuando posó su glande en su entrada—. Sí, sí, por favor.

Randall acarició su hendidura con los dedos, estaba bastante húmeda, pero...

—¡Ah! —introdujo una pequeña porción de su miembro y ella arqueó la espalda—. Randall...

Utilizó todo su ingenio para sentarse en su lugar y se acomodó contra el respaldo de la cama para brindarle una mejor posición, tal vez en un principio podría ser doloroso, pero luego se encargaría de que ella gozara del momento con creces.

—¿Dónde viste esto? —quiso saber y ella tragó con fuerza.

—La otra noche vi a una morena sobre el duque de Richmond, no pude dejar de pensar en ti y... ¡ah! —ingresó un poco más y la sujetó de las nalgas—. Se siente tan bien —quiso dejarse caer, pero él no se lo permitió.

—Poco a poco —rogó y la empezó a subir y bajar con cautela, consciente de su maravillosa cavidad—. Joder, Lilias, te sientes tan bien.

Ella se aferró al cabecero de la cama, marcando un nuevo vaivén y lanzó un suave alarido cuando por fin él pudo enterrarse profundamente en su ser. Para ese momento, ambos tenían la piel perlada y el pulso desbocado.

—¿Estás bien? —preguntó con esfuerzo, abrazándola con fuerza, y ella apoyó la mejilla en su hombro.

—Te odio.

Se tensó.

—¿Qué?

De todas las cosas que ella pudo haberle dicho en un momento como ese, un “te odio” nunca pasó por su cabeza.

—A veces me pregunto si algún día podré ser inmune a ti, Randall Aldrich —acotó y si bien su cuerpo entró en calma, eso no duró mucho porque pronto empezó a cabalgarlo con maestría, invitándolo a participar con abandono.

Los gemidos llenaron el lugar, al igual que el sonido de sus cuerpos colisionando sin control alguno, y todo en él se relajó cuando ella lanzó la cabeza hacia atrás, lanzando un fuerte alarido, mientras se corría con violencia.

A partir de ese momento, dejó de contenerse y afianzó las caderas femeninas para bombear en ella como realmente deseaba hacerlo. La sujetó con fuerza, observando como sus pechos bamboleaban con rapidez y la aferró contra su cuerpo para asegurarse de que toda su semilla terminara en ella.

«Mía». Pensó con posesividad. «Por fin regresaste a donde perteneces, Liliás», añadió mentalmente y la tendió sobre la cama, para seguir arremetiendo contra ella.

—Tú conoces la pasión —salió de ella y empezó a regar un camino de besos por su cuello—. Pero al parecer estás más interesada en conocer todas las perversidades que puedo hacer contigo durante esta noche. —Ella se estremeció en respuesta—. Haré que mis siete mil libras valgan la pena.

—Mi club...

—Convénceme, encárgate de ponerme a tus pies y veremos si podemos llegar a un acuerdo.

Aunque si era sincero consigo mismo, ella ya lo tenía a sus pies y sería incapaz de prohibirle cualquier tipo de capricho. Todo indicaba que se convertiría en lo que siempre criticó, puesto que nunca apoyó que Lucien anduviera detrás de Seraphina como su perrito faldero.

Ahora empezaba a comprenderlo.

—Esto facilitará muchas cosas —comentó Connor, observando el crepitar de las llamas, y sus hermanos asintieron.

—¿Cuándo partirá Fraser? —inquirió Zachary.

—Mañana a primera hora se irá a América, creo que aprecia su vida.

—Pasará al olvido durante la fiesta campestre, nadie pensará en él —acotó Seraphina con fría calma.

—¿No deberías vigilarlos? —Lucien frunció el ceño—. Randall estaba muy molesto.

—No deseo oír como mi hermano menor fornicar —aclaró Zachary y tanto Seraphina como Connor alzaron las manos de igual manera.

—Pero él intentó lastimarla, tal vez...

—Lo que sucedió en el pasado fue un error —aseveró Connor—. Mi hermano perdió los estribos, dejó que el alcohol lo gobernara, porque te aseguro que él jamás habría lastimado a su esposa.

No dejaría que nadie dudara de la integridad de su pequeño hermano.

—Entiendo —dijo finalmente Lucien—. Debemos darle el beneficio de la duda.

—Está dispuesto a todo con tal de recuperar a su esposa —añadió Zachary más tranquilo—. Tú y yo pasamos por lo mismo, no sería justo dudar de sus intenciones.

El vizconde asintió, después de todo, ellos recibieron su oportunidad cuando les tocó luchar por el amor de sus esposas.

—Supongo que ahora sólo debemos dejar que ellos se entiendan mejor en Kent.

—Así es —sonrió Seraphina.

—¿Y qué me dicen de Seymour y su esposa? —todos los Aldrich torcieron los labios con inquietud.

—Seymour la ama y quiere luchar por su matrimonio —comentó Zachary—, lo único que podemos hacer es apoyarlo, ¿no creen?

—Sólo evitemos que Randall y Georgina se junten —finalizó Connor, provocando que todos los presentes asintieran, dado que Georgina Aldrich aún no era de su santa devoción, puesto que

la mujer no había hecho nada para ganar su confianza y en lugar de disculparse por todo el mal que causó, los alejó de su sobrino.

Lilias no tenía palabras para explicar cómo se sentía.

Si bien tenía el cuerpo magullado y estaba agotada por todo lo que hizo con Randall en las últimas horas, no se sentía arrepentida. Al parecer llevaba muchos años esperando una noche como esa y ahora que por fin la tuvo, podía sentir cada extremidad de su cuerpo en paz.

—¿Cómo te sientes? —inquirió él, besando su hombro desnudo, y lo buscó con la mirada.

—¿Ya puedo irme? Mi hermano...

—Estás con tu esposo, él no tiene razón alguna para preocuparse —zanjó, dejando claro que esa noche dormirían juntos en Las garras de Lucifer.

—Creo que cometimos un error —giró sobre su eje para quedar sobre su costado.

—¿Ah sí? —acarició su mejilla—. Yo creo que por primera vez en años hicimos lo correcto.

—Somos muy explosivos, nunca anteponemos la razón.

—Tenemos muchas cosas en común. —Lo reprobó con la mirada—. ¿No puedes disfrutarlo y ya? —preguntó con cansancio y ella negó con la cabeza.

—Tengo miedo que de un momento a otro cambies de parecer, ahora ya no es sólo mi corazón el que está en juego, Rosslyn...

—Tú y Rosslyn son lo más valioso que tengo y siempre cuidaré de ustedes, así que deja de dudar y preocuparte.

No era tan sencillo, menos cuando de él se trataba.

—Quiero que te mudes conmigo cuando la fiesta campestre concluya.

—¿Tengo otra opción?

—Me temo que no —acarició sus labios—, pero utilizaré esta semana para demostrarte que puedo hacerte la mujer más feliz y dichosa de Gran Bretaña.

—Una semana es poco tiempo para conocer tus verdaderas intenciones.

—¿Eso crees?

—Hace tres años, con dos semanas de convivencia llegué a creer que eras el hombre de mi vida y tus intenciones para conmigo eran buenas, pero me equivoqué. —La sonrisa masculina tembló—. Volver a confiar en ti no será sencillo.

—Lo que sucedió hace tres años fue un gran malentendido, yo nunca pretendí huir con Georgina —confesó y ella lo miró con fijeza, evitando exteriorizar emoción alguna—. Dame tiempo, Lilias, te prometo que encontraré la manera de que esa verdad salga a la luz.

—¿Qué verdad? —arrugó el entrecejo.

—Una que sólo puede ser contada por una persona.

Lilias dudó, pero finalmente asintió, no era como si llevándole la contraria él fuera a cambiar de parecer, estaba claro que existía información que él no estaba dispuesto a compartir y ella no podía hacer nada al respecto.

Lo único que podía hacer por el momento, era rezar para que las cosas salieran bien en la fiesta campestre de los duques de Kent, puesto que después de ese viaje, ella tendría que empezar a vivir con su esposo y no quería que eso representara un infierno para ninguno de los dos.

Capítulo 21

“Si lord Randall Aldrich sigue siendo un hombre casado, ¿por qué vive como soltero?

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Era demasiado tarde y a la vez muy temprano, pero incluso así, no era la hora lo que la tenía tan abrumada —podría jurar que Seraphina se encargó de informarle a su hermano sobre lo ocurrido e Ibrahim no la estaba esperando en su despacho—, sino lo que acababa de suceder en esa habitación.

—Déjame ayudarte —dio un respingo en su lugar cuando las manos masculinas reemplazaron las suyas y él empezó a cerrar su corsé con habilidad—. Tu piel es hermosa, aún recuerdo cuando...

—No me gusta hablar de eso —admitió cabizbaja y una vez que su vestido estuvo cerrado, se apartó.

—¿Por qué? —lo miró de reojo, se veía confundido.

—Tal vez mi suerte habría sido otra si hubiera llegado a tu vida luciendo así —admitió con pesar y clavó la vista en el espejo de cuerpo entero que estaba en la habitación—. No habría parecido tan poca cosa al lado de...

—¿Podrías, por favor —añadió con súplica—, dejar de compararte con ella? —ni siquiera se atrevió a nombrarla.

—No es tan sencillo —admitió cabizbaja—. Por culpa de Georgina me quedé sin hogar, sin un centavo, supuestamente divorciada y mi hija no nació con un padre a su lado, ¿acaso no te das cuenta de lo intimidante que ella puede ser? Tiene un poder con el que yo jamás podré competir.

¿Por qué le estaba confesando su más grande inseguridad?, ¿tendría sentido abrir su corazón?

Tal vez una parte de ella deseaba que él supiera la verdad para que fuera cuidadoso de ahora en adelante.

—La culpa fue mía —sentenció él y se plantó frente a ella para que dejara de juzgarse a sí misma frente al espejo—. No lo hice por Georgina, estaba furioso porque me traicionaste —reconoció apenado y Lillas odió que la visión se le cristalizara.

—¿Y tú qué hiciste, Randall? —quiso saber y el pelinegro bajó la mirada—. Horas antes de tu repentina partida, me hiciste el amor en tu lecho, me prometiste estabilidad, protección y una vida feliz, y todo para ¿qué?, para que al despertar me encuentre totalmente sola en la cama, con una carta en tu cómoda escrita por la futura esposa de tu hermano.

—Yo le hice una promesa, no podía dejarla sola.

—También me la hiciste a mí y me dejaste sola —la voz se le quebró y cuando intentó pasarlo de largo, él la abrazó con fuerza.

—No te dejé sola, pensaba regresar.

Mentira, lo más probable era que se hubiera ido con la rubia.

—Ya nada importa, está hecho y...

—Si esto no se aclara, nunca podremos ser felices.

—Dijiste que te diera tiempo.

—Haré que Georgina hable. —Se tensó, eso implicaba que ellos empezaran a reunirse—. Quiero estar contigo y mi hija, te aseguro que no existe nadie más que ustedes, ¿por qué no puedes confiar en mí?

—Porque cuando confié en ti, me traicionaste de la peor manera —lo empujó suavemente por el pecho para obtener su libertad—. Pronto amanecerá, me gustaría estar junto a mi hija cuando eso suceda.

—A mí también me gustaría —admitió sin pensarlo y cuando intentó acariciar su mejilla, ella apartó el rostro—. Entiendo. —Las palabras ya no tenían valía cuando se trataba de Randall, ella necesitaba hechos y por ende aún era muy pronto para decidir qué tipo de rumbo tomaría su matrimonio—. Vamos, te llevaré a casa.

—¿Podrías darme tiempo? —preguntó aceleradamente, rezando el silencio para que él pudiera entenderla—. Todo está pasando muy rápido, necesito un respiro.

—Y yo necesito convencerte de que mis intenciones son buenas y no lo conseguiré si...

—Por favor, Randall —suplicó—. Está siendo demasiado para mí, ¿no crees que ya conseguiste más de lo que deberías?

Él le dio la espalda para esconder su frustración, al parecer no había esperado que las cosas terminaran así, pero Lilias no podía hacer más por su esposo, él también tenía que aprender a ceder.

—Está bien —susurró finalmente y se volvió en su dirección—, pero no me pidas algo así en la fiesta campestre —rogó y al verlo tan vulnerable, Lilias pudo percatarse de algo que no había notado hace un par de horas.

—¿Qué te sucedió? —avanzó en su dirección y posó la mano en su mandíbula para acariciar la comisura de sus labios—. ¿Tuviste una pelea? —lo miró con sorpresa, pero él no apartó la mirada, sino que acunó su mano y se restregó contra ella como un animal herido.

Ahora pudo ver las heridas en sus nudillos.

—Randall...

—No me importa cuánto tiempo pueda tomar, te juro que limpiaré tu honor, cariño.

Su corazón se encogió, ¿él estuvo defendiéndola y por esa razón terminó así?

—Gracias —le regaló una sonrisa sincera—, pero preferiría que no recurras a la violencia.

Su esposo haría bien en recordar que era demasiado propenso a meterse en problemas.

—¿Puedo darte un último beso? —su voz apenas y fue un susurro, pero sus brazos rodearon su cintura con delicadeza.

No le dio una respuesta, ella se limitó a unir sus labios con suavidad.

—¿Ahora sí podemos irnos? —inquirió contra sus labios y él se rio.

—Sí, lo que tú quieras.

¿Por cuánto tiempo se haría lo que ella quisiera?, ¿todo sería real o él sólo estaría mostrando su mejor cara para retenerla a su lado?, ¿la magia sería eterna o pasajera?

«No lo sabrás si no lo intentas», le dijo una vocecilla.

—¿Crees que estás haciendo bien en brindarle su espacio? —inquirió Archie dos días más tarde, un tanto aburrido por su monótona vida—. Por cierto, ¿leíste la muestra del ejemplar que te envié?

—Es interesante, creo que deberíamos publicarlo.

—¿No te parece muy cursi?

—Mi hermana y cuñadas quedaron fascinadas, así que el público está bien definido.

El castaño asintió, pensativo.

—¿Por qué no le pides una opinión? —Randall apartó la vista de su copa para mirar a su

amigo—. Aún faltan tres días para la fiesta de tus padres y no has visto a tu hija en días, creo que mereces un tiempo con ella.

—Me pidió tiempo, Archie, y no puedo visitarla en este estado —señaló su pómulo derecho y él se rio.

—¿Por qué no? Ella debería saber que en los últimos días seis hombres quedaron muy heridos por subestimarte y menospreciarla y que Fraser está en un barco rumbo a América para quedarse allá una larga temporada.

—No lo hago para que ella se sienta agradecida —aclaró con molestia—, es más, me gustaría que no estuviera al tanto de nada porque yo soy el único culpable de que todo esto esté sucediendo.

—Al menos ahora reconoces tus errores —se mofó y Randall apretó la mandíbula—, este cambio es agradable, ahora entiendes que no todo es tan sencillo y tu voluntad no siempre puede seguirse al pie de la letra.

—Sí, lo entiendo.

—Deberías cortejarla —sugirió de pronto—. He escuchado el rumor de que no lleva ninguna sortija. —Recordó la tarde que le quitó el anillo de bodas y se tensó, ¿podía culpar a Lillas por hacerlo todo más difícil? Actuó como un miserable—. ¿Es verdad?

—El día que la eché estaba muy molesto y no quería que se quedara con el anillo que mi padre eligió. —Su amigo palideció—. Fui un granuja, lo sé, pero...

—Debes solucionarlo.

—Lo sé, hay muchas cosas que debo solucionar, pero no es tan sencillo.

—¿Por qué no? ¿De verdad amas a Georgina?

—No, no la amo.

—¿Entonces por qué no aclarar las cosas?

Randall no le dio una respuesta, las cosas eran más complicadas de lo que uno podía imaginarse y él no estaba listo para lanzar una noticia de ese calibre cuando la única persona que debía hacerlo era Georgina.

«Tengo que hablar con ella». Sin embargo, había un problema y era que no era un buen momento para lidiar con la rubia, Lillas se sentía muy insegura respecto a la mujer y suponía que Seymour no deseaba verlo cerca de su esposa.

—No es el momento.

Quizá y en Kent Abbey podría encontrar el momento adecuado para hablar con ella sin que nadie se enterase de su reunión. Lo único que debía hacer era darle un ultimátum, una oportunidad para que fuera ella quien dijera la verdad, dado que en caso contrario tendría que hacerlo él mismo.

«Quiero salvar mi matrimonio».

Tal vez estaba siendo algo egoísta al pensar de esa manera, pero ¿acaso Georgina no estaba siendo cruel al actuar así? Maldición, por su culpa toda su familia tenía un conflicto e incluso así no parecía estar dispuesta a hablar con la verdad. Esa mujer podía ser algo exasperante cuando se lo proponía.

—No invadiré su espacio —decidió desviar el tema y abrió su cajón—, pero le escribiré una carta y le enviaré el manuscrito pidiendo su opinión —añadió sonriente.

Si lo pensaba detenidamente, ni siquiera conocía la letra de su esposa y sería interesante intercambiar un par de cartas con ella.

—Por algún punto debes empezar —comentó su amigo, pensativo.

—¿Qué te sucede?

—¿Qué tan pobre te puede hacer una sortija? —miró a la nada—. Mi hermano tampoco le dio una a Harriet y tanto él como tú tienen las arcas llenas.

—No se trata del dinero —reconoció—. Cuando se la quité, lo hice porque mi orgullo estaba herido y no quería que ella se beneficiara con nada de lo que mi familia le ofreció.

—¿Y valió la pena? —quiso saber.

—Mi vida está llena de malas decisiones —confesó cabizbajo—, pero esa fue la peor de todas.

«Por culpa de Georgina me quedé sin hogar, sin un centavo, supuestamente divorciada y mi hija no nació con un padre a su lado, ¿acaso no te das cuenta de lo intimidante que ella puede ser? Tiene un poder con el que yo jamás podré competir».

Ibrahim siempre estuvo a su lado, pero sólo necesitó escuchar el dolor en su voz para saber que su cuñado nunca pudo llenar el vacío que él dejó por imbecil.

¿Qué tan asustada se sintió cuando se enteró de la presencia de su hija en su cuerpo? O peor aún, ¿cómo fue recibir a su hija en brazos y saberse tan sola y desprotegida?

«Debo ser paciente, la he presionado mucho», reconoció para sus adentros y empezó a escribir la carta en silencio, reconociendo para sí mismo que lo menos que merecía, era una segunda oportunidad.

—Estás protegiendo a alguien —decretó su amigo, helándole las venas—. Georgina debe ser muy importante para ti si incluso en una situación como esta —señaló la carta—, decides guardar silencio.

¿Georgina?

No, él no estaba protegiendo a Georgina, sino a alguien que amaba con cada fibra de su ser.

¿Cuánto tiempo más podría seguir conteniendo el secreto?

Tenía la leve sospecha de que, si su matrimonio no sufría una mejora pronto, ya no podría seguir guardando silencio.

Sus prioridades habían cambiado.

Capítulo 22

“Las fiestas campestres siempre han sido eventos de regocijo, alegría y confraternización, pero me cuesta entender por qué los gemelos Aldrich parecen estar en un campo de batalla

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

La facilidad con la que Randall y Rosslyn lograron congeniar dejaba claro que no existía vínculo más fuerte que la sangre. No importaba cuanto los observara, su hija actuaba como si conociera a su padre de toda la vida y Randall... él simplemente parecía otro cuando estaba con la pequeña pelirroja.

Cualquiera podría decir que la existencia de su hija le brindaba felicidad.

—No me dijiste cuántos invitados seremos —comentó de pronto, percatándose de que cada vez faltaba menos para llegar a Kent Abbey.

—Seremos pocos, no pasamos los sesenta. —Desde su perspectiva, ese era un número estrafalario—. Mis padres querían que el evento fuera algo tranquilo, lo único que desean es mermar las habladurías.

—Ya veo... —musitó.

—¿Qué te sucede? —quiso saber y ella negó con la cabeza, ¿no iba reclamarle el hecho de que no respondió la carta que le envió hace tres días?

—Estoy nerviosa —confesó—. Nunca asistí a un evento social como tu esposa, ni siquiera hemos bailado juntos y no sé si podré hacerlo bien. —Al no recibir una respuesta, lo buscó con la mirada, él estaba serio y se encontraba mirando a la nada—. ¿Qué sucede?

—Lo siento, nunca me percaté de que tú y yo no compartimos ninguna pieza de baile.

—No te estoy reclamando —aclaró rápidamente, con las mejillas ruborizadas—. Sólo me siento nerviosa, tú mejor que nadie sabe cómo me siento respecto a tu familia.

—Los Aldrich no somos perfectos, te aseguro que tenemos muchos errores y secretos sobre nuestros hombros.

—Puede que tengas razón, pero eso no me hace sentir mejor. Ustedes son ricos y poderosos, se les perdona todo tipo de falta, yo...

—Tú eres mi esposa y por ende eres rica y poderosa, y les guste o no, perdonarán todas las fallas que puedas tener de ahora en adelante.

Lilias esbozó una débil sonrisa, era agradable saber que, además de Ibrahim, había alguien más dispuesto a protegerla.

—Entiendo.

—¿Traerás a la niñera de Rosslyn contigo? —inquirió de pronto, tomándola por sorpresa—. Tengo entendido que se llevan bien, no quiero que te sientas sola.

Tragó con fuerza, ¿él realmente pudo notar la buena relación que tenía con Eugenia?

—Mi hermano la contratará como su secretaria, es muy buena con los números y el decorado de interiores, así que me temo que no tengo una niñera en mente.

—Tengo muchas en mente, en mi familia hay muchos niños y te aseguro que Rosslyn estará en buenas manos.

Le creía, todos los Aldrich parecían satisfechos y encantados con su hija.

—¿Crees que me acepten? —inquirió con temor y él la miró con fijeza—. Tu gente, ¿crees que estén dispuestos a darme una oportunidad? —juguetó con sus manos con nerviosismo—.

Antes de ser tu esposa, era una escocesa despreciada y arruinada, no es que se sientan en obligación conmigo —acotó y Randall abandonó su lugar para sentarse junto a ella y acunar su mano.

—Pase lo que pase, siempre estaré contigo y te apoyaré en cada uno de tus pasos.

—¿Es una forma de decirme que las cosas pueden salir mal?

Él le sonrió con ternura.

—No será fácil, pero tampoco imposible —besó su sien y su hija se rio por lo alto—. Cambia esa cara, ya llegamos y ellos no pueden verte así.

Lilias inhaló profundamente y asintió.

Si quería ganar un lugar en sociedad, lo primero que debía hacer era apropiarse de su nuevo título e identidad, ¿verdad?

Kent Abbey estaba tal cual lo recordaba, nada había cambiado en la propiedad y de alguna manera eso le generaba algo de tranquilidad, puesto que tiempo atrás sí llegó a sentirse parte de ese lugar. Cuando ingresó al recibidor, le sorprendió ver que eran Seraphina, Ashley y Blair, quienes estaban ayudando a su suegra con toda la decoración, las tres mujeres se veían algo exaltadas por el ajetreo y todo porque ninguna quería defraudar a la duquesa.

—¿Por qué no me dijeron nada? —inquirió—. Podría haber ayudado y...

—Ya tendrás tiempo de sobra para organizar bailes, por el momento sólo debes disfrutar de la fiesta —zanjó, todo parecía indicar que esta era la manera en la que los Aldrich le darían la bienvenida a la familia.

—Qué gusto verte, Lilias —espetó lady Ashley, la marquesa de Sutherland, y ella se ruborizó ante su encantadora sonrisa—. Estás preciosa y tu hija no se queda atrás —añadió y tomó a Rosslyn en brazos—. Se llevará muy bien con sus primos.

—Sí, sí, no tengo nada contra Liliana y Grace, sólo aléjala de tus gemelos —comentó Randall y la marquesa lo fulminó con la mirada.

—Mis hijos son unos santos al lado de ustedes.

Lilias enarcó una ceja con diversión, según tenía entendido, ese par no era nada sencillo de controlar.

—Para empezar —intervino lady Blair, la esposa de lord Zachary—, los gemelos y la pequeña Rosslyn ni siquiera estarán en el mismo salón. Rosslyn irá con los bebés —ahora fue ella quien tomó a su hija en brazos—. Me encanta su cabello —observó.

—A mí también —reconoció Randall y rodeó su cintura—. No puede ser más perfecta.

Todos estuvieron de acuerdo con su esposo y Lilias sintió un escalofrío en toda su espina dorsal al sentir una penetrante mirada sobre ella, no se quedó a estudiar como las sonrisas de sus acompañantes temblaron y giró el rostro con rapidez.

Se tensó.

Eran Seymour, Georgina y su hijo.

Era la primera vez que la veía a la luz del día, sin una máscara cubriendo su hermoso rostro y por alguna extraña razón estuvo tentada a dar un paso hacia atrás, pero Randall no se lo permitió.

Lo buscó con la mirada y él le sonrió con ternura.

—Hijo —exclamó la duquesa con entusiasmo y corrió hacia Seymour o, mejor dicho, hacia su nieto.

Lilias percibió como la rubia aferró al niño entre sus brazos y de no haber sido porque Seymour se lo pidió, posiblemente no lo habría soltado.

—Lamento la demora, sufrimos un par de inconvenientes en el camino.

Los ojos de la duquesa brillaron con entusiasmo cuando tomó a su nieto en brazos y caminó

en su dirección. Lilias utilizó ese momento para observar al niño con atención, era idéntico a su padre a excepción del color de los ojos. Si lo pensaba detenidamente, todos los niños de la familia se parecían al duque, a excepción de Timothy, el hijo de lord Zachary.

—¿No es hermoso? —reconoció la duquesa con amor y Randall acarició la coronilla de su sobrino, robándole una suave risilla, al tiempo que sus concuñadas miraban al niño con adoración—. No se sorprendió al verte.

—Ya lo visité hace unos días, así que sabe que su padre tiene un gemelo —comentó Randall con ternura y Farrell sonrió.

Ellos parecían llevarse bien.

—Llegaron —la voz del duque llenó el recibidor y Lilias se preguntó qué tan recelosa sería Georgina con su hijo, que incluso el duque se mostró fascinado cuando su nieto llegó a sus brazos.

—Los invitados llegarán en unas horas, ¿por qué no suben a descansar? —sugirió con amabilidad y Lilias quiso tomar a Rosslyn en brazos, pero su suegra no se lo permitió.

—Nosotros nos quedaremos con ellos.

Todo parecía indicar que sus suegros ya tenían planes para sus nietos y por esa razón no dudaron ni un solo segundo a la hora de salir huyendo con ellos, dejando toda la responsabilidad sobre los hombros de las tres mujeres.

—Lady Lilias, que agradable volver a verla —espetó Seymour y ella respingó en su lugar cuando sujetó su mano y la saludó correctamente.

Por el rabillo del ojo vio como Randall hacía lo mismo con Georgina.

—Lo mismo digo —forzó su sonrisa y su cuñado la miró con sabiduría.

—Le presento a mi esposa, Georgina Aldrich. —La piel se le erizó cuando quedó frente a frente con la mujer que intentó robarle a su marido hace tres años—. Cariño, ella es Lilias, la esposa de mi hermano.

—Mucho gusto —musitó la rubia en voz baja y con elegancia y Lilias apretó la mandíbula.

—Igualmente —masticó sus palabras y todos los presentes percibieron la tensión, pero sólo lady Blair tuvo el valor de interrumpir la escena.

—¿Por qué no se retiran a sus habitaciones? Deben estar agotados, viajar con niños no es fácil —la abrazó por los hombros y tiró de ella hacia las escaleras—. Yo los llevaré a su habitación y Ashley se encargará de Seymour y Georgina.

¿De verdad creían que podrían tener una buena relación después de lo sucedido?

¡Por culpa de esa mujer su hija llegó al mundo sin tener a su padre junto a ella!

«No me agrada, nunca lo hará», zanjó y cerró las manos en dos puños, mirando de reojo a su esposo, quien no parecía ser consciente de la gran incomodidad que estaba sintiendo en el pecho.

Ingresó a su habitación con toda la intención de lidiar con su malestar y caminó de un lugar a otro con inquietud, ¿de verdad no existía nada entre ellos y no había riesgo de que Randall intentara abandonarla de nuevo?

Se quitó los guantes y mordió su uña con nerviosismo.

Georgina era hermosa, más de lo imaginado, pero...

—No llenes tu cabeza con pensamientos erróneos —respingó en su lugar y giró sobre su eje hacia la puerta que estaba en el lateral de la habitación, al parecer sus alcobas estaban lado a lado.

—No estoy pensando en nada —mintió y su esposo cerró tras de sí para caminar en su dirección.

—¿De veras? —la desafió y ella levantó el mentón con altanería—. ¿No estás celosa de Georgina?

—¿Celosa? —preguntó con indignación—. Claro que no —se cruzó de brazos, para después añadir—: ¿debería?

—No —se rio y sin previo aviso rodeó su cintura y tiró de ella en su dirección—. Eres tú, Lillas, siempre has sido tú y eso no cambiará con el tiempo.

¿Sería sensato creer en sus palabras?

No, ella quería hechos y por esa razón acunó su rostro y lo besó sin previo aviso, dispuesta a todo con tal de luchar por su familia.

—Lillas —la abrazó con fuerza, profundizando el beso, y después de largos segundos conectó sus miradas—. ¿Estás segura?

—Demuéstramelo —pidió y lanzó un suave jadeo cuando la tomó en brazos y la llevó hacia la cama.

Ni siquiera se molestaron en quitarse la ropa, estaban tan ansiosos y desesperados por una unión, que sólo lidiaron con las prendas necesarias para conseguirla.

—Ah —se arqueó cuando él entró en ella sin previo aviso, rodeando sus glúteos—. Después de la noche en el club, no hiciste nada para venir a mí —observó y él empezó a mecerse sobre ella.

—Porque tú me lo pediste —aclaró con voz tensa—. La noche en el club perdí el control y no quería que me vieras como una bestia, así que pensé que lo mejor sería mantener mi distancia.

—Ah, sí —gimió por lo alto, enterrando las uñas en sus hombros—. ¿Sabes algo? —preguntó jadeante, aferrándose al cabezal de la cama, mientras él bombeaba sin control alguno contra su centro—. Amo cuando pierdes el control —admitió y empezó a respirar con dificultad.

—Si me dices eso, no aceptaré la idea de dormir en habitaciones separadas.

Si era sincera, ella prefería mantenerlo cerca durante las noches.

Georgina Aldrich no le generaba nada de confianza y todo parecía indicar que en esa casa más de una persona pensaba igual que ella.

—Mmm... —lloriqueó ella, empuñando sus almohadas, y Seymour afianzó sus muslos para abrirla aún más las piernas y entrar en ella con lentitud—. Ah, milord...

—Recuerda lo que acordamos, Georgina, te quiero lejos de mi hermano y su esposa —se enterró en ella, cubriendo su boca con una mano para amortiguar su alarido, y después de un breve lapso la buscó con la mirada—. Mantén tus ojos y mente en mí, porque no toleraré ninguna falta —aseveró y empezó a moverse en ella sin control alguno, odiando que las lágrimas bajaran por las mejillas femeninas.

¿Serían de placer o dolor?

Tal vez si la dejara ser ella misma en la cama, lo sabría, pero lo cierto era que no quería escuchar ningún nuevo rechazo. La deseaba mucho como para renunciar a la intimidad que su matrimonio le ofrecía.

La mano femenina rodeó su muñeca sin previo aviso y él abrió los ojos con rapidez, ella quería que liberara sus labios y como un idiota lo hizo, brindándole la oportunidad perfecta para gritar, pero en lugar de eso ella estiró el rostro en su dirección y lo besó con ternura.

¿Qué era esto?

¿Quería distraerlo o realmente deseaba besarlo?

—Mmm... —gruñó en respuesta, profundizando el beso, y determinó que ya nada importaba. No pensaba permitir que su hermano se acercara a su mujer, ni viceversa. Georgina estaría muy bien vigilada y cualquier paso en falso que diera llegaría a sus oídos tarde o temprano.

Capítulo 23

“Para nadie es un secreto que el club de las solteronas fue fundado por lady Liliás Aldrich y todo parece indicar que su título de casada no es razón suficiente para alejarse de sus peculiares amistades. La señorita Devine, quien todos sabemos ha perdido toda esperanza de matrimonio debido a sus malos hábitos, y la señorita Fletcher, quien no renueva su guardarropa desde hace dos temporadas, se ven fuera de lugar en la fiesta campestre de los duques de Kent

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

¿Realmente estaba lista para enfrentar a la nobleza inglesa? Liliás tenía muchas dudas en la cabeza, aún no había olvidado lo que le sucedió en los jardines de los marqueses de Teingham. No obstante, ¿qué tan sabio sería de su parte huir?

Acarició el escote de su vestido color turquesa y forzó su mejor sonrisa. Ella no le debía explicaciones a nadie, fue una buena mujer y madre mientras estuvo fuera del país, por lo que no había razón alguna para sentir culpa.

—Puedo hacerlo —susurró y acarició su bucle rojizo con timidez—. Soy una Aldrich.

Era hora de que empezara a hacer alarde y uso de su apellido, de algo debía servirle el haber emparentado con una de las familias más poderosas de Gran Bretaña.

Un suave toque en la puerta la obligó a abandonar su letargo y por el reflejo del espejo vio como Randall ingresaba a su habitación, todo indicaba que no era la única que se sentía nerviosa y ese hecho le generó algo de tranquilidad y diversión.

No era normal que un hombre tan seguro y osado como Randall Aldrich se sintiera inquieto.

—¿Estás lista? —se volvió en su dirección y Liliás se tensó al ver como su mirada se oscurecía—. Te ves hermosa —logró articular y la comisura de su labio tembló—. ¿Estás preparada? —Caminó en su dirección para hincarse en un pie—. Será nuestra primera cena en sociedad.

—Lo sé —suspiró y dio un respingo en su lugar cuando entrelazó sus manos sin previo aviso—. ¿Todo en orden?

—Te causé muchos males, mis actos fueron bajos y despreciables, y remediarlos no será sencillo, pero no pienso seguir huyendo y escondiendo mis emociones.

Liliásladeó el rostro, consternada.

—No te estoy entendiendo —se sinceró y sintió un horrible nudo en la garganta al ver como sacaba algo del bolsillo interno de su abrigo—. ¿Qué es eso? —apartó su mano con rapidez y él la buscó con la mirada.

—Liliás... —negó con la cabeza—. Por favor.

—Yo compraré una —la voz le tembló—, yo... no quiero recibir una sortija como regalo.

«Porque ya me quitaste la primera y fue humillante».

—Por lo que más quieras, ayúdame a luchar por nuestro matrimonio —suplicó y aferró su mano con seguridad—. No soy el mismo hombre de hace tres años, déjame demostrarte que puedo ser mil veces mejor. —Tiró de ella con suavidad.

—Se ve muy costosa —admitió con inquietud, viendo el gran diamante en forma de flor—. Randall... —Él terminó de ponerle la sortija y besó el dorso de su mano con ternura.

—No puedo decir que te amo, porque no me crearás. —La sangre se le congeló—. Así que por el momento te diré que estoy dispuesto a todo con tal de demostrarte mi amor y me gustaría

recibir tu aceptación, permíteme ser tu esposo, tu compañero y amigo.

¿Por qué simplemente no marcaban un par de reglas dentro de su matrimonio y ya?

¿Por qué tenía que hacerlo tan difícil?!

—Sólo te pido que no me presiones —rogó y él asintió con lentitud—. Yo... lo último que consideré al volver a Londres fue buscar una reconciliación —admitió acongojada y él se incorporó para unir sus labios con suavidad.

—¿Sabes cómo me sentí cuando descubrí que regresaste?

—¿Enojado? —tiritó.

—Eufórico, me tomó horas descubrir en qué posada te estabas hospedando. Gracias a ti dejé de existir y volví a vivir, no sabes cómo me alegra que estés de regreso.

—Pero se suponía que estábamos divorciados.

—Pensaba ir a buscarte, tal vez con la excusa de que quería reprenderte por desobedecerme, pero luego pensaba seducirte, guiarte a mi cama y luego robarte por días para llevarte a Escocia y volver a hacerte mía.

—No es cierto —se incorporó con rapidez para implementar algo de distancia.

—¿Por qué no me crees? —arrugó el entrecejo, su desconfianza empezaba a cansarlo.

—Porque la Liliás que echaste era muy diferente a... —se señaló a sí misma—. Tú cambiaste de parecer debido a mi aspecto y...

—La Liliás que eché y la que ahora mismo tengo en frente son la misma persona para mí —le cortó con rapidez—. Hace tres años me dolió tu traición porque ya sentía mucho por ti, nunca se trató únicamente de tu aspecto —confesó y ella abrió los ojos con sorpresa—. Contigo me siento completo, a tu lado no me siento inferior a mis hermanos, ni mucho menos a una versión estropeada del perfecto Seymour, tú me ayudaste a sentirme a gusto conmigo mismo y por esa razón me costó mucho asimilar tu repentina partida.

Ella negó rápidamente con la cabeza, no estaba dispuesta a caer tan fácilmente ante sus lindas palabras.

—Quiero hechos —aferró su falda con nerviosismo—, no creeré en tus palabras.

Intentó salir de la habitación, pero él la sujetó de los brazos con delicadeza para impedir su partida.

—Te entiendo y lo acepto —deslizó sus manos en una larga caricia y finalmente se puso a la par suya y la instó a posar la mano en su brazo—, así que por favor déjame demostrarte lo que estoy dispuesto a hacer por ti.

Liliás asintió y abandonaron la habitación con paso resuelto, decididos a desafiar hasta la mismísima corona con tal de restaurar el honor de su familia. En un principio no le resultó tan sencillo lidiar con las presentaciones y los ojos curiosos, pero cuando visualizó a sus dos amigas, todos sus nervios se disiparon y una sincera sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Por qué ellas? —miró a Randall con sorpresa, si de algo estaba segura, era de que Olivia y Kate no eran conocidas de los Aldrich.

—Quisiera darme el mérito, pero en esta ocasión es obra de mi madre.

¿La duquesa de Kent invitó a sus amigas para que no se sintiera sola?

—Gracias.

Los siguientes diez días ya no serían tan difíciles con sus amigas ahí, puesto que entendía que Randall no podía quedarse todo el tiempo junto a ella y, si era sincera, no quería que eso sucediera. Las cosas estaban cambiando con demasiada prontitud y ella necesitaba un respiro, algo que sólo conseguiría junto a sus amigas.

Una vez en el comedor, Liliás volvió a agradecer en silencio porque su suegra había

designado los asientos con sabiduría. Sus amigas estaban a su lado y tenía la libertad de congeniar con todas las mujeres que tenía enfrente, pero al mismo tiempo estaba rodeada por lady Ashley, Blair y Seraphina, en caso de que alguien intentase pasarse de listo.

—Me siento tan feliz, llevo años sin recibir una invitación de este tipo —admitió Kate con emoción contenida, tratando de mantenerse lo más serena posible ante los invitados—. Y todo gracias a ti.

Lilias tuvo la sensación de que sí su amiga hubiera podido, se habría abalanzado sobre ella para agradecerle.

—Es una excelente oportunidad —observó Olivia y ella volvió el rostro en su dirección—. El que tenga veintitrés años y pertenezca al club de las solteras no significa que no quiera casarme —se encogió de hombros y ella dedujo que su repentino deseo de casarse se debía a su precaria y secreta situación, puesto que nadie en Londres sabía que la familia Fletcher estaba en la quiebra total.

—¿Cómo estuvo su viaje por América, lady Aldrich? —inquirió una anciana regordeta y de mirada perspicaz—. Estuvo tres años lejos de su esposo, no debió ser fácil para usted.

—Yo...

—El aire de Inglaterra no le sentaba del todo bien debido a su embarazo —se apresuró a decir Seraphina—. Luego se adaptó a su relajada vida en América y no quiso regresar.

—¿Y qué le hizo cambiar de parecer? —En esta ocasión la pregunta fue hecha por una mujer más joven y maliciosa.

—Mi esposo —respondió con indiferencia.

—Según tengo entendido, él estuvo viviendo muy bien en los últimos años.

Lilias utilizó todo su ingenio para impedir que esas palabras la inquietaran. No debería sorprenderle ese hecho, Randall era un granuja, un libertino sin escrúpulos, lo más probable era que cientos de mujeres hayan disfrutado de su generosidad.

«¿Qué sabes de él?» se preguntó a sí misma, percatándose de que no le había hecho ninguna pregunta de índole personal. «¿Qué hizo todo este tiempo?, además de regodearse con mujeres, claro está».

—No dejes que sus comentarios te afecten —susurró Olivia una vez que fueron llevadas al salón de té y ella forzó una débil sonrisa—. Te tienen envidia, al final sigues siendo una Aldrich y portas el apellido que les habría encantado tener.

—Si en mis manos estuviera, se los regalaría sin dudar.

«No mientas», la reprendió una vocecilla. «No deseas compartir a tu esposo», eso representaba otro problema para su relación, puesto que con el tiempo Randall se aburriría de ella y buscaría consuelo en otras mujeres.

Sus ojos volaron en dirección opuesta y observó a Georgina, quien estaba pegada a su suegra y tenía la mirada fija en su taza de té. Nadie estaba interesado en interactuar con ella, era evidente que los Aldrich no le tenían el mismo afecto que a ella y no era para menos.

Ella arruinó a toda la familia hace tres años.

Estiró el cuello con interés cuando los hombres ingresaron al salón de té y lord Seymour se acercó a ella junto al conde de Herlton, un hombre de unos cincuenta y cinco años de cabellos blancos y sonrisa agradable. La rubia se relajó en demasía con la presencia del segundo hombre y dedujo que quizá eran conocidos, aunque...

—¿Qué me dices de Georgina? —Olivia apartó la vista de los Humphrey para prestarle atención—. He notado que es solitaria.

—Siempre fue ignorada por los Aldrich, así que nadie ve un beneficio en ella y no hacen nada

por acercarse.

—¿Conoce al conde de Herlton?

—Sí, es nuestro vecino, suele tomar el té con otros nobles adultos y en el último año invitaron a Georgina, al parecer todos la ven fascinante.

—¿Todos hombres? —enarcó una ceja y Olivia la reprobó con la mirada.

—No, hay mujeres, ya te dije que ella no es una mala mujer.

«Eso está por verse».

—¿Hay un espacio para mí?

Algo en su interior se oprimió a ver a Penelope Humphrey frente a ellas.

—Claro, Pen, ven, siéntate. —Olivia le hizo un espacio en el diván y Lillas tragó con fuerza.

¿Estaría haciendo bien al relacionarse con la hermana de uno de los duques más estirados de Londres?

Buscó con la mirada y vio a Randall a lo lejos, estaba junto a su padre y le hizo un breve asentimiento, como si quisiera que ella se desenvolviera con todos sin importar el título o el rango que ellos portasen.

—No sabía que vendrían, ha sido algo sorpresivo verlos en la cena —admitió Olivia—. Tu hermano es algo renuente cuando de los Aldrich se trata.

—Bueno, Augustus entendió que, debido al continuo fracaso de Charlotte en los últimos años, no podemos arriesgar la presentación de Arabella —respondió la pelinegra en voz baja, mirando a su temible hermano de reojo.

Lillas no fue tan discreta a la hora de observar al duque de Richmond, era un hombre guapo, imponente y un tanto tenebroso. Le resultaba evidente el por qué las matronas no revoloteaban a su alrededor, una simple mirada podía congelarte y condenarte por años.

—¿Y aceptará que pases tiempo con nosotras? —Olivia frunció el ceño—. ¿Así sin más?

—Bueno, tú le agradas —la castaña se estremeció en su asiento.

—Creo que me tolera, pero te aseguro que no le agrado —se apresuró a decir.

—Olivia le agrada —Lillas recuperó la voz y la miró con fijeza—, pero ¿qué me dice de Kate, se la cree una vividora y no es diferente conmigo?

—Bueno... —Penelope le sonrió—. Fui secuestrada por un hombre cuya identidad todos desconocen hace tres años, mi prometido me dejó a los minutos, sin siquiera preocuparse por mí, y sería absurdo que mi hermano quiera verme con damas de intachable reputación. Yo no soy bienvenida en ese círculo.

Al menos tomaba sus desgracias con humor.

—Mientras tengamos un comportamiento decente, todo estará bien —explicó Olivia y en ese momento Kate ingresó al salón junto a Seraphina.

Lillas achicó los ojos con recelo.

¿Seraphina y Kate juntas?

Eso no parecía algo bueno.

—¿Todo en orden? —inquirió con preocupación y su amiga asintió.

—Sí, sólo me perdí y la vizcondesa me ayudó a llegar —respondió la rubia con tranquilidad—. Qué bueno verte, Pen, estos diez días serán maravillosos contigo aquí.

¿Lo serían?

Lillas sólo necesitó darle una ojeada al duque de Richmond para percatarse que no estaba nada cómodo en el lugar, seguramente pensaba que todos los invitados estaban muy por debajo de él.

Suspiró.

No le sorprendía que sus tres hermanas estuvieran solteras, él era demasiado intimidante.

—Querida —alzó el rostro y respingó en su lugar al ver a Randall frente a ella—, me temo que me robaré a mi esposa por unos cuantos minutos, hay un par de personas que quieren conocerla.

—No se preocupe, milord —dijeron sus amigas en unísono y Lillas abandonó su lugar con los nervios a flor de piel, comprendiendo que lo difícil apenas y estaba empezando.

Sería una noche larga y no quería ni imaginarse lo que le tocaría vivir en el baile de mañana.

Capítulo 24

“El duque de Richmond se ha visto obligado a bajar sus estándares para su futuro cuñado, me pregunto cuántos estarán interesados en desposar a lady Penelope. Tal vez sea hora de declararla una solterona y dejar que sus hermanas pequeñas empiecen a probar algo de suerte en el mercado matrimonial

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Lilias sentía que en cualquier momento cerraría los ojos y quedaría profundamente dormida; no obstante, una parte de ella seguía luchando para mantener los ojos abiertos y observar cómo Randall jugaba con Rosslyn frente al hogar.

—¿No crees que es algo tarde? —bostezó en contra de su voluntad y se abrazó a su almohada con cansancio.

—Lo es, pero mis padres la ocuparon todo el día y quería un momento con ella.

—Yo también —admitió y los párpados se le fueron cerrando—, pero me siento agotada.

—Descansa, yo la llevaré con las niñeras en unos minutos.

—¿Y luego te irás a tu habitación? —inquirió en voz baja, perdiendo toda su energía.

—¿Quieres que me vaya?

«No», pensó, pero no llegó a darle una respuesta porque cayó profundamente dormida.

Randallladeó el rostro y luego regresó su atención a su hija.

—Tomaré eso como un «sí» —sonrió alegremente y su hija asintió con entusiasmo—. Ella lo ha hecho muy bien, mejor de lo esperado —acarició la regordeta mejilla y la tomó en brazos— y todo parece indicar que tú también estás agotada —su hija se recostó en su hombro y permitió que el cansancio la gobernara.

La abrazó tan fuerte como se le fue posible y la llevó a la alcoba de los niños.

—Veo que cayó rendida —comentó su padre, captando su atención a mitad del pasillo.

—Sí, gracias por cuidar de ella.

Su padre enarcó una ceja con diversión.

—Gracias por no quitárnosla durante todo el día —aclaró él y Randall se rio por lo bajo—. No sabes cuanto deseaba conocerla, nunca me imaginé que sería tan parecida a tu madre.

—Estás acostumbrado a que tus nietos lleven tus rasgos, debió ser nuevo para ti.

—Timothy fue el primero —aclaró y Randall asintió—, él se parece a su madre.

—Farrell es muy parecido a ti, ¿no te pareció curioso ver un nuevo color en sus ojos?

—Es un niño maravilloso y tierno, aunque algo reservado, está claro que no se relaciona con muchas personas —se rascó la nuca con cansancio.

—Permíteme dejarla en su habitación, me gustaría hablar contigo.

Sabía que, para no causar un gran revuelo entre su familia, debía advertirle a su padre lo que pensaba hacer y diez minutos más tarde comprendió que no sería nada fácil convencerlo de que lo ayudara a reunirse con Georgina.

—¿Estás demente? Seymour está loco de los celos, no le quita los ojos de encima —siseó con disgusto—. Él cree que Georgina te ama y hará hasta lo imposible para que no se reúna contigo.

—Pero yo amo a Lilias.

—Estabas casado con Lilias cuando ella te escribió, esa mujer no tiene límites —escupió con

desprecio y él alborotó su cabellera.

—Si le dieras una oportunidad de explicarse, no la considerarías la mala de la historia.

—¿Crees que no tiene la oportunidad de hacerlo? —lo miró con horror—. Ella tiene las puertas de nuestro hogar abiertas, pero nunca hizo nada por venir a disculparse.

—Georgina no tiene a nadie, llegó totalmente sola a Londres y es normal que se sienta tan abrumada con los cambios.

—Lo siento, hijo, pero no aceptaré que te reúnas a solas con la esposa de tu hermano.

—Padre...

—Si es tan importante, ¿por qué no me lo cuentas? —preguntó con cautela y él tragó con fuerza.

«Por lo que más quieras, no se lo digas a nadie», recordó las súplicas de Georgina y como le lloró y rogó de rodillas para que guardara su humillante secreto, y tragó con fuerza.

—Di mi palabra de que no diría nada —soltó con voz tensa y dio un paso hacia atrás.

—¿Esa promesa es más importante que tu matrimonio?

—Recuperaré mi matrimonio sin traicionar ni arruinar la vida de nadie —decretó rápidamente—. Usted tiene razón, durante años fui explosivo y egoísta, nunca pensé en los sentimientos de los demás, pero ahora todo es diferente y no quiero herir a la gente que amo. No lo haré de nuevo, actuaré con prudencia y encontraré la mejor solución al problema.

—Es una locura —su padre se dejó caer en su lugar—, yo... lo pensaré, lo que me pides es complicado.

—Sólo quiero que distraiga a Seymour.

—¿No sería mejor...?

—No, él nunca lo tomará de buena manera y luego atosigará a Georgina y por lo que he podido ver, ya tiene cierto poder sobre ella y podría someterla con bastante facilidad.

—¿Qué estás insinuando? —su padre lo miró con disgusto—. Tu hermano nunca lastimaría a su esposa.

—Sí, sé que el perfecto Seymour jamás cometería un error de ese calibre —masticó sus palabras.

Para su padre era muy fácil detectar sus errores y fallas, pero cuando de Seymour se trataba, él estaba totalmente cegado.

Era la segunda vez desde que llegó a Londres que no despertaba sintiendo frío, algo bastante curioso si se consideraba que la primera vez fue la noche que se quedó junto a Randall en Las garras de Lucifer.

Sintió una extraña presión en su cintura y poco a poco fue separando los párpados hasta encontrarse con un pecho besado por el sol y una fina capa de vellos. Él no se había ido, al final de todo sí se quedó a dormir con ella y ese hecho le robó una pequeña sonrisa que la llevó a abrazarlo por la cintura con cariño.

—Despertaste. —Se tensó, ¿no estaba dormido?—. Ni se te ocurra soltarme o me enojaré.

—No iba a soltarte —aclaró con vergüenza, odiando que el calor invadiera sus pómulos—. ¿Por qué te quedaste?

—Porque eres mi esposa y no quería dejarte sola.

—Rosslyn...

—Ella está bien, ya fui a verla hace unos minutos.

—¿Qué hora es? —lo buscó con la mirada.

—Las ocho.

—¿Y ya te levantaste? —enarcó una ceja y Randall lanzó una ronca carcajada.

—Me convertí en un hombre de negocios, las sábanas ya no pueden aferrarse a mí —le guiñó el ojo y ella se rio.

—Me gustó el manuscrito que me enviaste, siento que el romance entre enemigos nunca pasará de moda.

—Me habría encantado que me respondieras con una carta.

—¿Por qué? —ladeó el rostro.

—No conozco tu letra —admitió y acarició su mejilla con ternura— y me sentí nervioso ante la ausencia de una respuesta, por un momento pensé que no querías saber nada de mí.

—No tenía tanto tiempo para leer el manuscrito en tan pocos días —aclaró y pudo percibir como la tensión abandonaba sus facciones—. Nunca te ignoraría, no soy tan cruel, pero cuando quise escribirte me di cuenta que nos veríamos en horas y no le encontré sentido.

—Puedes escribirme cuando lo desees —besó su frente con ternura—, yo siempre leeré tus cartas, notas o lo que sea.

—¿Por qué me tratas con tanta amabilidad? —quiso saber—. Hace tres años...

—Sólo fue una vez, Lilias —espetó con frustración—, de las dos semanas que convivimos, sólo discutimos una vez.

—Esa vez marcó nuestras vidas —añadió con timidez y él negó con la cabeza.

—¿Recuerdas la última noche que te hice el amor? —su pregunta la tomó por sorpresa y muy lentamente asintió.

Jamás podría borrar esa noche de su memoria.

Su hermano no despertaba.

No importaba cuanto le leñera, le hablara e implorara para que abriera los ojos, Ibrahim no lograba reaccionar y eso la estaba enloqueciendo. La compañía de Randall era agradable, podía adaptarse a su matrimonio, pero no deseaba despedir a su hermano ahora.

—¿Lilias? —Randall llamó a la puerta de su habitación e inmediatamente se restregó los ojos con nerviosismo, llevaba horas refugiada en su alcoba, deseando estar sola para poder desfogar su desolado corazón y lo último que necesitaba era que él la viera así.

—Un momento —rogó con voz ronca, pero él no la obedeció y abrió la puerta con rapidez.

—¿Qué te sucede? —le dio la espalda—. Tu voz sonó rara, ¿te duele algo? —se plantó frente a ella y se alarmó al ver sus ojos hinchados y el rastro de lágrimas por sus mejillas—. Lilias...

—Me duele aquí —señaló su pecho y sollozó con amargura—. Trato de sobrellevarlo, quiero ser positiva, pero no quiero perder a mi hermano —lloró con más fuerza y lo abrazó por el vientre—. ¿Por qué no despierta?, ¿qué haré si él no vuelve en sí? Ibrahim es todo lo que tengo, yo...

—Trata de calmarte —rogó con voz débil—, haré que llamen a un nuevo doctor mañana, pediremos más opiniones —espetó aceleradamente—. De verdad lo siento, no me di cuenta de tu dolor, yo...

—Sólo quiero que Ibrahim abra los ojos —sollozó y él la rodeó con sus firmes brazos—. No es un mal hombre, sólo fuimos desafortunados, nunca le hicimos daño a nadie, ¿por qué la vida nos da golpe tras golpe? —empezó a respirar con dificultad.

—Necesito tranquilizarte —la tomó en brazos y lejos de tenderla en su cama, la llevó a la suya para recostarla sobre el mullido colchón—. Haré que el doctor venga a revisarte —iba a tirar del cordón, pero ella lo sujetó del brazo con fuerza.

—No, no quiero —rogó con desespero—. Estoy bien, yo... sólo necesitaba llorar. No soy tan fuerte como todos creen, extraño a mi hermano.

—Él se pondrá bien —acunó su rostro y se arrodilló junto a ella—. No sé cómo, pero encontraré la manera de hacerlo despertar.

Lilias lloró en silencio, consciente de que la situación no era tan sencilla, y sin saber en qué momento sucedió, terminó profundamente dormida en sus brazos, mientras Randall acariciaba su coronilla con ternura y preocupación.

—¿Por qué sigues despierto? —quiso saber horas más tarde, se sentía agotada y no deseaba salir de esa cama.

—Porque tengo miedo, no quiero despertar y ver que te has ido.

—No te entiendo, ¿por qué eres tan bueno conmigo? —lo buscó con la mirada—. Soy tu maldición, la mujer que te impusieron y quien claramente no es de tu agrado, yo...

—Tú eres perfecta para mí, amor —susurró y unió sus labios con suavidad, robándole un suave suspiro—. Déjame hacerte el amor, quédate conmigo esta noche y permite que te brinde consuelo y cariño.

—Pero...

—Estoy muerto de miedo, ahora más que nunca quiero y necesito que Ibrahim abra los ojos. No quiero que me odies —admitió con un hilo de voz y ella negó con la cabeza

—Eso nunca sucederá.

Si él intentó darle una explicación, no pudo hacerlo porque sus labios se encontraron con hambre voraz y pasión desmedida, sumergiéndolos a una larga y placentera noche.

—Lo recuerdo —admitió ella y Randall tragó con fuerza.

—Estaba asustado, por primera vez en años sentí el verdadero temor porque si tu hermano no despertaba, yo habría sido el causante de tu dolor.

Y en ese momento, la idea de perder a Lilias ya lo horrorizaba.

—A la mañana siguiente te fuiste a buscar a Georgina.

Sonrió con amargura.

—Antes de partir, visité a tu hermano —confesó.

—Tú no me agradas —soltó con aspereza, observando a su cuñado con enojo—, pero ella te necesita. Puede que sea mi esposa, pero Lilias necesita y quiere a su hermano, así que abre los ojos, Cumming —rogó angustiado y se dejó caer en el sillón para enterrar el rostro en sus manos—. Ella es grandiosa, no quiero hacerle más daño, así que por lo que más quieras, tienes que volver en sí.

Hace dos semanas, él no había sentido nada de culpa por dejar a Ibrahim en coma, pero ahora mismo sólo quería retroceder en el tiempo e impedir esa pelea.

—Yo también amo a mis hermanos, daría lo que fuera por ellos, por lo que te pido que luches un poco más —lo miró con fijeza—. Hay algo que debo hacer en Londres, con suerte para mañana ya estaré aquí, así que te pido que para mi regreso te sientas lo suficientemente fuerte como para abrir los ojos y cuidar de tu hermana.

El viaje sería rápido.

Sólo debía ir a Londres, sacar a Georgina de su casa, subirla a un barco rumbo a Francia con una dama de compañía y luego regresar a Kent. Debía ser sincero consigo mismo, una boda entre su hermano y Georgina jamás funcionaría.

La rubia odiaba a Seymour y eso jamás cambiaría, por lo que su hermano sería infeliz si llegaba a casarse con ella.

—El siguió mi orden y para mi regreso abrió los ojos.

—Él impidió que me lastimaras —se encogió en su lugar y él odió ver su inseguridad—. Ese día me asusté tanto y me pregunté una y otra vez porque tu padre y el marqués no vinieron contigo.

—Porque tal vez era algo que debía suceder —acarició su coronilla—. Ese día te perdí y con el tiempo la vida me dio lección tras lección, indicándome con hechos que nunca fui una víctima en nuestra historia, sino el villano que lo complicó todo y se quitó a sí mismo su final feliz.

—¿Crees que nunca seremos felices? —quiso saber y él negó con la cabeza.

—No, ya no planeo ser el malo —sonrió con ternura—, a partir de ahora quiero ser la causa de tu felicidad.

—Quiero creerte —la voz femenina tembló.

—¿Por qué no lo haces?

—Porque no quiero que vuelvas a romperme el corazón. —Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Te aseguro que cualquier decisión que tome de ahora en adelante, será únicamente por tu bien —prometió y en esta ocasión ninguno se quedó en su lugar, ambos tomaron impulso para unir sus labios.

Era temprano, por lo que tenían tiempo de sobra para disfrutar de sus cuerpos y prepararse para las actividades matutinas.

Lilias no tenía la menor idea de qué le estaba sucediendo a Penelope, pero hizo su mayor esfuerzo para esconder su sonrisa mientras ella caminaba de un lugar a otro en el jardín, totalmente ofuscada, blandiendo el panfleto que lady Berricloth dejó en los pasillos esa mañana.

—Es una bruja, una entrometida, ¿por qué no se mete en sus asuntos? De seguro es una solterona de cincuenta años —gruñó la pelinegra y rompió el panfleto con odio, haciéndola respingar—. ¿Por qué simplemente no me deja tranquila? —soltó con frustración y se frotó las sienes con cansancio.

—Descuida, Pen, todos sabemos cómo es Berricloth —musitó Olivia y le sirvió un poco de té—. Ven, siéntate con nosotros y escuchemos qué hizo Lilias para verse tan radiante esta mañana.

Lilias se atoró con su té.

Lo que ella hizo no podía llegar a los oídos virginales de sus amigas, ¡eso era demasiado penoso!

—Sólo dormí bien —respondió rápidamente y Kate enarcó una ceja.

—¿Cómo van las cosas con tu esposo?

—Mejor de lo esperado, está siendo agradable —se limitó a decir, en el fondo esperaba que cumpliera cada una de sus promesas—. Y sobre Berricloth, no le prestes atención —pidió y Penelope la miró con frustración.

—Lleva tres años burlándose de mi situación y es injusto, la razón por la que sigo soltera no es porque nadie tenga interés en mí, sino porque nadie es suficiente para mi hermano.

Lilias torció los labios con disgusto, fue muy afortunada al tener un hermano como Ibrahim.

—Una vez que cumplas la mayoría de edad y te declares solterona, podrás elegir a tu futuro esposo —espetó Kate.

—Y si Augustus no lo aprueba, no recibiré ninguna manutención —siseó.

—Bueno, búscate un esposo rico.

—¿Y crees que los hombres ricos y respetables quieren esposas de veintitrés años arruinadas?
—chilló con histeria y Lilias le dio otro sorbo a su taza de té.

Penelope Humphrey era todo un personaje, nunca la imaginó tan explosiva y emocional. Esto era muy interesante, quizá y con el tiempo podría ser una gran clienta en Diamantes.

—Hermosas damas —la voz varonil de su hermano llegó a sus oídos y giró el rostro con una enorme sonrisa—, espero que no estemos interrumpiendo su encantadora reunión.

—Hermano, señor Spinster —abandonó su lugar de un salto—, no lo creo, ¿verdad, muchachas?

Sus amigas negaron con la cabeza a excepción de Penelope, quien selló los labios en una fina línea y se quedó mirando su taza de té.

—Me gustaría hablar contigo —admitió Ibrahim.

—Tome asiento, señor Spinster —espetó Kate con emoción, estaba claro que el americano le atraía—, ¿cómo la está pasando?, ¿le gustan las fiestas campestres?

—Está resultando entretenida —respondió el apuesto castaño y sólo tomó asiento cuando Lilias e Ibrahim se alejaron de la mesa.

—¿Sucedio algo?

—¿Cómo vas con tu esposo?, ¿te sientes cómoda? —se veía nervioso—. Salió a cabalgar con sus hermanos y lo vi muy animado.

Él temía que su esposo la estuviera sometiendo.

—Descuida, todo está mejor de lo esperado.

—Qué alivio —suspiró más tranquilo—. Regresemos con los demás, no quiero que crean que algo anda mal.

—Está bien.

Cuando regresaron a la mesa, Lilias vio a lo lejos como Penelope se retiraba con paso resuelto hacia la casa principal, donde se encontraba el duque bajo el umbral de la terraza que daba a ellos, y Kate reía por lo alto por algo que el señor Spinster decía.

—¿Sucedio algo?

—Sí, los Humphrey no toleran a Travis —Ibrahim llamó a su amigo por su nombre de pila—. No sé qué problemas tienen, pero el duque se las ingenia para sabotear nuestros proyectos y estamos hartos de la situación.

—¿Piensan hacer algo al respecto?

—No lo sé —reconoció pensativo—, pero Travis tiene un plan y en cualquier momento lo pondrá en marcha.

—¿Contra lady Penelope?

—Dudo que se meta con la mujer, su problema es el duque de Richmond.

Esperaba que así fuera, puesto que, como sus amigas dijeron, la pelinegra no era una mala persona y ya le agradaba más de lo debido.

Capítulo 25

“¿Es impresión mía o los Aldrich no se llevan bien con lady Georgina? La dama ha estado algo excluida de las actividades familiares

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Randall espoleó a su semental con brío, deseando estar en cualquier otro lugar que no fuera la pradera, con Connor pisándole los talones, y siseó un juramento cuando se dio cuenta que su hermano mayor no lo dejaría escapar tan fácilmente. Pecó de iluso al creer que su padre no hablaría del tema con su primogénito.

—Estaba de tan buen humor —farfulló y tiró de las riendas, huir no era una opción.

—¿Ya te cansaste? —preguntó su hermano con diversión—. Empezaba a divertirme.

—¿Qué quieres? —gruñó con disgusto, no estaba de humor para lidiar con sus bromas— No me alejaste de Zachary y Seymour solo porque sí.

Si había algo que nadie podía negar, era que Connor era una copia fiel a su padre tanto física como mentalmente, lo cual podía convertirlo en un gran fastidio.

—¿Cómo van las cosas con tu esposa?

—Mejor de lo esperado, yo...

—¿Entonces por qué quieres reunirte con la bomba que podría estropear tus avances?

¿Una bomba? ¿Así era como su familia veía a Georgina?

Empezaba a comprender por qué ella no lograba sentirse cómoda con su familia.

—Seymour por fin ha vuelto y está dispuesto a tratar contigo, ¿por qué diablos estropearías todo? —se oía muy molesto—. ¿Sabes lo que nuestra madre sufrió cuando decidiste darnos la espalda y Seymour se marchó dejando atrás a su propio hijo?

—No podemos fingir que nunca sucedió nada, si no aclaramos las cosas...

—¿Qué quieres aclarar? —exigió saber—. Amabas a Georgina, iban a casarse y ella los confundió en un baile y terminó comprometida con Seymour por eso. Tú eres un hombre casado, tienes una hermosa hija que necesita y merece un padre.

—Georgina no me interesa de esa manera, pero ¿de verdad crees que las cosas están bien? Ustedes no la toleran y...

—Ella arruinó a nuestra familia y nunca se disculpó con nosotros, ¿te das cuenta de lo arrogante que es?

¿Ella les debía una disculpa?

«No lo creo».

—Sólo quiero hablar con ella, llegar a un acuerdo por el bien de todos. Farrell también merece crecer dentro de una familia que lo ame y no desprecie a su madre.

—No sé cuál es el secreto de esa mujer, pero me obligas a averiguarlo.

Randall tragó con fuerza.

—Si ella no te lo dice, nunca lo sabrás.

—Entonces hablaré con ella.

Se tensó.

—Le prometí que nunca hablaría de su secreto y...

—Sólo le diré que su secreto está arruinando a nuestra familia y le pediré que sea sincera.

—¿Se lo pedirás u ordenarás? —lo miró con recelo.

—Ese ya no es tu problema, preocúpate por Lillas, hoy será su primer baile como tu esposa —zanjó el tema y le hizo una seña para que regresaran a la casa principal.

No se sentía preocupado por Lillas, ella haría un excelente trabajo durante el baile y el resto de la fiesta. Confiaba en su carisma, pero... ¿Cómo diablos haría para controlar sus estúpidos celos hacia Georgina?

Si tan sólo ella tuviera el coraje de hablar con la verdad.

—¿Cuándo piensas decirle la verdad? —inquirió en voz baja, odiando que las lágrimas bajaran por las mejillas femeninas.

—Él me odia, si le cuento lo que sucedió nuestra relación sólo empeorará.

Randall barrió el lugar con la mirada, el baile de los marqueses de Teingham no era un lugar adecuado para tratar sobre el tema.

—Si queremos salvar nuestros matrimonios, debemos decirles lo que sucedió hace cuatro años.

Georgina se estremeció y negó rápidamente con la cabeza.

—No puedo, Randall, yo...

—He cambiado de parecer —farfulló su hermano, haciéndolos respingar por su repentina aparición—, quiero bailar con mi esposa.

Ya decía él que Seymour no se sentiría muy tranquilo dejándolo a solas con la rubia.

—Es impresión mía o Georgina no salió de su alcoba hoy —comentó Olivia con interés, barriendo el recibidor con la mirada.

—No tengo idea —mintió, no la había visto en todo el día.

—Pobre, uno hasta podría pensar que esta fiesta es únicamente en tu honor.

Su amiga no pensaría de esa manera si supiera que Georgina intentó robarle a su marido hace más de tres años.

—Los Aldrich no la estiman.

¿Y qué esperaba?

Ella separó a su familia.

—Iré a ver a Rosslyn, ¿por qué no descansas un poco para la fiesta de esta noche?

Su amiga no opuso resistencia alguna y sus caminos se separaron en el segundo piso, dado que ella se dirigió al tercero para reunirse con su pequeña y las niñeras. Para su sorpresa, solo estaba una niñera en la estancia y se encontraba cuidando a su pequeña y Farrell.

Lillas utilizó esa oportunidad para observar mejor al hijo de Georgina y se estremeció en su lugar al percatarse del gran parecido que poseía con Seymour.

—Y pensar que tienes muy poco de tu padre —susurró y observó a su hija, quien físicamente estaba muy lejos de ser parecida a los Aldrich—. Ay no... —susurró alarmada cuando el pequeño pelinegro empezó a gatear en su dirección, pero Rosslyn regocijó entre sus brazos por la cercanía de su primo—. Veo que te cae bien —sonrió con melancolía y la dejó en el piso, dejando que ambos niños se encontraran.

¿Qué tipo de amistad hubieran tenido sus hijos si la rubia nunca hubiera intentado arrebatarle a su esposo?

—¿Por qué lloras? Es una niña perfecta y está sana —musitó su hermano con ternura,

acariciando su coronilla, y Lilias negó lentamente con la cabeza y rompió en un suave llanto, mientras mecía a su pequeña en brazos.

—Fallé, hermano, mi hija no tiene un padre.

Ibrahim la miró con tristeza.

—Tú hiciste un excelente trabajo, y te aseguro que mientras ella te tenga a ti, Randall Aldrich nunca será necesario.

Algo en su interior se oprimió y lejos de sentirse mejor, su miseria se multiplicó. Si eso fuera real, ella no habría deseado tenerlo a su lado, tomando a su hija en brazos por primera vez mientras regocijaba su llegada.

Randall le había prometido que serían una familia, pero como el granuja que era la abandonó a medio camino y se liberó de todas sus responsabilidades sin remordimiento alguno, dejándola más desmoralizada y desprotegida que nunca.

—Es una niña preciosa.

Si pensó que nada podría arruinar ese momento, se equivocó. De todas las personas con las que pudo encontrarse, ¿por qué tuvo que toparse justamente con ella?

—Gracias —respondió con recelo y Georgina se desplazó por la estancia con seguridad—. La marquesa de Sutherland desea verte, nosotras nos quedaremos con nuestros hijos.

Ella no quería quedarse a conversar con Georgina, la persona con la que menos quería tratar era esa mujer, pero sería muy grosero de su parte tomar a su hija en brazos y salir de ese lugar, ¿verdad?

—Como usted desee, milady —musitó la niñera y después de hacer una venia perfecta salió de la estancia con paso apresurado.

El silencio se cernió en la estancia, generando una horrible tensión en sus hombros. Quizá, sólo quizá, huir sería lo más prudente.

—Tu regreso a Londres ha sido toda una sorpresa —soltó de pronto, captando su atención—. Cuando Berricloth anunció que su divorcio nunca se efectuó...

—Debió frustrarte mucho saber que sigo siendo la esposa del hombre que quieres para ti, ¿no es así? —la interrumpió con frialdad, incapaz de seguir fingiendo indiferencia.

—Sé que no te agrado y no puedo culparte por eso —empezó a jugar con sus manos con nerviosismo—, pero...

—Te seré sincera, no tengo intención alguna de ser tu amiga. —Lilias no pensaba olvidar el pasado y pasarlo por alto, por culpa de la mujer que tenía en frente su hija nació sin su padre al lado—. Tu presencia me incomoda, no me gusta tratar contigo y tampoco quiero que te acerques a mi esposo.

—Entiendo cómo te sientes, no tengo intención de invadir tu espacio y tu vida, pero hay algo que me gustaría decirte.

—¿De qué se trata?

—Es sobre Randall. —Lilias empuñó las manos con disgusto, ¿qué diantres tenía esa mujer en la cabeza para llamar a su esposo por su nombre de pila?—. Él es un gran hombre, tienes mucha suerte de tenerlo como tu esposo y de verdad lamento lo que sucedió hace tres años... —su voz empezó a temblar y Lilias sólo deseó cerrarle la boca—. Ya estaban casados, nunca debí escribirle, pero nosotros teníamos una promesa y...

—No me interesa escucharte —soltó rápidamente y se inclinó para tomar a Rosslyn en brazos.

—Por favor —bloqueó su camino—, no tomará mucho tiempo, hay algo que debes saber y...

—No me interesa —masticó sus palabras con desespero, no quería escuchar su historia de amor y el por qué ambos fueron egoístas con todo el mundo.

—Tienes que escucharme, Lilias...

—¿Estás sorda o qué? —escupió una tercera voz y Lilias arrugó el entrecejo al ver la palidez en el rostro de la rubia—. Lilias no quiere escucharte, ¿cuándo empezarás a cumplir las órdenes de los demás? —Seymour rodeó el brazo de Georgina y tiró de ella hacia atrás con brusquedad para desbloquear su camino.

Ella se tensó y sintió algo de culpa al ver como el pequeño Farrell empezaba a llorar. Georgina se zafó del agarre del pelinegro y acudió a su hijo con rapidez para tomarlo en brazos.

—Te prohíbo que molestes a Lilias, ¿me entiendes? —aseveró su cuñado y la rubia asintió con la cabeza gacha—. Si me entero que intentas molestarla, lo lamentarás.

«Está siendo muy duro», pensó, pero luego recordó el trato que ella recibió por parte de Randall por culpa de Georgina y abandonó la estancia sin mirar atrás.

Era lo mejor.

Lo menos que deseaba era que esa mujer volviera a arruinarle la vida.

Algo no andaba bien.

Randall odiaba ser pesimista, pero la tensión en el cuerpo de su esposa, mientras danzaban su primer vals, la dura mirada de su padre y Connor sobre ellos, y la ausencia de Seymour y Georgina dejaba en evidencia que algo había sucedido esa tarde, por lo que no podía seguir fingiendo ignorancia.

—¿Sucedió algo? —ella respingó en su lugar y lo buscó con la mirada—. Estás muy seria, había esperado que nuestro primer baile fuera más...

—¿De verdad me amas? —le cortó y él la miró con sorpresa.

—Claro que te amo, mi amor.

—Si yo te pidiera que te alejaras de Georgina y su hijo, ¿me obedecerías?

Randall perdió el paso y la miró con horror.

—¿Por qué me alejaría de mi hermano y Farrell?

Por esa razón Georgina debía hablar con la verdad, porque mientras todos creyeran que entre ellos había amor, su familia nunca volvería a ser la misma de antes.

—Porque si no lo haces, no creo poder seguir con esta farsa.

Tragó con fuerza, ¿ella lo estaba haciendo elegir entre ellas y su gemelo?

—Está bien —mintió, dado que tenía pensado buscar a Georgina y poner un fin a toda esta locura—. Si eso es lo que deseas, mantendré mi distancia.

«Cuando descubras la verdad, Georgina dejará de ser una amenaza para ti».

Capítulo 26

“¿Es impresión mía o el duque de Richmond ha visto en el conde de Herlton un buen esposo para su hermana?

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Lilias era muy consciente de que hacer elegir a Randall entre Rosslyn, ella y Seymour no era en lo absoluto maduro. Quizá estaba siendo algo egoísta, pero le resultaba simplemente imposible fingir que todo estaba bien cuando claramente no toleraba la presencia de Georgina.

La idea de que ella siguiera enamorada de Randall e intentara arrebatárselo de nuevo le quitaba el sueño y la tranquilidad. No quería que eso sucediera, no deseaba que él volviera a dejarlas en segundo lugar por culpa de la misma mujer.

«Eso no pasará, dijo que te ama», le recordó una vocecilla y tragó con fuerza, observando su anillo de bodas.

¿Cómo tomaría otro abandono?

Negó lentamente con la cabeza y alborotó su cabellera con inquietud. No lo soportaría, tal vez fue una estúpida al acostarse con él tan pronto, pero estaba claro que algo en ella había resurgido y ahora quería aferrarse tanto como fuera posible a su esposo y a la familia que él le ofrecía ser.

Se acercó al arroyo, observando en silencio como el agua cristalina caía a gran velocidad, e inhaló profundamente para encontrar aquella calma que no estaba logrando sentir.

¿Cuál era la promesa que Randall le hizo a esa mujer? ¿por qué de un momento para otro Georgina quería hablar con ella?, ¿podría ser que quisiera sabotear su matrimonio de otra manera?

Sea como fuere, Seymour quería silenciar a su esposa, ¿acaso él tenía las mismas inseguridades que ella? No sería algo extraño, ambos habían sido traicionados por Randall y Georgina; no obstante, ¿no regresó a Londres para luchar por su matrimonio?

Recordó la forma en la que la trató en el cuarto de juegos hace unos días y negó con la cabeza, dudaba que esa fuera una técnica eficiente para enamorar a su esposa.

«Su matrimonio es un desastre», determinó con congoja.

¿Cómo haría que Georgina dejara de ser una amenaza si ella no era feliz con su marido?

Sólo era cuestión de tiempo para que intentara acercarse a Randall. Georgina parecía una mujer persistente y Randall... lo cierto era que no sabía qué esperar de él, su esposo era un tema incierto.

En cuanto a Seymour, Lilias se había dado cuenta de que seguía muy minuciosamente los pasos de su esposa y quizá por esa razón Georgina no había intentado acercarse a ella ni a su esposo en los últimos días, pero ¿sería tan eficaz en Londres?

Negó lentamente con la cabeza.

La fiesta campestre estaba llegando a su fin, en dos días todos volverían a la ciudad y su vida cambiaría abismalmente ahora que se mudaría con Randall. No obstante, lejos de sentirse ansiosa por el nuevo cambio, estaba preocupada.

¿Qué tal si llegaba una nueva carta?

«Una carta que arruine la vida de mi hija y la mía», pensó con congoja y cerró las manos en dos puños.

O peor aún, ¿qué tal si a Randall no le gustaba vivir bajo el mismo techo que ellas?

Empezó a caminar de un lugar a otro con nerviosismo.

¿Podrían lidiar con la convivencia?, ¿sería fácil para ella ser una esposa sumisa y obediente?

¿En su vida fue sumisa y obediente!

—¡Lilias! —el grito de su esposo la hizo respingar en su lugar y giró sobre su eje con rapidez, él estaba sobre su semental a unos cuantos metros de distancia y se veía algo nervioso.

¿Qué habría sucedido? ¿No se suponía que estaba de paseo con su padre?

Intentó avanzar en su dirección, pero lanzó un gritillo cuando sus botas resbalaron sobre la piedra.

—¡Cuidado! —ya no pudo centrarse en su esposo, sino que utilizó todo el peso de su cuerpo para lanzarse hacia adelante e impedir su caída al lago.

—¡Ah! —consiguió su propósito, pero su rodilla no corrió con la misma suerte y lo único que pudo hacer fue encogerse en su lugar—. Qué tonta —se culpó, lanzando un suave lamento, y cuando alzó la vista con la intención de incorporarse, dio un respingo en su lugar al ver como Randall se arrodillaba frente a ella.

—¿Estás bien? —la rodeó por la cintura sin esperar un solo segundo y la alejó de la orilla del arroyo—. ¿Qué haces aquí?, ¿por qué viniste sola? ¡Es peligroso! —la regañó fuera de sí y ella negó lentamente con la cabeza, ¿por qué estaba tan molesto?—. Tú no sabes nadar.

Se tensó.

—Lo siento, no pensé que resbalaría —musitó con un hilo de voz y clavó la vista en sus piernas.

—¿Te hiciste daño?

La visión se le cristalizó.

—Es mi rodilla —susurró y Randall la tomó en brazos con rapidez.

—Hay una cabaña a pocos kilómetros de aquí, te atenderé ahí.

Lo abrazó por el cuello, la cabaña sonaba bastante bien, mientras más lejos estuvieran de Georgina, mejor.

—Está bien.

—¿Por qué viniste aquí?

—Necesitaba un momento a solas —susurró y él la miró de reojo.

—Sé que sucedió algo el día del baile —admitió y Lilias bajó la mirada—. ¿Quieres hablar del tema?

Negó con la cabeza, lo menos que quería era mencionar a esa mujer.

—Entiendo.

No la presionó, pero dedujo que sólo era cuestión de tiempo para que él volviera a abordar el tema y eso sucedería en la cabaña.

—¿Por qué te declararías una solterona? Acabas de cumplir veintitrés años —preguntó el duque de Richmond con frialdad, apartando la vista de la ventana de la biblioteca que daba al jardín.

—Porque ambos sabemos que nadie pedirá mi mano en matrimonio.

—Aumenté tu dote y he estado tratando con el conde de Herlton, quiere un heredero y tendría que ser un idiota para no ver tu atractivo.

—El conde no me interesa —decretó Penelope con valentía.

—Pues debería, es rico y poderoso, ¿qué más quieres?

«Amor», pensó con amargura.

Ahora entendía por qué su hermano aceptó esa invitación, su objetivo era el conde de Herlton, un hombre que le doblaba la edad y no le atraía en lo más mínimo, y casualmente era uno de los exclusivos invitados de los duques.

—Piensa en Charlotte, ella quiere casarse y...

—Y lo hará, pero primero debes casarte tú.

—¿Por qué simplemente no me dejas ser libre? —preguntó con impotencia—. Amé al vizconde y él me rechazó, no deseo volver a entregar mi corazón.

—Pocas personas se casan por amor, serás feliz si borras esa absurda ilusión de tu cabeza. —Penelope empuñó las manos con impotencia—. Eres una Humphrey, la gente y yo esperamos muchos de ti, ni siquiera pienses que te dejaré hacer lo que quieras.

—Hermano...

—Te aseguro que en cinco meses serás la condesa de Herlton, tú sólo deja que yo me encargue de todo.

¡Pero ella no quería ser la condesa de Herlton!

Penelope salió de la biblioteca con paso apresurado, incapaz de seguir con esa conversación, y paró en seco cuando a mitad del camino se estrelló contra el fornido pecho del hombre que arruinó su vida.

Travis Spinster.

—¿Se encuentra bien?

—No es su problema —lo empujó por el pecho con violencia, olvidándose de sus buenos modales, y siguió su camino con más prisa.

Si ese hombre nunca hubiera aparecido en su vida, ahora mismo estaría casada y sería feliz junto al vizconde de Hereford.

Lilias estuvo a punto de caer al arroyo.

Por todos los santos, en su vida se había sentido tan angustiado y nervioso y empezaba a comprender mejor por qué su padre y hermanos hacían hasta lo imposible para mantener bien resguardadas a sus mujeres.

Era un sentimiento que Randall no deseaba volver a experimentar nunca más.

—Ah —gimió adolorida cuando comenzó a limpiar la raspadura que tenía en la rodilla y torció los labios con disgusto.

Curar las heridas de Seymour y sus amigos le había resultado bastante sencillo en el pasado —y eso que podían considerarse daños mayores al lado de la rodilla herida de su esposa—, pero lidiar con las quejas de Lilias era agobiante.

—No puedo ser más suave —explicó con frustración—. Lo siento, no debí gritarte. —La buscó con la mirada y la piel se le erizó cuando ella le regaló una cálida sonrisa.

—Descuida, fue mi culpa porque estaba algo distraída. —¿Sería verdad?—. Inténtalo de nuevo, te juro que ahora guardaré silencio.

Randall tragó con fuerza y siguió con su labor, tratando de ser lo más rápido posible para acortar la tortura de su esposa. No se sintió tranquilo hasta que terminó de secar la herida y vendarla en su totalidad.

—Me siento mal por lo que le hice a tu hermosa piel —reconoció, acariciando su pantorrilla, y algo en su interior se encogió cuando ella apartó la pierna para bajar sus faldas con

nerviosismo.

¿Por qué no confiaba en él?

Llevaban días durmiendo juntos, pero ¿incluso así sentía vergüenza de su cercanía? ¿Qué tipo de intimidad estaban construyendo?

Él no quería un matrimonio convencional, deseaba su amor.

—¿Te sientes bien? —la cálida mano femenina se posó en su mejilla y él se restregó contra ella como si fuera un animal herido—. Randall...

—Ayúdame, Lilias, dime qué debo hacer para recuperarte. —Intentó apartar su mano, pero no se lo permitió y la buscó con la mirada—. Quiero recuperar tu cariño, quiero que vuelvas a mirarme y sonreírme con amor.

—Randall...

Dejó el taburete donde se sentó todo ese tiempo y se arrodilló frente a ella.

—Perdón, nunca debí echarte, ni mucho menos responder al llamado de Georgina, yo... no sabes cuánto sufrí por tu partida, tu ausencia me dejó un gran vacío y me perdí, me sumí en la soledad y el trabajo para huir de mi triste realidad: había perdido a la mujer que amaba por idiota. Luego regresaste y sé que he sido un granuja al imponerme ante ti, pero no quiero perderte, mi amor. —La abrazó por la cadera y besó su vientre de la manera que debió haberlo hecho cuando su hija crecía ahí—. Perdóname por no haber estado para ustedes, puede que no me creas, pero no sabes cuanto lamento haberme perdido tu embarazo y el nacimiento de Rosslyn. Ese es el único castigo que pienso soportar, porque no quiero soltarlas.

—Tal vez —Lilias recuperó la voz y odió que su confesión la hubiera afectado tanto—, todo habría sido diferente si hubiera dicho la verdad.

La buscó rápidamente con la mirada, ella estaba llorando.

—No aceptaré que te culpes por nada, fui yo quien te asustó, tenías todo el derecho de desconfiar de mis intenciones.

—Me habría encantado tenerte ahí —su voz se quebró—. Rosslyn merece tener un padre y me alivia saber que quieres ser el mejor de todos.

Randall se enderezó para quedar a su altura y acunó su rostro con desespero.

—También quiero ser un gran esposo. —Ella boqueó, no muy segura de qué decirle, y él juntó sus frentes—. Tú también mereces un esposo, el mejor de todos. Yo puedo ser ese hombre.

Randall se estremeció cuando Lilias acunó su rostro y empezó a respirar con dificultad cuando las puntas de sus narices se rozaron.

—¿Me lo prometes? —Los latidos de su corazón se dispararon.

—¿Qué?

—Te amé desde el primer día que te vi, cuando exigiste que me dieran un buen trato en el café de los Brooks, y no sabes cómo lamento no haberte dado mi nombre, una parte de mí no quería aspirar tan alto, sólo pensé en huir de la tentación.

—Regresé a buscarte.

—¿Qué? —abrió los ojos con sorpresa.

—Nunca regresaste y con el tiempo dejé de soñar con mi ninfa de cabellos rojos —besó su coronilla y ella lo abrazó por el cuello.

—Quiero confiar, quiero entregarte mi corazón y amarte por la eternidad.

—Lilias... —tragó con fuerza—, no habrá marcha atrás, no dejaré que retires tus palabras —aseveró con inquietud y ella unió sus labios con suavidad.

—No las retiraré —afirmó contra su boca—, siempre y cuando cumplas con tu palabra y seas el mejor esposo y padre.

—Así será —zanjó y la besó con desespero, deseando sellar su pacto de la mejor manera, y ninguno de los dos dudó cuando terminaron tumbados sobre la pequeña cama.

Las prendas abandonaron sus cuerpos con parsimonia, cayendo una a una, y Randall aprovechó cada segundo para acariciar el cuerpo de su mujer y regar un sinfín de besos por su cuello, hombros, pechos y abdomen. Por un momento pensó que no podría contenerse más, pero estaba tan decidido a brindarle un gran encuentro, que le separó lentamente las piernas para beber de su elixir.

—Ah... —se arqueó ella, emitiendo gloriosos sonidos, y Randall jugueteó con su dura perla, mientras sus dedos se encargaban de dividir su piel—. Oh, Randall... —tiritó en sus brazos, robándole una sonrisa, y dejó la delicadeza de lado.

Le hizo el amor con la boca, orillándola a emitir más de un grito, y con una mano rodeó uno de sus pechos, disfrutando de su volumen y textura.

Siempre fue ella.

Siempre sería ella.

Y fue un imbécil al creer que estaría bien sin su esposa.

—Ah —la mano femenina se cerró en sus cabellos y lejos de quedarse ahí, Randall se apartó y clavó las rodillas debajo de sus lindas nalgas, instándola a levantar la pelvis—. ¿Qué haces? —inquirió ella con inquietud, viendo como acariciaba su miembro viril.

—Te hago el amor —se posicionó en su entrada y la penetró con facilidad.

Ella lo necesitaba con la misma intensidad que él la necesitaba a ella.

—Mmm... —Se cernió sobre ella y Lillas lo abrazó por el cuello, decidida a disfrutar de su sabor con un beso largo y profundo—. No me falles, Randall —rogó con desespero y él se tensó.

A pesar de todo, seguía dudando de sus palabras.

Ella podía ser algo frustrante cuando se lo proponía.

—No lo haré —rodeó su muslo, instándola a separar aún más las piernas, y en esta ocasión arremetió contra su mujer con abandono, provocando que ambos se vieran sumidos en un trance placentero y hechizante.

Esto era hacer el amor.

Por fin sentía que su conexión era verdadera y no una imposición.

—Randall —gimió, arqueándose en su lugar al recibir su orgasmo, y Randall se impulsó una vez más antes de terminar en ella y dejar su semilla en su interior.

—Te amo —confesó y una lágrima se deslizó por su mejilla. La abrazó con fuerza, consciente de que jamás podría vivir lejos de esa mujer—. Gracias por esto, no te fallaré. —Más lágrimas bajaron por sus mejillas y se sintió un idiota por derrumbarse tan fácilmente, aunque, si era sincero, estaba tan feliz que ya nada le importaba.

En su vida había llorado de felicidad, por lo que haría bien en disfrutarlo.

—Yo también te amo. —Randall no tuvo palabras para explicar el alivio que sintió en aquel momento—. ¿Podemos quedarnos un poco más? Me siento cansada.

—Duerme —le sonrió con ternura y salió de ella con sumo cuidado—, igual Rosslyn está muy ocupada con sus abuelos.

Lillas se rio por lo bajo y siguió su orden, lo cierto era que se sentía agotada, aunque más tranquila que nunca.

Capítulo 27

“Todo indica que los gemelos Aldrich no han podido arreglar sus diferencias y lady Georgina no ha sido de mucha ayuda para calmar su acalorada discusión

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Iba a darse una nueva oportunidad.

Por muy loco que pareciera, estaba dispuesta a luchar por su matrimonio y por ende a confiar en su esposo, un hombre que si bien le gustaba mucho era prácticamente un desconocido para ella.

—No sé nada de ti —expresó sus pensamientos en voz alta y él besó su hombro desnudo con ternura—. Somos dos extraños, aunque tú conoces un poco de mi pasado.

—Nunca intentaste indagar en mi vida —respondió con sencillez y Lilias parpadeó varias veces. Era verdad, siempre era Randall el que hacía las preguntas y ella sólo se limitaba a responderlas—. Pero ahora mismo estoy ansioso por responder a tus preguntas.

—En mi defensa, la vida de tu familia no es tan reservada —trató de emplear las palabras correctas y él carcajeó por lo alto.

—Nunca antes me han hablado de los escándalos de mi familia con tanta desfachatez —bromeó y ella se ruborizó.

—No quise...

—Mis padres fueron mejores amigos antes de casarse —empezó a decir y ella giró sobre su costado para terminar frente a él, parecía que iba a decirle algo importante—, pero su matrimonio fue un desastre durante los primeros diez años.

—Cualquiera que viera a tus padres dudaría de tus palabras, ellos se ven muy felices juntos.

—Se aman, nadie pondría en duda sus sentimientos.

—Lo sé —se limitó a decir y lo abrazó por el vientre—. ¿Qué me dices de tus hermanos? Ellos son muy diferentes entre sí.

Randall esbozó una sonrisa perversa.

—Connor se casó con el ángel de la temporada, Zachary rescató a una americana de una situación poco favorecedora y Seraphina terminó casada con el engreído más grande de Londres —espetó entre risas y Lilias se rio.

—Pero son felices.

—Sí, sus matrimonios son envidiables, pero no siempre fueron así. —Besó su coronilla—. Tal vez cometí muchos errores al principio, incluso tú cometiste algunos, pero ahora estamos aquí y creo que eso se debe a que estamos destinados a estar juntos.

Lo abrazó con fuerza.

—Quiero luchar por nuestro matrimonio.

—Lo estamos haciendo bien —susurró él y acarició su mejilla para instarla a levantar el rostro—. Seremos muy felices, tendremos una familia perfecta.

—Ya la tenemos —espetó sonriente y él asintió—. Sin embargo, hay algo que me gustaría comentarte —su voz tembló.

—¿De qué se trata?

—La gente suele decir que estuviste muy bien sin mí, ¿puedo saber qué hiciste todos estos años? Tú...

—No tuve aventuras —respondió con seguridad—, no quería ni las necesitaba.

—¿De veras? —sus ojos brillaron con ilusión.

—Gasté todo mi dinero en el divorcio, mis padres y hermanos me quitaron su apoyo económico —empezó a contarle con una pequeña sonrisa en el rostro— y tu ausencia me generó un gran vacío en el pecho que sólo pude llenar con trabajo.

—Tengo entendido que tienes una editorial y mucho dinero, ¿cómo empezó todo?

—No estaba bien, la partida de Seymour empeoró mi estado anímico y mis amigos, los hermanos Kilbrenner, me ofrecieron una sociedad sin ningún interés de por medio. De alguna manera, me sacaron del agujero en el que me estaba metiendo.

—¿Crees que tu padre tuvo algo que ver?

—No me sorprendería, está claro que me estuvo cuidando todo este tiempo.

—¿Te molesta?

—Se lo agradezco —acarició su mejilla y unió sus labios en un beso largo y profundo—. Gracias a él, sigues siendo mi esposa —deslizó una larga caricia sobre su costado y la posó en su cadera—. Gracias a él, tú y Rosslyn están bien, ¿Por qué diablos lo culparía de algo?

—Me alegra oír eso —lo abrazó por el cuello con ternura—. No es bueno guardar rencor, ese sentimiento no trae nada bueno.

—¿Y tú? ¿En qué momento se te ocurrió abrir tu propio club?

—Durante mis viajes conocí a muchas mujeres, en su mayoría solteras, y me di cuenta que debido a las normas sociales muchas creían que su vida se había acabado debido a su mayoría de edad, cuando en realidad aún tenían mucho por vivir y disfrutar.

—Ellas te inspiraron.

—Sé que la igualdad es algo impensable —susurró con congoja—, pero ¿es imposible? —clavó la vista en el techo de la habitación.

—No lo sé —musitó y observó su perfil.

—Quiero que, aunque sea por breves horas, las mujeres sientan que tienen los mismos derechos que los hombres.

Ese pensamiento debería asustarlo, era un tema muy complejo para que una mujer de veintitrés años lo abordara con tanta sabiduría, pero lo cierto es que eso no hacía más que generarle admiración.

Le gustaba que luchara por sus ideales.

—Me gustaría poder asistir.

Ella lo buscó con la mirada.

—¿No te opondrás?

—Las mujeres merecen su lugar seguro, jamás sería tan egoísta como para decirles que no.

—Gracias —se cernió sobre él para besarlo—. Sin embargo, no puedes ser cliente, los únicos hombres que estarán ahí dentro serán los responsables de satisfacer a los miembros.

—Eso lo veremos —susurró y la instó a subir a horcajadas sobre él—. Alguien tendrá que lidiar con tus necesidades.

Ella le sonrió.

—¿Quieres un empleo? —bromeó.

—Lo haré gratis y encantado —aclaró y unieron sus labios con hambre voraz, olvidando por completo que estaban en medio de una fiesta campestre y tal vez los invitados empezarían a notar su ausencia.

No obstante, ellos podían esperar.

Seymour observó a lo lejos como su hermano gemelo y Liliás regresaban a la propiedad en el semental de Randall y dio un respingo en su lugar cuando su padre se posicionó junto a él.

—Parece que las cosas entre ellos han mejorado.

—Eso veo —respondió con sencillez, detallando la encantadora sonrisa de su cuñada—. ¿Le crees? Randall es...

—Es tu gemelo, tú mejor que nadie conoce sus intenciones. Se supone que tienen una conexión especial.

Seymour torció los labios con disgusto y alborotó su cabellera con inquietud.

—Sé que ama a su esposa, pero también estoy seguro de que él y Georgina me están escondiendo algo. —Se apartó de la ventana y su padre lo siguió con la mirada—. Ella no deja de mirarlos, siento que...

—No dudas de los sentimientos de tu hermano, sino de los de Georgina —determinó el duque con sorpresa y Seymour se dejó caer sobre el sofá.

—No sé qué hacer con ella —negó lentamente con la cabeza—. Antes solía ser mi amiga, pero ahora le es imposible abrirme su corazón y no entiendo el por qué.

Siempre fue una excelente persona con ella, siempre se preocupó por sus sentimientos y situación, pero de un momento para otro Georgina dejó de responder a sus cartas, empezó a huir de él y apareció comprometida con Randall.

¿Por qué?

—Si quieres salvar tu matrimonio, debes empezar a confiar en ella —espetó su padre—. Georgina ha generado muchos quiebres en la familia, pero todos estamos dispuestos a darle una oportunidad siempre y cuando ella quiera tomarla —explicó y él negó lentamente con la cabeza.

—No sé qué es lo que quiere. Tal vez no me quiere a mí y por eso me rechaza.

Por primera vez en años, el duque se quedó sin palabras.

Todos sus hijos le habían generado muchas preocupaciones en cuanto a sus matrimonios, pero en la mayoría de los casos, eran ellos quienes mostraban una pésima actitud hacia sus parejas. No obstante, ahora, estaba frente a alguien que estaba siendo vilmente rechazado por la mujer que amaba.

Cerró las manos en dos puños.

¿Por qué esa mujer no podía aceptar a Seymour?

Su hijo era un gran hombre, pero ella se empeñaba en destruirlo en vida.

Tal vez, sólo tal vez, en esta ocasión, el odio que Malcom Aldrich sentía hacia Georgina estaba muy bien justificado.

Randall apenas y podía creer que su día con Liliás hubiera sido tan maravilloso. Ella le había dado una oportunidad, esa que por un momento pensó que nunca llegaría, y por esa razón estaba más decidido que nunca a esclarecer las cosas de una vez por todas. Su familia debía saber la verdad, Seymour se la merecía y esperaba que su cuñada estuviera dispuesta a hablar.

Georgina jamás sería feliz siendo una Aldrich si seguía guardando silencio y por esa razón no dudó a la hora de seguir a Georgina hacia la sala de descanso, aprovechando que su padre y Seymour llevaban muchas horas encerrados en el despacho y todos se estaban preparando para la

cena.

—Tenemos que hablar —la rubia respingó en su lugar al oír su voz y se volvió en su dirección con rapidez.

—Randall —percibió la inquietud en su voz y él negó lentamente con la cabeza.

—Lo siento —musitó.

—No, por favor —la visión se le cristalizó—. No se lo digas a nadie —rogó con desespero.

—¿Por qué no? —suspiró con cansancio—, ¿acaso no te das cuenta que este secreto impide que alcances tu felicidad?

—Eso no es verdad —negó rápidamente con la cabeza—, me prometiste que no se lo dirías a nadie, que sería nuestro secreto.

—Lilias te detesta, teme que intente engañarla, si no hablas con la verdad...

—Intenté hablar con ella, pero no me dejó explicarle nada. —¿Por qué no le sorprendía que Lilias hubiera actuado de esa manera?—. Por favor, no me obligues a decirle nada —Una lágrima se deslizó por la pálida mejilla—. Si lo hago mi matrimonio se volverá un infierno.

Randall alborotó su cabellera con inquietud.

—Seymour te aprecia y lo sabes, fueron mejores amigos antes de...

—No —lo interrumpió abruptamente y cerró las manos en dos puños—. Guardé este secreto por años, ¿por qué lo revelaría ahora que lo peor ya pasó?

—¿Qué? —la miró con incredulidad—. ¿Y según tú, qué es lo peor? —quiso saber—. Porque para mí: ver como mi familia se divide, representa la peor de mis pesadillas.

—Tu familia está más unida que nunca —aseveró con dureza, dejando claro que nada de lo que le dijera la haría cambiar de parecer—. ¿No viste cómo todos los Aldrich ayudaron a Lilias a volver en sociedad?

¿Fue dolor lo que percibió en su voz? ¿Podría ser que ella se sintiera celosa del apoyo que estaba recibiendo su esposa?

—Tu familia no está dividida —continuó con voz baja—, ellos sólo me repudian por haber generado un quiebre en tu relación con Seymour.

—Todo cambiaría si hablaras con la verdad —soltó con cansancio y ella negó lentamente con la cabeza—. Georgina...

—Tú no te imaginas lo horrible y humillante que es recordar ese día —su voz se quebró—. Seymour es conocido como el Aldrich más sensato, tu padre lo adora por ser un ejemplo a seguir, ¿por qué mancharía su perfecta imagen?

Randall tragó con fuerza, ¿podría juzgarla por pensar de esa manera cuando él pensó igual hace cuatro años?

—Georgina...

—Sólo déjame en paz —suplicó con frustración—, tu relación con Lilias está mejorando, ¿por qué simplemente no olvidas todo?

—Porque no mereces este trato. —La tristeza fue palpable en su voz—. Nunca nos amamos, quisimos creer que con el tiempo nos enamoraríamos, pero eso no quiere decir que no te aprecie como a una buena amiga.

—Lo sé —musitó finalmente y Randall no opuso resistencia cuando lo abrazó por la cintura, el temblor en el cuerpo femenino le informó que ella no la estaba pasando nada bien con toda esta situación—. Gracias por esto, sé que no es tu obligación y es duro para ti, pero gracias por guardar mi secreto.

Randall torció los labios con disgusto, no muy seguro de querer seguir su promesa, pero no pudo decir nada al respecto porque la puerta de la estancia se abrió con violencia y la sangre se le

congeló al ver a Seymour ahí, con un semblante tan sombrío y perverso que por un momento se preguntó si realmente se trataba de su hermano.

—Me distraigo un par de horas y esto es lo que encuentro —escupió con desprecio, provocando que Georgina se alejara rápidamente de su cuerpo y se volviera en su dirección.

—No es lo que te...

—¡Cállate! —explotó y Randall la escondió detrás de su cuerpo al percibir la amenaza en la voz de su gemelo.

—Yo te encontré en una situación similar con Lillas y...

—Lillas y yo nunca pretendimos huir para convertirnos en amantes —le cortó con violencia y levantó el mentón con suficiencia—. Quizá es momento de reunirnos los cuatro y hablar con la verdad —intentó salir de la estancia, pero no se lo permitió.

—No, espera —lo sujetó del brazo, él no podía ir con su esposa, ¡él le hizo una promesa que claramente no quiso cumplir al cien por ciento!—. Hay algo que debemos decirte y... —no pudo continuar, el fuerte puño de su hermano lo obligó a guardar silencio y retroceder sobre su lugar.

—¿Te parece divertido? —le brindó un gancho en el vientre y Georgina jadeó horrorizada—. ¿Qué pretendes, Randall? Tener a tu esposa y a la mía al mismo tiempo.

—No, yo...

—Tal vez nunca debimos permitir que nuestros hermanos interrumpan nuestro duelo. —La sangre se le congeló y lo miró con fijeza—. Que sea ahora mismo, en el mirador, estoy harto de fingir que todo está bien cuando claramente te detesto con cada fibra de mi ser.

Un disparo le habría generado menos dolor, pero en el fondo sabía que se merecía ese odio. Él lo traicionó y no lo hizo el día que intentó ayudar a Georgina a huir, sino el día que decidió esconderle toda la verdad por su propio bien.

—No, no pueden —sollozó Georgina y Seymour quiso ir a por ella, pero él lo impidió y se interpuso en su camino.

—No hagas algo de lo que puedas arrepentirte más adelante —pidió y su hermano gruñó con rencor.

—Ya me casé con esa arpía, ¿de qué más podría arrepentirme?

«De mucho», pensó con preocupación.

—No podemos ir a duelo, nosotros...

—¿Qué debo hacer para que aceptes, meterme bajo las faldas de tu esposa?

En esta ocasión ya no pudo mantener el control y estampó su puño en el rostro de Seymour, todo parecía indicar que estaban destinados a terminar en duelo, puesto que ahora mismo lo menos que deseaba era dialogar con ese idiota que se rehusaba a aceptar la realidad y reconocer sus errores.

Su padre cometió un terrible error al hacerle creer a Seymour que era un ser perfecto.

Capítulo 28

“Según tengo entendido, lady Liliás es una excelente jinete, por lo que tuvo que ver algo muy desagradable para perder el control de su semental y terminar en un estado tan lamentable

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Una familia, un hogar y la estabilidad que siempre quiso era lo que Randall le ofrecía y Liliás aún no podía creer que las cosas estuvieran fluyendo de una manera tan maravillosa. Por un momento pensó que volver a confiar y entregarse no sería tan sencillo, pero cada vez que estaba junto a su esposo, las dudas mermaban y el pulso se le disparaba.

«Funcionará», se dijo a sí misma, dispuesta a todo con tal de luchar por su matrimonio, y dándose una última mirada en el espejo aprobó su aspecto y salió de su habitación. Todavía faltaban veinte minutos para la cena, pero con suerte y se encontraría con Randall en el camino.

—¡Liliás!

Paró en seco y cerró las manos en dos puños, claramente la suerte no estaba de su parte. No obstante, Georgina estaba muy equivocada si creía que se dejaría amedrentar con sus comentarios. Estaba más que lista para enfrentarla, pero toda su seguridad mermó cuando la tuvo a pocos metros de distancia.

—¿Qué sucedió?

Estaba pálida y ansiosa, algo no andaba bien.

—Debemos ir por el duque, Randall y Seymour van a batirse en duelo. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal y por un momento olvidó como respirar.

¿Por qué?, ¿qué razón llevaría a los gemelos a terminar en un duelo?

Sus ojos se posaron en la hermosa rubia que tenía ante ella y algo en su interior se rompió en mil pedazos.

¿La historia iba a repetirse?

Utilizó todo su ingenio para no derrumbarse ahí mismo, pecó de ilusa al confiar en las palabras del granuja más grande de Gran Bretaña. Estaba claro que Randall y Georgina no actuaron de buena manera y por eso Seymour orilló a su gemelo a aceptar el duelo.

Hace apenas unas horas su esposo le había prometido amor, pero sólo necesitó alejarse de él por unos minutos para que corriera a los brazos de su amada. Bajó el rostro con tristeza, era una escena que ya la había vivido, pero por alguna extraña razón le estaba doliendo cien veces más que hace tres años.

—Tomaron sus armas y se fueron hacia el mirador, sólo su padre podrá detenerlos.

Esas palabras la obligaron a volver en sí y dejó de pensar en su dolor y lo decepcionada que se sentía de su esposo, ahora mismo debían impedir que los gemelos Aldrich cometan el peor error de su vida.

—Ve por el duque y sus hijos —dijo rápidamente y sujetó las faldas de su vestido.

—¿A dónde vas? —gritó a su espalda.

—Alguien debe alcanzarlos antes de que sea demasiado tarde —la dejó atrás y se dirigió hacia las caballerizas sin ningún contratiempo.

Ensilló a uno de los caballos lo más rápido que pudo, sin fijarse que las correas estuvieran estables, y partió hacia el mirador a un trote un tanto arriesgado, si se consideraba que ya era de noche y no era nada recomendable efectuar una cabalgata de ese tipo. No obstante, por muy

enojada que se sintiera, Randall amaba a su gemelo y si llegaba a herirlo, él nunca se lo perdonaría —y sospechaba que Seymour se sentiría de igual manera—, por lo que debía hacer que tanto su cuñado como su esposo entraran en razón.

Aunque si era sincera, no tenía la menor idea de cómo haría para que Randall dejara de perseguir a la esposa de su gemelo. Ella iba a darle su libertad, sería su esposa de nombre y toleraría su infidelidad siempre y cuando él fuera discreto, pero Seymour ¿sería capaz de brindarle tal libertad a su mujer?

Esto era una locura y lo sabía, pero Randall no tenía la menor idea de cómo podría hacer entrar en razón a su hermano. Los celos y la desconfianza estaban acabando con su razonamiento, el no tener el amor de Georgina estaba llevando a Seymour a la destrucción.

—¡Todo sería más fácil si accedieras a dialogar! —se rehusó a tocar el maletín de las armas—. Tienes que calmarte, dijiste que regresaste con toda la intención de luchar por tu matrimonio, pero lo estás haciendo todo mal.

Su hermano giró sobre su eje y lo observó con rencor, por un momento pensó que si las miradas mataran estaría muchos metros bajo tierra.

—Siempre lo supiste, desde el primer día que la vi te enteraste de mis sentimientos —la vergüenza lo golpeó con fuerza—, pero eso no impidió que empezaras a cortejarla y compartir cartas con ella en secreto. —Todo tenía una explicación—. Tú me robaste su amor.

Eso no era verdad, pero ¿cómo aclararía la situación cuando era evidente que él no estaba listo para escuchar la verdad?

—Cuando empecé a tener contacto con Georgina, ustedes ya no eran amigos —aclaró con nerviosismo.

—¡Porque tú te metiste! Porque tú, con tus artimañas y encanto, me la robaste.

—Nunca te la robé —siseó con disgusto, odiaba que le hiciera una acusación tan grave—. ¡Tú la perdiste! Tu cobardía nunca te dejó hablar con la verdad ni expresar tus sentimientos.

—Sea como sea —soltó con impotencia—, nunca debiste pretender a la mujer que amaba.

Randall tragó con fuerza y se sintió un miserable por haber guardado silencio durante tantos años. Su intención siempre fue proteger a su hermano, pero al parecer lo único que logró fue ganar su odio y darle una razón para convertirse en el malo de la historia.

—Lo siento —bajó el rostro, apenado—. Nunca quise lastimarte de esta manera, yo...

—Tus disculpas llegan cuatro años tarde —bramó con desprecio—. Nunca perdonaré que intentaras robarte a mi prometida.

—Ella quería huir de ti —admitió con dureza, provocando que su hermano respingara en su lugar—. Yo no tengo la culpa de que Georgina dejara de quererte, tú nunca aceptaste su rechazo.

—¿A dónde quieres llegar? —exigió saber.

—Admite que la obligaste a casarse contigo, podrías haber alzado las manos y brindarle su libertad, pero la ataste a tu lado, aprovechando el escándalo y su soledad para adueñarte de ella. —Su hermano apretó la mandíbula.

—Cuando la conocí, me prometí a mí mismo que la haría mía a como dé lugar.

Randall sonrió con melancolía.

—Y fue tu maldita promesa lo que lo complicó todo —farfulló—, ¡no fuiste capaz de aceptar un «no» por respuesta!

En ese momento el gemelo perfecto, el hombre que su padre consideraba un dechado de

virtudes, se abalanzó sobre él e inició una pelea violenta, dejando las armas en el olvido. Randall apenas y se defendió, lo cierto era que una parte de él sabía que merecía esa paliza, puesto que nunca debió traicionar a su hermano, quien era su mejor amigo.

—¿Por qué no puede olvidarte? —bramó Seymour con impotencia, clavando un último puño en su rostro, y se alejó de su cuerpo para calmar su rabia—. ¿Qué diablos debo hacer para que mi esposa se fije en mí? —la voz masculina se quebró—. Somos iguales, maldita sea, pero Georgina sólo tiene ojos para ti.

«Eso no es verdad», pensó con amargura y se sentó sobre su lugar, mirando a la nada. «Todo sería más fácil si ella hablara con la verdad».

—Debes hablar con ella —retiró la sangre de su mentón—. Tal vez, ahora mismo, Georgina sólo necesita el amigo que perdió hace cuatro años.

«Si tan sólo esa noche no te hubiera dejado solo».

—Soy su esposo —escupió con rencor—, no deseo su amistad.

Seymour era bastante terco cuando se lo proponía, pero ese hecho no le generó ninguna sorpresa. Después de todo, era un Aldrich.

—Si piensas de esa manera, nunca recuperarás tu matrimonio.

—¿Tú qué sabes?! ¿Por qué hablas como si fueran dos grandes amigos?!

—¿Porque lo somos! —explotó y se incorporó de un salto, al igual que su hermano—. Porque Georgina y yo intercambiamos cartas por un año, porque conectamos de una manera especial —ella era su mejor amiga— y porque, a pesar de todo, ella me preocupa y odio que todos en nuestra familia sean tan miserables con ella. —Cuando su voz se apagó, ambos pudieron escuchar la respiración del caballo que estaba a poca distancia de ellos y Randall se estremeció cuando identificó el rostro de su jinete.

—Lilias... —¿En qué momento logró alcanzarlos?, ¿cómo diantres hizo para enterarse de lo ocurrido?—. Todo tiene una explicación, mi amor, yo...

—Si no puedes cuidar de tu esposo, difícilmente nuestros matrimonios funcionarán —decretó Seymour, interrumpiéndolo, y lo fulminó con la mirada—. ¿Qué?, ¿no piensas hablar con la verdad?

—Cállate, Seymour, tú no tienes ni idea de lo que está pasando. —Volvió a centrarse en su esposa y cuando quiso avanzar en su dirección, ella se aferró a las riendas de su semental—. No, espera.

—Te encontré de lo más cariñoso con mi esposa, no seas cínico y dile la verdad a Lilias.

Su corazón empezó a bombear sin control alguno al ver como los ojos femeninos se llenaban de lágrimas y negó rápidamente con la cabeza, ella se estaba imaginando lo peor y le dolía pensar que después de la maravillosa tarde que compartieron, su hermano estuviera manchando ese momento con absurdas acusaciones.

—No le creas, debes escucharme a mí —espetó atropelladamente y avanzó en su dirección, pero rugió como un animal herido cuando ella tiró de las riendas en dirección contraria—. ¡No, Lilias, espera!

Corrió hacia su semental, era muy peligroso que ella cabalgara sin cuidado alguno a esas horas de la noche, debía detenerla antes de que se hiciera daño.

—¿A dónde vas? —Seymour intentó detenerlo, pero Randall le brindó un fuerte golpe en el rostro para alejarlo de su cuerpo.

—Debes parar —exigió—. Tu esposa no me interesa y nunca será así, deja de causar más daño. Ya déjame en paz, ¿quieres? —soltó con dolor y se montó a su caballo con agilidad.

—¡Randall, Seymour!

La llegada de su padre, Connor y Zachary le brindó la oportunidad perfecta para salir detrás de Lilias. Él ya no tenía nada que hacer ahí, si ellos no podían creer en el amor que sentía por su esposa, lo único que podía hacer era demostrarles lo contrario.

—¡Lilias! —logró posicionarse a pocos metros de distancia de ella—. ¡Detente, por favor, no ganarás nada huyendo!

—¡No hay nada que hablar, fuiste a duelo con tu hermano por esa mujer!

¡Eso no era verdad!

Esto no se trataba de Georgina, sino de la hermandad que ellos perdieron hace tres años. El pánico lo invadió al ver cómo aceleraba su marcha y su corazón empezó a bombear sin control alguno, ella no estaba siendo nada precavida.

—¡Es peligroso, detente! —rogó angustiado, pero no fue su orden lo que la obligó a frenar su marcha, sino el hecho de que su semental se rebeló, se paró sobre sus dos patas traseras y terminó expulsándola de su lomo con violencia—. ¡No, Lilias!

Se bajó de su caballo de un salto, odiando que todo su cuerpo tiritara, y no pudo lidiar con las lágrimas que se deslizaron por sus mejillas sin control alguno.

Era su culpa, nada de esto habría sucedido si se hubiera alejado de Georgina.

—Lilias, mi amor —se arrodilló junto a ella, quien estaba boca arriba, y empezó a inspeccionarla. La sangre se le congeló cuando su mano tocó algo húmedo en su nunca—. No, Lilias, no me hagas esto.

No quería perderla, él jamás aceptaría una vida sin su esposa, ¡ella no podía dejarlo de esa manera!

—Tú —susurró ella con esfuerzo, luchando con sus párpados para abrir los ojos— rompiste tu promesa. —Fue lo último que logró decir antes de caer en una profunda oscuridad.

Sus palabras le generaron un horrible vacío en el vientre y sollozó con amargura.

—Eso no es verdad, yo te amo y haré hasta lo imposible por darte la mejor vida y familia que puedas tener —decretó angustiado y cuando quiso moverla, alguien tiró de él hacia atrás.

—Espera —pidió Connor con preocupación, al parecer sus hermanos optaron por seguirlo y su padre se quedó con Seymour—, debemos ser cuidadosos.

—Iré por el médico del pueblo —informó Zachary, dejándolos atrás, y Randall tragó con fuerza.

—Dime que se pondrá bien, hermano —rogó angustiado, como si fuera un niño pequeño, y Connor lo miró de reojo.

—Tenemos que llevarla a la casa principal, necesita ser atendida cuanto antes —fue su única respuesta y él sólo se tragó su llanto, comprendiendo que ahora mismo debía despabilar su mente para poder transportar a su esposa hasta la casa principal.

«Te pondrás bien», dijo mentalmente, aferrando la mano de su mujer. «No puedes dejarnos, Rosslyn y yo te necesitamos».

—¿Estás contento?! —bramó el duque con rabia—. Mira lo que tus absurdos celos provocaron. —En su vida Seymour había visto a su padre tan enfadado—. Tu hermano podría perder a su esposa por tus estupideces.

—Lo encontré con Georgina y...

—Si tienes que dudar de alguien es de esa mujer, Randall ama a Lilias y lo sabes —Seymour alborotó su cabellera con inquietud—. Desde que esa mujer llegó a nuestras vidas todo ha sido

una desgracia.

Seymour no tuvo tiempo de enojarse, lo cierto era que se sentía muy preocupado por el estado de su cuñada, quien ahora mismo estaba siendo atendida por el doctor y el panorama no parecía ser el mejor de todos.

—Padre...

—Hay un secreto —se tensó—. Randall quería hablar con Georgina para animarla a contártelo.

—¿Qué tipo de secreto? —lo miró con desconfianza.

—No lo sé, pero si es posible, habla con tu esposa sobre el tema y regresen a Londres mañana a primera hora. —Estaba claro que nadie de su familia quería ver a Georgina por el momento—. Nunca creí que diría algo así, pero si crees que junto a esa mujer nunca podrás ser feliz ni vivir en paz, ¿no crees que lo mejor es dejarla ir?

—Lo he pensado —admitió de pronto y su padre abrió los ojos con sorpresa—, llevo años considerando la opción, pero cuando regresé a Londres y la vi con Farrell... quise intentarlo —admitió abatido y su padre le dio una palmadita en el brazo.

—Sea cual sea tu decisión, la aceptaremos.

¿Sería verdad?, ¿acaso no acababa de decirle que todo sería más fácil si se divorciaba de Georgina?

—¿Qué diablos sucedió?! —Randall no hizo nada por esquivar el puño de Ibrahim y fue la atractiva rubia quien impidió que el segundo golpe llegara.

—No lo hagas, Ibrahim, este no es un lugar adecuado para pelear. El doctor apenas y acaba de dejar la habitación.

No, claro que la alcoba de Liliás no era el lugar apropiado para iniciar una pelea, pero ¿era apropiado que ella llamara a su jefe por su nombre de pila?

«Eso no importa, al menos el estado de Liliás es estable», pensó más tranquilo y clavó la vista en su esposa, quien estaba plácidamente dormida y tenía un parche en la frente.

—¿Qué le hiciste? —exigió saber y en ese momento la puerta de la habitación se abrió, dejando ver a Connor bajo el umbral de la puerta—. Habla, Aldrich, ¿para qué diablos trajiste a mi hermana hasta Kent Abbey si tu intención era dejarla en este estado?

—¿Qué? —lo miró con sorpresa—. Yo nunca quise provocar este accidente —se apresuró a decir—. Liliás malinterpretó una escena y...

—¡Mi hermana salió en tu búsqueda porque esa mujer le dijo que estabas a punto de enfrentarte a duelo con tu hermano!

—Pero ella debía quedarse y dejar que nosotros nos encarguemos de la situación —aseveró Connor, provocando que Ibrahim se centrara en su persona—. Nuestra intención nunca fue que las cosas terminaran así, te aseguro que Randall no quería herir a tu hermana y...

—Yo sólo estaba luchando por mi familia —le cortó, no quería que Connor hablara por él—. Mi intención era recuperar a mi hermano y a mi esposa —admitió y Connor le hizo una seña a la Srta. Eugenia para que abandonara la habitación.

Ella no demoró mucho en seguir su orden.

—Quiero saber qué sucedió —siseó Ibrahim.

—¿Podrías dejarnos solos? —pidió y Connor dudó, pero finalmente se retiró en silencio.

—Y bien...

—Amo a tu hermana, siempre ha sido así, pero...

—¿Entonces por qué la historia vuelve a repetirse? Tú y tu hermano fueron a duelo por esa mujer.

—Seymour es un hombre celoso, no puede olvidar lo que sucedió hace tres años.

—Mi hermana tampoco lo olvidó —admitió con rabia y Randall se frotó el rostro con frustración.

—Mi intención nunca fue huir con Georgina, yo sólo quería ayudarla a huir de su futuro esposo.

—¿El perfecto Seymour Aldrich? —ironizó y Randall tragó con fuerza.

—Hay un secreto, una verdad que Georgina se niega a contar y siento que, si no te la digo, el día de mañana abriré los ojos para descubrir que te llevaste a Liliás y Rosslyn lejos de mi vista.

—Al menos eres algo listo —escupió y él tragó con fuerza.

—Sólo prométeme que lo que estoy a punto de decirte, nadie lo sabrá.

—Si es tan importante, ¿por qué vas a decírmelo? —lo miró ceñudo.

—Porque la amo y la idea de perderla me aterra.

Ibrahim lo miró con fijeza por largos y eternos segundos, pero finalmente asintió.

Capítulo 29

“La fiesta campestre de los duques de Kent ha llegado a su fin y debo admitir que fue un acontecimiento encantador, he podido pasarla muy bien y por el cómo terminaron las cosas entre los gemelos Aldrich y sus esposas, estoy segura de que pronto tendré mucho que contarles **Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**”.

«Porque Georgina y yo intercambiamos cartas por un año, porque conectamos de una manera especial y porque, a pesar de todo, ella me preocupa y odio que todos en nuestra familia sean tan miserables con ella».

Esas fueron las primeras palabras que llegaron a la mente de Lilias cuando empezó a recobrar el conocimiento, por lo que no le resultó nada sorpresivo que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas sin piedad alguna.

¿Por qué si siempre fue Georgina, le hizo promesas de amor tan importantes? ¿Qué tan cruel debía ser Randall para jugar con sus sentimientos de esa manera?

Ella no lo merecía, nunca fue una mala persona e incluso ahora, como una idiota, hizo todo lo que él le pidió para salvar su matrimonio, uno que al parecer no sería más que una cortina para que él y Georgina pudieran estar nuevamente juntos.

«Ya nada importa, soltar también es amar», pensó con amargura.

—Por fin despiertas —esa voz no la hizo sentir mejor y como consecuencia empezó a temblar con violencia—. No, trata de calmarte, cariño, te aseguro que todo tiene una explicación.

—Ya basta —rogó angustiada y la voz le raspó en respuesta—. Por lo que más quieras, deja de jugar conmigo. —Randall la miró con tristeza—. Te abrí mi corazón, dejé que te acercaras a nuestra hija y mira lo que recibí a cambio —sollozó con amargura.

—Nunca fui a un duelo por Georgina, Seymour y yo...

—Sea cual sea la razón, nunca seré feliz mientras ella esté cerca —admitió con un hilo de voz—. Siempre pensaré que la deseas, que la prefieres a ella y sólo te conformaste conmigo porque el destino me puso como tu esposa.

—Eso no es verdad, Lilias —la voz masculina tembló—, te amé desde el primer día, cuando sólo eras una joven de quince años, si me dieras una oportunidad...

—Te di dos y me fallaste —le cortó y giró el rostro con impotencia, si tan solo pudiera salir de esa cama y huir de Kent Abbey—. Te doy tu libertad, seré tu esposa y honraré a tu familia, pero ya no seré tu compañera y amante. Limitémonos a ser cordiales.

Ella era la única culpable de su dolor, si nunca hubiera creído en sus palabras, si hubiera puesto un poco más de resistencia ante su esposo, él no habría vuelto a romper su corazón.

«Soy una tonta», empezó a llorar en silencio y si pensó que nada la haría salir de esa cama, se equivocó. Sólo hizo falta que Randall acariciara su mejilla para que ella utilizara su escasa fuerza para abandonar su lugar.

—¡Lilias! —gritó cuando cayó sobre sus rodillas, pero ella ahogó su lamento.

—¡No me toques! —ordenó al ver que pretendía sujetarla—. No quiero tu ayuda, lárgate.

—Pero...

—¡Lárgate! ¡No quiero verte! ¡No quiero saber de ti! ¡Ya déjame vivir en paz! —explotó, perdiendo los estribos, y odió que las lágrimas inundaran sus mejillas y su cuerpo empezara a sacudirse.

Ese era el poder que su esposo poseía, uno que consistía en destruirla cuando se le viniera en gana.

La puerta de su habitación se abrió y se encogió en su lugar al ver a los duques de Kent ahí, dado que sabía de qué lado estarían, pero su esperanza volvió cuando en esta ocasión, a diferencia de hacía tres años, su hermano sí hizo acto de presencia y corrió hacia ella para envolverla en sus brazos.

—Tranquila, cariño —espetó aceleradamente—, trata de calmarte, recibiste un golpe muy fuerte en la cabeza y este tipo de escenas podrían sentarte muy mal.

—Estoy cansada —confesó con desespero y lo abrazó con fuerza—. ¿Por qué tuvimos que encontrarnos con ellos? Yo... odio ser una Aldrich —admitió con congoja y no volvió el rostro para ver el semblante de su esposo, uno que le habría dicho que no era la única que tenía el corazón roto—. Desde que me casé, mi vida dejó de ser mía —pensó en voz alta—, dejé mi hogar por su culpa, tuve una hija totalmente sola y cuando regresé para empezar de cero, él movió todo a su antojo sin pensar en todo el daño que me causó en el pasado. ¿Cómo puede ser tan egoísta?

El abrazo de su hermano se hizo más fuerte y eso le permitió romper en un llanto desgarrador. Ya no estaba sola, tal vez no era nadie junto a los Aldrich, pero no se sentía tan insignificante cuando su hermano estaba a su lado.

—Quiero que se vaya, que busque a la mujer que ama y me deje tranquila. —Esas palabras provocaron que la bilis trepara por su garganta—. Rosslyn no sabe lo que es tener un padre, su ausencia no marcará una diferencia en su vida y es mejor que se marche ahora a que en un futuro, cuando ella pueda entender que él prefirió a otra mujer antes que a nosotras.

—Lilias... —intentó hablar la duquesa, pero no se lo permitió.

—No, ya hice lo que me pidió hace tres años y todo terminó muy mal para mí, no volveré a cumplir los deseos de su familia. No soy su marioneta —aseveró y giró el rostro para observar a la duquesa, ella se veía muy nerviosa—. Hice lo que hice porque quería un mejor futuro para mi hija, pero Randall ya me dejó claro que él sólo ama a la esposa de su hermano.

—¡Eso no es así! —explotó su esposo y ella se aferró a su hermano cuando dio un paso en su dirección y gracias a los santos el duque sujetó a su hijo del brazo—. Lilias, entre Georgina y yo...

—¡No me interesa! —enterró el rostro en el pecho de su hermano—. No volveré a confiar en tus palabras, mi mayor error fue creer en un granuja de tu calaña.

—Lilias...

Ella negó con la cabeza.

—Por lo que más quieras, deja de lastimarme —suplicó con un hilo de voz—. Yo nunca hice más que amarte, no merezco esto.

Y, por primera vez en años, su esposo decidió escucharla y se marchó de su habitación en silencio, dejando claro que en esta ocasión no pensaba imponerse ni obligarla a seguir sus deseos. No obstante, ¿cuánto tiempo duraría eso?

—Todo tiene una explicación —se apresuró a decir el duque y ella negó con la cabeza.

—Si tienen un poco de decencia, me dejarán tomar mis cosas y largarme junto a mi familia.

Estaba harta de seguir sus deseos y de obedecer cada una de sus órdenes, los Aldrich no elegirían el tipo de vida que ella tendría.

Randall jamás pensó que romper el corazón de una mujer le generaría tanto dolor y desesperación. Tal vez se debía al hecho de que dicha mujer era el amor de su vida, puesto que ahora mismo sólo deseaba encontrar una solución para todo el problema que acababa de provocar.

—Randall... —cerró los ojos con fuerza.

—Eres la persona que ahora mismo menos deseo ver, Seymour —reconoció y no se volvió hacia su hermano.

—Lo siento, nunca quise que las cosas terminaran así.

—Mientes —aseveró y se volvió en su dirección—. Soy tu gemelo, de alguna manera estamos más conectados de lo que quisiera —escupió y su hermano lo miró con fijeza—. Eres tan infeliz, que quisiste arruinar mi felicidad. —Seymour abrió los ojos con sorpresa—. Quieres encontrar un culpable ante la falta de amor de tu esposa hacia a ti y por eso me odias, pero ¿sabes algo?, tal vez debas preguntarte qué es lo que estás haciendo mal para que Georgina no te ame.

—Nos iremos mañana a primera hora, ella ha ocasionado...

—¡Deja de culpar a los demás por tus errores! —explotó—. No eres tan perfecto, Seymour. —Él intentó hablar, pero no se lo permitió—. ¿Crees que ganarás su amor sometiéndola? Lo que debiste hacer desde un principio, es defenderla.

—Tú qué sabes —escupió.

—Nadie la quiere, nuestra familia no la acepta y en vez de ayudarla a integrarse, preferiste inclinarte hacia nuestros padres y hermanos.

—Tienes razón —dijo finalmente, tomándolo por sorpresa—. Nadie la quiere, ni siquiera yo la soporto.

—¿Qué? —lo miró con horror.

—Voy a divorciarme, nuestros padres apoyaron mi decisión.

¿Un divorcio?

Todos los Aldrich, en algún momento, habían perseguido el divorcio y le parecía algo desquiciante que el hijo perfecto de su padre vaya a ser el primero en conseguirlo.

—¿Y Farrell? Si bien no has compartido mucho con él, tu hijo te adora y...

—Estará mejor con su madre, algún día volveré a casarme y no quiero que mi futura esposa se incomode con su presencia.

Randall selló los labios en una fina línea.

—Te la llevaste a Escocia y la embarazaste para mantenerla a tu lado, ¿y ahora que sientes que no te sirve, la desechas como a un pañuelo sucio?

—Le devolveré su dote.

¿Sería prudente pedirle que reconsiderara las cosas cuando lo mejor que podría pasarle a Georgina era recuperar su libertad?

—¿De verdad no lucharás por Farrell?

Seymour se encogió de hombros y en ese momento decidió que no tenía nada que decir. Su sobrino y amiga estarían mejor lejos de su hermano, dado que era un hombre que no quería luchar por ellos.

—Deberías hacer lo mismo —la sangre se le congeló ante su absurda sugerencia—. Oí sus gritos, ella te odia. —Empuñó las manos con impotencia—. Tal vez la solución a nuestros problemas es volver a ser dos solteros codiciados.

Randall achicó los ojos con recelo.

¿Él sólo aceptaría una buena relación si se encontraban en las mismas condiciones? Eso quería decir que a Seymour no le importaba su hermandad, él sólo quería que fuera tan miserable

como su persona porque sólo así viviría tranquilo y podría decir que su error no fue tan estrafalario.

—Amo a mi esposa y a mi hija, jamás podría renunciar a ellas tan fácilmente.

—Por favor, apenas y conoces a Rosslyn.

—¡Pero es mía! —la voz se le quebró—. Es mi sangre y lamentaré hasta el último día de mi existencia no haber estado con ellas el día de su nacimiento.

Su hermano lo miró con fijeza.

—Lilias no te soporta, ¿qué es lo que harás?

Por muy doloroso que resultara, haría lo único que podía hacer.

—Le demostraré mi amor con la esperanza de que, en unos meses, todo pueda mejorar entre nosotros.

Durante años había movido el mundo a su antojo, haciendo y deshaciendo a su beneficio, pero era momento de que aprendiera a ceder y a entender que no todo saldría como él lo deseaba.

Lilias y Rosslyn esperaron muchos años para que él abriera los ojos, ahora él tendría que esperar un tiempo para que su esposa pudiera comprender y ver lo mucho que la amaba.

—¿Estás segura de esto? —inquirió Ibrahim, viendo como su hermana acariciaba la mejilla de Rosslyn, y tragó con fuerza.

Todo sería más fácil si Randall hablara con la verdad, pero ese secreto... la piel se le erizó de solo recordarlo, ¿por qué diablos las cosas tuvieron que complicarse tanto? Todo parecía marchar tan bien entre ellos.

—Fue mi primer amor y estoy harta de que juegue con mis sentimientos, hay guerras que es mejor darlas por perdidas.

—No creo que ame a Georgina —dijo rápidamente y su hermana lo miró con fijeza.

—¿Lo estás defendiendo?

—Sólo digo lo que pienso, lo he estado observando y tú lo haces muy feliz.

Odiaba ser un hombre de palabra, todo sería más fácil si buscara la justicia y siguiera sus instintos, pero estaba claro que hasta la fecha ese lado escocés suyo no había salido a la luz.

—Quiero irme.

—¿No te mudarás a su casa? Antes de venir a Kent Abbey enviamos todo a su residencia.

—¿Vivir bajo el mismo techo que Randall? —Los ojos de su hermana se llenaron de lágrimas—. No deseo eso.

—Entiendo.

Tal vez Randall tenía sus razones para actuar de esa manera, pero Ibrahim era el hermano mayor de Lilias y en el fondo lo único que le importaba era que ella estuviera bien, por lo que no tenía mucho que pensar.

Randall cuadró la espalda al ver como Georgina ingresaba al salón de descanso y cerró las manos en dos puños al darse cuenta que ella era gran responsable de todo lo que estaba pasando.

—¿Podemos hablar?

—¿Te sientes contenta? Mira lo que tu cobardía ha provocado, mi esposa me odia, mi

hermano ha perdido la cabeza y mis padres están yendo contra sus propios principios.

—Lo sé, el duque ya me informó que se iniciará una demanda de divorcio —reconoció cabizbaja y él la miró con incredulidad.

—¿He incluso así no hablarás? —esa mujer estaba loca.

—Tu hermano nunca aceptará esa verdad, buscará culpables y me acusará.

—Fui un testigo.

—Es Seymour —susurró—, un hombre que no comete errores —lo miró significativamente.

—Esto podría solucionarse si fueras sincera.

—Una vez que me marche, Lilias dejará de preocuparse por mí.

—¿A dónde piensas irte? —curioseó—. Farrell...

—Ellos no lo quieren, así que no será un problema si dejo Inglaterra.

Quería decirle que eso no era cierto, que su familia amaba a su hijo, pero ¿sería verdad?

—Siento que las cosas hayan terminado de esta manera —se limitó a decir y ella negó con la cabeza.

—Hace tres años, eras lo único que tenía, pero ahora ya no estaré sola, Farrell está conmigo.

Quería decirle que contaba con su apoyo, que podría buscarlo cuando quisiese, pero...

—Te deseo mucha suerte.

Era momento de que pensara en su familia.

—Igualmente. —Le regaló una débil sonrisa—. Perdón por no poder ayudarte, hay secretos que simplemente no pueden salir a la luz. El mío está atorado en mi estómago y cada vez que intento hablar, sólo quiero vomitar —reconoció con timidez y él asintió.

—Te entiendo —dichas esas palabras abandonó el salón de descanso y se dirigió hacia el segundo piso, listo para tomar la decisión más importante de su vida.

El cinismo de Randall no tenía límites.

¿De verdad pensaba que después de todo lo sucedido ella volvería a confiar en él?

Estaba cansada, lo menos que deseaba era tener una relación amistosa o amorosa con él, por lo que su visita quedaba fuera de lugar.

—Creí haber sido clara contigo, yo...

—Me iré de Londres —un escalofrío recorrió su espina dorsal—. Te dejaré vivir la vida que desees, pero será en mi casa y bajo mi protección.

¿La vida que ella deseaba?, ¿qué sabía Randall de la vida que ella deseaba?

—No me interesa, quiero vivir con mi hermano y...

—Mañana volveremos a Londres, me encargaré de que Rosslyn y tú se instalen en nuestra casa y luego me marcharé.

¿Esa era su solución? ¿No se suponía que los granujas eran osados y sinvergüenzas?

«El mío es un cobarde».

—Tendrás todo mi dinero a tu alcance, no necesitas pedir permiso y...

—Nunca me interesó tu dinero —la voz le tembló—. Jamás pensé en utilizarlo. —Odió qué la visión se le cristalizara—. Tu huida no le dará una solución al problema, debemos divorciarnos.

—Lo menos que deseo es dejarlas, pero necesitas un tiempo para pensar las cosas con más calma. Tienes razón, todo ha pasado muy rápido y he sido egoísta al no dejarte elegir.

—Elegí el divorcio.

—Me temo que esa nunca será una opción, te amo demasiado como para dejarte ir.

¿Cómo se atrevía a hablarle de amor cuando intentó traicionarla con la esposa de su hermano?

—Si quieres irte de Londres, perfecto, no soy quién para retenerte. —Clavó la vista en su regazo—. Además, me parece justo, no estoy dispuesta a abandonar mi hogar y todo lo que conozco una vez más por tu culpa.

Hace tres años huyó como una cobarde cuando sólo era una inocente, en esta ocasión no volvería a cometer el mismo error.

—Entiendo —susurró él y Liliás se recostó sobre el mullido colchón, dándole la espalda.

—Si eso es todo, puedes salir de mi vida tranquilo.

Un largo y tenso silencio se cernió sobre la estancia y cuando pensó que iba a darle una respuesta, él simplemente se marchó.

Estaba claro que esto había llegado a su fin.

Su matrimonio estaba perdido.

Capítulo 30

“No existe mujer capaz de resistirse a los diamantes. No obstante, me queda claro que no todas son dignas de uno. Me pregunto si el nuevo club de la ciudad será muy exclusivo con sus miembros

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Siete meses después

Lilias debía admitir que, junto a los Aldrich, todo sucedía demasiado rápido. Sonrió con diversión, en otra ocasión lo habría visto como algo malo, pero ahora mismo se trataba de la inauguración de su club, un proyecto que pensó que tomaría un par de años en efectuarse, pero sus cuñados se encargaron de que no fuera así.

—No sé mucho de clubes, pero juraría que Diamantes será un éxito total —espetó Eugenia, quien estaba ataviada en un hermoso vestido azul real, y su hermano gruñó con disgusto mientras los tres observaban a las mujeres que ingresaban por el alto portón.

Todas habían escondido adecuadamente su identidad.

—No sabrás mucho del tema porque las mujeres como tú, no frecuentan estos establecimientos, Eugenia.

Lilias enarcó una ceja, entretenida.

—En realidad, este club está pensado para mujeres como Eugenia.

Su hermano la fulminó con la mirada y le tendió a ella y a su amiga sus máscaras.

—Mi secretaria y mano derecha no asistirá a este club —zanjó y ambas mujeres se rieron por lo bajo, en los últimos siete meses muchas cosas habían cambiado en sus vidas.

Ahora Lilias tenía un negocio y Eugenia trabajaba junto a su hermano haciendo un excelente trabajo como decoradora de interiores. De alguna manera, los tres eran exitosos, pero ella se sentía un verdadero fracaso.

«No pude retener al hombre que amo a mi lado», pensó con amargura y se ató la máscara con movimientos escuetos. «Tal vez no nací para ser feliz en mi matrimonio, pero al menos ahora tengo mi propio imperio».

Este era el hogar y la estabilidad que siempre quiso. Sin embargo, por un momento pensó que su satisfacción al conseguir sus objetivos sería más grande.

—¿De verdad pretendes dejarme aquí y marcharte? —preguntó con dureza, observando el macizo escritorio de su esposo, y apenas y pudo creer que hace menos de un mes visitó ese lugar para pedirle el divorcio.

—¿Tengo otra opción? —preguntó con frustración y la buscó con la mirada—. No me soportas, ¿estarías dispuesta a vivir conmigo?, ¿algún día podrás escucharme y aceptar mis disculpas?

—No —respondió tajante y cerró las manos en dos puños—, pero no tienes que marcharte de tu casa, estoy dispuesta a vivir con mi hermano y...

—Esta es tu casa, al igual que la de mi hija y quiero que se queden aquí.

¿Estaba tratando de manipularla?

—Si esa es tu decisión, no objetaré. —Si él quería marcharse, podía hacerlo. No pensaba ser misericordiosa y brindarle una nueva oportunidad, estaba harta de lidiar con un granuja de su

calaña—. Después de todo, tengo muchos proyectos en mente como para permitir que esto altere mis planes.

No tendría un futuro junto a su esposo, pero al menos podía trabajar en uno próspero y lleno de grandes logros.

Por un momento pensó que Rosslyn y su club eran lo más importante y lo único que necesitaba para ser feliz, pero todo indicaba que la realidad era otra. Le hacía falta algo más o, mejor dicho, alguien más, no obstante, ese alguien estaba muy lejos y posiblemente disfrutando de su vida con otra mujer.

—¡Lilias, Lilias! —los gritos de Eugenia la instaron a abandonar su lugar detrás de su escritorio con nerviosismo, ¿por qué se oía tan alterada?

—¿Qué sucede? —salió de su despacho, pero paró en seco al ver a su amiga frente a ella—. ¿Pasó algo malo?, ¿dónde está mi hermano? —Ellos siempre estaban juntos.

—Ibrahim es lo de menos. —La empujó dentro de la estancia y cerró la puerta a su espalda—. Hay algo que debo decirte, es muy grave y puede que la noticia no te siente bien.

La garganta se le cerró, ¿por qué sentía que iba a hablarle de Randall?

—Me estás poniendo nerviosa, dime qué pasó.

—El divorcio de lord Seymour y Georgina se oficializó hace tres días. —La sangre se le congeló, al final de todo, los Aldrich no hicieron nada por la rubia y optaron por acelerar el proceso de divorcio.

—Vaya... no quisiera ser ella ahora mismo —comentó con incomodidad, había estado en ese lugar y no era algo que le deseara a nadie—. Yo... me siento culpable, tal vez...

—Ella se fue con un hombre. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal y miró a su amiga con fijeza—. Odio decirte esto, pero siento que ellos dos... —Lilias alzó una mano para pedirle que guardara silencio.

—No me interesa.

—Pero...

—Ellos se aman, tal vez su destino es estar juntos.

—Es tu esposo —siseó y ella negó con la cabeza.

—Pero no mi hombre, así que nunca podré retenerlo a mi lado.

Georgina era la mujer que Randall amaba y lo más sensato y sano para todos sería aceptar sus sentimientos y dejarlo ser feliz y libre con ella.

—Una inauguración con cincuenta miembros debe considerarse todo un éxito, ¿no creen? —inquirió la hermosa castaña de vestido blanco y máscara dorada y Lilias ensanchó su sonrisa.

—¿Dirías que vamos bien?

—Si vieras mi libro de cuentas, sabrías que vamos mejor que cualquiera.

Hizo bien al nombrar a Olivia como su administradora, su amiga era una mujer muy inteligente y capaz, y nadie mejor que ella para cuidar de las finanzas de su club.

—Grandioso.

—Kate ya se encuentra con nuestros miembros más importantes, enseñándoles nuestros salones. —Lilias observó a la mujer que estaba registrando a sus miembros detrás de una mesa—. Lo hará bien, Penelope es una mujer muy lista.

—Sí, pero una vez que su hermano regrese, ella no podrá frecuentar el club, no quiero problemas con el duque de Richmond —admitió y Olivia asintió.

—Aún falta un par de meses para que el duque regrese de su viaje por América, así que no

debes preocuparte.

Al final de todo, según Penelope, su hermano alzó las manos en cuanto a su futuro matrimonial porque su mejor candidato terminó saliendo de Inglaterra y hasta la fecha nadie conocía su paradero.

«Tal vez fue a buscarlo», pensó ella, dado que el hombre era bastante perseverante cuando se lo proponía y finalmente se encogió de hombros, era muy pronto para preocuparse por el duque, ahora mismo debía enfocarse en su club.

Si bien Diamantes tenía como objetivo llegar a las solteronas de Gran Bretaña, eso no impidió que las viudas y mujeres cuyos maridos las tenían muy descuidadas mostraran interés por el lugar.

—Deberías ir con tus socios —comentó su hermano de repente, captando su atención e indicándole a tres personas que se encontraban en el primer piso.

Eran el marqués de Sutherland y los vizcondes de Portman, sus principales socios y cuñados. Suspiró, había intentado reunirse con ellos lo menos posible y si bien ellos nunca intentaron hablarle de Randall, le seguía resultando incómodo tratar con los Aldrich.

Hace siete meses dejó muy en claro que no quería tener nada que ver con su familia política y ellos respetaron su decisión, aunque los duques seguían visitando a Rosslyn, su adorada nieta.

—Entiendo. —Dejó a su gente atrás y bajó las escalinatas con paso resuelto, manteniendo la frente en alto, pero todo su cuerpo tiritó cuando los ojos de Seraphina se posaron en ella.

—Resultó mejor de lo esperado, querida —agitó su abanico y Liliás asintió.

—Es agradable tenerlos aquí.

Habían acordado que ella figuraría como única dueña ante sus miembros, pero por detrás todos trabajarían en conjunto para la toma de decisiones.

—Si no fuera una vizcondesa felizmente casada, sería un miembro muy importante —añadió su cuñada y la comisura de su labio tembló al mismo tiempo que el vizconde gruñó—. ¿Qué? ¿estás celoso?, ¿por qué mejor no damos un paseo? —Seraphina se llevó a su esposo hacia el interior del club con una sonrisa de oreja a oreja y Liliás sintió algo de envidia al percatarse de la gran conexión que ellos poseían.

—Es envidiable, ¿verdad? —inquirió el marqués, demandando su atención, y ella conectó sus miradas—. Me gustaría que hablemos en tu despacho.

Connor Aldrich era un hombre inteligente y astuto, por lo que no le estaba pidiendo esa audiencia con la intención de alabar el club, sino por algo más.

—Por supuesto.

Su despacho estaba en el tercer piso, Diamantes no poseía tantos pasadizos como Las garras de Lucifer o Triunfo y derrota, puesto que sus miembros no querían ensuciar sus lindos vestidos.

—Me gustaría que fuera directo —espetó una vez que estuvo detrás de su escritorio—. Sé que no está aquí para hablar del club, del clima ni mucho menos de su trabajo en el parlamento. —Su cuñado enarcó una ceja con cinismo—. No sé nada de su hermano.

—Sé que Randall le hace llegar fuertes sumas de dinero.

—Nunca usé ni un solo penique.

—Su administrador no quiere darme su paradero y me parece un poco alarmante, él no descuidaría su negocio por tanto tiempo.

—¿Habló con Archie Kilbrenner? Ellos son grandes amigos, quizá él pueda darle algo de información.

—Randall cortó contacto con todos sus conocidos, es como si la tierra se lo hubiera tragado.

¿Por qué lo hizo? No tenía la menor idea, pero lastimosamente las palabras simplemente salieron de su boca sin contemplar las consecuencias.

—Tal vez huyó con alguien y no desea ser encontrado. —Pudo percibir el momento exacto en el que la tensión se apoderó del marqués—. Él se marchó sin mirar atrás, ¿Por qué sabría dónde se encuentra? —preguntó con nerviosismo, tratando de camuflar su imprudencia.

—Porque eres la mujer que ama y su hija está bajo tu cuidado. —Lilias se rio por lo alto—. ¿Tan gracioso te resulta el sentir de mi pequeño hermano?

—Si su hermano me amara, no me habría abandonado —escupió con rencor y el marqués esbozó una ancha sonrisa, maldición, acababa de revelar lo mucho que le dolía la partida de Randall.

—Él le brindó su espacio porque si no mal recuerdo, usted le ordenó que saliera de su vida.

—¿Y qué quería que hiciera? —explotó—. ¿Quedarme a su lado para ver como anhelaba estar con otra mujer?

—Usted es bastante celosa —comentó con diversión y Lilias gruñó—. ¿De verdad cree que, si Randall hubiera amado a Georgina, se habría casado con usted? —Se tensó—. Estamos hablando de un granuja consagrado, el peor de todos, un hombre que no conoce los límites y no le teme al escándalo.

—No sé a dónde quiere llegar —siseó y el pelinegro se rio por lo bajo.

—Hacerse la desentendida no aminorará su culpa, admita que hizo mal al no escuchar su versión.

—¿Por qué debía brindarle una tercera oportunidad a un hombre que no hacía más que decepcionarme? No permitiré que me genere una inseguridad cuando lo único que hice fue cuidar mi corazón.

—Entiendo —reconoció más tranquilo—, espero que esté sano.

—¿Qué? —abrió los ojos con sorpresa.

—Su corazón, hizo mucho para protegerlo, supongo que lo tiene intacto. —La visión se le cristalizó y apretó la mandíbula—. Sé que mi hermano no es un dechado de virtudes, durante años fue el demonio en persona para nuestra familia, pero ¿sabes algo, Lilias? —dejó las formalidades de lado—. Creo que te encontraste con el Aldrich más puro y noble, pero también idiota.

—¿A dónde quiere llegar?

—Hay una parte de la historia que todos desconocemos y Randall nunca intentó sacarla a la luz porque se supone que eso podría exponer a una persona que quiere mucho.

—Si esa persona es más importante que su matrimonio...

—Es tan noble que intentó que ambos bandos terminaran bien, pero no pudo manejar la situación.

¿Sería verdad?

—¿Importa? Él se marchó y...

—Claro que importa, porque si él regresa, tendrás que elegir correctamente tus palabras para no provocar una nueva partida.

Si Randall regresaba, lo último que ella querría sería que volviera a irse.

—¿Y si se fue con Georgina? —quiso saber y el pelinegro negó con la cabeza.

—Estoy seguro de que no lo hizo.

Pero él estuvo seguro de que Randall nunca la lastimó durante su matrimonio y sí que lo hizo, por lo que no conocía toda la verdad y también podía equivocarse.

—Tomaré en cuenta sus palabras, milord —espetó finalmente, no deseaba empezar una pelea

con el marqués, el hombre le caía bien y era uno de sus socios mayoritarios, por lo que lo mejor sería mantener una buena relación—. Si algún día su hermano regresa —«si es que lo hace»—, seré menos explosiva.

El marqués la miró con fijeza por largos segundos y luego se rio, ella enarcó una ceja en respuesta.

—No me gusta hablar del tema, pero yo encontré a mi esposa en los brazos de otro hombre y malinterpreté muchas cosas. —La sangre se le congeló, ¿por qué le estaba contando eso?—. Le causé un gran daño que ella no merecía sufrir y hasta la fecha me arrepiento por no haber aclarado las cosas desde un principio.

—Ya cometí ese error, voy al cuarto año de un infeliz matrimonio —aclaró y él asintió.

—Podrías impedir que llegue al quinto —le guiñó el ojo y abandonó su lugar con elegancia—. Eso es todo por hoy, no pienso quedarme porque mi esposa me espera en casa y odio hacerla esperar —la miró significativamente—. El tiempo no perdona.

¿Por qué venía a sermonearla a ella?, ¿por qué diablos no iba en busca de Randall para traerlo de las greñas?!

Era él quien estaba alargando su espera de una manera alarmante.

¿Acaso su esposo no se daba cuenta que su hija estaba creciendo sin un padre a su lado y que ella lo necesitaba en esta nueva etapa de su vida?

Capítulo 31

“Lady Lillas Aldrich pronto cumplirá un año más de vida, me pregunto si en este cumpleaños su marido se ausentará una vez más

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Tres meses después

—Me niego a aceptarlo —espetó Penelope con enojo y se cruzó de brazos con un tierno mohín en los labios—. Tienes el dinero de sobra para festejar tu cumpleaños número veinticuatro, así que organizaremos la fiesta del año.

—¡Sí! —gritó su hija con regocijo y Lillas le sonrió con ternura, nunca se imaginó que su amistad con Penelope Humphrey llegaría lo suficientemente lejos como para que ella viniera a tomar el té a su casa y a jugar con su hija en sus tiempos libres.

—Tú no podrás asistir, cariño —acarició la coronilla de su pequeña—. Y no, no quiero celebrar nada, ¿ya leíste la nota de Berricloth?

—¿Te sigue afectando lo que esa mujer escribe? —la miró con aburrimiento, hace diez meses ella no había pensado de igual manera—. A estas alturas muchos ya son inmunes a su veneno.

—No me molestan sus comentarios hirientes y fuera de lugar, sino el hecho de que nunca he celebrado un cumpleaños junto a mi esposo.

La pelinegra la miró con interés.

—¿Hablaste con su administrador? —indagó con cautela.

—Le dije que quería escribirle y me dijo que lo hablará primeramente con él.

—Bueno, tu esposo ya sabe que quieres reunirte con él, así que sólo debes esperar.

—Estoy harta de esperar —reconoció con cansancio y su amiga le dio un breve sorbo a su taza de té—. No quiero una fiesta, odio a la nobleza inglesa.

—Podríamos celebrarla en el club —la miró significativamente—. Una mascarada llena de diversión y misterio.

—No pienso engañar a mi esposo.

—Lo sé, lo sé, pero estarán Olivia, Kate y nuestras amigas. —Lillas meditó la situación, un evento especial en su club no sonaba nada mal—. No hiciste ninguna fiesta con temática, sería interesante innovar, ¿no crees?

—¿Y tú cómo sabes sobre fiestas con temáticas?

—He escuchado un par de conversaciones —se ruborizó—. Algunas del mejor amigo de mi hermano y otras en el club, mientras superviso todo.

—Me gusta la idea, pero no quiero celebrar mi cumpleaños de esa manera.

Lo cierto era que prefería creer que ese día era uno común y corriente.

—Por favor, sólo piénsalo, ¿sí? —rogó con ternura, aleteando sus largas pestañas.

—Mi cumpleaños es en catorce días y tu hermano llegará en quince, estoy segura de que no podrás asistir.

—¡Iré! —decretó, y su hija y ella respingaron en su lugar—. Por favor, necesito vivir una aventura de verdad y tu fiesta de cumpleaños será la excusa perfecta para olvidarme, por unas horas, de mi identidad.

—¿Quieres utilizarme? —la acusó con la mirada, pero trató de controlar su risotada.

No podía culparla, después de todo, su club fue creado justamente para ayudar a mujeres

como Penelope.

—Sólo piénsalo, Olivia ya se encargó de cotizar todo lo que necesitaremos y cree que será un éxito si abrimos las puertas del club a ciertos caballeros.

—¿Lo hablaron con Rosemary? —abrió los ojos con sorpresa y Penelope asintió.

—Está encantada con la idea, denominó la fiesta como “Noche de perdición”.

Y si Seraphina amaba la idea, sus socios también lo harían y por ende su opinión dejaría de tener mucha relevancia. Observó a Rosslyn con cansancio, para ella un cumpleaños perfecto habría sido todo un día con su pequeña y su esposo.

«Deja de soñar, sabes que está con Georgina», le dijo una vocecilla y tragó con fuerza, recordando las palabras de su cuñado, quien le garantizó que eso no era así, pero ¿podía confiar en alguien que ni siquiera sabía dónde se encontraba Randall?

«Claro que no, de Randall puede esperarse cualquier cosa».

—Está bien —susurró finalmente y su amiga le regaló una radiante sonrisa.

—Será una fiesta maravillosa —abandonó su lugar con rapidez—. Yo la organizaré, me encargaré de que seas la mujer más bella del evento y te prometo que todo el mundo hablará de Diamantes —regocijó en su lugar y aplaudió con entusiasmo, totalmente eufórica.

—Veo que la están pasando muy bien —dijo una tercera voz y todo rastro de felicidad se esfumó del rostro de su amiga y se quedó inmóvil en su lugar.

Penelope era algo tímida en presencia de los hombres.

—¿No sabes tocar, hermano? —volvió el rostro para reprenderlo con la mirada y estiró el cuello con interés al ver al señor Spinster ahí, él estaba muy concentrado en su amiga.

—Lamento la interrupción —espetó el hombre de cabellera trigueña con una sonrisa coqueta—. Espero puedan ponerme en su lista de invitados, encantado asistiré a esa velada —sus ojos ambarinos se oscurecieron y Penelope regresó a su lugar y empezó a jugar con Rosslyn.

—Por supuesto. —Lilias se incorporó y frunció el ceño al ver a su hermano tan serio—. ¿Sucedio algo?

—Hay un tema que me gustaría hablar contigo.

Pocas veces había visto a Ibrahim tan preocupado.

—¿Ahora?

—Travis atenderá a lady Humphrey, después de todo, son vecinos.

Tal vez eran vecinos, pero ella había notado que su amiga no se sentía del todo cómoda junto al americano.

—Será un honor —se apresuró a decir el hombre.

—Pero...

—Es urgente —insistió Ibrahim y algo en su interior se oprimió. La garganta se le cerró de camino al despacho de su hermano, estaba claro que él no traía buenas noticias consigo.

—¿Puedes decirme qué está pasando? —preguntó una vez que estuvieron en el despacho y su hermano se frotó el rostro con cansancio.

—Killian está en Londres. —La sangre se le congeló—. No conozco sus motivos, pero según una fuente cercana sus padres murieron y ahora él es el dueño de la destilería.

Su pasado los había alcanzado hasta Londres, pero...

—No creo que intente lastimarnos, ¿verdad? —la voz le tembló, ¡no quería que Rosslyn estuviera en peligro!—. La destilería es suya, nunca haremos nada para arrebatársela.

—Tranquila —acunó sus brazos con ternura—. Lo tengo muy bien vigilado, por un momento no quise decirte nada, pero no sería justo esconderte algo así.

—No, claro que no —susurró con nerviosismo—, si me lo hubiera encontrado en la calle me

habría desmayado del miedo.

Killian no podía ser mejor persona que sus padres y si llegaba a enterarse de que gozaban de una buena vida, vería la manera de aprovecharse de la situación.

—Lo sé —acarició su coronilla con ternura—, pero no vine hasta aquí sólo para darte malas noticias.

¿Su visita no se trataba únicamente de su primo?

—¿De qué se trata?

Su hermano ensanchó su sonrisa y estiró los brazos con suficiencia.

—Buscaré una esposa. —Un tenso silencio se cernió sobre sus hombros—. ¿No estás feliz?

—¿A qué te refieres con «buscaré una esposa»? —preguntó lo primero que se le vino a la mente.

—Bueno, debo buscar entre las damas solteras una heredera que pueda ayudarme a escalar socialmente.

«No puede ser», pensó con desespero.

—Pero... ¿acaso no estás enamorado? —Durante todo este tiempo pensó que entre su hermano y Eugenia estaba creciendo un amor genuino.

—No de una heredera, así que debo cambiar eso —comentó distraídamente y ella negó con la cabeza—. ¿No te gusta la idea?

—No creo que a tu esposa le guste convivir con Eugenia, ustedes casi nunca se separan

—Sabré administrar mis tiempos —la miró con recelo.

—¿Ella lo sabe?

—Todavía no, se lo comentaré dentro de poco porque quiero que me ayude con la búsqueda.

—¡No! —chilló con horror.

Eso destruiría el corazón de su amiga.

—¿Por qué no? Ella sabe mejor que nadie qué espero de mis negocios.

—No todo en la vida son tus negocios, hermano, ¿para qué quieres prestigio y dinero si lo tienes de sobra? Los Aldrich te ayudaron en todo y...

—Quiero conseguirlo por mis propios medios —siseó, dejando claro que no le gustaba tocar ese tema.

—Es una locura —susurró y se frotó las sienes con irritación—. ¿Por qué diablos buscarías un matrimonio por conveniencia si tienes todo para tener a la mujer de tu vida?

¡La mujer de su vida vivía en su casa y estaba en sus narices!

¿Acaso Ibrahim podía ser más idiota?

—La decisión está tomada y Travis cree que es lo mejor, incluso él está decidido a buscarse una esposa esta temporada.

—¡La temporada está a punto de terminar!

—La encontrará antes de que termine el mes —aseguró y ella tragó con fuerza.

—¿Y tú?

—No, esperaré un poco, aún es muy pronto y lo poco que he visto no me ha gustado.

Porque ninguna mujer sería mejor que Eugenia para él.

«Como sea», el tiempo lo hará abrir los ojos, determinó más tranquila.

—Bien, si eso es todo, ¿podemos volver al salón?

Ibrahim asintió y cuando regresaron al salón, se encontraron con el señor Spinster en la estancia, junto a la ventana, mirando a la nada.

—¿Dónde están Rosslyn y Penelope?

—Lady Humphrey dejó a la pequeña con su niñera y se marchó antes de tiempo, dijo que le

escribiría para acordar los detalles de su fiesta. —Ni siquiera le dirigió la mirada, él estaba concentrado en lo que sea que estuviera mirando en la calle—. Es hora de que me retire.

—Creí que esta noche cenaríamos juntos —comentó su hermano.

—Cambio de planes, por ahora te dejo en buenas manos —miró a Lillas y le guiñó el ojo—. La veré en su cumpleaños, milady —dejó un casto beso en su mano y se marchó con paso resuelto.

—Extraño, estaba de muy mal humor cuando llegamos —comentó su hermano y ella suspiró.

—Ven, le diré al mayordomo que cenarás conmigo esta noche.

—Tu felicidad me abruma.

—Haré que un carruaje vaya por Eugenia, no quiero que coma sola.

Su hermano la miró de reojo.

—Es una empleada, no deberíamos ser tan condescendientes —paró en seco y lo miró con incredulidad.

—Es nuestra amiga.

Su hermano se pasó una mano por sus cabellos castaños.

—Mi esposa nunca la querrá en la mesa.

—Tu esposa no la querrá en tu vida, pero no importa, ella siempre tendrá un lugar en mi casa.

Odiaba admitirlo, pero estaba bastante segura de que pronto Eugenia se presentaría ante ella con el corazón roto y las esperanzas acabadas. De nada le sirvió a su amiga ahorrar su dinero por meses, al final ese monto sería insignificante para Ibrahim y nunca sería tomado en cuenta como una dote.

Charlotte Humphrey, una de las hermanas pequeñas del duque de Richmond, no compartía una buena relación con Penelope —la principal responsable de que ningún hombre quisiera casarse con ella—, por lo que no le causó nada de gracia que su hermana mayor estuviera tan animada.

—Se trae algo entre manos —comentó y Arabella, su hermana más pequeña, la observó de reojo.

—Sólo está feliz, sin Augustus aquí, se siente más libre y menos juzgada.

—Necesita mano dura, por su culpa...

—No fue su culpa —le cortó, dado que sabía lo que iba a decir—, estuvo en el lugar equivocado en el momento incorrecto.

Charlotte rodó los ojos con aburrimiento, Arabella era demasiado inocente.

—Como sea, pienso escribirle a nuestro hermano.

Porque sólo su hermano sería capaz de descubrir en qué diantres estaba metida su *adorada* Penelope.

Cuatro días, en cuatro días sería su cumpleaños y Lidias no tenía la menor idea de por qué se encontraba ahí. Randall estaba lejos de Londres, su carta no le llegaría en unas cuantas horas, tal vez tomaría meses para que la recibiera, pero... aferró el sobre contra su pecho.

—Quiero que él conozca mis sentimientos —susurró para sí misma y tiró de la aldaba para

hacer notar su presencia.

Tal y como lo había esperado, no demoró mucho en ser guiada hacia el despacho del administrador de su esposo, quien se mostró gratamente sorprendido al verla ahí. No obstante, no fueron sus grandes ojos lo que la incomodaron, sino el hecho de que él no estaba solo.

Isacc Kilbrenner estaba ahí.

—Lady Aldrich. —El Sr. Davis abandonó su lugar de un salto—. No esperaba su visita. —Ella observó con cautela los escuetos movimientos del señor Kilbrenner.

Era diferente a lord Archie, no era tan agradable ni divertido y, por lo que tenía entendido, era un pésimo esposo.

—Lady Aldrich, al fin tengo el gusto de reunirme con usted. —¿Era ironía lo que percibió en su voz?—. Tengo entendido que mi socio y gran amigo salió del país por su causa.

Apretó la mandíbula, ahora entendía por qué no tenía tantos amigos.

—El gusto es mío —hizo una leve inclinación de cabeza y se acercó al administrador de su esposo—. Quiero que le haga llegar esta carta a mi esposo. —Le tendió el sobre que estaba sellado—. Es de suma importancia que él la reciba.

Después de todo, hace diez meses, él le había dicho que quería conocer su letra, le parecía la oportunidad perfecta para que empezaran a compartir sus primeras cartas.

—Como usted ordene, milady —la sujetó con rapidez y ella tragó con fuerza.

—Eso sería todo —su voz tembló y se despidió de ambos hombres para salir huyendo de ese lugar, antes de que pudiera arrepentirse por haber escrito esa carta.

No lo entendía, si él la había traicionado, ¿por qué seguía amándolo de esa manera?

El Sr. Davis observó como lady Aldrich se retiraba e hizo el ademán de llamar a su criada para que se encargara del envío de la carta; no obstante, lord Kilbrenner se la arrebató.

—Milord... —su acción lo dejó desconcertado.

—Esa mujer arruinó el espíritu de mi socio, ¿por qué enviarle una carta que podría generar más problemas?

—Tengo la orden expresa de informarle cualquier noticia referente a su esposa.

—Soy uno de sus mejores amigos, yo me encargaré de entregarle la carta —zanjó y se marchó sin mirar atrás, dejándolo tan tenso como una vara.

Quería recuperar la carta, pero no sería muy sabio de su parte desafiar a su mejor cliente, ¿verdad?

Ladeó el rostro, en esta ocasión, no tenía más opción que confiar en que lord Kilbrenner haría lo correcto.

La espera se le estaba haciendo eterna y Randall debía admitir que su paciencia estaba resultando admirable, puesto que en el fondo sólo quería cabalgar hasta Londres, ingresar a su casa, besar a su esposa y quedarse con ella y su hija.

Alborotó sus cabellos negros con desespero.

Davis le había comentado que ella quería hablar con él, pero Randall temía que Liliás

intentara pedirle una vez más el divorcio, por lo que como el cobarde que era, se mantuvo al margen de la situación y esperó una nueva noticia referente al tema. No obstante, esta nunca llegó.

—Si estuviera en tu lugar, viajaría por el continente —comentó Isaac, acariciando los lomos de los libros de su pequeña biblioteca, y él negó con la cabeza.

—No me iré, ¿qué tal si ella me necesita?

—En dos días será su cumpleaños y lady Berricloth se ha estado burlando de ella porque nunca estás a su lado —acotó Archie con preocupación—, creo que deberías volver.

—¿Crees que no quiero volver? —preguntó con impotencia—. Estoy loco por ver a mi esposa e hija, pero no quiero estropear su calma, ¿qué tal si mi llegada las altera más de lo debido? —exteriorizó su temor con voz ronca—. Ella ha abierto su club, está feliz junto a su gente, ¿qué tal si lo estropeo todo?

—Ella fue una imposición —espetó Isaac de repente—, nunca la quisiste como esposa, pero...

—La amo, me enamoré de ella incluso antes de saber que era mi esposa, por lo que estoy seguro de que Lillas es la mujer de mi vida. —No le daba vergüenza hablar de sus sentimientos, estaba tan seguro de lo que sentía por esa mujer, que se sentía orgulloso de poder decirlo en voz alta—. Quiero su amor y la razón por la que no me acerco a ella es porque sé que imponiéndome ante ella no conseguiré nada.

—Huyendo tampoco —soltó Isaac con sequedad, captando su atención—. La distancia sólo los está lastimando.

—Vaya... —Archie esbozó una sonrisa socarrona—. El peor esposo de Gran Bretaña está dando consejos de amor.

—El que no ame a la arpía de mi esposa, no quiere decir que no sepa amar —aclaró el castaño con disgusto y Randall suspiró.

—Ella cree que amo a Georgina.

—Si te rehúas a darle las pruebas contundentes de que no es así, yo también creeré lo mismo —añadió Isaac y Archie asintió.

—Pero esa verdad podría lastimar a muchas personas.

—Como también salvar tu matrimonio.

Le parecía algo desquiciante que fuera el frío Isaac quien le estuviera dando esos consejos.

—Tal vez, lo primero que debes hacer es acomodar tus ideas y darles un orden a tus prioridades —sugirió Archie con cautela—. En el fondo, sabemos que no quieres herir a nadie, pero esa necesidad de proteger a alguien está lastimando a tu esposa, hija y a ti.

Era verdad, pero...

—Ella te envió esto. —La sangre se le congeló cuando Isaac le entregó un sobre sellado y lo miró con fijeza—. Lo tengo desde hace dos días, necesitaba conocer tus sentimientos antes de entregártelo.

—¿Por qué no me lo diste antes? —farfulló con enojo y se lo arrebató.

—Porque no quería que lady Lillas se humillara una vez más y deseaba saber si sabrías responder a su llamado.

Randall miró la carta.

—Iré por ella —zanjó con determinación y sus amigos le regalaron una sonrisa llena de aprobación— Ella me desafió, pero jamás dejaré que gane el combate.

Capítulo 32

“Lord Randall está de regreso, pero no estoy segura si llegó para luchar por su matrimonio o para arreglar sus diferencias con lord Seymour

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Penelope habría sido una excelente esposa para cualquier hombre.

Al menos eso creía Liliás, puesto que sólo hacía falta ver su trabajo para percatarse de la excelente educación que recibió para ser una anfitriona. Su club no sólo se veía hermoso, sino que destilaba elegancia y prestigio. Las telas color dorado colgaban del techo, generando un laberinto ligero en el salón principal y las arañas brindaban la iluminación necesaria para brindarle misterio al lugar.

Era fascinante y su amiga se había encargado de que ella fuera la única mujer vestida de dorado esa noche.

—Es precioso —reconoció con un hilo de voz y abrazó a su amiga, quien llevaba un vestido carmesí y una máscara a juego.

También se veía hermosa, su cabellera negra resplandecía sin esfuerzo alguno.

—Me alegra que te guste.

Jamás se imaginó que una mujer como Penelope sería capaz de brindarle una amistad tan bonita, quizá cometió un error al juzgarla desde un principio. Después de todo, todos merecían una oportunidad.

—Sin embargo, el juego no consiste en quedarnos paradas aquí —aclaró Kate con entusiasmo, blandiendo su abanico lila—. Es hora de entrar y tomar diferentes caminos.

Liliás miró a sus tres amigas con fijeza.

—Cúidense mucho, no quisiera...

—Seremos cuidadosas —le cortó Olivia—, después de todo, somos damas honorables.

—Y solteronas —observó y todas se rieron por lo bajo—. Si se presenta algún tipo de inconveniente, no duden en buscarme.

Las tres asintieron, pero algo le dijo que ellas no interrumpirían su noche ni aunque el mismísimo diablo llegara al lugar.

—Tú solo entra y disfruta —espetó Kate y la empujó de la espalda para instarla a avanzar—. Y no tengas miedo, tu hermano no vendrá.

—¿Ah sí? —se sorprendió.

—No dejó que Eugenia viniera y por ende ella no lo dejó asistir a él.

Esa noticia le generó algo de diversión, pero también tristeza.

¿Por qué su hermano no aceptaba sus sentimientos y desposaba a su amiga?

—Disfruta. —Olivia la hizo volver en sí—. Los invitados ya están en el lugar, así que no te sientas abrumada por la multitud.

Ese comentario le hizo percatarse de un hecho: era la primera vez que bajaba a su club cuando este estaba en funcionamiento, normalmente siempre se encerraba en su oficina hasta que la noche llegara a su fin.

Era su creación, pero todo le resultó bastante nuevo.

Escuchó un torrente de carcajadas al lateral del salón y se acercó a la ruleta, donde muchas mujeres con sus acompañantes estaban atentos al mazo que giraba y giraba a toda velocidad.

Una de las atracciones más grande de su club era el premio de oro, uno que era casi imposible de ganar, pero que prometía una fortuna de cinco mil libras al que lo consiguiera.

Hasta la fecha, nadie lo había conseguido, pero todos los jugadores le habían permitido juntar veinte mil libras.

Se rio por lo bajo.

La euforia, la felicidad y la ambición podían ser bastante peligrosas cuando se juntaban. Un lacayo le ofreció una copa de champagne y Liliás la aceptó con cierto nerviosismo. No era buena con el alcohol, pero tampoco una principiante, por lo que un par de copas no dañaría a nadie.

Por el rabillo del ojo vio como un hombre avanzaba en su dirección y se escurrió por uno de los pasillos. Lo menos que quería era que la gente pensara que estaba ahí para recibir placer, ella jamás engañaría a Randall de esa manera. Recordó el salón de baile y se dirigió hacia el mismo con paso apresurado, quedando gratamente sorprendida al darse cuenta que sus miembros realmente anhelaban bailar con apuestos hombres.

No podía culparlas.

La sensación era simplemente maravillosa.

Liliás aprovechó que se encontraba totalmente sola en el segundo piso y se abrazó a sí misma, balanceando su cuerpo hacia adelante y hacia atrás, y cuando giró sobre su eje, dio un paso hacia atrás cuando un extraño hombre se cernió sobre ella y la acorraló contra la balaustrada.

—¿Qué hace? —no dejó que la voz le temblara y se alarmó al percatarse de que su máscara no dejaba un atisbo de piel al descubierto—. Señor... —Él acarició su brazo desnudo con descaro y sujetó su mano con tal precisión que no le dio oportunidad alguna de liberarse cuando la guio hacia el primer piso—. Espere, yo...

La pegó a su cuerpo de un tirón y la instó a unirse a los demás bailarines. No podía negar que su ritmo era maravilloso y por un momento se sintió en las nubes por su agradable olor; no obstante, sentirse tan cómoda en sus brazos la inquietó de otras maneras, por lo que ni bien se le presentó la oportunidad en un giro, salió huyendo de su alcance.

Todas sus alarmas se prendieron cuando el misterioso hombre no se dio por vencido y decidió seguirla.

¿Quién era?, ¿por qué no la dejaba tranquila?

Recordó la noche que vivió en los jardines de los marqueses de Teingham y aceleró su marcha con desespero, deseando gritar para pedir ayuda, pero todas sus intenciones murieron cuando ese hombre la alcanzó y se plantó frente a ella.

—Pare —ordenó con enojo—. No quiero estar con usted, no me interesa compartir mi noche ni con usted ni con nadie —se sinceró—. Por favor, deje de seguirme. —Al ver que el hombre no hacia el ademán de apartarse, Liliás suspiró—. Estoy casada, amo a mi esposo y nunca lo traicionaré, así que por favor busque a otra mujer que pueda acompañarlo esta noche.

Esa era la razón por la que nunca bajaba a su club, no quería que nadie intentara propasarse con ella.

—Me gustaría disfrutar de esta noche junto a la mujer que amo.

Esa voz... todo su cuerpo empezó a tiritar sin control alguno y dio un paso hacia atrás cuando el rostro de su esposo apareció frente a ella. Randall estaba en Londres, él había vuelto y lo hizo el día de su cumpleaños.

—¿Qué haces aquí? —la voz le tembló.

—Diez meses han sido un infierno para mí, perdóname por lo que te diré, pero no pienso seguir lidiando con la distancia que nos separa —determinó y sin previo aviso avanzó en su dirección y la besó con hambre voraz, robándole un suave gemido.

No lo rechazó, ni lo pensó, simplemente lo abrazó por el cuello y le brindó una respuesta llena de vivacidad y desenfreno.

¿Cuánto tiempo llevaba esperando este momento?, ¿habría llegado a recibir su carta o para cuando se la enviaron, él ya estaba de camino a Londres?

—Te extrañé tanto —musitó él entre besos, moldeando su cuerpo con necesidad—. No sabes lo difícil que fue verte y no poder besarte desde un principio.

¿Podía creer en sus palabras?

Esa duda hizo que todo su entusiasmo bajara y lo empujó suavemente por el pecho, para recuperar la cordura. Esto no estaba bien, su relación había terminado muy mal hace diez meses y las cosas no podían solucionarse con un simple beso.

Ellos tenían que hablar.

—¿Qué sucede, mi amor? —intentó abrazarla, pero Lillas se apartó.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo? —quiso saber y él le sonrió con ternura.

—En una casa campestre que compré hace unos años, está a cuatro horas de Londres y...

—¿Solo? —lo miró fijamente y toda la seguridad de su esposo fue mermando.

—¿Qué? —al parecer no podía creer que ella le hubiera hecho una pregunta de ese tipo.

—Dime la verdad —rogó con voz débil—. Tú te fuiste y al poco tiempo Georgina también se marchó —Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando él dio un paso hacia atrás y tragó con fuerza.

—¿Crees que me fui con la exesposa de mi hermano?

Lo miró con fijeza.

—Intentaste robártela hace cuatro años, ahora...

—Durante diez meses no he hecho más que sufrir por ti y mi hija, anhelando reunirme una vez más con ustedes, mientras me castigaba a mí mismo por todo el daño que les hice hace cuatro años, y ¿tú pensaste que me fui con otra mujer? —El dolor en su voz fue palpable y por un momento se sintió enferma por haberle provocado ese malestar, pero ella tampoco se sentía bien con el tema.

—En el pasado me hiciste cosas peores por esa mujer —fue su respuesta y Randall le dio la espalda con brusquedad para alborotar su cabellera y después brindarle un fuerte puño a la pared mientras rugía por lo alto como un animal herido—. Randall... —trató de acercarse, pero él giró en su dirección y alzó una mano en su dirección.

—No te acerques —rogó angustiado—. No lo hagas porque me siento furioso —escupió con desprecio—. Creí que esto ya había quedado claro, te abrí mi corazón en más de una ocasión y te di mi palabra de que sólo eras tú, pero todo indica que tú nunca tomaste en serio mi confesión.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas femeninas y ella negó lentamente con la cabeza.

—Me hiciste sentir tan poca cosa ante esa mujer que me resulta difícil creer que realmente puedes amarme —confesó abrumada y se cubrió la boca con una mano, odiándose a sí misma por haber revelado algo tan importante—. Lo siento, de verdad odio sentirme de esta manera —empezó a retroceder sobre su lugar—, pero ella siempre será una sombra para mí y así jamás podré vivir tranquila a tu lado.

—Lillas... —susurró preocupado e intentó acercarse, pero ahora fue ella quien negó con la cabeza.

—Estábamos mejor separados —sentenció, fue una tonta al creer que si se volvían a ver las cosas podrían mejorar entre ellos—. Al menos en la distancia, puedo amarte sin sentir culpa por visualizarte junto a tu primer amor.

Randall abrió los ojos con horror y cuando intentó decirle algo, ella simplemente salió

huyendo del pasillo y agradeció que su hermano estuviera ahí. Cuando sus miradas se encontraron, Ibrahim se acercó a ella y la ayudó a abandonar el club.

—Sabía que sería una mala idea —siseó una vez que el carruaje se puso en marcha y Lillas se quitó su máscara para apartar las lágrimas de su rostro.

—Lo amo —confesó con desespero y sollozó con amargura—, pero jamás podré olvidar que él amó primero a otra mujer.

Ibrahim presionó su mano con ternura y la obligó a conectar sus miradas.

—Aún faltan dos horas para que termine tu cumpleaños, si para medianoche no eres la mujer más feliz del mundo, juro que mataré a Randall Aldrich.

Era imposible, a estas alturas, tenía claro que nada de lo que Randall o su hermano hicieran podría brindarle algo de felicidad.

«Estoy casada, amo a mi esposo y nunca lo traicionaré, así que por favor busque a otra mujer que pueda acompañarlo esta noche».

Lillas lo amaba. A pesar de todos los errores que cometió en el pasado, su mujer lo seguía amando y era incapaz de esconder la pureza de sus sentimientos. Nunca intentó traicionarlo, ni siquiera cuando lo consideró el peor de los granujas, ella intentó vengarse de él. Sin embargo, a pesar de lo mucho que le gustó su confesión, existía un gran problema ahora mismo.

«Me hiciste sentir tan poca cosa ante esa mujer que me resulta difícil creer que realmente puedes amarme».

¿Por qué tuvo que hacerla dudar de sí misma? ¿Acaso no se daba cuenta de lo perfecta que era?

«Estábamos mejor separados. Al menos en la distancia, puedo amarte sin sentir culpa por visualizarte junto a tu primer amor».

Mentira. Claro que no estaban bien separados.

¡Se amaban y merecían estar juntos!

Georgina nunca fue su primer amor y estaba listo para contar la verdad, pero antes de que Lillas se enterara de todo, debía hablar con Seymour y por esa razón llamó a su puerta sin temor alguno, más listo que nunca para revelar el secreto más grande de Georgina.

Una mujer que, al parecer, no volvería a estar presente en sus vidas.

Ella nunca quiso hablar con la verdad, pero no dejaría que ese secreto siguiera hundiendo a su familia.

—¿Qué haces aquí? —fue la pregunta con la que su hermano lo recibió en el salón de visitas—. Es tarde y no te hice ninguna invitación.

Archie no le mintió cuando le comentó que su hermano estaba bastante cambiado, en su vida lo había visto tan déspota y altanero. Tenía la leve sospecha de que una vez que supiera la verdad, su caída de dicho trono sería catastrófica.

—Vine a hablar contigo.

—No me interesa...

—Es sobre Georgina.

—¿Es que nunca vas a superarla? —bramó con enojo—. Ya no es mi esposa, no es mi problema y...

—Ella te amaba —le cortó y un tenso silencio se cernió sobre ellos—. Eras su mejor amigo, un gran apoyo para ella considerando que estaba sola.

—Eso no es verdad, ella dejó de escribirme y cortó todo contacto conmigo.

—¿Alguna vez te preguntaste por qué tu primer amor y mejor amiga sufrió un cambio tan drástico de la noche a la mañana?

Seymour apretó la mandíbula.

—La pusiste en mi contra.

Randall negó con la cabeza, ¿por qué su hermano se empeñaba en pensar lo peor de él?

—Mi intención siempre fue que Georgina te hablara de esto —soltó con frustración, no estaba resultando fácil encontrar las palabras adecuadas—, pero ella no tuvo el valor y ahora mismo la única manera de salvar mi matrimonio es contándole esta verdad a Lillas.

—Entonces ve por Lillas —siseó con desdén—, yo no quiero...

—Me temo que antes de que Lillas lo sepa, debes enterarte de lo que sucedió hace cinco años, cuando decidiste ser un idiota e irle a confesar tus sentimientos a Georgina totalmente borracho.

Capítulo 33

“El duque de Richmond ha regresado a Londres antes de tiempo y, según fuentes cercanas, considera que lady Penelope estará mejor en Gales bajo la supervisión de unos familiares lejanos
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Liliasladeó el rostro, no muy segura de qué pensar al respecto, y finalmente apoyó su mentón en la palma de su mano.

—¿Por qué le das el beneficio de la duda? Él no vendrá —reconoció con derrota, pronto sería medianoche y Randall no había dado señales de vida, lo más probable era de que sus palabras lo hubieran instado a huir una vez más.

—Es un buen hombre, realmente te ama —la buscó con la mirada y Lilias desenchajó la mandíbula—. A veces existen promesas que pueden complicarnos la existencia —dijo de pronto y ella arrugó el entrecejo—, siento que Randall está entre la espada y la pared, y hasta que no decida qué es más importante, no podrá esclarecer tus dudas.

—Me estás confundiendo —musitó con recelo—. ¿Sabes algo que yo no sepa?

Ibrahim alborotó su cabellera con inquietud.

—No es mi secreto y quería que te tomaras un tiempo para confirmar qué sientes por él, cuando regresamos a Londres todo sucedió muy rápido y temía que estuvieras siendo manipulada. Sin embargo, con el tiempo me di cuenta que lo amas y seguir separados no merece la pena, así que le pedí a Seamus que buscara a tu esposo y una vez que tuve su paradero busqué a su hermana.

—Ustedes planearon nuestro encuentro, ¿verdad?

Ibrahim la miró con pesar.

—Iba a ir a buscarlo, pero él apareció en mi casa y me dijo que pensaba visitarte, que quería luchar por ustedes.

—¿Lo dices en serio?

¿Randall regresó a Londres por ellas?

—Sí, y como sólo deseo tu felicidad, le hablé de tu fiesta y Rosemary le entregó una invitación para que pudiera asistir.

—Somos dos inocentes que quieren ver felices a sus pequeños hermanos.

Lilias odió que la visión se le cristalizara y empezó a temblar sin control alguno.

—¿Por qué no puedo sacar a esa mujer de mis pensamientos? Él me lo dijo, me aseguró que no tenían nada e incluso así me atreví a pensar que se fueron juntos —reconoció con vergüenza—. Si mi mente me traiciona de esa manera, nunca podremos ser felices juntos.

Por esa razón Seymour llegó a pedir el divorcio, porque a diferencia suya, él no pudo lidiar ni manejar su desconfianza.

—Hermana...

—Creo que, en esta ocasión, soy el más indicado para darle una respuesta.

Lilias abandonó su lugar de un salto, un tanto inquieta por ver a lord Seymour en su casa, y su hermano no se sorprendió ante ese hecho, pero sí pudo ver la decepción en su semblante.

—¿No piensa venir? —inquirió Ibrahim y en el momento que el pelinegro movió el rostro en modo de negación, ella pudo percibir la palidez de su rostro y la hinchazón en sus ojos.

—Está tan abatido por lo que acaba de hacer, que se fue a Kent Abbey para buscar algo de

tranquilidad —susurró Seymour y ella tragó con fuerza.

—¿A qué te refieres? —dejó las formalidades de lado—, ¿por qué Randall se marchó?

—Porque es un excelente hermano —su voz tembló y Lillas empezó a sudar frío—. Su idea era decirme la verdad y venir a ti para contarte lo ocurrido, pero él no toleró verme tan afectado y huyó de Londres porque no quiere manchar mi reputación, ni mucho menos manchar la imagen que tienes de mí.

—No te estoy entendiendo —musitó con histeria—, trata de ser más claro, por favor —rogó.

—Hace más de cinco años, conocí a Georgina en un museo, terminé prendado por su belleza e inteligencia, y ambos conectamos de una manera tan especial que nos hicimos grandes amigos.

¿Amigos? Ellos no se veían tan cercanos.

—Yo...

—La amaba, pero era un cobarde, no era tan osado, divertido ni extrovertido como mis hermanos, así que la amé en silencio y a medida que el tiempo pasó mis sentimientos sólo se intensificaron, complicándolo todo.

—No te entiendo —admitió abatida.

—Un día quería ir al club, le pedí a Randall que me acompañara, pero él no deseaba salir —le sonrió con melancolía—. Fui con unas personas que no eran del agrado de Randall, quería fastidiarlo, y de alguna manera, él sintió que algo no iba a bien y fue a buscarme.

—¿Te lastimaron?

No estaba entendiendo nada.

—Ya no estaba en el club —susurró con un hilo de voz—, y esos hombres le informaron que me motivaron a ir por la mujer que amaba.

Lillas se tensó al ver como la visión del hombre se cristalizaba.

—Georgina no tenía familia, vivía prácticamente sola y yo llegué totalmente borracho... —Observó a Ibrahim, él no se veía sorprendido por la historia, así que dedujo que la razón por la que estuvo defendiendo a Randall era porque siempre estuvo al tanto de todo—. No recuerdo nada, pero te aseguro que todo lo que Randall hizo a partir de ese momento no lo hizo por Georgina, sino para protegerme a mí.

Él no iba a casarse con Georgina por amor, sino porque su hermano la había lastimado.

—Tengo que ir a Kent —miró a su hermano con angustia—. Randall no está bien —sólo debía mirar a su cuñado para saberlo—. Debo ir con él, no puedo dejarlo solo, Ibrahim —le suplicó y su hermano torció los labios con disgusto.

—Es tarde, Lillas, debemos salir a primera hora...

—Pero hermano, por favor, yo...

—Cumming tiene razón —musitó Seymour—, no es seguro ir tan tarde.

Esos hombres no entendían la gravedad del asunto.

—Quiero ir a Kent ahora —los desafió a ambos y en menos de cuarenta minutos, estuvo dentro de un carruaje de camino a la propiedad donde empezó todo.

Randall no amaba a Georgina, pero siempre quiso protegerla, por lo que sus sentimientos eran fraternales.

Se frotó las sienes con cansancio.

«¿Por qué nunca me lo dijiste?», se preguntó con impotencia.

Ahora entendía por qué el marqués de Sutherland le dijo que se había quedado con el Aldrich más puro, noble e idiota. Los ojos le ardieron, cometió un terrible error al juzgarlo tan duramente, ahora entendía mejor por qué la acusó de traidora.

Él nunca la abandonó en Kent Abbey, Randall sí iba a regresar por ella.

«Lo siento tanto, mi amor».

Esa cadena de malentendidos les había causado muchos problemas, pero ahora no estaba dispuesta a perder más tiempo, por lo que todo sería diferente de ahora en adelante.

Randall nunca quiso ser el causante del dolor de Seymour.

En su vida lo había visto tan afectado, estaba claro que él nunca podría recordar la noche que forzó a Georgina, pero... negó lentamente con la cabeza, ¿había valido la pena generarle tanto mal?

Ya no estaba seguro de nada.

Era su hermano, su mejor amigo y le había generado una gran conmoción ver como lloraba y se desplomaba ahí mismo.

—¿Qué haré? —se frotó los ojos con cansancio.

No tuvo el valor para ir detrás de Liliás, eso habría sido desleal hacia su hermano, quien estaba con el corazón roto por su culpa. No podía lanzar una bomba y celebrar el gran daño que esta causó, eso era imposible, por lo que necesitaba calmarse un poco antes de regresar con su esposa.

—¡Randall! —la sangre se le congeló y abandonó su lugar en la orilla del arroyo para girar sobre su eje.

Era Liliás y estaba cabalgando en su dirección a toda velocidad, con el mismo vestido que estuvo utilizando ayer.

—¡¿Estás loca?! —vociferó al ver como se bajaba del semental sin cuidado alguno—. ¿Qué haces en Kent?

Estaba seguro que apenas y era mediodía, por lo que eso quería decir que tuvo que haber viajado gran parte de la noche para alcanzarlo.

—Tuvimos un problema con la rueda del carruaje y por eso tardamos —espetó jadeante, sorprendiéndolo—. No quería dejarte solo, yo...

—¿De qué hablas? —se tensó y ella lo miró con una pequeña sonrisa en el rostro.

—Seymour fue a buscarme, me lo dijo todo y me ayudó a llegar hasta aquí.

El aire se atoró en sus pulmones, ¿su hermano se atrevió a contarle la historia a Liliás sólo para ayudarlo a ser feliz?

La visión se le cristalizó y se frotó los ojos con rapidez. Quizá, sólo quizá, su relación no estaba perdida.

Agradeció que su esposa lo abrazara por el vientre y la aferró contra su pecho en un duro abrazo, lo necesitaba, necesitaba tanto compartir su dolor y sentir que no estaba solo.

—Lo siento, nunca debí dudar de ti —susurró ella con voz rota, tiritando en sus brazos—. Pensé lo peor, cuando sólo estabas siendo un gran hombre.

—Descuida, debí ser sincero contigo desde un principio.

—Te amo, Randall, y ahora que conozco tu verdadera esencia, te amo más de lo que puedes imaginarte.

¿Sería verdad o sólo estaba sintiendo pena por su persona?

—Todo este tiempo guardé ese secreto por mi hermano, porque quería protegerlo y evitarle un profundo dolor.

—Lo entiendo, yo también habría hecho lo que fuera por mi hermano.

—Georgina quiso decírtelo, pero no se lo permitiste. —La sintió tensarse—. Nunca nos

amamos, éramos grandes amigos.

—Me siento mal, la odié sin razón alguna —lo buscó con la mirada.

Randall tragó con fuerza.

—Toda mi vida fui un desastre y Seymour me cubrió las espaldas como buen hermano, así que pensé que era momento de devolverle el favor y le ofrecí matrimonio con tal de que no lo acusara. —Lilias acarició su mejilla con ternura—. Estuve en contacto con ella durante un año antes de que decidiera venir a Londres, pero todo se salió de nuestro control cuando nos confundió y terminó comprometida con el hombre que odiaba y temía.

—El día que fuiste por ella...

—Sólo iba a ayudarla a escapar, nunca consideré huir con Georgina a ninguna parte, ya eras muy importante para mí.

Lilias lo miró con pesar y dejó que las lágrimas bajaran por sus mejillas.

—Perdóname, debí esperar por ti, yo provoqué todos esos problemas en tu familia.

—El error fue mío —reconoció con valentía—. Debí hablar con la verdad desde el primer día, hice mal al no hablarle a Seymour sobre lo ocurrido cuando despertó. Aproveché el hecho de que él no recordaba nada para enterrar ese suceso en el pasado, pensando que ahí podría quedarse, pero me equivoqué. —Acunó su rostro con delicadeza—. Te amo, Lilias, y te aseguro que para mí ustedes son lo más importante.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque quería que Georgina se lo dijera a Seymour primero, es un tema delicado y no quería contarte algo tan íntimo sin la autorización de mi hermano.

—Él vino a verme.

—No podía volver —la voz se le quebró—, no quería que mi felicidad se formara gracias al dolor de mi hermano.

—Eres un gran hombre —musitó y cuando quiso besarlo, él dio un paso hacia atrás—. Randall...

—Sé que te sientes culpable y estás sintiendo pena por mí, por lo que no puedo aceptar tus sentimientos en un momento como este.

La amaba tanto, que quería brindarle un poco de tiempo para que tomara la decisión correcta.

—No, Randall, no estoy actuando así por pena, yo...

—Regresemos a la casa principal, debió ser una noche larga para ti —la pasó de largo, decidido a no dejarse llevar por sus sentimientos, y todo su cuerpo se sacudió a sus pies cuando escuchó el chapoteo del agua.

Se giró sobre su lugar, ella se había lanzado al arroyo.

—¡Lilias! —se lanzó tras de ella. Ella no sabía nadar, ¿en qué estuvo pensando al hacer algo así?

Iba a sujetarla de la cintura para llevarla a la superficie, pero la sangre se le congeló cuando ella pudo nadar por su cuenta.

—Qué frío —se quejó ella ni bien pudo tomar una gran bocanada de aire y Randall gruñó con disgusto cuando logró alcanzarla.

—¿Sabes nadar?, ¿Por qué hiciste algo así? Acabas de darme un susto de muerte y... —su voz fue muriendo cuando lo abrazó por el cuello.

—Hablaste con tu hermano de un secreto que te duele por mí, huiste a Kent para no herir los sentimientos de tus seres queridos y saltaste al agua por mí, ¿de verdad crees que necesito tiempo para pensar las cosas? —Lo buscó con la mirada—. Estoy harta de perderlo, ¿por qué simplemente no empezamos a disfrutar de nuestro matrimonio? Te amo, Randall, y siempre será

así.

Lo sabía, ambos correspondían sus sentimientos, pero...

—Solo te ruego que a partir de ahora confíes en mí y en el amor que siento por ti.

—¿Cómo no hacerlo? Si acabas de demostrarme que eres el granuja más leal y noble que conozco.

—Pero no se lo digas a nadie —bromeó él y Liliás se rio por lo alto—. Sé que es un poco tarde, pero feliz cumpleaños, esposa mía, espero que a partir de ahora no sea necesario separarnos en ninguna otra fecha.

En esta ocasión, un beso apasionado le pareció la mejor respuesta.

—Si vuelves a irte, me enojaré mucho —admitió entre besos y ambos rieron por lo bajo.

—Por lo que más quieras, vamos por nuestra hija.

—Acabas de tener la mejor de las ideas.

Rosslyn merecía ser parte de esa felicidad y todo Londres debía enterarse de que a partir de ahora su esposo no volvería a separarse de su lado. Después de todo, llegar a Londres para desafiar a su granuja fue la mejor decisión que pudo tomar en la vida.

FIN

Epílogo

“¿Alguien podría explicarme por qué la gloriosa fiesta de Diamantes terminó antes de tiempo?
No sé mucho del tema, pero algo me dice que la repentina llegada del duque de Richmond
provocó un gran inconveniente para la dueña del club
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

El regreso del duque 3.5 *Libertinos Enamorados*

Prólogo

Inglaterra, Kent. 1801

Hailee nunca pensó que las cosas terminarían así.

Cuando su padre le sugirió que siguiera a su corazón y luchara por el amor de Malcom, ella nunca se imaginó que detrás de esa insinuación estaba la idea de atrapar al único hijo de un duque. Ahora entendía por qué su padre aceptaba que saliera todas las tardes para encontrarse con Malcom, él lo planeó todo desde un principio y ella fue lo suficientemente estúpida como para creer que sería aceptada por el marqués de Sutherland.

Una nueva lágrima se deslizó por su pálida mejilla y observó al bebé que ahora mismo tenía en brazos y dormía plácidamente contra su pecho. Hace cuatro días, ella habría dado todo lo que tenía por volver a ser Hailee Gambarini y dejar de ser la marquesa de Sutherland, pero ahora... ¿cómo era posible que un ser tan pequeño pudiera generar tanto amor en su corazón?

Era madre y apenas y acababa de cumplir los diecisiete años.

Era una locura, ¿estaría lista para poder criar a ese niño y enseñarle todo lo necesario para convertirlo en un hombre de bien?

«Puedo hacerlo, haré lo que sea por él», decretó para sí misma y dejó un casto beso en la frente de su hijo. El niño llevaba tres días junto a ella y aún no había podido ponerle un nombre, puesto que esa era la tarea del marqués y él no había ido a verlo.

—Me gusta Connor —confesó con voz suave, acariciando la pequeña naricita de su bebé.

Le encantaba ese nombre, pero ella no tenía el derecho de nombrarlo sin el permiso de su esposo y dudaba mucho que Malcom apoyara su idea. Él la odiaba con cada fibra de su ser y la clara prueba de ello era que, desde el día de su boda, no había vuelto a saber más del pelinegro.

«Te quedaste con el título, pero ten por seguro que jamás tendrás mi respeto».

Otra lágrima rebelde se escapó de la comisura de su ojo y ella negó lentamente con la cabeza.

«Nunca me importó el título, yo sólo te quería a ti».

Cometió un terrible error al enamorarse del hijo de un duque, siendo ella la simple hija de un comerciante sediento de poder.

Las puertas de su habitación se abrieron y la temperatura de la estancia disminuyó a escalas mayores y ella no supo si fue por el azotador invierno o por el hecho de que su marido acababa de hacer acto de presencia en Kent Abbey. Dos criadas ingresaron detrás del marqués y Hailee abandonó su lugar con esfuerzo, aún con su hijo en brazos.

—Milord —musitó con voz débil y se alarmó al ver que su atuendo era totalmente negro. Un horrible escalofrío recorrió su espina dorsal y se preguntó dónde estaría su suegro, él se había mostrado muy ansioso con la llegada de su primer nieto—. ¿Y su excelencia? —se atrevió a preguntar y Malcom le regaló una cínica sonrisa.

—¿Quién lo diría, Hailee? Hasta para engendrar un varón tuviste suerte. —Aferró a su hijo contra su pecho, sintiendo el inminente peligro—. Mi padre falleció el mismo día que el primogénito nació.

Sus ojos se abrieron de hito a hito y la visión se le cristalizó.

¿El duque de Kent estaba muerto?

«Eres una buena chica, Hailee, de verdad te aprecio y respeto y me alegra que seas la esposa de mi hijo. Te doy mi palabra que, mientras yo esté vivo, ustedes estarán seguros bajo mi cuidado».

Isambard Aldrich abandonó este mundo sin conocer a su nieto y ahora mismo se sentía más desprotegida que nunca, dado que su padre le había advertido que nunca le abriría las puertas de su casa porque su deber era quedarse junto a su esposo.

«Un esposo que no me tolera».

—Él me dio una razón para celebrar —la voz de su esposo la arrancó de su ensimismamiento— y tú una para recordar el gran problema que representas en mi vida.

—No lo entiendo —trató de mantenerse serena, pero sujetó a su hijo con mayor firmeza.

—Ya no hay nadie que los proteja —se rio en su cara y chasqueó la lengua, entretenido—. Las criadas empacarán tus cosas y te irás con tu vástago mañana mismo, ¿me entiendes?

—¿Qué? —Imposible, él no podía echarlos de su casa—. Pero él es su primogénito, nació dentro de un matrimonio y...

Malcom levantó una mano para impedir que siguiera hablando.

—Tu dote me ayudará a levantar el título y sacarlo de la ruina, por lo que solo te daré diez libras para que busques un lugar donde quedarte por el momento.

Diez libras no le durarían mucho tiempo, no con un hijo bajo su cuidado.

—Tendrás el tiempo necesario para buscar un trabajo.

—Pero él es su heredero y yo soy su esposa.

—Los mataré a ambos cuando lo crea conveniente. —Hailee palideció y no supo qué pensar al ver cómo el alto pelinegro rompía en una sonora carcajada—. Algún día volveré con un nuevo heredero y tú y él saldrán de mi vida cuando yo anuncie su trágica muerte. Los mandaré lejos de Londres, a no ser que prefieras que los envíe muchos metros bajo tierra.

La piel se le erizó, ¿era una amenaza de muerte?

—Te devolveré tus nueve mil novecientas noventa libras a mi regreso. Tómallo como un préstamo, con eso ambos podrán irse y empezar de cero en un lugar donde no me estorben y no tenga que verlos.

Hailee se aferró a su hijo y clavó la vista en la ventana de su habitación. El invierno estaba en su pico más alto y no tenía la menor idea de qué podía esperarles en el exterior, pero...

«A no ser que prefieras que los envíe muchos metros bajo tierra».

Debía alejarse de ese lugar lo antes posible, no quería que el nuevo duque de Kent cambiara de parecer, pero...

—Si salgo ahora él se enfermará —confesó su mayor temor, tal vez si pudiera darle un poco de tiempo para encontrar un buen lugar donde vivir—. No tengo a donde ir, mi padre no nos recibirá.

—Su muerte no me vendría mal, él ni siquiera debería existir.

El objetivo de Malcom era matar a su hijo.

¿Cómo era posible que ella amara tanto a su hijo y él lo odiara de esa manera?

Tragó su amargura al ver como las doncellas preparaban sus baúles sin reparo alguno. En ese lugar, sin la aprobación del duque, ella no era nadie importante.

—¿De verdad lo rechazarás?

Los ojos verdosos del hombre que creyó amar en el pasado no dejaron de mirarla con desprecio.

—No se puede rechazar algo que nunca reconocí.

—Él es el marqués de Sutherland —expresó con frustración.

—Es tu hijo, el niño que quisiste tener cuando mi padre se ensañó en que me casara con tan solo diecisiete años.

—Malcom...

—¡No me llames así! —Se encogió en su lugar y se alarmó al oír el llanto de su hijo—. Mi padre está muerto y tú vuelves a ser una Gambarini junto a ese niño que quiero fuera de mi casa mañana mismo, ¿me entiendes?

—Pero...

—Te prohíbo mencionar nuestro matrimonio, tú no eres una Aldrich, ¿me entiendes? Si llego a descubrir que revelaste nuestra unión, te juro que no verás ni un solo penique de tu dote.

—Él aún no tiene un nombre.

—Ni apellido, ni padre, ni título.

Dichas esas palabras el nuevo duque de Kent abandonó la habitación y Hailee se quedó mirando a su pequeño por largos segundos.

«Tiene una madre y eso es más que suficiente».

—Todo estará bien, Connor.

Ella haría hasta lo imposible por protegerlo y esperaría ansiosamente por el regreso del duque. Sólo esperaba, de todo corazón, que eso no tomara más tiempo del necesario.